

**William
Faulkner**

PREMIO NOBEL

PYLON



Lectulandia

Un reportero de un periódico local intenta comprender un moderno «menàge a trois» de pilotos en el circuito de aviación: Laverne, rubia sobre todas las cosas, y Robert Shumann, lo más parecido a un héroe clásico y un paracaidista oscuro siempre cojeante. Durante unos días de festival aéreo, el periodista se siente fascinado por esos seres y se deja arrastrar por ellos: «No son humanos como nosotros... estrelladlos y no habrá sangre cuando los saquéis: será aceite lubricante».

Lectulandia

William Faulkner

Pylon

ePub r1.0

Titivillus 27.04.15

Título original: *Pylon*
William Faulkner, 1935
Traducción: Julio F. Yáñez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*“Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

INAUGURACIÓN DE UN AERÓDROMO

Durante unos minutos, Jiggs permaneció frente al escaparate, pisando el confeti esparcido durante la noche anterior, sin apartar su mirada de las botas que iluminadas delicadamente por luces indirectas, aparecían erguidas sobre su pedestal de madera, reclamando a gritos la añadidura de unas espuelas y un caballo, como en esas fotografías artísticas de la sección de anuncios de los magazines. Junto a ellas velase un cartel muy prodigado la noche anterior, al mismo tiempo que las banderolas llamativas, el confeti y las serpentinas, con un rótulo y una fotografía representando pulidos y frágiles aeroplanos, sobre los que se inclinaban sus pilotos, como si aquellos fuesen una especie de animales temibles, no adiestrados ni domados, sino sencillamente inertes. Más abajo, una breve reseña de nombres y éxitos..., o quizá solo de esperanzas.

Entró en la tienda, produciendo con sus suelas de goma un suave bisbiseo al pisar primero el asfalto, luego una esterilla de hierro y por fin el suelo de baldosines de aquel museo de cajas de vidrio, suave e implacablemente iluminado por una luz etérea y azulada bajo la cual los sombreros, las corbatas, las camisas, las hebillas de cinturón, los gemelos, las pipas con forma de bastón de gol, las extrañas cockteleras y los soportes metálicos semejantes a estribos y espuelas, parecían raras especies biológicas dispuestas a efectuar su aparición en el mundo.

—¿Botas? —dijo el dependiente—. ¿El par que está en el escaparate?

—Sí —repuso Jiggs—. ¿Cuánto cuestan?

—Pero el dependiente no se movió, sino que, por el contrario, recostóse aún más contra el mostrador, observando aquel rostro curtido y azulado de barbilla breve y enérgica, en el que un afeitado reciente había producido un rasguño bastante apreciable; aquellos ojos que parecían brillar excitados, como los de un niño que se aproxima por vez primera a las instalaciones de una feria; la gorra estropeada, el cuerpo pequeño y musculoso, que le recordó el de un campeón de boxeo recientemente aparecido en los periódicos, y los pantalones de montar tan adheridos a las pantorrillas que parecía como si sobre ellos y su propietario hubiesen arrojado un barreño de agua, protegiendo unas piernas cortas, fuertes y rápidas como las de un potro. Sus pies iban calzados con la parte superior de unas botas, desprovistas de suela y aseguradas, mediante cordeles, a unas zapatillas de tenis.

—Valen veintidós dólares y medio —dijo el dependiente.

—Muy bien. Me quedo con ellas. ¿Hasta qué hora tienen abierto por las noches?

—Hasta las seis.

—¡Caramba! Todavía estaré en el aeropuerto y no me es posible regresar a la ciudad hasta las siete. ¿No podría recogerlas entonces?

En aquel instante apareció el encargado.

—¿Es que no quiere llevárselas ahora mismo? —preguntó el dependiente.

—No —repuso Jiggs—. No puedo.

—¿De qué se trata? —preguntó el encargado.

—Dice que desea ese par de botas. Pero que no puede regresar del aeropuerto hasta las siete.

El encargado miró a Jiggs.

—¿Es usted aviador?

—Sí —dijo Jiggs—. Óigame. Dejen aquí a alguien. Estaré de vuelta a las siete. Las necesito para esta noche.

El encargado miró también los pies del comprador.

—¿Por qué no se las lleva ahora?

Pero Jiggs eludió la respuesta, limitándose a contestar:

—Por lo que veo, no podré recogerlas hasta mañana.

—A menos que se halle usted aquí antes de las seis... —objetó el encargado.

—Muy bien —dijo Jiggs—. Muy bien, señor. ¿Cuánto desean que les entregue en depósito? Sí. Es ese par del escaparate.

Los dos le miraron, observando su rostro firme, sus ojos excitados y su aspecto articulado y completo, claro exponente de una completa e incorregible insolvencia. El encargado volvió luego los ojos hacia el dependiente.

—¿Ya sabe cuál es su medida?

—Eso es lo de menos —dijo Jiggs—. ¿Cuánto quieren?

—Deje usted diez dólares y se las guardaremos hasta mañana —aseguró el encargado.

—¿Diez dólares? ¡Por Dios! Mejor sería el diez por ciento.

—¿Quiere pagar el diez por ciento?

—Sí. El diez por ciento. Y si me es posible vendré a buscarlas esta misma tarde.

—Entonces serán dos dólares veinticinco centavos —dijo el encargado. Cuando Jiggs metió la mano en su bolsillo, ambos pudieron seguir sus movimientos, hasta las profundidades de aquel, causándoles la impresión de contemplar a uno de esos avestruces que se tragan un despertador en las películas de dibujos animados. Por fin volvió a emerger un puño que oprimía un billete arrugado y una serie de monedas de todas clases. Puso el billete en manos del dependiente y empezó a contar las monedas —. Cincuenta... Setenta y cinco y quince, noventa; y veinticinco... —Se detuvo, quedándose inmóvil con la moneda de veinticinco centavos en la mano izquierda y medio dólar y cuatro níqueles en la otra—. Veamos —dijo—. Teníamos noventa. Y veinte serán...

—Dos dólares y diez centavos —dijo el encargado—. Coja los diez centavos y añada una moneda de veinticinco.

—Dos dólares y diez centavos —repitió Jiggs—. ¿Qué les parece si lo dejáramos en eso?

—Fue usted quien sugirió lo del diez por ciento.

—¡Bueno, sí! Pero ¿no se conforman con dos dólares y diez centavos?

—Está bien —convino el encargado, rogando al otro que se hiciera cargo de la

cantidad y volviéndose otra vez para observar cómo la mano de Jiggs se introducía a lo largo del muslo, para depositar en el bolsillo las dos monedas que quedaron allí, destacándose bajo la sucia tela.

—¿Dónde se coge el autobús para dirigirse al campo de aviación? —preguntó Jiggs.

El otro se lo dijo. En aquel momento volvía el dependiente con el recibo del depósito y ambos se quedaron mirando los ojos interrogadores del comprador.

—Puede venir las a buscar cuando quiera —dijo el encargado.

—Muy bien —repuso Jiggs—. Pero quítenlas del escaparate.

—¿Es que desea examinarlas?

—No. Lo único que quiero es verlas fuera de ahí.

De nuevo frente al escaparate, con las suelas de goma descansando sobre el esparcido confeti que, por carecer de cohesión se había ido desparramando hasta el punto de casi desaparecer mientras estuvo en la tienda, Jiggs observó cómo una mano retiraba de allí el par de botas. Luego alejóse con su paso rápido, corto y enérgico. Al torcer por Grandlieu Street tuvo tiempo para percibir la esfera de un reloj. Caminaba como un muñeco mecánico, con solo una velocidad, y el reloj en cuestión estaba sumido en las sombras producidas por los edificios de enfrente, ya que la luz aparecía escasa, difusa y como sostenida en el aire por una neblina húmeda. Por allí también, el confeti y las serpentinas rotas formaban montones de contornos bien definidos en los rincones de los edificios, ostentando un tono ligeramente vulcanizado y reluciente a causa de la humedad, mientras que, suspendidas de los rótulos, los faroles y las puertas, banderolas y guirnaldas púrpura y oro balanceábanse sobre su cabeza, torciendo en ángulos rectos para cruzar la calle y unirse a otras guirnaldas y gallardetes con los que formar un toldo brillante y coloreado a la altura de los primeros pisos. Suspendido a su vez bajo él, veíase un letrero que Jiggs se detuvo a leer:

GRANDLIEU STREET

Cerrada al tráfico desde las 8 a las 12 de la noche.

El autobús estaba junto a la acera, en el lugar que le habían indicado, con una bandera colocada en su parte anterior, a fin de que flamease al viento, y un letrero asegurado a un poste, en el que se leía: «De Bluehound al Aeródromo Feinman, 75 centavos». El conductor, en pie junto a la portezuela, hubo de observar asimismo los movimientos de Jiggs mientras este sacaba el dinero del bolsillo.

—¿Va al aeródromo? —preguntó Jiggs.

—Sí —repuso el conductor—. ¿Tiene billete?

—Tengo setenta y cinco centavos. ¿No es lo mismo?

—Hace falta un billete para el aeródromo o un pase de trabajador. Los pasajeros corrientes no circulan hasta más tarde —Jiggs miró al chófer con aire interrogador y

simpático mientras se sostenía el pantalón con una mano y sacaba la otra del bolsillo —. ¿Trabaja usted allí? —añadió el conductor.

—¡Naturalmente! —repuso Jiggs—. Soy el mecánico de Roger Shumann. ¿Quiere ver mi licencia?

—¡Bueno, bueno! —dijo el conductor—. Suba.

En el asiento delantero había un periódico doblado: uno de esos periódicos a varias tintas, con grandes titulares negros y la página frontal llena de fotografías y noticias sensacionales. Jiggs se detuvo un momento.

—¿Le importa que eche un vistazo a su periódico, conductor? —dijo.

Pero este no contestó, y Jiggs, cogiendo el periódico, sentóse en el asiento contiguo. Luego extrajo del bolsillo de su camisa un arrugado paquete de cigarrillos, vació sobre la palma de la mano dos colillas y, escogiendo la más corta, tras guardarse otra vez el paquete, procedió a encenderla, para lo cual hubo de torcer la cabeza a fin de que la llama no alcanzara su nariz. Tres hombres más entraron en el autobús, dos de ellos vestidos con monos y el otro luciendo una especie de gorra de portero cuya parte superior aparecía cubierta con un paño listado de púrpura y oro. Luego subió el conductor, ocupando su asiento.

—¿Van a tomar parte en la carrera de hoy? —preguntó a Jiggs.

—Sí —repuso este—, en la de novecientos centímetros cúbicos.

—¿Qué le parece? ¿Cree posible obtener un buen puesto?

—Así sería si nos dejasen tomar parte en la de quinientos —explicó Jiggs dando tres rápidas chupadas a la colilla con el gesto de quien se acerca a una serpiente y arrojándola luego al exterior como si, en efecto, fuese una serpiente o una araña venenosa. Luego abrió el periódico—. Nuestro avión es muy anticuado —prosiguió—. Resultaba rápido hace dos años, pero no ahora. Nos encontraríamos en buena posición, en lo que a aparatos respecta, si no se hubiese proseguido construyéndolos más veloces, después del modelo que utilizamos. No existe piloto alguno, excepto Shumann, capaz de sacarle tanto rendimiento.

—Shumann es entendido en la materia, ¿verdad?

—Todos lo son —repuso Jiggs mirando el periódico.

Sobre la suave superficie verde de la primera página destacaba en gruesos caracteres negros lo siguiente: «Inauguración de un aeródromo». En medio veíase un rostro rubicundo, inocentemente sensual y de aspecto levantino bajo un sombrero de fieltro, y más abajo la parte superior de un cuerpo grueso envuelto estrechamente en un traje a rayas de color claro con un clavel en la solapa. Esta fotografía estaba encuadrada, como si fuese un medallón, en un marco compuesto de alas y hélices bajo el que se veía algo en forma de escudo con unas letras góticas en relieve que rezaban:

AERÓDROMO FEINMAN NEW VALOIS-FRANCIANA

*dedicado a los
AVIADORES DE AMÉRICA
y al
CORONEL H. I. FEINMAN
Director del Departamento de Alcantarillado.*

Gracias a cuya certera visión e infatigable esfuerzo pudo construirse este aeródromo en los terrenos desecados del Lago Rambaud, cuyas obras costaron un millón de dólares.

—Ese Feinman —dijo Jiggs— debe de ser un buen sinvergüenza.

—Estoy de acuerdo con usted —repuso el conductor.

—Pero les ha proporcionado un aeródromo magnífico —añadió Jiggs.

—Sí —dijo el conductor—. Alguien había de hacerlo.

—En efecto —convino Jiggs—. Y fue él. Me han dicho que su nombre aparece en todas partes.

—Así es —contestó el conductor—. En letreros luminosos sobre ambos hangares, en el suelo y el techo del vestíbulo y repetido cuatro veces en los faroles del alumbrado. Uno de los muchachos me dijo que incluso el faro lo emite por la noche, pero eso ya no puedo asegurarlo porque desconozco los signos del Morse.

—¡Válgame Dios! —exclamó Jiggs.

En aquel instante hizo su aparición un numeroso grupo de hombres, vestidos con monos y gorras de colorines, los cuales empezaron a ascender al vehículo de un modo parecido a cierta escena de revista en la que un ejército completo penetra en un taxi y este desaparece con su cargada muchedumbre. Pero había sitio para todos. Luego cerróse la puerta y el autobús se puso en marcha. Jiggs miraba por la ventanilla. En seguida dejaron atrás Grandlieu Street y Jiggs pudo observar que se abrían paso entre balcones de hierro, percibiendo rápidas visiones de patios sucios, con el piso de cemento, mientras el vehículo avanzaba con tremendo estrépito por calles empedradas cuya anchura no parecía suficiente para darle cabida. Las paredes de ladrillo despedían un olor penetrante a pescado, café y azúcar, mezclado con otro de índole distinta, más profundo y dulzón, provisto de cierto espartano efluvio a convento medieval, como el que se desprende de los hábitos de un clérigo. Luego, el autobús salió de aquellos parajes, empezando a aumentar su velocidad al embocar una avenida larguísima, bordeada de palmeras y encinas. Jiggs observó que dichos árboles no emergían directamente de la tierra, sino que reposaban sobre un terreno cubierto de agua, tan inmóvil y espesa que no ocasionaba reflejo alguno, como si hubiese sido destilada por los mismos troncos acoplándose en seguida a ellos. El autobús pasó luego frente a una hilera de casetas cuyas fachadas apoyábanse directamente en el asfalto de la carretera, mientras que su parte posterior estaba sostenida por estacas a las que podían verse amarrados unos botes entre los que colgaban redes puestas a secar. Pudo percibir en una rápida ojeada que los tejados

estaban cubiertos con el mismo musgo de color oscuro que ceñía los troncos. El autobús deslizábase ahora bajo el arco formado por las ramas de los árboles, de las que el musgo, al colgar inmóvil, adoptaba la misma forma que las barbas de un grupo de ancianos tomando el sol.

—¡Dios mío! —exclamó Jiggs—. Aquí, el que carezca de bote no puede ir a donde le plazca, ¿verdad?

—¿Es su primera visita a este paraje? —preguntó el conductor—. ¿De dónde viene?

—De ningún sitio —repuso Jiggs—. Mejor dicho, el último lugar en donde estuve fue Kansas.

—¿Tiene familia allí?

—Sí. Dos chicos..., y creo que mi esposa también.

—¿Y por qué se ha marchado?

—Porque no tenía dinero ni para ponerme unas medias suelas. Cada vez que lograba efectuar algún trabajo, ella o el *sheriff* se me anticipaban a cobrar los beneficios. Si era un descenso en paracaídas, uno de los dos se hacía cargo del dinero, marchándose a casa antes que yo tuviera tiempo de tirar de la cuerda.

—¡Válgame Dios! —exclamó el conductor.

—Así es —dijo Jiggs observando los árboles que pasaban rápidamente a ambos lados—. Ese Feinman podría emplear algo de su dinero en podar estar encinas.

Ahora la carretera no discurría ya por el pantano, sino por una planicie herbosa, cubierta de cipreses y de tocones de roble a la que ascendió sin brusquedad alguna. A ambos lados se extendía una desolada visión monótona y sin objetivo, a través de la cual la carretera parecía dirigirse hacia algo situado más abajo, carente de vida y de realismo, como una quimera construida por el hombre para algún fin inexplicable. La densa atmósfera estaba ahora impregnada de un olor fuerte y pesado, aunque ya no se percibiese la presencia del agua, sino solo aquella visión de pesadilla sobre la que ondeaban las banderas, destacándose sobre una soporífera y lejana inmensidad, que la mente identificaba como una extensión de agua, aparentemente separada de la tierra por una línea de espejismo que luego se convirtió en un edificio de dos alas, flotando de modo irreal como una apócrifa y vistosa ciudad almenada bajo cuyos arcos, desprovistos de dintel y de base, gentes de todas clase circulaban a miríadas, sin objetivo fijo y desprovistas de gravedad. Ahora el autobús, efectuando un viraje, les permitió contemplar en toda su extensión el amplio edificio principal y los dos hangares, todo ello modernista, decorativo, edificado en un estilo entre morisco y californiano y enmarcado por banderolas rojas y amarillas que tremolaban a impulsos de una brisa francamente acuática. Era algo semejante a una enorme estación terminal para un vehículo extraño aún no inventado y capaz de moverse por igual en el aire, en el agua y en la tierra. Desde el autobús podían ver una plaza cubierta de bellísimo césped, entre las que discurrían caminos asfaltados, copia de las pistas de aterrizaje que más allá formaban un enorme anagrama compuesto por dos F entrecruzadas,

cuyos extremos se dirigían hacia los cuatro puntos cardinales. El coche penetró por uno de aquellos caminos, deteniéndose entre dos lámparas parecidas a frutos sin pulpa, pendientes de sus postes de bronce. Al bajar, Jiggs se entretuvo un momento, observando las cuatro F grabadas en las cuatro caras de sus bases.

Después de rodear el edificio principal, siguió una estrella callejuela semejante a una alcantarilla, que terminaba en una puerta blanca y lisa. Estampó la huella de su mano entre las demás manchas de grasa y aceite, penetrando en un estrecho cuartito en cuyas paredes aparecían alineadas y numeradas gran cantidad de herramientas y desde el que podía escucharse un débil y cavernoso murmullo. Aquel cuarto contenía un lavabo, una hilera de perchas de las que colgaban prendas de vestir; camisas y chaquetas, unos pantalones con los tirantes balanceándose al aire y varios monos grasientos. Jiggs cogió uno de estos y metióse en él estremeciendo un poco los hombros, mientras se dirigía en seguida hacia la segunda puerta, construida casi toda ella de tela metálica y a través de la cual podía ahora ver el hangar, caverna de vidrio y acero que servía de cobijo a los aeroplanos de carreras, los cuales, con sus talles de avispa, ligeros, tranquilos y brillantes, parecían carecer de peso, como hechos de papel, con el solo fin de reposar sobre los hombros de aquellos mecánicos que se afanaban a su alrededor. Su suave pintura quedaba tamizada aún más por la tenue y acerada luz del hangar y la mayor parte de ellos permanecían completos e intactos a pesar de que los mecánicos reparaban, en su interior, piezas tan sutiles y minúsculas que resultaban imposibles de apreciar para ojos no adiestrados... Pero uno de ellos, desprovisto de capota, revelaba a la luz sus entrañas de acero, entre las que destacaban múltiples varillas, etéreo todo ello en su absoluta delicadeza y absolutamente necesario para que el movimiento no quedase convertido en inercia. En su desintegración era más semejante a un derelicto que el esqueleto medio devorado de un ciervo apareciendo de repente entre las matas de un bosque.

Jiggs se detuvo, abrochándose aún el cuello del mono, y miró a las tres personas que se movían alrededor del aparato. Dos de aquellos seres eran de estatura semejante, pero el otro, mucho más alto. Todos llevaban monos, y uno de ellos tenía la cabeza cubierta por un pelo revuelto y muy rubio, que aun desde aquella distancia no parecía pertenecer a un hombre. Jiggs no se aproximó en seguida, sino que, abrochándose el mono, echó una ojeada por el hangar, observando que, junto a otro de los aeroplanos, agitábanse más mecánicos, y que entre ellos correteaba un niño con el pelo de estopa, verdadera miniatura de hombre, incluso con su mono cubierto de grasa. «Dios mío —pensó Jiggs—. ¡Cómo se está poniendo de manchas! Laverne va a armarle un escándalo». Aproximóse, sobre sus cortas y robustas piernas, percibiendo la voz del chiquillo, que hablaba en ese tono seguro y enérgico del pilluelo típico del Middle West.

Al llegar junto a él le colocó una mano sobre la cabeza, empezando a restregársela.

—¡Cuidado! —dijo el pequeñuelo. Y luego añadió—: ¿Dónde has estado?

Laverne y Roger... —Jiggs volvió a restregarle la cabeza y a continuación se puso en cuclillas, con los puños cerrados en alto, mientras escondía la cabeza entre los hombros en burlesca pantomima. Pero el niño limitóse a mirarlo, repitiendo:

—Laverne y Roger...

—¿Quién es tu padre hoy? —preguntó Jiggs.

Sin variar en absoluto la expresión, el chiquillo contempló un momento a Jiggs y luego embistióle con los puños cerrados. Jiggs se agachó, esquivando los golpes. Los demás se habían vuelto a mirarlos, sosteniendo en sus manos las llaves inglesas, las piezas de recambio y las otras herramientas.

—¿Quién es tu padre hoy? —repitió Jiggs, elevando en el aire al muchacho y sosteniéndolo luego a distancia, mientras el chiquillo trataba de alcanzarle la cabeza con los puños—. ¡Muy bien! —gritó Jiggs, librándose definitivamente de su adversario mientras proseguía haciendo gestos vagos, ahora cegado, ya que la gorra había caído sobre sus ojos a causa de los golpes—. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Me rindo —añadió, haciéndose atrás y volviendo a colocar la gorra en su sitio.

Y entonces dióse cuenta de por qué el muchacho había cesado de golpearle: tanto él como los demás obreros, con las manos ocupadas en las herramientas, el alambre y las piezas de recambio estaban ahora observando fijamente a un personaje que acababa de aparecer, como recién salido de la vitrina de un doctor, o bien como un paciente anestesiado en un hospital de caridad, que hubiese echado a correr aprovechando un descuido. Vio a un hombre que, rígido, debía alcanzar sin duda más de un metro ochenta y que pesaría solo unos cincuenta kilos, con un traje de edad y color indefinibles, como si estuviese hecho de aire, brillante como el ala de un aeroplano y raído a causa de su contacto con la tierra, flotando tan ligeramente sobre su esqueleto, que tanto el traje como su poseedor parecían colgados de una percha. Un ser que caminaba con los mismos ademanes sueltos de un cachorro de *setter*, y que estaba ahora agachado frente al muchacho, con los puños en alto, en un gesto aún más burlesco que el de Jiggs, porque claramente no deseaba que lo fuese.

—¡Vamos, Dempsey! —dijo aquel hombre—. ¿Qué te parece si me acompañas a tomar un helado?

El chiquillo no se movió. Aunque no tenía más de seis años, miraba a la extraña aparición con la perpleja tranquilidad de un hombre hecho y derecho.

—¿Qué te parece? —volvió a repetir aquel.

El chiquillo continuó sin moverse.

—Pregúntele quién es su padre hoy —dijo Jiggs. El hombre lo miró:

—¿Cómo es su padre? —dijo.

—No. ¿Quién es su padre?

La aparición contemplaba a Jiggs con una especie de sorprendida inmovilidad. «¿Quién es su padre?», repitió. Aún estaba mirando a Jiggs, cuando el chiquillo precipitóse contra él con los puños cerrados, golpeándole furiosamente, mientras en su pequeño rostro se dibujaba una expresión irritada, casi criminal. A todos les

pareció que los golpes producían un sonido hueco, como si la piel de aquel hombre y su traje colgasen de una silla. El agredido se contrajo, tratando de proteger su cara, sin dejar por eso de mirar interrogadoramente a Jiggs, repitiendo: «¿Quién es su padre? ¿Quién es su padre?».

Cuando Jiggs, por fin, se acercó al aparato desprovisto de capota, los dos mecánicos habían desmontado ya el carburador.

—¿Estuviste en los funerales de tu abuela quizá? —preguntó el más alto.

—No. Me entretuve jugando con Jack —repuso Jiggs—. Si no me visteis por aquí antes, es porque no había mujeres alrededor.

—¿Sí? —dijo el otro.

—Sí —contestó Jiggs—. ¿Dónde está la llave inglesa que adquirimos en Kansas City?

La mujer la estaba utilizando. Después de entregársela, se pasó el dorso de la mano por la frente, dejando en ella un rastro de grasa, así como en el pelo color trigo. Jiggs se puso a trabajar con ahínco, aunque una vez volvió la cabeza, viendo cómo la aparición, con el chiquillo sobre un hombro, se inclinaba por encima de las cabezas y las sucias espaldas de los dos que estaban ocupados en el otro aparato. Y cuando él y Shumann colocaron el carburador en su sitio, volvió a mirar, viéndolos cómo traspasaban la puerta del hangar dirigiéndose hacia la pista. Shumann puso la hélice horizontal, mientras Jiggs levantaba al aparato por la cola sin aparente esfuerzo, maniobrando para que pasara por la puerta, mientras la mujer daba un paso atrás, a fin de que el ala no la lastimase, mirando luego hacia el interior del hangar.

—¿Dónde ha ido Jack? —dijo.

—Está en el campo con ese individuo —repuso Jiggs.

—¿Con qué individuo?

—Con el alto. Dice que es reportero. Parece un esqueleto escapado del cementerio.

El aeroplano pasó junto a ella, saliendo a la luz del día, con la cola alta reposando ligera sobre el hombro de Jiggs, mientras que las piernas de este se movían con los gestos precisos y bruscos de Mi pistón y Shumann y el mecánico más alto empujaban las alas.

—Un momento —dijo la mujer.

Pero, al ver que no le contestaban, atravesó ante el grupo con aire decidido, llevando en la mano un paquete envuelto en un oscuro suéter. El aeroplano prosiguió su marcha. Los guardas, con sus gorras de colorines, levantaron la barrera que impedía la entrada al campo de aterrizaje, y en aquel momento la banda de música rompió a tocar, oyéndose sus sonos por duplicado; es decir: muy débiles en el lugar donde los rayos solares arrancaban destellos al metal de los instrumentos y más fuertes y chillones en los altavoces instalados frente a las tribunas. La mujer volvióse, entrando de nuevo en el hangar, apartándose un poco a fin de dejar paso a otro aparato y su tripulación.

—¿Quién era ese con quien Jack ha ido? —preguntó a uno de aquellos hombres.

—¿El esqueleto? —repuso este—. Salieron a comprar un helado. Dice que es reportero.

Ella volvió a atravesar el hangar y la puerta de tela metálica, penetrando en el cuarto lleno de perchas, de las que estaban suspendidas chaquetas y camisas. Además, ahora veíase un cuello duro y una corbata, como en la tienda de un barbero cuando se afeita a un clérigo, reconociéndolos como pertenecientes al hombre con lentes de montura de acero que había ganado el «Trofeo Graves» dos meses antes, en Miami. En aquella puerta no había cerradura ni pestillo, y la otra, aquella que había utilizado Jiggs, aparecía completamente blanca, a excepción de las manchas de grasa que en ella dejaron tantas manos. Durante menos de un segundo, la mujer permaneció completamente inmóvil contemplando la segunda puerta, mientras su mano realizaba un gesto mecánico, como si fuese a coger el inexistente pestillo. Luego dirigióse hacia el rincón en el que estaba instalado el lavabo..., un lavabo lleno de grasa, con su pedazo de jabón semejante a escoria y la caja metálica con toallas de papel, dejando el paquete cuidadosamente junto a la pared, en un lugar en que el suelo aparecía más limpio. Luego miró de nuevo a la puerta, durante una fracción de segundo. Era una mujer no muy alta, ni de tipo grueso, semejante a un hombre, dentro del grasiento mono, con el pelo revuelto y fuerte, ahora algo más oscuro que cuando estuvo expuesto a la luz, y un rostro rudo y moreno, de fuertes mandíbulas, en el que los ojos parecían dos fragmentos de porcelana. Tras aquella pausa, se arremangó hasta los codos y desabrochóse el cuello, bajándose los hombros, como si no quisiese desarreglarse más de lo necesario. Luego se frotó cara, cuello y brazos con aquel áspero jabón, secándose con la toalla. Y por fin, con los brazos separados del cuerpo, abrió el paquete que había depositado antes en el suelo, sacando un peine, una polvera de metal barato y un par de medias, arrolladas dentro de una camisa blanca, de hombre, y una estropeada falda de lana. Hizo uso del peine y del espejito, deteniéndose para frotar una vez más la grasa de su frente y luego desabrochó la camisa, extendiendo la falda y colocando ambas cosas sobre unas cuantas toallas de papel. Cogió después el cuello del mono con mucho cuidado e hizo una pausa, mirando hacia la puerta con ojeada fría y tranquila, carente de vacilación o de inquietud, mientras hasta sus oídos llegaban los confusos acordes de la banda. Luego volvió ligeramente la espalda a la puerta y, al mismo tiempo que alcanzaba la falda, quitóse el mono, mostrando unos zapatos oscuros, de talón bajo, no muy nuevos y unos pantalones cortos de hombre.

En aquel momento se oyó la primera detonación..., seguida de un eco más débil, como si hubiese originado otra de menos fuerza dentro del vacío hangar y en el mismo campo de aterrizaje. Por el abovedado recinto de acero extendióse el fragor, elevándose hacia el techo y llenando todo el espacio como un ejército de etéreas y aladas criaturas pertenecientes a un desconocido mañana, mecánicas en vez de humanas, sin carne, sangre ni hueso, que se hablasen unas a otras en voz alta y

alterada, como planeando un ataque contra los que se hallaban abajo. Había también un altavoz en la rotonda y, a través de él, el ruido de los aeroplanos que daban la vuelta al poste central llenaba el ámbito del restaurante, en el que la mujer y el reportero estaban sentados, mientras el niño consumía su segundo plato de helado. El ruido del altavoz, colmando la rotonda y el restaurante, destacábase incluso sobre el rumor producido por la multitud al penetrar por las distintas puertas en dirección al campo, mientras la voz del locutor, varonil y segura, proseguía dando instrucciones. A cada una de las vueltas, percibíase el rugido de los motores, elevado a su grado máximo, y luego la consiguiente disminución conforme se alejaban, dando paso de nuevo al restregar de los pies sobre el asfalto y a la voz del locutor, reverberante y sonora, dentro de aquella bóveda de cristal y acero, haciendo comentarios que, al parecer, nadie escuchaba, como si su clamor fuese tan solo un inexplicable fenómeno de la Naturaleza, como el viento o las erupciones volcánicas. Luego, la banda empezó a sonar otra vez, aunque débil y casi trivial, confundiéndose con la voz, cual si esta fuese ahora un obstáculo contra el que todo sonido humano se estrellase, desvaneciéndose ante su empuje. En seguida otra detonación, y el ruido de los motores, ahora insignificante, confundiéndose con el de la banda, y sirviendo ambas a la voz del mismo modo que un prestidigitador usa un pañuelo o su varita mágica, a fin de obtener mayor efecto.

«... en este instante ha terminado la segunda carrera, o sea la de quinientos centímetros cúbicos. El tiempo empleado por el vencedor será dado a conocer en cuanto los jueces lo computen. Mientras tanto, y en espera de que empiece la prueba siguiente, echaré un vistazo al programa, a fin de que puedan enterarse aquellos que han llegado tarde o que no lo han adquirido todavía. Solo cuesta veinticinco centavos y lo expenden esos empleados que lucen una gorra roja y amarilla...».

—Tengo uno —dijo el reportero, sacándolo del bolsillo de su despreciable americana junto con varios papeles y un periódico.

Era un folleto abierto y doblado sobre su primera página, en la que, impreso de modo bastante desvaído, podía leerse:

Jueves (día de la inauguración):

2,30. Descenso en paracaídas. Premio, 25 dólares.

3,00. Carrera de los 50 cm. Velocidad media, 100 millas por hora. Premio, 150 dólares: 45 por 100 al primero, 30 por 100 al segundo, 15 por 100 al tercero y 10 por 100 al cuarto.

3,30. Acrobacias aéreas. Jules Despleins, teniente francés, y Frank Burnham, de los Estados Unidos.

4,30. Carrera de velocidad, 900 cm. Promedio, 160 millas por hora.

5,00. Descenso en paracaídas, retardado.

8,00. Función especial nocturna, con el avión cohete del teniente Frank Burnham.

—Puede conservarlo —dijo el reportero—, no lo necesito.

—Gracias —repuso la mujer—. Pero ya estoy al corriente de todo —miró al

chiquillo—. A ver si terminas de una vez —le dijo—. Ya has comido más de lo que puedes tragar.

El reportero observó a su vez al niño, con su expresión desvaída y cadavérica, mientras se echaba hacia atrás en la silla, en esa posición inerte e insegura de un espantapájaros plantado en mitad de un campo.

—Todo lo que puedo hacer por él es comprarle algo de comer —dijo—. Porque llevarle a ver la carrera no creo que le cause el menor efecto. Usted es de Iowa, Shumann nació en Ohio, y este niño vio la luz primera en California. Además, ya ha cruzado cuatro veces los Estados Unidos, sin contar Canadá y México. ¡Dios mío! Las lecciones que podría darme...

Pero la mujer, sin apartar su vista del chiquillo, no pareció escucharle.

—Bueno —dijo por fin—, o te terminas eso o nos vamos.

—Luego te compraré una barra de chocolate, ¿eh, Dempsey? —dijo el reportero.

—No —repuso la mujer—. Ya ha comido bastante.

—Bueno, así la tendrá para más tarde, ¿verdad?

Ella le observó con mirada pálida, desprovista de curiosidad, perfectamente grave e indefinible, mientras se levantaba, moviéndose como desprovisto de peso, alto como un poste y con el horrible traje colgando flácido de su cuerpo, para dirigirse al puesto de los caramelos. Sobre el ruido producido por innumerables pies, en el vestíbulo, y sobre el rumor de cacharros en el restaurante, continuaba oyéndose la voz del locutor, hablando en un tono profundo y fácil, como si procediese directamente de aquel mausoleo de acero y cromo, refiriéndose a seres provistos de movimiento, aunque no de vida, incomprensible para las diminutas criaturas humanas que pueblan este mundo de desdichas, incapaces de sufrimiento, concebidos y dados a la luz en un instante, sutiles, intrincados y exánimes, como si saliesen de una caverna formada en los comienzos del mundo:

«... día de la inauguración del Aeródromo Feinman (cuyo coste es de un millón de dólares), instalado en New Valois, Franciana, bajo los auspicios de la Asociación Aeronáutica Americana. He aquí el cronometraje oficial de los ganadores de la carrera de quinientos centímetros cúbicos, que ustedes acaban de presenciar...».

Ahora les fue preciso seguir la lenta corriente, hasta alcanzar los límites del campo, donde los porteros, con uniformes amarillos y encarnados, igual que sus gorras, les impidieron la entrada, porque ni la mujer ni el niño llevaban el consiguiente billete. Así es que hubieron de retroceder, dando la vuelta por el hangar. Allí salió a su encuentro de nuevo la voz..., o mejor dicho, no habían cesado de oírla ni un instante. Estaban sumergidos en ella como bajo los rayos del sol, y al igual que este, difundíase por el espacio de un modo inagotable. Una vez en el campo, oyóse el tercer estampido. Apostado entre los aeroplanos, que aguardaban para tomar parte en la siguiente carrera, Jiggs pudo verlos a los tres...: a la mujer, en actitud de inconsciente atención; al hombre-espantapájaros, que hablaba gesticulando con rapidez, y al chiquillo, encaramado a sus hombros mientras sostenía en la mano una

barra de chocolate, con evidente desgana. Prosiguieron su camino y Jiggs pudo verlos aún dos veces. La segunda de ellas, las sombras del hombre y del chiquillo se alargaban hasta una distancia increíble sobre la superficie del campo. Pero en aquel momento el mecánico de más talla empezó a llamarle, al tiempo que los cinco aeroplanos que iban a competir con Shumann en la carrera se movían en dirección a la pista, con las colas en alto, apoyadas sobre los hombros de sus cuidadores.

Cuando él y el mecánico regresaron, la música estaba sonando y frente a las tribunas, en las que ondeaban banderines amarillos y púrpura, los altavoces aparecían alineados a intervalos regulares en la misma linde del campo, emitiendo clamores resonantes que, a medida que Jiggs y el otro avanzaban, morían para reaparecer de nuevo sin perder ardor ni ganar en expresión o en tono. Más allá de los amplificadores y del césped extendíase el llano terreno triangular, arrebatado a las aguas del lago, y sobre el que destacaban las inmaculadas pistas de cemento, formando dos F cruzadas, en una de las cuales los seis aeroplanos parecían seis inmóviles avispas, mientras un sol suave hacía despedir destellos a su brillante pintura y a sus pulidas hélices. La banda cesó de sonar; el cohete estalló en el aire y, antes que su estampido se apagase, empezaron a runrunear los motores, mientras que la voz, más potente y avasalladora que el estrépito de los aviones al elevarse, convergiendo hacia el poste central, proclamaba:

«... cuarta prueba, carrera de velocidad, novecientos centímetros cúbicos, veinticinco millas, cinco vueltas, premio, trescientos veinticinco dólares. Iré dando los nombres de los concursantes en el mismo orden en que, a juicio de los demás pilotos, van a entrar en el meta. El primero y el segundo serán, sin duda, Al Myers y Bob Bullitt, números treinta y dos y cinco, respectivamente. Pueden ustedes escoger el ganador. Su pronóstico es tan bueno como el nuestro; los dos son excelentes aviadores. Bullitt ganó el trofeo Graves en una carrera difícil, celebrada en Miami, el mes de diciembre último, y la clase de ambos resulta excepcional. En fin, no quiero volverlos locos con mis opiniones. ¿Está usted ahí, Sharlie? Me refiero a míster Bullitt. Los demás también son buenos, pero, desde luego, los antes mencionados poseen mejores aparatos. Así es que pondremos para tercero a Jimmy Ott, y por fin, a Roger Shumann y Joe Grant, ya que, como dije antes, sus aeroplanos no son tan veloces. ¡Ahí los tenemos dirigiéndose hacia el poste central! El primero es... Myers, o quizá Bullitt, Ott los sigue de cerca y Shumann y Grant aparecen bastante retrasados. Acaban de dar la primera vuelta».

El locutor, con su voz firme, agradable y segura, era famoso por su experiencia en espectáculos de aviación, así como otros lo eran en fútbol, música y lucha libre. También era piloto y ahora elevaba la cabeza por encima de los instrumentos, un poco más abajo de las localidades reservadas, sin sombrero, con una americana a cuadros, quizá demasiado llamativa y emanando cierto aire a Hollywood Avenue, en vez de Madison. En su solapa ostentaba la modesta insignia alada de una Asociación Aeronáutica, y, sin dejar de hablar, volvióse un poco hacia los palcos, mientras los

aviones, tras dar rugiendo la vuelta al campo, perdíanse otra vez de vista en la distancia.

—Ahí está Feinman —dijo Jiggs—. En el palco azul y amarillo. Es ese que lleva un traje gris y una flor en el ojal. Sí, el que está con las mujeres. Ahora presume de señor.

—Así es —dijo el mecánico de aventajada estatura—. Pero ¡mira!, Roger va a pasar a ese en la próxima vuelta.

Aunque Jiggs volvió la cabeza en seguida, la voz se le anticipó, como si estuviese en posesión de alguna cualidad especial que le hiciese superior a la vista humana.

«¡Bien, bien! Aquí tenemos una carrera que no esperábamos. Parece como si Roger Shumann quisiera sorprendernos. Iba tercero en la pasada vuelta, después de adelantar a Ott en el último viraje. Y mírenle ahora. Mistress Shumann, que se halla entre el público, quizá esté segura del triunfo de su esposo. Iba cuarto a la salida y ahora le tenemos ya tercero..., pero ¡oh!, observen cómo da la vuelta al poste. Parece como si llevara un cohete en..., bueno, ya saben dónde. Quizá se lo haya colocado la misma mistress Shumann. ¡Magnífico, Roger! Si por lo menos pudiese mantener a raya a Ott. Pero no quiero marearlos. No. Esperen..., es-pe-ren. ¡Caramba! Está tratando de alcanzar a Bullitt..., en este viraje le ha ganado ya trescientos metros. No le pierdan de vista. A la próxima vuelta intentará pasar a Bullitt... ¡Fíjense! Les está venciendo a todos en los virajes, porque sabe que no puede lograrlo en las rectas... Iba en cuarto lugar y ahora está dispuesto a pasar a Bullitt, aunque tenga que dejarse las alas en el próximo viaje. ¡Ah!, viene otra vez... ¡Oh!, mistress Shumann debe de hallarse entre ustedes. Quizá le haya dicho a Roger que no vuelva a casa si no es con el dinero. Primero viene Myers, y el segundo..., ¿es Shumann o Bullitt?... ¡Es Shumann! Es Shumann, después de haber realizado una carrera sorprendente...».

—Menos mal —dijo Jiggs—, pues de otro modo, esta noche nuestros estómagos hubieran creído que carecíamos de cabeza. ¡Vamos! Te ayudaré a colocar los paracaídas.

Pero el mecánico estaba mirando hacia el campo. Y Jiggs hizo lo propio, pudiendo ver una diminuta mancha caqui que avanzaba sobre las cabezas de los demás, un poco más abajo de donde estaba la banda, aunque le fuese imposible percibir a la mujer. Los seis aeroplanos, que durante seis minutos habíanse perseguido sañudamente a lo largo de la ruta, casi sin cambiar de lugar, como los guisantes dentro de su vaina, se habían esparcido ahora por el cielo en un radio de dos o tres millas, como si después del último viraje el poste central hubiera despedido unos cuantos pedacitos de papel que ahora revoloteaban hacia el suelo.

—¿Quién es ese tipo —preguntó el mecánico— que no hace más que mariposear alrededor de Laverne?

—¿Te refieres a Lázaro, el resucitado? —dijo Jiggs—. ¡Dios mío! Si yo fuese él estaría asustado de mí mismo, no atreviéndome ni siquiera a saltar de la cama. ¡Vamos! El piloto está ya en su puesto esperándote.

Durante unos instantes el mecánico permaneció vuelto hacia la gente con expresión vaga. Luego volvióse.

—Vete por los paracaídas y busca a alguien que pueda traer el saco, mientras yo...

—Ya están en el aparato —dijo Jiggs—. Yo mismo los llevé. ¡Vamos!

El otro, que ya había empezado a andar, se detuvo, mirando a Jiggs. Tenía un rostro hermoso y frío, de facciones regulares, brutalmente valerosas, y su expresión era enérgica, aunque no demostrativa de inteligencia ni de fuerza extraordinaria. Bajo los ojos, unas ligeras bolsas ocasionadas por la vida irregular, parecían haber sido pintadas por algún experto maquillador. Y un bigotito negro recortábase sobre una boca de labios finos, más femenina que la de aquella mujer a la que él y Jiggs llamaban Laverne.

—¿Cómo? ¿Dices que llevaste los paracaídas y el saco de harina al aparato?

Jiggs contestó sin detenerse:

—Tú eres el próximo, ¿no? ¡Date prisa! Se está haciendo un poco tarde. ¿Esperas quizá que enciendan las luces del campo o que empiece a funcionar el faro?

El otro echó a andar de nuevo, siguiendo a Jiggs hacia el lugar en que un aeroplano de tipo comercial permanecía junto a la barrera, con el motor en marcha.

—Me figuro que habrás estado también en la oficina para hacerte cargo de mis veinticinco dólares y ahorrarme así un poco más de tiempo, ¿verdad? —dijo.

—¡Bueno! También lo haré —repuso Jiggs—. ¡Vamos! El piloto te está esperando. Luego va a cobrarte seis dólares en vez de cinco.

Se acercaron al aparato. El piloto estaba instalado en su cabina y el sol, ya muy bajo, arrancaba destellos cobrizos a las aspas de la hélice, girando, como un halo, al extremo del motor. En el suelo estaban los dos paracaídas y el saco de harina. Jiggs los sostuvo mientras su compañero se colocaba el correaje y luego empezó a manipular en los cinturones y las hebillas, sin cesar en su charla:

—Sí; Roger ya habrá cobrado el dinero. Menos mal que esta noche dispondré de unos cuantos billetes. ¡Dios mío! No voy a saber contar más allá de dos dólares.

—Muy bien; pero no trates de adiestrarte con mis veinticinco. Límitate a conservarlos en tu poder hasta que yo regrese.

—¿Y qué otra cosa quieres que haga con tus veinticinco dólares? —repuso Jiggs—. Roger acaba de ganar el treinta por ciento de trescientos veinticinco. ¿Qué crees que son veinticinco dólares al lado de eso?

—Existe una ligera diferencia —repuso el otro—. Y es que lo que ha ganado Roger no es mío, mientras que esos veinticinco dólares lo son. Mira. Me parece preferible que no los recojas.

—¡Bueno! —dijo Jiggs, balanceándose sobre sus cortas y robustas piernas, mientras apretaba las hebillas del paracaídas de urgencia—. Ahora se puede decir que nadamos en la abundancia. Por lo menos esta noche podremos comer y dormir bien...

Se apartó de allí un poco mientras el otro se dirigía rápido hacia su aeroplano. En

aquel momento hizo su aparición el escribiente con una libreta, y tras anotar sus nombres y el número del avión, alejóse de nuevo.

—¿Dónde quiere aterrizar? —preguntó el piloto.

—Me es igual —repuso el paracaidista—. En cualquier lugar de los Estados Unidos..., con tal que no sea en ese lago.

—Si ves que caes al agua —dijo Jiggs— te vuelves al aparato y saltas de nuevo.

Pero los otros no le hicieron caso. Ambos estaban mirando hacia el firmamento, en el que empezaban a apreciarse las señales de un próximo crepúsculo.

—Es algo peligroso a esta hora —dijo el piloto—. Tenga cuidado con los techos de los hangares.

—Muy bien —dijo el paracaidista—. Pongámonos en marcha cuanto antes.

Ayudado por Jiggs, encaramóse al ala y de allí pasó a la cabina delantera. Una vez instalado en ella, Jiggs le entregó el saco de harina, que el otro colocó sobre sus rodillas, como si fuera un niño. Con su cara hermosa, fría e indiferente, semejava ese soltero de las comedias a quien su novia sorprende en una esquina sosteniendo en los brazos a un chiquillo ajeno. El avión empezó a avanzar. Y Jiggs retrocedió en el mismo instante en que el paracaidista, sacando la cabeza, le gritaba:

—Deja en paz ese dinero, ¿me oyes?

—Perfectamente —dijo Jiggs.

El aeroplano se dirigió hacia la pista de despegue y una vez situado en ella se detuvo. De nuevo retumbó el estampido de un cohete, mientras que en el cielo, de un color ya muy suave, como indeciso antes de oscurecerse, aparecía una nubecilla algodonosa. La voz del locutor desdoblóse en los altavoces, produciendo un eco al chocar contra la valla de las tribunas. Y Jiggs, como si hubiese estado esperando aquella señal, empezó a moverse al mismo tiempo que el avión. Este, tras adoptar un ángulo conveniente, elevóse en amplio viraje. Estaba a mil metros de altura, cuando Jiggs se abrió paso por entre los guardianes, púrpura y amarillo, de la puerta principal y luego a través de la muchedumbre, hasta alcanzar el estrecho corredor subterráneo abierto bajo la tribuna de asientos reservados. Alguien le tiró de la manga.

—¿Cuándo va a arrojarse el paracaidista?

—Cuando se halle sobre el campo —contestó Jiggs, atravesando por entre otro grupito de porteros y penetrando luego en la rotonda inundada por el clamor de los altavoces, que no cesaron un momento de sonar.

«... aún sigue ganando altura. El avión tiene que recorrer un largo camino. Y luego verán ustedes a un ser viviente..., a un hombre como cualquiera de nosotros, precipitarse al espacio y recorrer lo menos cuatro millas antes de tirar de la cuerda de su paracaídas...».

Una vez allí, Jiggs se detuvo, mirando rápidamente a su alrededor antes de afrontar de nuevo la marea de gente, ahora no tan numerosa, que se movía por aquel lugar, mientras en el aire flotaban innumerables comentarios:

—¿Qué hacen ahora? ¿Cuál es el siguiente número?

—Un individuo que se va a arrojar desde diez millas de altura en un paracaídas.

—Es mejor que se apresure. O si no, se le va a abrir antes que se lance al espacio —dijo Jiggs.

La rotonda estaba ahora iluminada por un halo suave, etéreo, sin color determinado, que no producía sombra alguna. Era un recinto espacioso, sereno, sonoro y monástico, adornado con relieves o bajorrelieves en bronce o cromo, hábilmente trabajados, que representaban la furiosa leyenda de la conquista del aire por los hombres. Arriba, la cúpula de cristal azul repetía las dos F marcadas en las pistas y en el pavimento, las cuales, pulidas, brillantes y aceradas, veíanse también reproducidas en monogramas aplicados a las rejas de las ventanillas expendedoras de entradas y formando frisos en las bases y cornisas de piedra sintética.

—Esto solo ya les habrá costado el millón —dijo Jiggs—. Oiga, amigo, ¿dónde están las oficinas?

El empleado se lo indicó y Jiggs dirigióse hacia una puertecita muy discreta, casi oculta por una arcada, que atravesó, quedando unos minutos libre de la voz, aunque esta pareció aguardarle fuera, para caer de nuevo sobre él unos minutos más tarde.

«... aún sigue ganando altura. Los muchachos que se encuentran junto a mí no pueden calcularlo exactamente, pero creen que ya se encuentra en posición para saltar. Primero verán ustedes la harina y luego un hombre cayendo vertiginosamente al extremo de su estela, un ser viviente precipitándose en el espacio a la velocidad de cuatrocientos metros por segundo».

Cuando Jiggs llegó de nuevo al campo (carecía de billete y, por tanto, aunque le era posible pasar de aquel a la rotonda, no podía hacer lo contrario sin dar la vuelta por el hangar), el aeroplano no era más que un puntito insignificante, destacándose apenas contra un firmamento ahora ya decididamente crepuscular del que parecía suspendido, desprovisto de movimiento y de vibración. Pero Jiggs no se molestó en mirarlo. Abrióse paso entre los cuerpos rígidos, cuyas cabezas estaban levantadas hacia el cielo, y alcanzó la barrera en el preciso instante en que entraba uno de los aviones de carreras, deteniendo a uno de los mecánicos.

—Monk, dale esto a Jackson, ¿quieres? Son sus cinco dólares por pilotar ese aparato. Él ya lo sabe.

Volvió a meterse en el hangar, caminando ahora más rápidamente y desabrochándose el mono antes de empujar la puerta de tela metálica. Después lo colgó de una de las perchas, contemplando sus manos por breves instantes. «Debo lavármelas antes de ir a la ciudad», se dijo. Ya habían encendido algunas luces. Cruzó la plaza, pasando ante los frutos sin pulpa que colgaban de sus postes de hierro y en cuya base podían percibirse las cuatro F, a pesar de la escasa luz. El autobús estaba también iluminado, pero todos los pasajeros, incluso el conductor, permanecían fuera, mirando hacia el cielo, mientras la voz del amplificador, apócrifa, inagotable, inhumana e incapaz de cansancio o debilidad, proseguía diciendo:

«... ya se encuentra en posición. Podemos esperar que se lance de un momento a

otro... Ahora recorre el ala; retrocede un poco... ¡Ahora!... ¡Miren la estela de harina!».

En efecto, esta marcaba en el cielo una débil huella apenas visible, ligera y difusa, al extremo de la cual destacábase apenas un puntito, que luego se fue agrandando hasta convertirse en el cuerpo de un hombre que caía velozmente hacia el lugar en que miles de espectadores contenían la respiración. Luego, el paracaídas desplegó su blancura, balanceándose suavemente contra un cielo ya muy oscuro, mientras poco a poco se iba acercando a la tierra. Ahora ya estaban encendidas las luces del campo. El paracaidista proseguía su descenso, como si procediese del vacío, de un vacío sin sonidos y sin respiración, acercándose al brillante collar de luces y a los hangares espléndidamente iluminados. En aquel instante, la luz verde del faro instalado en la parte superior de la torreta de señales empezó a parpadear: punto, punto, raya, punto; punto, punto, raya, punto; punto, punto, raya, punto, diseminado sus fulgores por encima del oscuro lago. Jiggs tocó el brazo del conductor.

—Vámonos —dijo—. Tengo que estar en Grandlieu Street antes de las seis.

UNA TARDE EN NEW VALOIS

La luz de la lámpara de sobremesa, dirigida hacia abajo, daba de lleno sobre las caderas del reportero. El editor, sentado tras su escritorio, veía el cuerpo del joven proyectarse hasta una altura considerable, coronado por una cara cadavérica, colgada en los espacios superiores de la habitación y envuelta en una luz verdosa y fantasmal que no podía resultarle más apropiada, así como al mugriento sombrero y al traje, arrugado como si alguien hubiese dormido encima, con un bolsillo distendido a causa de los muchos papeles de que estaba lleno, mientras que del otro salía un periódico doblado, en el que podía leerse, recién impreso, con la tinta aún húmeda: *Accidente aéreo*.

Resumiendo: su aspecto era el de un tuberculoso en el último grado de consunción. El editor confiaba en que aquel hombre fuese soltero, no porque tuviese el menor indicio de su estado, sino porque así lo intuía por su apariencia externa...; un ser que no debió de haber tenido nunca padres ni haber sido joven, como si ya hubiese nacido con su estatura actual y su aire de madurez, a consecuencia de alguna violenta e instantánea transición, como las que se cuentan en ciertas historias fantásticas. Si alguien hubiese dicho que tenía un hermano, no habría causado más sorpresa de la que se experimenta al encontrar la pareja a un zapato arrojado a la basura. El editor había oído en cierta ocasión manifestar a una muchacha habitante en un cuchitril de Barricade Street, que su aire era el de un auténtico fantasma.

Sobre el escritorio, plenamente iluminado por la lámpara, velase el mismo periódico desplegado, en el que en gruesos caracteres aún húmedos podía leerse: *Accidente durante un festival de aviación. Uno de los pilotos resulta abrasado vivo*.

El editor estaba echado hacia atrás en su sillón, en mangas de camisa, con la cabeza calva envuelta también en la luz verdosa de la pantalla, mirando enojado al reportero.

—Tiene usted un instinto especial para los sucesos —decía—. Si se encontrara en una habitación llena de personas a las que no hubiese visto hasta entonces, y supiese que dos de ellas van a cometer un crimen, usted caería sobre ambas como el cuervo sobre la carroña, proporcionándoles incluso una pistola para llevar a cabo sus designios. Pero no es capaz de traerme otra cosa sino informaciones. ¡Oh! ¡Muy bien! Al fin y al cabo, publicamos las mismas noticias que los otros periódicos, nadie se ha quejado y, por otra parte, no puede pedirse más por los cinco céntimos que vale el ejemplar. Pero no se observa nunca ese hálito vital que caracteriza a la auténtica información. Solo noticias. Noticias que ya han muerto antes que usted acuda aquí con sus cuartillas —inmóvil tras su lámpara, el reportero observó a su jefe con aire atento y vigilante—. Es lo mismo que cuando se trata de leer algo en un idioma desconocido —prosiguió el editor—. Se sabe que lo que se busca está allí. Pero eso es todo. ¿Quizá le ocurre la horrible desgracia de que por una circunstancia particular oye y habla en determinado idioma y no puede escribirse sino en otro? ¿Cómo le

suenan a usted cuando lee sus propios artículos?

—¿Cuando leo qué? —dijo el reportero.

Luego sentóse en una silla, mientras el editor proseguía increpándole. Al hacerlo, dejóse caer con ruido seco, como el que hubiese producido un espantapájaros al desplomarse sobre el suelo, o como si su esqueleto hubiese entrado en contacto directo con la madera del mueble, e inclinóse hacia adelante, sobre el escritorio, con expresión anhelante, no solo como si estuviera al borde de la tumba, sino como si ya contemplara las orillas de la Laguna Estigia y los inmensos espacios en los que nunca ha sonado el timbre de una caja registradora ni el ruido de dinero..., en aquel lugar resplandeciente lleno de aromas de incienso y ámbar, situado en el seno profundo del más completo placer celestial.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —gritó—. ¿Por qué no me dijo antes lo que deseaba? Resulta que, ¡estúpido de mí!, he estado los siete días de la semana yendo de un lado para otro en busca de algo interesante y tratando luego de contarlo en forma que no defraudase a los miles de nuestros suscriptores y anunciantes, para que ahora... Pero no importa. Porque, ¡escúcheme! —Quitóse el sombrero de un manotazo, arrojándolo sobre la mesa. El editor lo cogió rápidamente, como si fuese un trozo de pan lleno de hormigas cayendo sobre un pulido mantel, arrojándolo de nuevo sobre las rodillas del otro—. Escúcheme —repitió el reportero—: Ella está en el aeródromo; tiene un niño de corta edad; y, además, hay dos hombres que pilotan el avión. Mejor dicho, uno nada más, porque el otro es el que se lanza en paracaídas..., con un saco de harina, precipitándose hacia la tierra con velocidad vertiginosa. Y el pequeño, que no es mayor que este teléfono, lleva un mono igual al de ellos...

—¿Qué dice? —gritó el editor—. ¿Quién tiene un niño?

—Llevaba un mono cuando entré esta mañana en el hangar. Y, por cierto, muy limpio, tal vez porque considera domingo el primer día de un festival aéreo, y el niño, con un bastón, iba esparciendo grasa por el suelo y por su persona, quizá para parecerse a los otros... Sí; ella es la esposa de ese Shumann, que por la tarde llegó el segundo a la meta, después de haber ocupado el cuarto lugar, en un alarde que parecía imposible a todo el mundo, y se llama Shumann, como el chiquillo. Esta mañana, en el hangar, llevaba un mono, como los demás, mientras que en las manos sostenía herramientas y llaves inglesas, y en la boca, un manojo de pasadores, como una modista sus alfileres... Tiene un pelo trigueño, por el que darían cualquier cosa en Hollywood, y lucía una mancha de grasa allí donde se estuvo restregando la frente. Es su esposa. Se casaron casi cuando nació el niño, hace seis años, en un hangar de California. Un buen día, Shumann aterrizó en una ciudad cualquiera de Iowa o Indiana, donde ella era estudiante de segundo curso en una escuela superior, y quizá por eso pasó sin transición al asiento frontal de uno de esos *Jennies* que antes vendía el Ejército por cualquier cosa. Y es posible que desde la primera pista de aterrizaje mandase una postal a su tía o quienquiera que la estuviese esperando a comer, en el caso de que tenga parientes o descendencia de seres humanos. Y él la enseñó a arrojarse

en paracaídas. Pero no son como nosotros. De tener sangre en las venas, sentido común y cerebro, no se atreverían a efectuar esos virajes ceñidos alrededor de un poste. Hágalos arder, como el de esta noche, y no les oírás gritar siquiera. Hiéralos, y verá que no es sangre lo que tienen en las venas, sino aceite lubricante... Escúcheme: esta mañana entré en el hangar, cuando estaban repasando los aparatos, y pude ver al niño y a un individuo que parece un potro, agachado y con los puños cerrados, mientras que el resto del personal estaba vuelto hacia ellos, con las herramientas en la mano. El niño precipitóse contra aquel hombre, y este le sostuvo en el aire, volviéndole a depositar en el suelo. Yo me acerqué y, poniéndome también en guardia, dije: «¡Vamos, Dempsey! ¿Quieres pelear conmigo ahora?». Pero el chiquillo no hizo gesto alguno, sino que permaneció inmóvil, hasta que aquel sujeto me dijo: «Pregúntele quién es su padre», pero yo entendí «Cómo es su padre», y el otro me aclaró: «No. ¿Quién es su padre?». Así lo hice, y el niño precipitóse hacia mí, golpeándome con los puños con tal fuerza, que, de haber sido un poco mayor, me hubiera derribado. Entonces hizo unas preguntas, y ellos me lo explicaron todo —se detuvo, quizá faltó de respiración, pero no con esa suavidad propia de una embarcación vacía, sino de repente, como un juguete infantil que deja de funcionar al terminársele la cuerda. Tras su escritorio, aún echado hacia atrás y con las manos crispadas sobre el sillón, el editor le miraba con sorpresa.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Dos hombres, una esposa y un chiquillo?

—Sí. Y el tercer individuo, parecido a un caballo, es solamente mecánico. Ni siquiera esposo, sino solamente aviador. Sí. Shumann y el aeroplano descendiendo sobre cualquier aeródromo de Iowa o Indiana, y ella saliendo de la escuela con sus libros, y ambos marchándose juntos, sin más equipaje que un abrelatas y una manta sobre la que dormir, protegidos por el ala de su aeroplano cuando la lluvia cayese demasiado fuerte; y luego, el otro, el paracaidista, arrojándose desde una altura inverosímil con su saco de harina, sin tirar de la cuerda hasta haber recorrido tres millas. No son seres humanos. No se sienten ligados a nada. Ni siquiera al lugar en que nacieron, a ese lugar al que todos regresamos de cuando en cuando, aunque no sea más que para execrarlo. De costa a costa, en el Canadá durante el verano, y en Méjico durante el invierno, con una maleta y un abrelatas, siempre los tres juntos. Y para adquirir la gasolina necesitan que haya en el lugar un número considerable de personas dispuestas a prestarles el dinero. Porque ellos no necesitan dinero para vivir. Tienen bastante con su gloria, tras de la que corren de continuo, y que solo les dura hasta la carrera siguiente. No necesitan dinero más que de cuando en cuando, al entrar en contacto con la raza humana, como, por ejemplo, cuando se alojan en un hotel donde dormir o comer alguna cosa, o también cuando se ven precisados a comprarse unos pantalones o una falda para no atraer las miradas de cualquier policía. El dinero es difícil de conseguir, y se encuentra allí, a varios centenares de metros sobre el suelo, dando la vuelta a una torreta de acero a trescientas millas por hora, en un aparato construido como si fuese un reloj suizo, y cuya velocidad máxima

no es la que señala el pequeño cuadrante, sino aquella que se consigue cuando el motor está ardiendo, o cuando se desprende del aparato. Dando la vuelta al poste central, sobre el vértice de un ala, mientras la armazón tiembla como una doncella recién desposada. Y un aeroplano cuesta cuatro mil dólares, siendo solo bueno para unas cincuenta horas de vuelo, suponiendo que se tenga mucho cuidado con él. Y son cinco los que toman parte en la carrera, y los premios ascienden a doscientos o trescientos dólares, de los que hay que descontar impuestos, comisiones y propinas. Mientras tanto, los mecánicos y las esposas, abajo, en el campo, miran hacia el espacio, inmóviles, como sacados del escaparate de un almacén, cubiertos con sus monos grasientos, sin pensar en lo que van a comer, caso de no ganar la carrera, y en cómo van a dirigirse hacia el siguiente aeródromo, si el motor no funciona como es debido. Shumann ni siquiera es propietario de su aparato; ella me estuvo contando cómo tratan de que Vic Chance les construya uno y de los deseos que tiene este de complacerlos, aunque no sepan dónde van a conseguir los fondos necesarios. Así es que vuela en lo primero que encuentra, con tal que sea capaz de rendir la velocidad necesaria. El aparato que usaba hoy lo tiene a comisión. Era casi el más lento de todos y nadie confiaba en que hiciese buen papel. Pero los adelantó en los virajes. Y cuando no consigue tomar parte en una carrera, viven del paracaidista, el cual es un muchacho excelente, que trabaja casi tanto como el locutor, ya que este ha de estar charlando toda la tarde para preparar al público para algo que dura unos minutos, mientras el otro desciende desparramando la harina antes de tirar de la cuerda. El niño nació, pues, sobre la tela de un paracaídas, en un hangar de California, como si hubiese sido arrojado del fuselaje de un avión en marcha. Pensé en si tendría antepasados y un cielo y un infierno, como nosotros, y el mismo trabajo que los demás niños para ir creciendo y dar los primeros pasos, protegiéndose la cabeza con un brazo hasta conseguir lo que desea, y volver a sentarse de nuevo. De repente me lo imaginé con una caterva de abuelos, de tíos y de primos esparcidos por el mundo, y hube de detenerme, apoyándome en la pared del hangar, sofocado de risa. Puede usted hablar de paternidades immaculadas. Pero ese niño nació sobre un paracaídas extendido en el suelo, y luego el doctor llamó a Shumann y al paracaidista, y este sacó unos dados y le dijo a la mujer: «¿Quieres que lo hagamos así?», y ella repuso: «Agita el cubilete», y cuando salieron los dados, Shumann sacó el número más alto. Aquella misma tarde fueron en busca del juez de paz, y ella, desde entonces, se llama Shumann, y lo mismo el niño. Me dijeron que no habían sido ellos quienes empezaron a decirle: «¿Quién es tu padre?», sino la mujer misma. Y el chiquillo tiene ya la misma cara que los cuatro. Ella misma se corta el pelo con unas tijeras y juguetea con el muchacho diciéndole: «Ya puedes golpearme fuerte..., más..., más». ¿Qué le parece todo esto?

Se detuvo de nuevo. El editor, apoyado contra el respaldo de su sillón giratorio, emitió un largo y profundo suspiro, mientras el reportero se inclinaba sobre la mesa, como un esqueleto a punto de desintegrarse, con el mismo aire de soñadora furia que

debió de adoptar Don Quijote.

—Creo que debería escribirlo —dijo el editor.

El otro le estuvo contemplando, completamente inmóvil, durante unos segundos.

—Debería escribirlo..., debería escribirlo —murmuró. Su voz eclipsóse, mientras miraba al editor con aire extático, y este le respondía con una expresión fría y vengativa:

—Sí. Váyase a casa y escríbame todo esto.

—¡Que me vaya a casa y...! ¡A casa a escribir...! ¡Dios mío! Jefe, ¿cómo es que no nos hemos comprendido hasta ahora?

—Sí, sí —repuso el editor—. Váyase a casa, enciérrese con llave, arroje esta por la ventana y póngase a escribir —observó la cara desvaída del reportero, iluminada ahora por una fantasmal claridad verdosa—. Y una vez haya terminado, préndale fuego a su habitación —la faz del joven se fue haciendo lentamente hacia atrás, como una máscara tirada por un cordal. Y luego volvió a quedarse inmóvil, excepto por un ligero movimiento de los labios, como si estuviese probando algo muy sabroso o muy desagradable. Después se irguió poco a poco, como si le costase trabajo encajar uno en otro sus huesos y articulaciones. Sobre el escritorio veíase un paquete de cigarrillos, hacia el que tendió los dedos; pero el editor, con la misma rapidez con que antes había cogido el sombrero, se hizo cargo de la cajetilla, sin perder de vista al joven. Este, recogiendo del suelo su despreciable sombrero, le estuvo contemplando unos momentos con aire ensimismado, como si sacase muchas consecuencias de semejante examen—. Óigame —dijo el editor con voz paciente, casi amable—: Los propietarios de este periódico, o sus editores, o quienquiera que sea el que pague nuestros sueldos, por suerte o por desgracia, no tienen a su disposición Sinclairs Lewis, Hemingway, ni tan siquiera Chejov, principalmente, porque no desean tenerlos, ya que lo que ellos quieren no son piezas literarias, aunque estas sean dignas del premio Nobel, sino noticias.

—¿Quiere decir que no cree lo que le he contado acerca de esas gentes? —preguntó el reportero.

—Es más aún: no me importa en absoluto. ¿Cómo puedo hallar interés alguno en las costumbres de esa mujer, cuando estas ni siquiera llaman la atención de su marido legal, como dijo usted que era?

—Pues yo creí que las costumbres de esa mujer constituían algo verdaderamente original —repuso el reportero.

—Creía, creía... Escúcheme un momento. Si uno de ellos sube a su avión y se estrella, o si cualquiera de los dos asesina a la mujer o al niño, entonces esto puede considerarse una noticia. Pero hasta que ocurra semejante cosa, yo le estoy pagando a usted para que me traiga, no lo que está pensando acerca de alguien, o lo que oye decir, o incluso lo que ve, sino un informe detallado de todo lo que ocurre, que pueda resultar interesante a los lectores. Y así espero que lo haga mañana por la noche, cueste lo que cueste. Ahora váyase a su casa y métase en la cama. Y recuerde...,

recuerde esto: habrá alguien dispuesto especialmente para decirme a la hora exacta en que transpone usted mañana las puertas de la oficina. Y como sean más de las diez, ya puede disponer el lunes de un avión, si quiere dar alcance a su empleo en este periódico. ¡Márchese a casa! ¿Me oye?

El reportero le miró sin animosidad, perfectamente tranquilo, como si desde unos minutos antes hubiese cesado no solo de escuchar, sino de oír, observando el rostro del editor, solo por mera cortesía, para darse cuenta de cuando hubiese terminado.

—Muy bien, jefe —dijo—. Si ese es su modo de pensar...

—Ese es exactamente mi modo de pensar. ¿Comprende usted?

—Sí, señor. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó el editor.

El reportero dirigióse hacia la puerta lentamente, colocándose el sombrero con el mismo gesto con que antes lo lanzara sobre la mesa, y sacando después de su bolsillo, lleno de papeles, un arrugado paquete de cigarrillos. El editor le observó, mientras colocaba uno en la comisura de sus labios y atravesaba la puerta haciendo que el sombrero le quedase extrañamente torcido al tropezar con el dintel, en el que frotó la primera cerilla, que se le partió en dos. La segunda fue encendida en la chapa metálica del ascensor, mientras esperaba que este descendiese. La portezuela se abrió, cerrándose de nuevo tras de él con un chasquido. Luego, mientras con una mano hurgaba en su bolsillo, con la otra cogió el primer periódico de un montón colocado en el asiento junto a aquel en que se sentaba el encargado del ascensor, pudiendo leer en la primera plana, impreso en grandes caracteres negros:

ACCIDENTE DURANTE UN FESTIVAL DE AVIACIÓN

Un piloto se abrasa vivo.

El teniente Frank Burnham se precipita al suelo con su avión cohete.

Sostuvo el periódico ante sus ojos, ladeando un poco la cabeza y entornando los ojos, a causa del humo del cigarrillo. «Shumann sorprende a los espectadores colocándose en segundo lugar y arrebatando este puesto a Bullitt» —leyó en voz alta—. ¿Qué le parece?

—Pues me parece que todos están locos —dijo el encargado del ascensor, que, por cierto, no se había molestado en mirar siquiera al reportero, al tiempo que recogía la moneda con la misma mano que sujetaba una mugrienta pipa de arcilla, sin variar de actitud—. Tan locos son los que lo hacen como los que pagan por verlo —añadió, sin que el reportero se dignase tampoco concederle una mirada.

—Sí; muy sorprendidos —prosiguió este con la vista fija en el periódico. Luego lo dobló, tratando de meterlo en el atestado bolsillo—. Si dan otra vuelta, aún los hubiera sorprendido más, batiendo a Myers —el ascensor se detuvo—. Muy sorprendidos... ¿Qué hora es? —Con la misma mano que sostenía la moneda y la pipa, el mozo del ascensor elevó el reloj colocado sobre los periódicos, sosteniéndolo

en alto un momento, sin pronunciar palabra ni mirar a su interlocutor, con el mismo aire de aburrimiento de un ama de casa haciendo notar su tictac al más pequeño de sus hijos—. ¿Las diez y dos minutos? —dijo el reportero—. ¡Caramba!

—Haga el favor de salir —dijo el mozo—. Hay corriente de aire.

Luego la puerta se cerró chirriando. Mientras cruzaba el vestíbulo, el joven trató otra vez de introducir el periódico en el bolsillo ya lleno. Su imagen reflejóse, de un modo vago y furtivo, en los cristales de la puerta. La calle estaba desierta, aunque no muy lejos de allí, en Grandlieu Street, pudiese percibirse un sordo rumor, que se elevaba persistente en la oscuridad de aquella noche de febrero. Por encima de su cabeza, más allá de las copas de las palmeras, el cielo nublado parecía reflejar aquel desfiladero cerrado al tráfico y refulgente de luces, por el que discurrían carrozas llenas de fantoches, entre una lluvia de confeti y serpentinas, mientras en ambas aceras, una compacta muchedumbre contemplaba arrobada el espectáculo. El reportero caminaba, más que con rapidez, con una especie de ingrátida celeridad, no como si buscara rostros humanos, sino como si huyese de las tinieblas, o, mejor aún, como si, siguiendo los consejos del editor, se dirigiera a su casa para meterse en la cama, pensando en que le era preciso cruzar Grandlieu Street y en las dificultades que iba esto a representarle. «Debería haberme prestado un avión», pensó. Al atravesar el arroyo, las luces de los faroles, alineados a ambos lados, marcaron su sombra en el suelo, y al pasar junto a un oscuro escaparate, su imagen le siguió, reflejada en él como en un espejo. Deteniéndose frente al cristal y haciendo que su sombra se superpusiera a la imagen, se contempló atentamente, pareciéndole como si sobre sus hombros gravitase el negro fantasma de la noche y a su lado se destacasen la falda, el suéter y el pelo platinado de la adúltera.

«Seguramente —pensó—, en este instante se acuestan los tres en la misma cama..., o quizá lo hagan por turno...; el primero que llegue dejando el sombrero encima, como señal».

En el oscuro espejo se reflejaba su imagen alta, ligera y desgarrada, como un manojo de listones envueltos en un traje de hombre. «¡Pobre chiquillo del pelo de estopa!», pensó. Al ponerse de nuevo en marcha hubo de apartarse para dar paso a un viejo miserable que caminaba apoyado en un bastón, y cuyo traje era aún más astroso que el suyo. Alargándole los dos periódicos y una moneda, le dijo:

—Tome usted. Quizá consiga con ellos otros diez centavos y pueda tomarse una cerveza.

Al llegar a Grandlieu Street dióse cuenta de que el único modo de cruzar de una acera a otra era por el aire, aunque hasta entonces no hubiese decidido en verdad si iba o no hacia su casa. Y no solo debido a las prescripciones de los encargados del tráfico, sino a la multitud que se apretujaba a lo largo de las aceras, formando una muralla oscura contra la brillante claridad de las lámparas, las serpentinas, el confeti y las carrozas engalanadas. Antes de llegar a la esquina vióse asaltado por un grupo de vociferantes chiquillos vendedores de periódicos, en apariencia tan indiferentes al

espectáculo como los pájaros ante los manejos de los hombres. Los chiquillos revolotearon a su alrededor gritando, y a la luz intermitente que procedía de la cabalgata, los familiares tipos de imprenta y las frases parecieron destacarse, mezclándose confusamente, antes que la mente tuviera tiempo de comprenderlas.

CATÁSTROFE AEREA

¡NOTICIA SENSACIONAL!

EL TENIENTE BURNHAM MUERE EN UN ACCIDENTE DE AVIACIÓN

—¿Quiere un ejemplar?

—¡No! —exclamó el reportero—. ¿Voy a tirar otra moneda tan solo porque un lunático cualquiera se ha frito en su avión?

«Alguna vez —pensó, rencoroso, salvaje— les será preciso dormir, tan solo para dejar que transcurra esa mitad oscura de la vida. No con el fin de tomarse un descanso y estar preparados para la carrera del día siguiente, sino porque el aire y el espacio no corren entonces lo suficientemente de prisa, y ellos solo disfrutan cuando se tragan veinticinco millas en seis minutos, mientras la gente los contempla desde el campo, con las cabezas levantadas. Sí, solo viven mientras están en su aeroplano. Y cada noche duermen juntos en la misma cama, sin preocuparse en modo alguno. ¡Bueno! ¡Lo mejor es que me vaya a casa!».

Y en aquel instante vio a Jiggs, el hombre-caballo, inmovilizado entre un grupo de personas que le miraban con curiosidad.

—¿Por qué no usan sus pies para caminar? —gruñía Jiggs.

—Perdóneme —repuso una de aquellas caras—. No me di cuenta...

—¡Bueno! Pero tenga más cuidado. Porque tengo la intención de que los míos me duren toda la vida. Y hasta entonces he de caminar mucho aún.

El reportero le observó mientras descansaba alternativamente sobre sus piernas, frotándose las botas con la gorra y presentando, a la luz brillante de las antorchas, una calva tan bien definida como una tonsura color de cuero viejo. Cuando él y el reportero, que ahora estaban juntos, se miraron, semejaban una de esas parejas cómicas compuestas de un gordo y un flaco...; el reportero, seco como un cadáver recién salido de una sala de disecciones, vestido de cualquier modo, y el otro, albergando su rollizo cuerpo en un traje tan ajustado, que hubiera sido imposible pellizcar la tela. Jiggs pensó: «Pero ¿es que hoy no han abierto aún los cementerios?». Alrededor de ambos pululaban ahora los vendedores de periódicos, gritando sin cesar las últimas noticias.

—Sí —dijo Jiggs—. Si no hubiese muerto abrasado el jueves por la noche, habría muerto de hambre el viernes por la mañana. ¿De modo que esto es el Carnaval? ¿Por qué no estaré donde he estado toda mi vida?

Pero el reportero no contestó, limitándose a mirarle fijamente, muy asombrado.

—¿Qué?, ¿se alojan en el Terrebonne? —preguntó—. Pero ¡si ella me dijo esta

tarde que tenían alquiladas unas habitaciones en los barrios bajos! ¿Es que por haber ganado una pequeña cantidad se han trasladado a un hotel a estas horas de la noche, cuando debían estar durmiendo, a fin de hallarse en forma para la carrera de mañana?

—No sé nada, señor —repuso Jiggs—. Lo único que puedo decirle es que he visto a Roger y a Laverne meterse en ese hotel de más arriba hace cosa de unos minutos... ¿Tiene un cigarrillo?

El reportero se lo alargó, después de sacarlo del arrugado paquete. Más allá de la barricada de cabezas y hombros, entre la lluvia incesante de confeti y serpentinas, las carrozas continuaban desfilando con su aire esotérico, casi apócrifo, desprovistas de continuidad o de ilación, como un archipiélago deshabitado que surgiese de pronto entre las olas del Océano. Y ahora, otro pequeño vendedor de periódicos, una nueva cara, joven, de edad indeterminada, con una dentadura llena de mellas, como si su propietario hubiese ido recogiendo los dientes de diferentes sitios a lo largo de los años, gritaba a su lado:

—¡Últimas noticias!

—Sí —dijo el reportero, mirando a Jiggs—. Ustedes no necesitan dormir. No son seres humanos. Ya sé que el modo en que ese hombre se entrena para una carrera consiste en pasar la noche sin reposar ni una hora. Y todo para lograr..., ¿cuánto? El treinta por ciento de trescientos veinticinco dólares, que fue lo que cobró esta tarde. ¡Vamos! —añadió—. No es preciso cruzar la calle.

—Creí que tenía mucha prisa en acostarse —dijo Jiggs.

—Pues así es —repuso el reportero, volviendo la cabeza mientras atravesaba la masa humana, filtrándose entre las personas igual que un fantasma, sin alterar en absoluto su constitución física, y volviéndose de cuando en cuando hacia Jiggs para decirle algo—. Es preciso que duerma por las noches —gritó—. Yo no soy piloto de carreras. Ni he de pernoctar en un aeroplano. Ni concentrar veinticinco millas en seis minutos y medio.

El hotel no se hallaba muy lejos, y su entrada aparecía iluminada por una marquesina, en cuyo friso se leía: «Hotel Terrebonne». Sobre el letrero, y suspendido de un mástil, colgaba un trozo de tela con el siguiente rótulo: «Cuartel General de la Asociación Aeronáutica Americana. Inauguración del Aeródromo Feinman».

—Sí —dijo el reportero—, ahí deben de estar. Es el mejor sitio para personas que no desean dormir, con sus habitaciones en hilera, todas iguales. Y si se tiene dinero suficiente para pasar la noche en vela, no es preciso acostarse siquiera.

—¿Cómo? —dijo Jiggs, abriéndose paso hacia la entrada—. Sí, sí..., claro. Todas iguales..., y si se tiene dinero... ¿Puedo pedirle otro cigarrillo? —El reportero se lo dio. Jiggs se había apoyado contra la pared—. Esperaré aquí —dijo.

—No. Entre conmigo —dijo el reportero—. Estarán dentro. Y será ya más de medianoche cuando se den cuenta de que la calle está cerrada para el tráfico... ¡Caramba! ¡Vaya botas bonitas que lleva!

—Sí —dijo Jiggs—. Menos mal que el que me pisó no era un jugador de fútbol o

el chófer de un camión... Le esperaré aquí. Haga el favor de llamarme, si Roger desea verme —el reportero entró. Jiggs, sosteniéndose sobre la pierna izquierda, limpió su bota derecha con la gorra. «¡Qué ciudad! —pensó—. Para circular por ella es preciso llevar en la espalda un cuadro de señales luminosas».

«Al fin y al cabo, pertenezco a la Redacción del periódico hasta mañana, a las diez y un minuto —pensaba por su parte el reportero, ascendiendo la cómoda escalera que conducía al vestíbulo del hotel—. Él mismo lo dijo. Y debo obrar en consecuencia. Porque, aunque fuera despedido en este mismo instante, no podrían eliminar mi nombre de la nómina hasta mañana por la mañana. Así es que le diré que mi conciencia es la que me impide irme a casa y meterme en la cama».

Se hizo atrás para dar paso a un alegre grupo oliendo a *whisky* y ginebra, que dejó tras sí un reguero de confeti, que luego sería barrido por unos hombres encargados precisamente de ello. Al desaparecer dejaron al joven completamente solo, junto a uno de los letreros prodigados por la ciudad, en los que aparecían reproducidos hombres y máquinas, cada uno con su leyenda al pie:

Matt Ord, New Valois. Poseedor de la marca mundial de velocidad en avión.

Al Myers. Calexco.

Jimmy Ott. Calexco.

R. Q. Bullitt. Ganador del trofeo Graves. Miami, Florida.

Teniente Frank Burnham.

Y allí también, el escudo servía de vértice a una serie de guirnaldas que adoptaban forma de tienda, en los interminables corredores afelpados y brillantes que, bordeados por los anónimos espacios llamados habitaciones, parecían atravesar toda América, de Este a Oeste, entre hileras de mujeres con cara de porcelana, sillones con la inevitable escupidera al lado y de palmeras en sus macetas... Los zapatos recién cepillados caminaban circunspectos sobre la roja alfombra, y por doquier flotaba una discreta y silenciosa sensación de *lysol* y de baño. Entre las elegantes escupideras de latón y las decorativas palmeras discurría una simbólica legión de seres trashumantes, con sus cerebros perspicaces llenos de cósmicas alteraciones futuras en forma de listas de precios y de teléfonos de esposas descontentas y de muchachas asistentes a una escuela superior.

Pero aquella noche, el vestíbulo estaba invadido también por otras personas, que podían agruparse en dos categorías: los que llevaban trajes hechos en Madison Avenue, y que quizá en alguna ocasión obtuvieron buenos promedios en transportes aéreos, guardando aún sus aparatos, como esos fabricantes que, habiendo trabajado de dependiente o empleado, retienen en su nuevo santuario de cromo la antigua máquina de sacar copias con que empezó su negocio, y los que adoptaban un aire sobrio y silencioso, porque no les era posible beber ahora y volar al día siguiente, y porque, además, no habían aprendido nunca a hablar con la debida corrección, vestidos de sarga azul, no solo cortada de la misma pieza, sino confeccionada por el mismo sastre, los cuales se hallaban allí aquella noche procedentes de innumerables y

pequeñas bases tan solo conocidas por el Departamento Federal de Comercio, con un equipo consistente en ellos mismos, un mecánico y un aeroplano ya bastante estropeado. El reportero se abrió paso entre ellos a su modo peculiar e ingrático, como si se filtrase.

«No es necesario que me digáis nada —pensó—. Os conozco con solo el olor».

Y entonces vio a la mujer, en pie junto a un jarrón medio lleno de arena, goma de mascar, colillas y fósforos gastados. Llevaba un raído sombrero marrón y una sucia trinchera, de cuyo bolsillo salía un periódico desdoblado.

«Ya comprendo —pensó el reportero—; una trinchera sirve para todos, y uno de ellos se queda siempre en casa, al cuidado del niño».

Al acercarse, ella le miró por un instante, sin reconocerle; así es que el joven, mientras atravesaba entre el gentío, y más tarde, cuando ya todos, es decir, él, ella, Shumann, Jiggs, el paracaidista, y el chiquillo, se apretujaban en un taxi, sintióse solo y abandonado, como recorriendo un pasillo de acero..., igual que una mosca dentro del cañón de una escopeta.

Pensaba: «Hagood me dijo que me acostara, pero no sé lo que me hizo cambiar de idea. Jiggs aseguró que ella estaba en el hotel, y al principio no lo creí».

Las inmóviles figuras permanecían iluminadas por la tenue luz de la lamparilla del taxi, fumando los cigarrillos que les compró, y él sostenía al chiquillo en sus huesudas rodillas, mientras el coche proseguía su marcha por la carretera asfaltada, hasta el aeropuerto, regresando luego otra vez a la ciudad. Pensó en que no había esperado volver a verla más, porque al día siguiente estarían de nuevo en el campo, con el aire y la tierra llenos de ronquidos de motores. No eran seres humanos. Ni siquiera de aquel modo, vestidos correctamente y en actitudes decorosas, en un mundo normal, con los relojes marcando las diez y media, y luego, las once, y luego, las doce. Ella estaba en pie junto al jarro a las diez veintidós, porque uno de sus esposos voló aquella tarde en un cacharro que tres años antes estaba en buen estado, y que, desde entonces, todos hubieron de dedicarse a conservar lo mejor posible, a fin de que se le pudiera seguir aplicando el calificativo de *avión de carreras*. Un aparato con el que en pleno vuelo no podían disminuir la marcha, porque corría el peligro de precipitarse al suelo, como le ocurrió a otro piloto, cuyo nombre no recordaba.

«Sí —pensó—, ella esperando, mientras el otro paseaba con su traje azul de sarga y la otra gabardina, entre el *whisky* y el *tweed*, cuando debía estar en lo que llamaban *su hogar*, descansando...; pero no son seres humanos y no necesitan dormir. Y es curioso el hecho de que deban apresurarse, a fin de tomarse uno al otro la delantera y acostarse con ella...».

El reportero dirigióse hacia la mujer, sin poder verse libre de aquella mirada fría y perpleja, hasta que esta desapareció al alargar el joven una mano sacando el periódico del bolsillo de la gabardina.

—¿Y Dempsey? ¿Durmiendo? —preguntó, mientras abría el periódico por la página que podía haber recitado de memoria antes de verla:

BURNHAM MUERE ABRASADO

Myers obtuvo una fácil victoria en la inauguración del Aeródromo Feinman...

—No hay ninguna noticia que resulte verdaderamente sensacional —dijo, volviendo a doblar el periódico—. Dempsey está acostado, ¿verdad?

—Sí —repuso ella—. Guárdese. Ya lo he leído. ¡Oh, ahora que me acuerdo! Usted trabaja en la Redacción de un diario, ¿verdad? ¿Es, quizá, este mismo? ¿O ya me dijo cuál era?

—Sí —contestó él—. Ya se lo dije. No, no es este mismo —luego volvióse, al oír que la mujer añadía:

—Es el joven que invitó a Jack a tomarse unos helados.

Shumann estaba junto a ellos, con su chaqueta de sarga azul, pero sin trinchera. Llevaba un sombrero nuevo, no ladeado, como en los maniquíes de un almacén, sino muy recto en la parte posterior de su cabeza, de modo que con su estatura, más bien corta, y sus ojos azules, en un rostro sobrio y anguloso, parecía un antiguo britano al que el gobernador hubiese autorizado a comparecer ante su presencia con tal de llevar un casco de centurión. Miró al reportero un instante, sin parpadear, aún más perplejo que la mujer.

—Hermosa carrera la de hoy —dijo el reportero.

—¿Sí? —repuso Shumann. Luego miró a la mujer.

Y el reportero, a los dos. Ella permanecía inmóvil, como poseída de súbito terror, con su gabardina manchada de grasa, sosteniendo entre sus dedos ennegrecidos un cigarrillo y mirando a Shumann con aire de apremiante concentración.

—Vámonos —dijo él. Pero la mujer no se movió.

—No has cobrado —dijo—. No puedes...

El reportero cerró tras de sí con un chasquido la puerta metálica, mientras automáticamente se encendía la luz del techo.

—Deposite cinco céntimos en la ranura. La conferencia es de tres minutos —dijo una voz inexpresiva, procedente del auricular.

Este le devolvió, ampliada, su propia respiración, mientras marcaba los números, y podía escuchar el tintineo de las monedas, que luego se convirtió en un zumbido lejano.

—¡He puesto cinco monedas! —vociferó—. ¡Cinco monedas...! ¿Las ha oído? Ahora no me interrumpa en trescientos segundos, lo menos... ¡Oiga! —añadió, oprimiendo el auricular como si fuese el agarradero que le impidiese caer en un profundo barranco—. ¡Óigame...! Sí; en el Torrebonne... Sí, después de medianoche... Bueno, ya lo sé. Pero ahora óigame. Tengo una excelente noticia para ese maldito periódico...

—¿Cómo? —gritó el editor—. ¿En el hotel Torrebonne? Le dije cuando abandonó esta oficina, hace tres horas, que...

—Sí —dijo el reportero—. Unas tres horas. Lo que se tarda en llegar a la otra

punta de Grandlieu Street en un taxi y luego ir al aeródromo y volver, porque allí solo disponen de un centenar de camas para los pilotos, y el general Behindman las necesita todas para sus invitados. Así es que regresamos al hotel, porque es ahí donde le dirán que vuelva el sábado por la noche, suponiendo que ese bastardo no mate al encargado mañana mismo, o quizá el sábado. Y puede usted felicitar a quien presida los destinos de esa maldita oficina por el hecho de que yo, u otro cualquiera, haya tenido la idea de venir aquí, ya que es el único lugar en que puede hallarse eso que llamamos una buena noticia, más tarde de las diez, entre esta multitud de aviadores borrachos. Shumann debería haberse acostado hace tres horas, porque mañana ha de tomar parte en una carrera. Pero no podrá hacerlo, porque hoy le será imposible dormir, a causa de carecer de cama, ya que no tienen el dinero necesario para alquilar una habitación, por no haber cobrado su premio, consistente en el treinta por ciento de trescientos veinticinco dólares, lo cual no constituye nada para los organizadores de un festival aéreo..., y el paracaidista no puede solucionar nada, porque Jiggs recogió sus veinticinco dólares y...

—Pero ¿a qué viene todo esto? ¿Está usted borracho?

—No. Escuche. Solo un minuto. No me interrumpa. Cuando la vi a ella esta tarde en el aeródromo estaban bastante apurados por no saber cómo iban a pasar la noche, cosa que intenté explicar a usted. Pero me dijo que esto no era ninguna noticia de importancia. En efecto, el hecho de que un hombre duerma o no resulta poco interesante, como usted dice. Lo que importa verdaderamente es lo que este hombre hace mientras está despierto, suponiendo que sus actos puedan atraer la atención de los encargados de recoger noticias. Traté de explicarle algo más, pero, según usted, no soy un sujeto lo suficiente hábil para ganarme los treinta y cinco dólares semanales de mi sueldo... Pero ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! Les era preciso alquilar un cuarto, porque están aquí desde el miércoles y necesitan poder encerrarse tras una puerta y desnudarse, o, por lo menos, despojarse de las gabardinas y tenderse sobre ellas. Así es que decidieron alojarse en un hotel, aunque no quise preguntarles el nombre, porque estaba seguro de que no lo tendrían, sino tan solo un cartelito confeccionado por el dueño, bajo la presión de su esposa. Así es que no sacaba nada con preguntarles: «¿Qué calle han dicho? ¿Dónde se encuentra?», porque yo no soy piloto de carreras, sino solo un reportero, y, por tanto, no puedo saber dónde están esos lugares. Yo estaba sosteniendo al niño, esta tarde, cuando él regresó del campo con el aparato, y no pudimos encontrar a Jiggs por ningún sitio, aunque le necesitaban para ayudar a meter el aeroplano en el hangar. «Se habrá ido detrás de alguna chica», dijeron, y una vez encerrado el avión, Roger fue a la oficina, y mientras le esperábamos apareció el paracaidista, limpiándose la harina de los ojos y preguntando: «¿Dónde está Jiggs?». «¿Para qué le quieres?», preguntó ella. «Para que me entregue mi dinero».

—Pero... escuche..., ¡escuche! —gritó el editor.

—Sí. Jiggs, el mecánico. Con sus pantalones de montar, tan ajustados, que al

quitárselos debe de causar la misma impresión que si pelara un plátano, y las cañas de unas botas de montar sujetas a la parte superior de unas zapatillas de tenis. Tuvo la poca vergüenza de recoger los veinticinco dólares del paracaidista, mientras este se hallaba aún en el aire... El paracaidista cobra veinticinco dólares por su actuación, descontando cinco o seis que ha de dar al piloto y los ocho céntimos de harina...; pero, bueno, la harina estaba ya pagada; así es que había de percibir veinte dólares limpios. Y Jiggs se hizo cargo de ellos, basándose en que le deben algún dinero y creyendo que Shumann, como segundo en la carrera, cobraría el premio en seguida, con lo que hubieran podido pagar la cuenta de su alojamiento...

—¡Oiga! ¡Oiga!... ¿Quiere escucharme o no...?

—Sí; ya le escucho. Así es que iba a atravesar Grandlieu Street, yéndome a casa tal como usted me dijo..., aunque no sabía cómo lograrlo, por lo menos antes de medianoche, cuando de pronto oigo a mi lado una serie de maldiciones, y al volverme veo que se trata de Jiggs, a quien alguien había pisado sin querer, arañando una de sus botas nuevas. Me dijo que acababa de ver a Roger y a la mujer dirigiéndose al Terrebonne, y que no sabía nada más. No creo que se detuviese mucho cuando, con el dinero del paracaidista, dirigióse a la ciudad, comprándose las botas, mientras Shumann penetraba en la oficina para cobrar su premio y le informaban que no podían satisfacerle cantidad alguna, de momento. Así es que, no pudiendo cruzar Grandlieu Street, me dirigí al Terrebonne, aunque este sea el último lugar de la ciudad en que un reportero puede hallar algo interesante a estas horas de la noche, con tanto tío borracho dentro..., pero no importa. Ya se lo dije antes. Llegamos ante la puerta, y Jiggs no quiso entrar. Yo no sabía la causa, porque aún no me había dado cuenta de las botas. Así es que penetré en el hotel, y lo primero que vi fue a ella en pie junto a un jarrón. El vestíbulo estaba lleno de borrachos, con insignias y cintas en la solapa, vestidos con esas americanas que parecen necesitar un afeitado. Todos se felicitaban mutuamente, porque el aeródromo había costado un millón de dólares y todo lo demás... Y entonces apareció Shumann, mientras ella se quedaba más rígida que el mismo jarrón, mirándole. Él la informó de que no les pagaría hasta el sábado, y la mujer limitóse a decir: «¿Has hecho lo posible? ¿Has hecho lo posible?». Sí; había tratado de obtener un anticipo sobre los ciento siete dólares, a fin de poder pagar el cuarto. Mientras tanto, el niño dormía en un sofá, vigilado por el paracaidista. Y habían venido al hotel caminando desde Amboise Street, porque la distancia no es muy grande (en efecto, se halla dentro de los límites de la ciudad), a fin de recoger el importe de su premio. «¿Amboise Street?», pregunté al recordar que ella, por la tarde, me había dicho que tenían alquilada una habitación en los barrios bajos. «Amboise Street», repuso, mirándome sin pestañear. No sé si usted sabrá la clase de habitaciones que alquilan en Amboise Street, pero quizá su hijo o cualquier otra persona puede informarle. Se alquilan la cama y dos toallas, pero es preciso llevar algo con que taparse. Así es que, como digo, tenían alquilada una habitación en Amboise Street, porque en semejante lugar puede dormirse una noche y pagar al día

siguiente. Pero aún debían la noche anterior, y no querían volver a ocupar el cuarto. Así es que dejaron al niño dormido en el sofá de la dueña y se dirigieron al hotel, donde informaron a Shumann de que no le pagarían hasta el sábado. Yo les dije: «No se preocupen; ahí fuera está Jiggs»; pero ellos ni siquiera me miraron. Yo no sabía que el mecánico se había gastado ya el dinero; así es que salimos a la calle y llamamos a un taxi. Jiggs estaba aún apoyado contra la pared, y Shumann, al verle, dijo: «Puedes venir tú también». Así es que Jiggs penetró en el vehículo como si fuera una gallina mojada, acomodándose en el asiento y procurando mantener invisibles los pies. Pero yo no me di cuenta de nada, ni siquiera cuando Shumann murmuró: «Es mejor que no te vea Jack cuando entre en el coche —añadiendo luego—: Nosotros dos iremos andando». En el taxi gasté un dólar ochenta. Penetramos en la casa, y allí estaba el chiquillo, despierto, comiéndose un *sandwich* que le había proporcionado la *madam*, junto a una mujer joven y su acompañante, un hombre grueso, en mangas de camisa, con los tirantes colgando. Todos estaban muy distraídos con el niño, y el gordo quería comprarle una cerveza, mientras el pequeño le contaba que su padre era el mejor aviador de América. Jiggs no cesaba de tirarme de la manga, murmurando algo a mi oído, hasta que pude entender que decía: «Óigame..., abra mi maleta, y en ella encontrará un par de zapatillas de tenis y un envoltorio que contiene..., bueno..., un sacabotas..., y me lo trae todo, ¿quiere?». Yo repuse: «¿Qué dice? ¿Un qué...?». Pero en aquel instante, el paracaidista, oyéndonos hablar, preguntó: «¿Quién está ahí? ¿Es quizá Jiggs?». Al ver que nadie respondía, el paracaidista añadió: «Pasen aquí dentro». Y Jiggs se mantuvo pegado a la puerta, de modo que el otro no le veía más que la cara. «Pasen —repitió—, pasen». Y entonces, Jiggs hubo de salir a la luz, con la barbilla entre los dos bolsillos de su camisa. El paracaidista le miró de pies a cabeza, exclamando: «Será hijo de...». Y la *madam* añadió: «Eso creo yo también. ¡Mira que adquirir una cosa tan cara!». Jiggs había pagado dos dólares diez centavos para que le guardasen unas botas que valían veintidós cincuenta. Pero como tuvo que pagar cinco dólares al piloto del paracaidista, no le quedaban más que veinte; así es que pidió prestados los cuarenta restantes a la *madam*; salió del aeropuerto a las cinco y media, y pudo hacer todo esto antes que cerrasen la tienda, unos minutos antes de las seis. Le pagamos a la *madam* sus cuarenta centavos. La cuenta ascendía ya a cinco dólares cuarenta, porque les cobró solo tres dólares por ocupar la habitación durante la noche anterior, otros dos dólares eran del taxi. Ahora llevábamos también al niño y al paracaidista. El conductor nos dijo que habría mucha gente en el aeródromo. En el programa se aseguraba existir alojamiento para un centenar de pilotos, y si faltaban dos o tres es porque se hallaban perdidos o en el vestíbulo del Terrebonne. Me acordé de que usted me había dicho que iba a despedirme si mañana, mejor dicho, hoy, no estaba en la oficina a las diez... Entonces eran las once. Así es que cogimos todo el equipaje y el saco de Jiggs, subiendo al taxi, para dirigirnos al aeródromo. En eso se gastaron los otros dos dólares y medio. El niño se había dormido de nuevo, y quizá el chófer nos

cobró extra por utilizar su automóvil como *pullman*. Había una gran muchedumbre en el campo de aterrizaje mirando hacia arriba, hacia donde había estado volando Burnham, y observando el agujero que hizo en el suelo su aparato. Pero no podíamos quedarnos, porque solo disponían de cien camas, y el coronel Feinman las necesitaba para sus invitados. Sí; invitados. Así es que hubimos de regresar a la ciudad, gastando otros dos dólares sesenta centavos, porque habíamos dejado partir al primer taxi y fue preciso mandar a llamar otro, con el que no volvimos a Amboise Street, sino al hotel, ya que Shumann y su mujer aún se encuentran aquí, y él piensa importunar un poco más, hasta ver si consigue que le paguen algo, creyendo que las carreras aéreas son una especie de deporte en el que sus organizadores pueden detenerse a cualquier hora, considerando lo que representa el treinta por ciento de trescientos veinticinco dólares, y entregarlo a quien tiene derecho a ello...

—Deposite cinco centavos para otros tres minutos —dijo la voz inexpresiva.

El reportero volvió a hurgar en su bolsillo, sosteniendo el húmedo receptor, y de nuevo percibióse el discreto tintineo y el zumbido lejano de antes.

—¡Oiga! ¡Oiga! —vociferó—. Se ha interrumpido la comunicación. Haga el favor de...

Pero ya se oía de nuevo el ruido confuso del escritorio del editor. Un ligero intervalo de anhelante espera. Y una avalancha de imprecaciones.

—¡Despedido! ¡Despedido! ¡Despedido! —aullaba el editor, medio inclinado sobre su pupitre, a la luz verde de la lámpara, con el teléfono fuertemente sujeto, como un jugador de *rugby* que ha logrado hacerse con la pelota. Luego, sentándose de nuevo, rechinando los dientes y con los nudillos completamente blancos—: ¿Me oye? —preguntó.

—Sí —dijo el reportero—. No voy a molestarle más con ese sinvergüenza de Feinman. Pero si quiere ver a Shumann, le encontrará aquí, en el vestíbulo. O, mejor dicho, no es preciso que lo haga. Todo lo que ese hombre necesita son unos cuantos dólares para cenar y dormir hasta mañana. ¿Puedo prestárselos yo mismo a cuenta, añadiendo los once con ochenta que he gastado...

—Pero... ¿quiere escucharme? —gritó el editor—. ¿Quiere hacer el favor de escucharme un momento?

—... en todos estos viajes...? ¿Eh? Bueno, bueno. Ya me callo.

El editor hizo lo posible por recuperar un poco la calma. Luego volvió a inclinarse sobre la mesa, logrando que cesase un poco su temblor.

—No —dijo lenta y distintamente—. No. ¿Me entiende usted? ¡NO!

Ahora solo percibía un vacío zumbido, como si el otro extremo de la línea se perdiese en la inmensidad del espacio, en un infinito, poblado de estrellas y de éter. En el iluminado cuadrilátero, su mano se posó sobre las galeradas de la próxima edición, aún húmedas de tinta, conteniendo noticias que no podían resultar nuevas, como ese rayo de luz que capta unos segundos el cristal de una lente depositándolo sobre polvo y suciedad.

LA DENEGACIÓN DE SU DEMANDA POR PARTE DE...
LOS LABRADORES QUE NO ESTÁN CONFORMES CON LOS BANQUEROS...
EL SENADOR RENAUD CELEBRA EL DÉCIMO ANIVERSARIO...

Ahora, el teléfono volvió a zumbiar.

—No querrá decir que... —murmuró el reportero—. No ceo...

—No tengo intención de darle explicaciones. Escuche. Escuche cuidadosamente. Está usted despedido. ¿Comprende? Ya no trabaja usted para esta Redacción, ni para ningún anunciante de nuestro periódico. Como me entere de que es así rompo con ellos definitivamente. ¿Tiene teléfono en su casa?

—No; pero hay uno en la esquina que...

—Váyase a dormir. Y como vuelva a llamarme esta noche, le mando detener por vago.

—Muy bien, jefe. ¿Es así como piensa? O. K. Nos iremos a casa. Mañana debemos tomar parte en una carrera, ¿sabe? ¡Eh, oiga!

—¿Qué quiere?

—¿Qué me dice de mis once dólares ochenta? Aún trabajaba para usted cuando...

UNA NOCHE EN EL VIEUX CARRÉ

Ahora podían atravesar Grandlieu Street, de nuevo abierta al tráfico, llena de bocinazos, de luces, de tranvías y de automóviles que se apelotonaban en el cruce, reanudando luego la marcha sobre una ligera alfombra de sucio confeti y rotas serpentinas. Al conjuro de unos timbres y unas luces de colores detuviéronse, depositando en el suelo las dos maletas imitación cuero y la mochila de Jiggs, y los cuatro contemplaron al reportero, que, con el chiquillo aún dormido sobre un hombro, permanecía al borde de la acera, en la absoluta inmovilidad de un espantapájaros pronto a diluirse en el aire. Luego atravesó la calzada en una especie de grotesco galope, ganando a los demás unos metros de distancia antes que pudieran moverse, y discurrendo entre los relucientes parabrisas de los automóviles, como si no tocara la tierra con sus pies, igual que esas aves nocturnas cuyos nidos nadie ha descubierto aún y que solamente se pueden contemplar breves instantes al pasar ante un espacio iluminado, difuminándose otra vez en la nada.

—Que alguien se haga cargo de Jack —dijo la mujer—. Tengo miedo de...

—¿De qué? —dijo el paracaidista, sosteniendo una maleta con una mano y cogiendo con la otra el codo de la joven—. No te preocupes.

—Puede caerse y matar al chiquillo —dijo Jiggs. Luego añadió, complacido de su frase, aunque era ya la tercera vez que la repetía—: Cuando llegue a la otra acera se enterará de que han abierto de nuevo el cementerio, y Jack va a pasarlo muy mal.

Entregó la mochila a Shumann y adelantóse a la mujer y al paracaidista, caminando muy de prisa con sus cortas piernas, mientras sus botas relucían a la luz de los faroles. Al llegar junto al reportero, le miró, sin detenerse, con una expresión rara, como el que no ha dormido desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué? No pesa mucho.

—Sí; ya lo sé —repuso Jiggs, bajando al chiquillo soñoliento del hombro del joven, una vez llegaron a la acera opuesta—. Pero usted querrá verse libre, a fin de hallar mejor el camino de su casa.

—Bueno —dijo el otro.

Se detuvieron, esperando a los demás, mientras el reportero miraba con expresión curiosa a Jiggs, el cual sostenía al niño con la misma facilidad que antes la cola del avión, un poco vuelto y encorvado como un cortaplumas. Los otros tres aún se hallaban en medio de la calle: la mujer, con su gabardina, bajo la que asomaba la falda; el alto paracaidista, con su hermoso rostro, ahora invadido por una expresión triste y reflexiva, y tras ellos, Shumann, con su correcta americana de sarga y sombrero nuevo, que aún tenía el aspecto de reposar sobre la máquina que acababa de fabricarlo...; los tres con el mismo aire de Jiggs, solo que este sugería una completa y ligera insolvencia, y ellos, el drama de tres emigrantes que descienden con precaución la pasarela de un buque. Cuando la mujer y el paracaidista alcanzaron la acera, las luces cambiaron de color y los timbres repiquetearon de nuevo,

mezclándose al rumor de los coches que, todos a una, emprendían de nuevo la marcha. Shumann dio un ligero salto para alcanzar el bordillo, sin mover un músculo de la cara y sin que se le torciera el sombrero en la cabeza.

La luz iluminó tras ellos un remolino de confeti y serpentinas. El reportero miraba los vehículos con expresión violenta y colérica.

—Bueno —dijo Jiggs—, ¿qué dirección tomamos ahora?

Durante unos instantes, el reportero observó a aquel grupo de cuatro personas. Y luego volvióse como impelido no por una voz de mando, sino por la infeliz pasividad de sus acompañantes, penetrando por la oscura boca de una calle, cuya acera era tan estrecha, que los demás hubieron de seguirle en fila india, bajo los sombríos balcones de hierro. La calle estaba desierta, y su única luz consistía en la procedente de Grandlieu Street. Por doquier flotaba un olor penetrante a barro, bananas y posos de café. Mirando hacia abajo, Jiggs trató de descifrar el nombre impreso en los baldosines de la acera, aunque sin conseguirlo, porque el letrero estaba invertido. «Dios mío —pensó—, es preciso tener la cortesía de un francés para llamar calle a esto, y mucho más para darle un nombre». Con el niño sobre el hombro, caminaba seguido por los demás, todos muy presurosos tras el rápido reportero, como si Grandlieu Street, con sus luces y su ruido, fuese un mundo distinto, del que se fueran alejando como sombras apresuradas, graves y tranquilas, en seguimiento de un hombre que no solo parecía haber vivido allí lo suficiente para convertirse en ciudadano de aquel paraje tenebroso, sino que, según todas las apariencias, incluso había nacido en él. El reportero hablaba sin que ellos le escuchasen, como si aún no hubiesen tenido tiempo de acostumbrar los oídos a aquel ambiente extraño y a las palabras de su guía. Ahora, este se detuvo otra vez, volviendo hacia ellos un rostro irritado. Hallábanse en otra encrucijada...: dos túneles carentes de techo, marcados por sendas saetas indicando dirección única, que parecían retener en su superficie la escasa luz de los alrededores. Jiggs observó que, hacia la izquierda, aquella calle parecía desembocar en un paraje provisto de vida y animación..., con una línea de automóviles estacionados a lo largo de la acera, bajo la luz de un letrero que disipaba las sombras de los férreos balcones, colgando en siluetas etéreas y vistosas. Esta vez, Jiggs pudo descifrar el nombre de la calle: «Toulouse». El reportero, al detenerse, los hubiera hecho adoptar el aspecto de un grupo de anarquistas conspiradores, a no ser por el sombrero de Shumann. Jiggs miró a su guía, dándose cuenta de que los llevaba en dirección al letrero iluminado. Todos contemplaron con asombro aquella muestra reluciente, con forma de murciélago, que se apagaba y encendía sin cesar.

—No tengo ganas de beber nada —dijo Shumann—. Lo único que quiero es acostarme.

El paracaidista, metiendo la mano en el bolsillo de la gabardina de la mujer, sacó un paquete de cigarrillos, el tercero de los que el reportero había comprado antes que abandonaran el hotel por vez primera, y encendió uno, expeliendo voluptuosamente el humo por la nariz.

—Ya te oí decirlo antes —manifestó.

—¿Será un borracho? —preguntó Jiggs—. ¿Es quizá lo que ha tratado de hacernos comprender?

Observaron al reportero, con su figura bamboleante, envuelta en aquella holgada chaqueta, mientras avanzaba con decisión entre los coches aparcados. Luego surgió de la nada un vendedor de periódicos, con un ejemplar extendido, y se detuvieron un instante, mientras el reportero lo compraba.

—Es el segundo que adquiere esta noche, desde que nos encontramos con él —dijo Shumann—. Creo que trabaja en una Redacción.

El paracaidista aspiró otra vez con deleite el humo de su cigarrillo.

—Quizá no sea capaz de descifrar sus propios escritos —dijo.

La mujer, adelantándose bruscamente, acercóse a Jiggs y le quitó el chiquillo.

—Le llevaré yo un poco —dijo—. Entre tú y ese, le habéis tenido todo el día —pero antes que Jiggs pudiera evitarlo, el paracaidista, con un gesto rápido, se hizo cargo de la criaturita. La mujer le miró—. Apártate, Jack —dijo.

—Apártate tú —repuso el otro, cogiendo al niño ni con rudeza ni con suavidad—. Ahora soy yo quien va a llevarle —los dos se miraron a través del dormido pequeñuelo.

—Laverne —dijo Shumann—, dame un cigarrillo.

La mujer y el paracaidista volvieron a mirarse.

—¿Quieres que estemos toda la noche recorriendo las calles? —dijo ella—. ¿Quieres que Roger espere el día en el andén de una estación y que mañana tome parte en otra carrera? ¿Quieres que Jack también...?

—Yo no he dicho nada —protestó el paracaidista—. Ese individuo no me resulta simpático, pero es cosa mía y no me quejo...

—Laverne —dijo otra vez Shumann—, dame un cigarrillo.

Adelantándose con rapidez, Jiggs arrebató al niño de brazos de Jack, diciendo:

—Tráelo acá. Aún no has aprendido a llevar criaturas.

De algún lugar apartado, entre aquel laberinto de calles estrechas y malolientes, surgió un rumor confuso y resonante, como producido en el interior de una cueva..., una cueva llena de humo y carente de aire. Y entonces vieron al reportero bajo el rótulo luminoso, sumergiéndose en una caverna de suelo cubierto de baldosines, en la que les pareció entrever una especie de ducha de gimnasio, a cuyos lados se alineaban una serie de mesitas, discretamente separadas por cortinas, de una de las cuales había salido un camarero con rostro de fauno y dentadura estropeada, que pareció reconocer al joven.

—Óyeme —le dijo el reportero—. Deseo dos litros de ajeno. Ya sabes de qué clase. Es para unos amigos, pero yo también beberé... Esos amigos no son turistas de Carnaval. Díselo a Pete. ¿Sabes a lo que me refiero?

—¡Pues claro! —repuso el otro, volviéndose para introducirse en una cocina, donde un hombre en mangas de camisa, con la cabeza cubierta de negros rizos, comía

en un plato bastante grande. Al entrar el camarero, le miró con un par de ojos como dos topacios, mientras aquel le repetía el nombre del visitante—. Dice que lo quiere de buena calidad —añadió en italiano—. Va con unos amigos. Creo que habré de darle ginebra.

—¿Y por qué no ajenjo? —preguntó el otro, también en italiano.

—Dijo que lo quería del bueno.

—Muy bien. Llama a mamá —y tras estas palabras, prosiguió comiendo.

El camarero dirigióse a una segunda puerta, y unos momentos más tarde regresaba con una botella llena de un líquido sin color determinado. Tras él apareció una pulida anciana con un immaculado delantal blanco. El camarero dejó la botella sobre una mesa, y la anciana extrajo del bolsillo de su delantal un pequeño frasco.

—Mira a ver si eso que tiene en la mano es alguna medicina —dijo el que estaba sentado a la mesa, sin dejar de masticar.

El camarero examinó el frasco, del que la vieja vertía ahora unas gotas en la botella. Luego, cogiendo esta, empezó a sacudirla, tras de lo cual miró el líquido al trasluz.

—Eche un poco más, madona —dijo—. El color no está aún bien conseguido —entregó la botella al reportero, el cual salió poco después a la calle, mientras los otros cuatro le miraban acercarse con su paso desgarbado, temiendo de un momento a otro no que fuera a caer al suelo, sino a desintegrarse, evaporándose en el aire.

—¡Ajenjo! —gritó—. ¡Ajenjo de New Valois! Puedo asegurarles que lo conozco bien. ¡Ajenjo! Nos iremos a casa y beberemos licores auténticos de New Valois, y luego..., ¡al diablo con todo! —Su rostro estaba resplandeciente y no cesaba de gesticular—. ¡Los muy sinvergüenzas! —añadió.

—¡Cuidado! —gritó Jiggs—. Por poco hace pedazos la botella contra ese poste —entregó el pequeño a Shumann—. Tómalo —dijo. Y de un salto plantóse ante el reportero, arrebatándole la botella al tiempo que decía—: Déjeme que la lleve.

—Bueno..., ¡a casa! —gritó el reportero, mirándolos a todos con rostro risueño—. Hagood no sabe que estas son las consecuencias de haberme despedido. Pero ¡como ya no trabajo para él, ya no se enterará de nada!

Mientras la puerta del ascensor chasqueaba tras él, el editor levantó el reloj colocado sobre el montón de periódicos, en los que cristalizaba en un momento lo ocurrido durante varias horas..., quedando la sustancia no muerta o incompleta, sino provista de toda su humana y enigmática locura, como si contuviese los gérmenes de una fútil y trágica inmortalidad: *Los huelguistas y los banqueros llegan a un acuerdo...*

Ahora fue el mozo del ascensor quien preguntó: «¿Qué hora es?», y el editor repuso: «Las dos y media», volviendo a colocar el reloj en su sitio, exactamente en mitad de los periódicos, de modo que los titulares quedaron partidos por un círculo de metal conteniendo el mayor de los enigmas. El ascensor se detuvo y la puerta se abrió.

—Buenas noches —dijo el editor.

—Buenas noches, míster Hagood —repuso el mozo, cerrando otra vez.

Ahora, en aquellos mismos cristales en los que se había reflejado la figura del reportero cinco horas antes, el editor contemplaba su propio reflejo...: el de un hombre bajito y sedentario, en pantalones y zapatos de golf, con un pañuelo de seda al cuello y una chaqueta de lana, demostrativa de la buena situación de su propietario, de uno de cuyos bolsillos asomaba un cuello y una corbata, que probablemente se había quitado por la tarde. Su cabeza era calva, llevaba lentes de concha, y su rostro tenía cierto aspecto de inteligente ascetismo, como el de un estudiante de Yale o Cornell al que hubieran doblado de pronto los años. Su figura, pues, reflejóse un instante en las mismas vidrieras que el reportero atravesó cinco horas antes, avanzando rápidamente hacia él, hasta casi chocar cuando abrió la puerta, para desaparecer luego con un destello, mientras descendía los contados escalones que le separaban de aquel helado y perezoso amanecer de invierno. Su automóvil permanecía junto a la acera, con el vigilante del garaje al lado. Por las ventanillas podían verse asomar los palos de golf, de formas pulidas y vagamente obstétricas, repitiendo en sus superficies los reflejos de otros metales cromados, en el interior del coche. El vigilante abrió la portezuela, pero Hagood le detuvo con un gesto.

—Tengo que ir a Frenchtown —dijo—. Así es que puede usted conducir el coche hasta que nos encontremos en las cercanías de su casa.

El chófer deslizóse rápido entre los palos de golf hasta colocarse frente al volante. Hagood penetró en el vehículo con aire cansado, como un viejo, dejándose caer en el mullido asiento, mientras los palos de golf se le venían encima suavemente, sin más ruido que unos ligeros roces y chasquidos de metal, como los emitirían las mandíbulas de un animal apenas domesticado. Hagood volvió a colocarlos en su sitio, evitando con un gesto que cayeran sobre él de nuevo.

—¿Por qué demonios no los puso usted en la trasera?

—Ahora mismo lo hago —contestó el chófer, abriendo la puerta.

—No; déjelo —dijo Hagood—, tengo aún que atravesar toda la ciudad antes de ir a casa.

—Creo que todos nos alegraremos cuando termine este carnaval —dijo el chófer.

El coche se puso en movimiento, acelerando paulatinamente su velocidad al enfilarse la avenida con suave ronquido. Era un automóvil costoso, complejo, delicado y virtualmente inútil, creado para convertirse en músculos, carne y sangre de una nueva especie humana carente de piernas. Deslizóse, pues, a lo largo de la desierta avenida llena de banderolas colgando bajo escudos demostrativos de una alegría y un regocijo ya inexistente, mientras su desplazamiento quedaba marcado en un cuadrante en el que números y más números iban apareciendo como si quisieran alcanzar un tope determinado. Luego disminuyó la marcha y se detuvo con la misma suavidad con que la había emprendido.

El chófer saltó del vehículo antes que este hubiera parado por completo.

—Okey!, míster Hagood —dijo—. Buenas noches.

—Buenas noches —repuso Hagood, deslizándose hacia el asiento situado frente al volante, mientras los palos de golf volvían a abatirse en silencio.

Esta vez los colocó definitivamente en el otro rincón. El coche se puso de nuevo en marcha, pero esta vez parecía una máquina diferente, ya que arrancó con fuerte sacudida, como si el chófer, al bajar, se hubiera llevado consigo alguna pieza de importancia extraordinaria. Enfiló Grandlieu Street, ahora silenciosa y tranquila, sin luces ni repiquetear de timbres. En lugar de ello, tan solo la suave claridad amarillenta de los faroles parecía contemplar semejante desolación. En las cuatro esquinas del cruce, las cuatro bocas de riego de color indefinido, y junto a ellas cuatro hombres inmóviles e idénticos, vestidos de blanco, manejando unas mangueras que arrastraban en su corriente a lo largo del arroyo montones de flotantes serpentinas y confeti. El automóvil atravesó el cruce, penetrando en aquel barrio de oscuros desfiladeros y de balcones de hierro tenebrosos como bocas de mina, aumentando la velocidad. El pavimento era de adoquines, y más arriba de las casas podía atisbarse un cielo negro, lleno de nubes. El zumbido del coche resonaba aprisionado entre las altas paredes, quedando pendiente en el aire como espesa niebla. Se detuvo, ciñéndose a una acera, al llegar a la entrada de una calle, en la que, al descender del coche, observó los reflejos de un letrero luminoso, fosforescente bajo balcones de hierro. A través del pequeño rectángulo de un balcón pudo atisbar un brazo en sombras sosteniendo una copa también oscura, mientras pisaba los baldosines de la acera, en los que podía leerse: *The Drowned*. Prosiguió hasta situarse frente al balcón, pudiendo ver de nuevo el brazo antes de oír la voz del reportero. Pero ahora era la suya propia la que resonaba, gritando, increpando bajo el balcón, hasta que, de modo inesperado, un hombre de cortas piernas apareció, inclinándose sobre la baranda y mostrando una calva tonsurada como la de un clérigo. Hagood miró hacia arriba sin cesar en sus gritos.

—¿Busca a alguien doctor? —preguntó el hombre desde el balcón.

—¡Sí! —repuso Hagood, volviendo a gritar el nombre del reportero.

—¿Quién dice? —El del balcón se había puesto una mano tras el oído a modo de pantalla. De nuevo Hagood repitió el nombre—. Pues por aquí no conozco a nadie que se llame de ese modo —luego añadió—: Espérese un momento —y mientras Hagood no dejaba de mirarle, con rostro asombrado, el otro se volvió hacia el interior, preguntando—: ¿Hay alguien que se llame así?

La voz del reportero cesó de oírse un momento para gritar luego en el mismo tono que Hagood había percibido desde la entrada de la calle:

—¿Quién quiere saberlo?

Pero antes que el hombre del balcón pudiera dar una respuesta al de abajo, la voz volvióse a oír:

—Dígale que no estoy. Que me he marchado. Que me casé. Que me he muerto. ¡Que estoy trabajando!

El hombre del balcón volvió a inclinarse hacia abajo.

—Bueno, señor. Creo que habrá usted podido oírlo tan claramente como yo mismo.

—No importa —repuso Hagood—. Haga el favor de bajar.

—¿Yo?

—¡Sí! —aulló Hagood—. ¡Usted!

Y quedóse mirando al otro, mientras desaparecía en aquella oscura cavidad, cuyo interior no le era posible atisbar. Nunca se había hallado tan cerca de lo que el reportero, durante los veinte meses que estuvo trabajando para él, llamó «su domicilio», y que asimismo constaba en la filiación que el joven había llenado el día de su ingreso. Aquel cuarto, que el reportero llamaba *bohémio*, había sido encontrado a duras penas en el barrio Vieux Carré de New Valois, y el mobiliario fue reunido penosamente, pieza tras pieza, con la misma afición que un chiquillo colecciona bolitas de colores. Era una caverna oscura, con techo semejante al de un granero y con un suelo cubierto de tablas abarquilladas y carcomidas. Las paredes parecían escrofulosas y el espacio habitable había sido dividido en dos partes por medio de un trozo de cortina a fin de componer un dormitorio y un estudio. Unas mesitas, cubiertas de sucios tapetes, soportaban lámparas confeccionadas con botellas de licor, y otros muchos objetos de oxidado metal cuyo uso nadie podía adivinar. De las paredes colgaban algunos andrajosos tapices indios y algunas placas en relieve, ejecutadas por primitivos italianos. Todo estaba lleno de extravagancias, cuya disecada y frágil inutilidad parecía derivarse de la propia personalidad de su dueño, como si tanto ellas como él hubiesen sido concebidos al unísono..., objetos con el aire de mujerzuelas retiradas, sobre los que pesaba la sombra cadavérica de sus anteriores propietarios, no atribuyendo a su dueño actual un completo derecho de posesión, sino tan solo el de préstamo..., un cuarto que parecía exhumado de cualquier tétrica *morgue*, sin variar jamás de aspecto.

Lo alquiló dos meses después de incorporarse a la redacción del periódico, desprovisto de credenciales o recomendaciones, con su apariencia de criatura emanada de los matraces de un laboratorio, sin necesidad de sustancias artificiales, como una mala hierba, con su expresión canina y su infantil aptitud para recorrer la ciudad en busca de noticias interesantes y encontrarse allí donde hubiera más gente. Luego empezó a rodar por el Vieux Carré en busca de los muebles y demás objetos: las cortinas, los tapetes y aquellos cacharros que llevó a la oficina para que los viese Hagood, oyendo cómo este trataba de convencerle de que había pagado dos o tres veces su precio. Un día Hagood pudo observar cómo penetraba en su despacho una mujer a la que nunca había visto hasta entonces.

—Parecía una locomotora —le contó más tarde al dueño del periódico, con sombrío acento—. Usted sabe —añadió— que de cuando en cuando los directores de alguna empresa ferroviaria lanzan una nueva locomotora aerodinámica, con motores Diesel, a causa de lo mucho que les han estado molestando los reporteros. Pero, en

realidad, no es más que una máquina vieja, que ya estaba arrinconada, y a la que cambiaron el aspecto exterior, presentándola como último modelo. Un día cualquiera la ponen en servicio con gran aparato de reporteros, fotógrafos, coronas de flores y discursos..., y para todo el mundo es una máquina nueva, aunque en realidad se trate de aquella misma que hizo furor en el año mil novecientos. El ténder y las diferentes partes de la maquinaria ostentan un número muy bajo, pero todo ello ha sido cubierto por una forma aerodinámica, de metal azulado, y las varillas y la campana parecen más doradas que el mismo oro...

Levantó la vista de su pupitre, viendo a una mujer que entraba en su oficina, envuelta en una nube de perfume y seguida del reportero, más parecido que nunca a una sombra. Su seno era inmenso, semejante a una de esas torres de la Edad Media, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y cuyas almenas han debido soportar ataques y más ataques... Su boca tenía el color del tomate; sus ojos eran bonitos, aunque provistos de una expresión huraña e insatisfecha; su pelo tenía ese lustre diamantino de los metales dorados de un escaparate, y sus dientes eran grandes, cuadrados y fuertes como los de un caballo, también con reflejos áureos. Vio todo esto bajo una oleada de plumas carmesí, como si se tratase de un cañamazo salido de cualquier equinoccio primaveral..., un cañamazo concebido con la hermosa inocencia de un sueño capaz de cubrir la tierra de nubes rosadas en las que juegan y se esconden innumerables querubines.

—Vine a la ciudad tan solo para ver dónde trabajaba él —dijo—. Me permite..., gracias —añadió, cogiendo un cigarrillo del paquete que estaba encima de la mesa, antes que el editor pudiera hacer un gesto, esperando luego que le encendiera una cerilla—. Quiero que le ayude un poco. Es un muchacho muy alocado. No sé aún si es en realidad reportero o no. Y quizá tampoco usted lo sepa. Un verdadero niño...

Luego se marchó con su perfume y sus plumas, y aquella habitación, colmada hasta entonces de color rojo y de dientes dorados, quedóse oscura de nuevo, casi negra, mientras Hagoood pensaba: «¿Un niño?», acordándose de que el reportero le había asegurado repetidas veces no tener hermanos ni hermanas ni vínculo alguno, excepto aquella mujer que había ido a visitarle, pasando por la oficina y quizá por New Valois entero, sin detenerse, con ese aspecto luminoso y fantástico de un crucero al atravesar un canal... Además, su nombre resultaba increíble.

—Pues así se llama —le dijo el reportero—. La gente no lo cree, pero es auténtico.

—Me pareció que ella había dicho... —Y Hagoood repitió el nombre.

—Sí —dijo el reportero—. Pero eso es ahora. —Entonces, quiere decir que se lo ha...

—Sí —afirmó el reportero—. Lo ha cambiado dos veces desde que yo la conozco. Pero ambos eran muy buenos chicos.

Hagoood no pudo menos de imaginársela, no como un ser voraz o amigo de la rapacidad, sino simplemente devorador, como el vientre de una locomotora. «Sí —se

dijo con salvaje desilusión—, vino aquí para ver quién era su jefe. Pero, en realidad, lo que quería saber es si él realmente trabaja y si tiene probabilidades de conservar su empleo». Ahora comprendo por qué el reportero cobraba su cheque en efectivo antes de abandonar la oficina, el sábado por la noche. Casi podía verlo corriendo hacia el edificio de Correos o de Telégrafos antes que cerrasen, saliendo de él con un recibo de color azul. La primera vez que, en mitad de la semana, el reportero solicitó un anticipo no dijo nada, aunque maldiciendo interiormente a aquella voluminosa mujer, que, casi sin detenerse, había atravesado el horizonte de su vida desordenándola del mismo modo que una locomotora al correr velozmente por una callejuela de las afueras, levantando una nube de papeles y hojarasca. Pero ya fue distinto cuando el reportero acudió cierta vez pidiéndole un préstamo superior al doble de su sueldo semanal. Aunque no dijo nada, de momento, su rostro indujo al reportero a darle una explicación. Era para adquirir un regalo de boda.

—¿Un regalo de boda? —dijo Hagood.

—Sí —repuso el otro—. Se ha portado muy bien conmigo y he de mandarle algo, aunque no lo necesite.

—¿Aunque no lo necesite? —gritó Hagood.

—No, estoy seguro de que no necesitaré lo que le envíe. Siempre suele tener suerte en sus matrimonios.

—Espere un momento —dijo el editor—. Pongamos las cosas en claro. Usted desea adquirir un regalo de bodas..., muy bien. Pero ¿no me dijo que no tenía hermanas ni...?

—En efecto —repuso el reportero—. Pero es que el regalo es para mamá.

—¡Oh! —exclamó el editor después de un rato, que no debió de parecer muy largo al joven—. Ya caigo. ¿Es preciso que le felicite?

—Muchas gracias. Pero no conozco al futuro marido, aunque supongo que será excelente persona, como los otros dos.

—Bien —dijo Hagood—. Como los otros dos. ¿Fue alguno de ellos su...? Pero no importa. No es preciso que me dé explicaciones. ¡No me explique nada! —gritó—. Pero ya es algo saber que hizo lo que pudo por usted —ahora era el reportero el que miraba a Hagood con expresión cortés e interrogadora—. Quizá esto cambie un poco su vida —dijo Hagood.

—Pues yo creo que no —repuso el joven—. No puedo saber si esta vez ha obrado mejor o peor que las anteriores. Ya vio usted mismo que aún conserva excelente aspecto, aunque no tenga el tipo de una jovencita de esas que toman parte en los concursos de baile. Pero confío en que también ahora tendré suerte. Siempre la tuve en estos asuntos.

—Espera usted... —dijo Hagood—. Confía en que... —Tomó un cigarrillo del paquete que estaba encima de la mesa, aguardando a que el reportero encendiese una cerilla, sosteniéndola ante su rostro—. Pero hablemos claro. Ese dinero que me ha pedido prestado piensa mandarlo a...

—¿Mandarlo adónde? —preguntó el reportero al cabo de un momento—. ¡Ah! Ya comprendo. No; no voy a mandarlo a ningún sitio. Es ella quien me manda dinero de cuando en cuando. Pero ahora, al casarse de nuevo, no estoy seguro de si...

Hagood no se sentó siquiera en su butaca.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Fuera!

Durante unos instantes el reportero le estuvo mirando con expresión de muda sorpresa; luego, dando media vuelta, retiróse. Pero antes que se hubiese alejado mucho, el editor le llamó de nuevo con voz tensa e irritada. Al regresar frente al escritorio pudo ver cómo su jefe garrapateaba algo en un papel que luego le alargó.

—¿Qué es esto, jefe? —preguntó el reportero.

—Son ciento ochenta dólares —repuso Hagood con voz cariñosa, como si hablara a un niño—. Con un interés anual del seis por ciento y pagadero a la vista..., ¡a la vista! Fírmelo.

—¡Dios mío! ¿No será mucho?

—Fírmelo —repuso Hagood.

—¡Caramba, jefe! —exclamó el joven—. Nunca tuve la intención de molestarle tanto...

Pero de esto hacía ya dieciocho meses y ahora Hagood y Jiggs estaban uno junto al otro, mirando hacia el balcón del que había salido aquella voz alterada por la bebida.

—¿De modo que ese es su nombre? —preguntó Jiggs—. ¿Cómo ha dicho?

—¡Nada! —repuso Hagood—. Es su último apellido, o quizá el único que tenga, como sabe toda la ciudad. Pero le corresponde por derecho propio. Nunca oí a nadie que se llamara así y no creo que ninguna persona sensata, con algo que ocultar, quiera adoptarlo deliberadamente. ¿Se da usted cuenta? Hasta un niño observaría que es falso.

—Sí —dijo Jiggs—. Hasta un niño se volvería loco hablando de esto.

Ambos miraron hacia la ventana.

—Conozco a su madre —dijo Hagood—. Pero ya me figuro lo que está usted pensando. A mí se me ocurrió la misma idea cuando la vi por vez primera. Y lo mismo pensaría cualquiera a quien empezase a explicar las circunstancias de su nacimiento. Parece una especie de gusano salido de la nada. Y ahora, por lo visto, ha hecho lo posible para emborracharse..., consiguiendo su propósito.

—Sí —dijo Jiggs—. Le está contando a Jack cómo ha de volar, ya que en cierta ocasión también tomó unas lecciones de Matt Ord. Según dice, el elevarse o el tomar tierra sobre dos F cruzadas es lo mismo que hacerlo sobre una organización completa. No sé si dijo organización u órgano, porque ni él mismo se entiende. Prosiguió luego con algo acerca de una pareja de mosquitos revoloteando alrededor de un par de elefantes, lo cual les llevaba días y hasta semanas enteras. Sí, están solos él y Jack, porque Laverne y Roger se han ido a la cama con el niño; así es que ambos tendrán que dormir en el suelo, porque él se gastó todo el dinero en aquel taxi que nos

condujo al hotel. Tuvimos que venirnos aquí, a lo que llama su casa. Durante el camino se detuvo en una especie de caverna, de la que salió con una botella de algo que dice ser ajeno. Yo no he bebido nunca ajeno, pero me atrevo a fabricar ese líquido con una tubería de plomo, un poco de alcohol y otro poco de licor calmante o láudano. Puede usted subir y probarlo. Ya me perdonará, pero he de regresar junto a ellos cuanto antes, a fin de no perderlos de vista.

—¿Los está vigilando?

—Sí. No es que tema que se peleen, ya que le dije a Jack que sería lo mismo que pegarle a su abuela, pero esta tarde Jack le vio alrededor de Laverne en el campo de aviación, y creo que...

—¡Bueno! —exclamó Hagood—. ¿Es que he de pasarme la vida oyéndole a él contarme cosas de ustedes y a ustedes contarme cosas de él?

La boca de Jiggs estaba aún abierta. Luego la fue cerrando lentamente, mientras miraba a Hagood con las manos sobre las caderas, las piernas ligeramente arqueadas y el cuerpo un poco inclinado hacia adelante.

—No es preciso que me escuche, si no quiere, míster —dijo—. Pero fue usted quien me rogó que bajase. ¿Qué es lo que desea de mí o de él?

—¡Nada! —gritó Hagood—. Si vine aquí fue con la débil esperanza de que ya se hubiera acostado y se hallase lo suficiente sereno para acudir mañana a su trabajo.

—Pues él dice que ya no trabaja para usted, porque lo despidió.

—¡Es una mentira! —repuso Hagood—. Le dije que estuviera en la oficina a las diez.

—¿Quiere que se lo comunique?

—Sí. Pero no ahora. Se lo prohíbo. Espérese hasta mañana... Hágalo pensando en que con ello aseguran su propio cobijo nocturno.

De nuevo Jiggs le miró con la misma expresión sorprendida de antes.

—Bueno, ya se lo diré. Pero solamente con la intención de pagarle de algún modo lo que está haciendo por nosotros esta noche. ¿Me entiende?

—Le ruego que me perdone —repuso Hagood—. Pero hágame este favor. Procure enterarle de lo que le he dicho antes que se marche a la calle. ¿Lo hará?

—*Okey!* —afirmó Jiggs, observando cómo el otro daba media vuelta, alejándose por la calle. Luego penetró en la casa, recorriendo el pasillo y ascendiendo la destartada escalera hasta percibir claramente las voces de los borrachos. El paracaidista, sentado sobre un catre de hierro, se había envuelto en uno de los tapices indios, y a su alrededor los almohadones amontonados semejaban hacerle flotar entre grandes nubes de polvo. El reportero estaba en pie junto a una mesa coja, sobre la que podía verse un jarro lleno de licor y un plato con agua en la que aún flotaban unos trocitos de hielo. Iba en mangas de camisa y se había desabrochado el cuello aflojándose el nudo de la corbata, cuyo extremo inferior estaba húmedo como si lo hubiera metido en el plato. Destacándose sobre el tapiz descolorido de la pared, parecía un extraño trofeo de caza a medio disecar, que hubiese cobrado vida de

nuevo.

—¿Quién era? —preguntó—. ¿Tenía el aspecto de quien desea que le visiten el viernes después de cenar, dando una vuelta por la iglesia en la que los *boy-scouts* están acampados?

—¿Cómo dice? —preguntó Jiggs—. Bueno..., sí. Creo que era él.

El reportero le miró, sosteniendo en la mano un vaso, con gesto vago.

—¿Le dijo usted que he contraído matrimonio? ¿Le dijo usted que tengo ahora dos esposas?

—Sí —repuso Jiggs—. Pero... ¿Y si se acostase?

—¿Acostarse? —gritó el reportero—. ¿Acostarse cuando tengo en casa un huésped casado, y lo único que creo oportuno es emborracharme, porque puedo obrar como me plazca, y porque me encuentro en su mismo caso, aunque con la diferencia que yo estoy siempre así y él solo lo está esta noche?

—Muy bien. Muy bien —dijo Jiggs—. Vamos a acostarnos.

El reportero se inclinó sobre la mesa, observando con sus ojos brillantes e intranquilos cómo Jiggs se dirigía hacia las maletas colocadas en un rincón y, tras sacar de una de ellas algo que le pareció un sacabotas, se sentaba tratando de descalzarse. Luego, al percibir cierto ruido, volvióse a tiempo de ver al paracaidista tumbado de espaldas en el catre, con las largas piernas extendidas, riéndose de Jiggs con extraña persistencia. Jiggs sentóse por fin en el suelo y extendió una pierna hacia el reportero.

—Dele un tirón —dijo.

—Espere —repuso el paracaidista—. Yo seré quien lo haga.

El reportero había ya cogido la bota, pero el otro lo apartó de un empujón. El reportero vaciló, teniendo que apoyarse en la pared, desde donde estuvo observando cómo su oponente, con el rostro hermoso, tenso y salvaje, iluminado por la luz, y los dientes resplandeciendo bajo el recortado bigote, cogía la bota, haciendo al propio tiempo ademán de dar una patada a Jiggs en la ingle, antes que el mecánico pudiera moverse. El reportero cayó sobre el agresor, logrando desviar el golpe hacia el costado de Jiggs.

—¿Qué es eso? —dijo este—. ¿Crees que estamos jugando?

—¿Jugando? —repuso el paracaidista—. ¡Sí, jugando! Prepárate ahora...

El reportero no pudo ver cómo Jiggs se levantaba, ya que el mecánico se puso en pie de un salto agilísimo. Las manos de los dos adversarios se trabaron, y Jiggs pudo apenas empujar al reportero hacia la pared.

—Váyase —dijo—. Mire cómo está. ¿Cree que es cosa de broma? Váyase a la cama —añadió—. Váyase en seguida. ¿No ve que mañana ha de hallarse en su oficina a las diez en punto? ¡Váyase! —El reportero no se movió; continuaba apoyado en la pared, sonriendo con expresión vidriosa. Jiggs volvióse a sentar en el suelo, con la pierna derecha estirada, forcejeando para quitarse la bota—. Vamos —dijo—. Dele un tirón —el reportero así lo hizo, encontrándose de pronto sentado

también en el suelo, frente a Jiggs, y oyendo su propia risa—. ¡Cállese! —dijo Jiggs —. ¿Es que quiere despertar a Roger y a Laverne y al niño? ¡Cállese le digo!

—Trato de hacerlo —repuso el reportero—. Pero no puedo... Me es imposible.

—¡Pues claro que puede! —dijo Jiggs—. ¿No ve? Ahora mismo se ha callado.

—Es verdad... Quizá se me hayan aflojado los frenos.

Empezó a reír de nuevo, pero Jiggs, inclinándose hacia adelante, se puso a golpearle el muslo con el sacabotas hasta conseguir que se callara otra vez.

—Ahora tire con fuerza —dijo Jiggs.

La bota cedió como cansada de su obstinación, y Jiggs pudo por fin verse libre de ella. Pero cuando el reportero se disponía a tirar de la otra, esta deslizóse tan fácilmente que el joven cayó otra vez al suelo, aunque esta vez sin reírse.

—Muy bien —dijo—. No voy a armar más ruido.

Luego contempló a Jiggs, que estaba frente a él, luciendo un par de calcetines de algodón, que, al igual de las botas que llevaba por la mañana, no consistían más que en la parte superior, dejando los pies al aire.

—Levántese —dijo Jiggs, ayudando al reportero a ponerse en pie.

—Bueno —dijo este—. Pero haga que el cuarto cese de dar vueltas.

Empezó a forcejear, para sentarse de nuevo; pero Jiggs le sostuvo, conduciéndole pesadamente hacia el catre.

—Espere a que pase ante mí otra vez —añadió, riendo violentamente, mientras caía cuan largo era sobre el camastro. Notando que algo se desplomaba sobre él, luchó para libertarse, mientras barbotaba con lengua estropajosa—: «¡Déjeme! ¡Déjeme! ¿No ve que ya estoy en la cama?».

Luego dióse cuenta de que ya estaba libre de nuevo, aunque le era muy difícil moverse. Torciendo la cabeza, pudo ver a Jiggs acostado junto a la pared, de cara a esta, sirviéndose de su mochila como de almohada, y al paracaidista tratando de beber en la botella. El reportero se levantó vacilante, pero, al hablar, sus palabras podían percibirse con toda claridad.

—¡Excelente idea! —dijo—. Un poco de bebida, ¿eh? —Dirigióse con cuidado hacia la mesa, con el rostro animado por una expresión de fría y desesperada temeridad, y hablando, en apariencia, como si no hubiese nadie en la habitación—: Ya no pueden acompañarnos. Jiggs se ha ido a la cama y Roger y Laverne se han acostado también. Además, ella no bebería, porque Roger no iba a permitirselo.

Ahora miraba al paracaidista a través de la mesa, por encima del jarro, los vasos y el plato, con expresión desesperada y ausente, como si se hallase en un cuarto vacío.

—Sí, fue Roger. Fue Roger el que no permitió que bebiese, arrebatando de su mano el vaso que le había dado un amigo. Y ahora ambos se han ido a la cama. ¿Se da cuenta?

Los dos hombres se miraron.

—¿Quizá quisiera usted acostarse con ella? —dijo el paracaidista.

Durante unos instantes continuaron mirándose. El rostro del reportero había

variado de expresión. Aún conservaba su atrevimiento, pero cubierto ahora por una abyecta animosidad que, a falta de otra cosa mejor, podía considerarse valentía.

—Sí —dijo retrocediendo y tapándose el rostro con los brazos.

Al principio no pudo comprender que únicamente el suelo lo había golpeado. Con los brazos ante la cara, observó por entre ellos los pies inmóviles del paracaidista. Este dio un manotazo a la lámpara, colocada encima de la mesa, y luego, al cesar el ruido, no pudo ver ni oír nada, allí tendido en el suelo, en completa pasividad.

—¡Caramba! —dijo—, por un instante creí que iba a hacer pedazos el jarro.

Pero al no obtener respuesta sintió que en su interior se levantaba de nuevo un huracán de cólera, cuya finalidad no podía comprender. Yacía inmóvil, esperando. De pronto notó que le daban una patada en el costado, y la voz del paracaidista oyóse en lo alto, como procedente de algún lugar situado más allá del ámbito del cuarto. La oscuridad daba vueltas y más vueltas lenta y cadenciosamente, mientras la voz del paracaidista pronunciaba las mismas palabras que había dirigido a Jiggs seis horas antes, en aquel hotelito de mala nota. Su eco pareció resonar hasta mucho después de haber oído que el joven se tendía en el catre, arreglando las almohadas y cubriéndose con la manta.

«Lo menos me habrá llamado sinvergüenza veinte veces... —pensó el reportero—; pero me voy a acostar en seguida, aunque no sé cómo arreglármelas para levantarme de aquí...».

La oscuridad inició una vuelta más profunda y vertiginosa que las anteriores. Ahora un sudor frío corría por su frente, y al pasarse por ella la mano cadavérica, las gotas no quedaron borradas, sino que parecieron multiplicarse. «Ayer me dejaron sin empleo, pero hoy creo que me voy a quedar sin casa».

Por fin empezó a ver algo: era el pálido rectángulo de la ventana destacándose como envuelto en una atmósfera tenue y desvaída. La visión se esfuminó, aunque él quiso retenerla desesperadamente. Arrodillándose y tratando de alcanzar la ventana, notó que sus manos se posaban sobre la superficie de la mesa, con cuya ayuda pudo ponerse en pie. Recordaba con toda exactitud dónde había dejado la llave, pero como la lámpara había desaparecido, su mano, nerviosa, no pudo dar con ella, hasta que la oyó caer al suelo con suave tintineo. La estuvo buscando hasta hallarla, y en seguida volvióse a levantar. A continuación la limpió cuidadosamente con el extremo de su corbata, depositándola otra vez encima de la mesa, con infinito cuidado, como si fuese un cartucho de dinamita. Luego, llenó de líquido uno de los vasos pegajosos, bebiendo ruidosamente, mientras el licor helado, casi todo él alcohol puro, le corría por la barbilla y brillaba en su fría y húmeda camisa, y hasta en la misma carne. Por fin dirigióse a la escalera, que descendió, procurando tragarse el líquido que pugnaba por salir de su garganta.

La puerta se había cerrado irrevocablemente tras él, y la brisa de la madrugada rozó su camisa húmeda. No podía recordar en absoluto lo que quiso hacer, dónde pretendía ir, como si su destino y objetivo fuesen tan solo factores teóricos, como la

latitud o el tiempo, o como una carta olvidada en el bolsillo del gabán. Luego, inmóvil sobre los fríos adoquines y temblando convulsivamente, comprendió que su intención era pasar el resto de la noche tendido en el duro suelo de la oficina; pero ahora se daba cuenta de que no podía hacerlo, porque le habían despedido. Si hubiese estado sereno habría tratado de que le abriesen de nuevo la puerta, esperando vagamente que se produjese el milagro. Pero borracho le era imposible.

Así es que empezó a alejarse lentamente, apoyándose en la pared y tratando de contener el vómito, mientras reflexionaba: «Hace cuatro horas ellos estaban fuera y yo dentro. Y en este instante ocurre precisamente lo contrario». Es como si existiese alguna regla cósmica que regulase la pobreza. Al parecer, resulta imprescindible la presencia de vagabundos en los bancos del parque y en las salas de espera de las estaciones, sin aguardar otra cosa sino que el amanecer los esparza a todos por el ancho mundo gritando y gesticulando como estrellas fugaces que se sumergen de nuevo en la nada. Era preciso hallar un sitio donde refugiarse, aunque estaba ya acostumbrado al temblor y no sentía frío alguno. Existían por allí dos estaciones, pero como nunca estuvo en ellas no pudo recordar cuál era la más cercana. De pronto se detuvo, acordándose del mercado... Tomaría una taza de café. «Café —se dijo—, café. Cuando me haya bebido una taza ya será de día. Sí, cuando uno se bebe una taza de café, ya es mañana, y no hay que esperar más».

Caminaba ahora muy de prisa, respirando a pleno pulmón, con la boca abierta, como si pretendiera llenar su estómago de aire frío y de oscuridad.

Ahora podía ya ver el mercado...; una caverna amplia, brillante, sin paredes, llena de puestos de verduras tan lozanas y tensas como flores artificiales, entre las cuales, hombres en suéter y mujeres también en suéter, con sus rostros latinos aún contraídos por el sueño, y un ligero vapor flotando alrededor de su boca y nariz, se detenían para contemplar a aquel hombre en mangas de camisa y cuello desabrochado, cuyo rostro, más que nunca, semejaba el de un cadáver, contraído y desfigurado por una falta absoluta de sueño. Dirigióse hacia el mostrador del bar, sintiéndose ahora ya bastante repuesto. «Sí, ya estoy bien del todo», pensó, porque en aquel preciso instante había cesado de temblar convulsivamente. Cuando ya tenía en la mano la taza llena de ardiente líquido, volvió a decirse que se encontraba muy bien, aunque su propia insistencia en querer convencerse de ello debía haberle advertido de que su estado no era normal. Sentóse, perfectamente inmóvil, mirando la taza, en esa actitud ensimismada de quien escucha la voz de su propio espíritu. «Dios mío —pensó—, quizá me he precipitado un poco. Quizá debiera de haber paseado un rato antes». Pero ya estaba allí, con el café humeante ante él y el camarero observándole fijamente. «De todos modos, me siento bien. Cuando un hombre se ha bebido su café ya es mañana...; ¡debe serlo! —gritó con la terca insistencia de un niño, pero sin que su voz se percibiese—. Y el mañana es tan solo un enigma. Pero entonces ya no estaré borracho, y todo lo de ahora me parecerá irreal».

Levantó la taza con el mismo gesto con que, antes de salir de casa, había

levantado el vaso de licor, notando cómo el líquido hirviente bajaba por su barbilla, cayendo sobre la camisa y la carne. Con la garganta agitada, tratando de vomitar, y la mirada fija desesperadamente en el borde de la cafetera, pensó que la taza iba a estallar de un momento a otro, ascendiendo luego en el espacio como el tapón de una botella de champaña. La volvió a depositar sobre la mesa, dirigiéndose hacia la puerta, a la que llegó tras haber atravesado por entre los puestos de verdura y fruta, en los que hubo de apoyarse como un monigote, hasta detenerse frente a uno de frambuesas, sin saber el porqué, mientras una mujer, envuelta en un pañuelo negro, preguntaba desde el otro lado:

—¿Cuántas quiere, señor?

Transcurrido un rato, pudo oír que su boca pronunciaba unas palabras, aunque sin saber cuáles.

—*Qu'est-ce qu'il voulait?* —preguntó una voz de hombre desde el otro extremo.

—*D'journal d'matin* —repuso la mujer.

—*Donne-t-il* —dijo el hombre.

La mujer inclinóse, reapareciendo luego con un periódico doblado, que alargó al reportero.

—Sí —dijo este—. Es precisamente lo que deseaba.

Pero al tratar de cogerlo no pudo. El periódico parecía flotar entre él y las manos de la mujer, abierto por la primera plana. La mujer volvió a plegarlo y él pudo por fin sostenerlo con una mano, mientras que con la otra se apoyaba en la mesita, leyendo desafortadamente, con gesto declamatorio:

—«¡Huelga de banqueros! ¡Pruebas de yates! ¡Reducción de beneficios! ¡No!... ¡Espere!».

Tragó saliva, mirando a la mujer del pañuelo negro con desvaída concentración. Hurgó en su bolsillo y unas cuantas monedas corrieron por el suelo, produciendo el mismo ruido que antes la llave; pero al tratar de recogerlas experimentó un fuerte golpe en el rostro, mientras unas manos le sostenían antes de que intentara levantarse de nuevo. Ahora avanzaba penosamente hacia la entrada, pero antes de llegar allí tropezó con una de las últimas mesas, aunque sin sentir dolor alguno. El café caliente y corrupto se contraía en su interior como un gigantesco pájaro que pretende iniciar el vuelo. Al salir a la calle fue a dar contra un farol, al que hubo de agarrarse, mientras la vida parecía escapársele por la boca, y su cuerpo entero variar por completo de forma, en un gigantesco espasmo.

Ya había amanecido sin que él se diera cuenta. Lo único que pudo notar es que ahora podía leer distintamente las palabras del periódico, y que flotaba en una especie de sustancia gris sin peso ni luz, apoyado contra una pared que no trataba de abandonar. «No sé si soy capaz de sostenerme o no», reflexionó con pacífico y curioso interés, como si estuviera enzarzado en un cortés juego de salón, carente de apuestas. Al moverse, por fin, parecía una hoja rechazada contra la pared de modo intermitente, deteniéndose a veces como si el viento cesara de soplar. La luz se fue

intensificando por momentos, sin proceder de ningún lugar determinado. Ahora podía ya leer las palabras impresas, aunque de cuando en cuando estas demostraran cierta tendencia a desvanecerse en el espacio, carentes de sentido. Así es que iba diciendo en voz alta:

—«El banco... No; no existe ningún poste central... espera, espera... sí, había un poste, pero fue derruido y enterrado mientras daban la vuelta a su alrededor... El banco de los labradores... Sí. Los hijos del granjero... eran dos..., y uno de ellos de Ohio, según me dijo aquella mujer... Pero el terreno que labraban era de Iowa. Sí, dos granjeros... y dos postes enterrados... mientras aquella mujer dormitaba, dormitaba..., dormitaba... No; espera...».

Había llegado ya a su calle y le era preciso cruzarla, ya que la casa hallábase en el lado opuesto. Ahora sostenía el periódico en la misma mano que se apoyaba contra la pared, pero haciendo un esfuerzo lo elevó hasta ponerlo al alcance de su vista, pudiendo leer a la grisácea claridad matinal aquella hilera de gruesos titulares:

LOS LABRADORES Y LOS BANQUEROS REHUSAN LAS PETICIONES DE LOS HUELGUISTAS.
EL YATE DEL PRESIDENTE.
REDUCCIÓN DE LOS IMPUESTOS.
GANANCIAS QUINTUPLICADAS.
EL EX SENADOR RENAUD CELEBRA EL DÉCIMO ANIVERSARIO DE SU ELECCIÓN.

Como una frágil telaraña de tinta y papel, asertiva, profunda e irrevocable dentro de su implícita carencia de importancia, producto del trabajo de cuarenta toneladas de maquinaria y de todas las decepciones de una nación entera, su vista, ese órgano carente de tacto, reflexión o asombro, recorrió la última línea y, cesando allí, proyectóse hacia adelante para contemplar la puerta, bajo el balcón. «Sí —pensó el reportero—, casi estoy en ella, pero aún no sé si entrar o no».

MAÑANA

Fue una patada en el costado lo que despertó a Jiggs. Dando una vuelta sobre sí mismo, pudo observar el cuarto y la claridad del día, dándose cuenta de que Shumann estaba inclinado sobre él, vestido solo con los pantalones y la camiseta. El paracaidista, también despierto, yacía aún sobre el catre, envuelto hasta la barbilla en el tapiz indio y con una alfombra sobre los pies.

—Son las ocho y media —dijo Shumann—; ¿dónde está ese individuo?

—¿Qué individuo? —repuso Jiggs, haciendo esfuerzos para sentarse en el suelo y proyectando hacia adelante los pies con sus incompletos calcetines, a la vez que paseaba por la habitación una mirada circular llena de asombro—. Es cierto. ¿Dónde está? Los dejé a él y a Jack... ¡Dios mío!, su jefe llegó aquí hacia las tres de la madrugada diciendo que le avisase de que hoy debe presentarse a las diez —miró al paracaidista, que parecía aún completamente dormido, a pesar de tener los ojos abiertos—. ¿Qué fue de él?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —repuso el otro—. Le dejé tendido en el suelo, ahí cerca de donde tú estás —añadió mirando a Shumann, mientras este miraba a su vez al paracaidista.

—¿Os estuvisteis peleando? —dijo.

—Sí —dijo Jiggs—, y por eso te tuvieron despierto hasta que yo me acosté.

El paracaidista no dijo una palabra más. Le vieron cómo se levantaba, arrojando lejos de sí el tapiz y la alfombrilla, apareciendo completamente vestido, excepto los zapatos. Se puso estos últimos, quedándose unos instantes en pie, mientras contemplaba colérico sus arrugados pantalones y se volvía luego hacia la descolorida cortina.

—Voy a lavarme —dijo Shumann observando a Jiggs, que aún sentado maniobraba en la mochila, de la que extrajo las zapatillas de tenis y las cañas de las botas, calzándose las primeras.

El espléndido par de botas nuevas, con solo unas leves arrugas en los tobillos, permanecían junto a la pared, allí donde antes estuvo la cabeza de Jiggs. Shumann las miró y luego a las zapatillas de tenis que el mecánico se estaba poniendo, pero sin decir nada. Luego murmuró:

—¿Qué ha ocurrido la noche última? ¿Es que Jack...?

—No —dijo Jiggs—. Estaban muy bien avenidos, bebiendo. De cuando en cuando Jack trataba de soliviantarle, pero yo le dije que lo dejara tranquilo. Y, ¡Dios mío!, su jefe quería que estuviese hoy a las diez en la oficina. ¿Has mirado en el portal? ¿Y debajo de la cama...? Quizás...

—Sí —dijo Shumann—, ya he mirado, pero no está.

Jiggs introducía penosamente los pies calzados con las zapatillas de tenis en las cañas de las botas, gruñendo y lanzando imprecaciones.

—¿Cómo diantre quieres que te entren? —dijo Shumann.

—¿Y cómo asegurar después las zapatillas si no lo hago así? —repuso Jiggs—. Es preciso enterarnos de lo que le ha ocurrido. Usted no estaba borracho, ¿verdad? Le dije a su jefe que...

—Bueno —dijo Shumann—, levántate y lávate.

Colocando las piernas bajo el cuerpo e intentando incorporarse, Jiggs hizo una pausa para contemplarse las manos.

—Me lavé bien la noche última en el hotel —dijo, empezando a levantarse.

Luego se detuvo para recoger del suelo una colilla, y una vez en pie, llevóse la mano al bolsillo de la camisa, sacando una caja de cerillas. Con la colilla en la boca y el fósforo encendido en la mano se detuvo. Sobre la mesa, entre los vasos, las cerillas apagadas y la ceniza esparcida alrededor del jarro y el plato de hielo, había un paquete de cigarrillos, uno de aquellos que el reportero compró la noche antes. Jiggs se hizo cargo de él tras colocar la colilla en el bolsillo de su camisa.

—¡Jesús! —dijo—. Durante los dos últimos meses se puede decir que no he visto un cigarrillo entero.

Luego, su mano se detuvo otra vez, durante una fracción de segundo, y Shumann la vio luego alargarse hacia el jarro, mientras con la otra se apoderaba del vaso en que el reportero había estado bebiendo en la oscuridad.

—Deja eso —dijo Shumann tras echar un vistazo a su sucio reloj de pulsera—. Son las nueve menos veinte. Vámonos de aquí.

—Sí —dijo Jiggs, llenando el vaso—. Vámonos. Pero me hubiera gustado darle el recado de su jefe... La noche última me enteré de cuál es su nombre... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Nunca lo adivinarías...

Se detuvo, mientras él y Shumann se miraban.

—¿Qué haces? —dijo este último.

—Voy a beberme un vaso que anoche reservé para esta mañana. ¿No dijiste que nos íbamos al aeródromo? ¿Y cómo voy a poder beber algo allí, aunque tuviese dinero? El único que he visto hace tres meses decís que lo he robado. Después que ese pobre muchacho nos ofreció un vaso de licor, aún nos apoderamos de sus camas y le dejamos dormir en el suelo. Y ahora ni siquiera tenemos la consideración de esperarlo para darle el recado de su jefe...

—Conque un trago, ¿eh? ¿Por qué no viertes el contenido de ese jarro en el lavabo y te frotas bien la cara con él?

Jiggs le vio apartarse y levantar la cortina, pasando al otro compartimiento. Luego, elevó el vaso, haciendo la consabida mueca, pero se detuvo otra vez al ver la llave que el reportero había colocado cuidadosamente sobre la mesa y junto a la cual Shumann depositó los restos de la lámpara. Al recogerla, Jiggs observó que estaba ligeramente mojada de licor.

—Entonces ha de hallarse aquí —dijo—; pero ¡por Dios santo! ¿Dónde?

Volvió a recorrer el cuarto con la mirada y, dirigiéndose al camastro, levantó la colchoneta, mirando bajo él.

«Pues en algún sitio ha de estar —pensó—. Tal vez debajo del lavabo. ¡Dios mío! No haría más bulto que una serpiente arrollada».

Retrocedió otra vez hacia la mesa, cogiendo el vaso. Pero ahora aparecieron por la puerta la mujer y el chiquillo. Ella iba completamente vestida, incluso con la trinchera abotonada de arriba abajo, y dirigió una mirada pálida y comprensiva a la habitación, fijando luego la vista en Jiggs durante unos instantes.

—Estoy bebiendo algo para desayunarme —dijo este.

—Querrás decir para cenar —repuso ella—. De aquí a un rato te habrás dormido otra vez.

—¿Te ha dicho Roger que perdimos a aquel individuo?

—Bueno. Bébetelo en seguida —contestó la mujer—. Son cerca de las nueve y ya sabes que aún hemos de arreglar aquellas válvulas.

Pero Jiggs no se decidía a llevar el vaso a sus labios. Shumann ya estaba vestido. A través del sucio vaso, Jiggs vio cómo el paracaidista, dirigiéndose a las maletas, las arrojaba al suelo de un puntapié, así como las botas. Luego se volvió hacia Jiggs, barbotando:

—¡Venga! ¡Bébetelo en seguida!

—¿Y nadie sabe dónde se encuentra? —preguntó la mujer.

—Yo, no —repuso Shumann—, y estos dicen que tampoco.

—Vuelvo a repetir que no sé nada —aseguró el paracaidista—. Yo no le obligué a que se fuera. Se dejó caer en el suelo, y entonces apagué la luz, metiéndome en la cama. Al despertarme Roger vi que se había ido...; pero creo que estamos perdiendo el tiempo, si es que queremos arreglar esas válvulas y hallarnos de nuevo junto al aparato antes de las tres.

—Bueno —dijo Shumann—, puede buscarnos, si quiere. Nosotros somos más fáciles de hallar que él —cogió una maleta, mientras el paracaidista se hacía cargo de la otra—. ¡Vamos! —añadió sin mirar a Jiggs—. Bébetelo de una vez y ¡en marcha!

—De acuerdo —dijo Jiggs—. ¡En marcha!

Depositó el vaso sobre la mesa, mientras los demás empezaban a moverse hacia la puerta y emprendían el descenso de las escaleras. Luego se miró las manos, como si acabase de descubrirlas y no supiese cuál era su utilidad.

—¡Dios mío! —exclamó—, es preciso que me las lave mejor. Os alcanzaré antes que lleguéis a la parada del autobús.

—No lo creo —dijo el paracaidista—. Llévate también el jarro. No; déjalo. Si es que ha de proseguir borracho todo el día, mejor que permanezca en el interior de su casa —dio una patada a las botas, que se interponían en su camino—. ¿Qué piensas hacer con ellas? —dijo—. ¿Llevarlas en la mano?

—Sí —dijo Jiggs—. Hasta que las haya pagado.

—¿Pagado? Creía que ya lo habías hecho ayer con mi...

—¡Es cierto!... Así lo hice.

—¡Vamos!... —gritó Shumann desde la escalera—. Apresúrate, Laverne.

El paracaidista emprendió el descenso, mientras Shumann esperaba en el rellano a que hubieran pasado todos. Luego miró a Jiggs gravemente, bajo el ala de aquel sombrero nuevo que le daba el aspecto de un señor correctamente vestido.

—¿Es que quieres fastidiarme todo el día? No voy a tratar de impedirlo, porque sé que es imposible. Pero lo que sí deseo meterte en la cabeza es que necesito a alguien que me arreglé esas válvulas.

—No te preocupes por mí —dijo Jiggs—. ¿Es que crees que no me doy cuenta de que tenemos mucha prisa? Pero podéis ir caminando. Solo voy a lavarme un poco y os alcanzaré antes de que lleguéis a Main Street.

El sombrero de Shumann desapareció de su vista. Entonces Jiggs empezó a moverse aceleradamente. Atravesando la cortina, penetró en una alcoba llena de lienzos pintados, de dudoso gusto, y en la que podían verse, además, una mesa, una silla, un lavabo, una cómoda con un peine de celuloide y dos corbatas que parecían recién sacadas de un cubo de basura, aunque hay que tener en cuenta que los que se entretienen en ello, generalmente, no son personas acostumbradas a llevarlas. Además, pudo ver una cama muy bien arreglada, tan bien arreglada que se echaba de ver en seguida que había dormido en ella una mujer. Jiggs dirigióse al lavabo, pero no para asearse la cara y las manos, sino para examinar las botas. En el empeine de la derecha podía apreciarse un largo rasguño, que Jiggs se puso a frotar cuidadosamente con la toalla. «Quizá no se vea a la luz del sol —pensó—. De todos modos, debo alegrarme de que aquel individuo no fuese un futbolista». Después de restregar con denuedo el par de botas, colgó la sucia toalla de un clavo, regresando al otro cuarto. Pero antes de dirigirse hacia la botella, que permanecía aún sobre la mesa, colocó las botas cuidadosamente en el interior de uno de los sacos.

Si hubiese escuchado habría oído voces sonando abajo, en la calle. Pero como no prestaba atención, solo pudo percibir ese pesado silencio que rodea a un hombre cuando cruza el eterno Rubicón de su maldad, en el preciso instante que precede al terror y antes de que el triunfo se vuelva desaliento, mientras la criatura humana grita su desesperado «¡Yo!» en un desierto lleno de incertidumbres y temores. Contempló con ojos brillantes cómo se llenaba el vaso hasta arriba, y luego bebióse el contenido de un trago. A continuación sorbió un poco de agua sucia del plato, pensando en que podría llevarse la botella, metiéndola en la mochila junto con las botas, la camisa sucia, el suéter, la caja de cigarrillos, conteniendo una pastilla de jabón de lavar, y una navaja de inferior calidad, las alicatas y el rollo de alambre, pero no lo hizo. «No —se dijo en voz baja, aunque en su interior supiese de cierto que al cabo de una hora iba a arrepentirse de ello—. No soy capaz de quitarle a nadie el *whisky* cuando no se halla presente». Luego cogió la mochila, echando a correr escaleras abajo, para huir cuanto antes de la tentación, ya que no quería llevarse la botella, y cuando el deseo le acometiese se hallaría ya a algunas millas de distancia. Dirigióse, pues, hacia la puerta de la calle, a lo largo del estrecho corredor.

—Aunque sea un vagabundo, hay cosas que no me gustan —gritó con una mezcla

de orgullo y pundonor, abriendo la puerta de par en par y encontrándose con el reportero, que, falto de apoyo, fue cayendo suavemente al suelo, de igual modo que había caído cuando el paracaidista abrió la puerta cinco minutos antes.

Shumann lo había vuelto a apoyar en ella, manteniéndola cerrada su propio peso. Y allí estaba, apoyado en el umbral, con el cabello revuelto y caído sobre la frente, los ojos cerrados y la camisa y la corbata sucias de licor. Al abrir Jiggs la puerta desplomóse otra vez suavemente de lado, mientras Shumann trataba de evitarlo; Jiggs tropezó con ambos y la puerta se cerró de golpe tras ellos.

Entonces ocurrióle a Jiggs algo que no hubiera podido imaginar. No es que su fortaleza flaquease o sus intenciones y propósitos hubiesen variado de aspecto, sino que, al parecer, todo aquel mundo en el que se movía, huyendo victorioso de la tentación, había dado una vuelta sobre sí mismo, sobre aquellos dos hombres que forcejeaban en el umbral. Como si su propio cuerpo se hubiese vuelto también corrupto y tomase aquella resolución sin consultarle, presentóse ante sus ojos la botella, descansando encima de la mesa como en un escenario, de modo tan claro que le pareció como si pudiese tocarla.

—¡No dejéis que se cierre la puerta! —gritó, abalanzándose hacia ella y pasando luego las manos por su lisa superficie—. ¿Por qué no lo habéis evitado? —gritó.

Pero los otros ni siquiera lo miraban. Ahora el paracaidista se había acercado también.

—¡Venga! —dijo—. Levantadlo del suelo, o dejadme que lo haga yo.

—Esperad —dijo Jiggs—. Hemos de ver el modo de meterle en su casa.

Inclinándose sobre ellos, trató de abrir la puerta. Ahora incluso podía ver la llave reluciendo junto al jarro...; un pequeño objeto de tamaño tan insignificante que cualquiera hubiere podido tragárselo sin grandes esfuerzos. El jarro de licor representaba un tormento tantálico, situado no ya a muchas millas de distancia, sino tan solo a escasos metros. Y allí estaban detenidos por aquel imbécil que no era capaz ni siquiera de penetrar en su morada.

—¡Vamos! —dijo el paracaidista a Shumann—. Registradle los bolsillos. A menos que alguien se nos haya anticipado...

—Muy bien —dijo Jiggs, acercando la mano al costado del reportero—. Pero si pudiéramos dejarle en su casa de algún modo...

El periodista, cogiéndolo por un hombro, lo empujó hacia atrás. El mecánico, levantando la vista al tiempo que procuraba sostenerse, pudo ver cómo la mujer detenía el brazo del paracaidista cuando este trataba de inspeccionar el bolsillo del reportero.

—Eso no —dijo ella.

El paracaidista se levantó, y ambos se miraron fijamente: el uno con expresión calmada, fría y enérgica; y la otra con ojos furiosos y coléricos. Shumann también se había levantado; Jiggs paseó la mirada de su rostro al de los demás.

—Entonces, serás tú quien lo haga —dijo el paracaidista.

—Sí. Yo seré quien lo haga —repuso ella.

Se miraron un instante, empezando luego a lanzarse en voz baja maldiciones que semejaban estallar en el aire. Jiggs, con los brazos en jarras y un poco inclinados hacia adelante los fue observando uno tras otro.

—Muy bien. ¡Pero en seguida! —dijo Shumann interponiéndose entre los dos, dando un ligero empujón al paracaidista.

La mujer se arrodilló y, después de que Jiggs hubo vuelto el cuerpo inerte del reportero, sacó de sus bolsillos unos cuantos billetes arrugados y un puñado de monedas.

—Hay uno de cinco y cuatro de uno —dijo Jiggs—. Dejádme que cuente la plata.

—Con tres tendremos bastante para el autobús —dijo Shumann—. Coged otras tres nada más.

—Sí —dijo Jiggs—. Habrá suficiente con siete u ocho. Creo que debemos dejar el billete de cinco y uno de los pequeños.

Y uniendo el gesto a la palabra, cogió dichos billetes de la mano de la mujer, metiéndolos en el bolsillo del reportero. Al ir a levantarse comprobó con asombro que el caído le estaba mirando de un modo vacío y tranquilo..., con una expresión sin contacto alguno con la mente o el espíritu, como si sus ojos fuesen dos bombillas eléctricas colocadas bajo su cráneo.

—Mirad —dijo Jiggs—, está...

Se puso en pie de un salto, viendo el rostro del paracaidista tan solo unos segundos antes que este, cogiendo la muñeca de la mujer y luego el dinero, lo arrojase a la cara impassible del reportero, al tiempo que decía en tono de desesperada furia:

—No me hacen falta sus asquerosas monedas.

Recogiendo su maleta se puso a caminar a grandes pasos, y Jiggs y el pequeño le vieron desaparecer tras una esquina. Jiggs miró entonces a la mujer, que no se había movido y a Shumann que, arrodillado, trataba de reunir las monedas y los billetes desperdigados por entre las piernas del reportero.

—Hemos de ver el modo de meterlo en la casa —dijo Jiggs, sin obtener una contestación que, por lo visto, no deseaba. Arrodillándose a su vez, se puso a ayudar al otro—. ¡Dios mío! —añadió—. Jack las ha dispersado de tal modo que no sé si podremos encontrar ni la mitad.

Hasta entonces ninguno de los dos parecía hacer caso alguno del caído.

—¿Cuánto era? —preguntó Shumann a la mujer, extendiendo una mano hacia Jiggs.

—Seis dólares con setenta centavos —repuso ella.

Jiggs depositó las monedas en la mano de Shumann, observándole fijamente mientras este las contaba.

—Muy bien —dijo Shumann—. ¿Y el otro medio dólar?

—Lo guardo para comprar unos cigarrillos —repuso Jiggs.

Shumann no dijo nada, sino que limitóse a acercarse a Jiggs con la palma de la mano extendida. Tras vacilar unos momentos, el mecánico entrególe la última moneda. Su mirada era ahora completamente enigmática y ni siquiera se dio cuenta de que Shumann se metía el dinero en el bolsillo.

Cogiendo su mochila, dijo:

—No me gusta eso de dejarlo ahí en la calle.

—De acuerdo —dijo Shumann, haciéndose cargo de la otra maleta—. Pero no es cosa nuestra. ¡Vámonos! —Y emprendió marcha sin volver la cabeza—. Una de las válvulas está estropeada. Tardaremos un cuarto de hora en arreglarla. Debe de ser por eso que el motor roncaba tan mal ayer. Vamos a tener que trabajar de firme.

—Sí —dijo Jiggs, caminando tras de los otros, con su mochila en la mano.

Tampoco se volvió a mirar, sino que mantuvo la vista fija en el cogote de Shumann, como si su examen le resultase muy interesante, tranquilo e indiferente, mientras hablaba consigo mismo: «Sí. Voy a sentirlo mucho —decía—. No me gusta proceder tan mal. Me porté bien hasta... Y ahora por culpa de un bastardo como ese...». Volvió la cabeza. El reportero yacía aún inclinado contra el umbral, mientras sus ojos inexpresivos parecían observarles sin odio ni rencor.

—¡Dios mío! —dijo Jiggs en voz alta—, creo que lo que anoche nos dio ese individuo era láudano o algo parecido...

Durante unos minutos se había olvidado del jarro, no pensando más que en el reportero. Pero ahora recordó el recado que había de darle, mientras conservaba el rostro perfectamente tranquilo y las botas dentro de la mochila, que le golpeaba un muslo al caminar tras de los otros, con la mirada ardiente, inexpresiva y muerta, igual que si las órbitas de sus ojos hubiesen sido vueltas al revés en su cráneo, mostrando la parte blanca, y contemplando en el interior de su cerebro un salvaje secreto enredado en las débiles mallas de carne y nervios. «Llamaré al periódico diciéndoles que está enfermo —se dijo—. Quizá alguien sepa la manera de penetrar ahí».

Llegaron a la esquina. Sin detenerse, Shumann echó un vistazo en la dirección en que había desaparecido el paracaidista.

—Prosigamos —dijo Jiggs—. Estará en la parada del autobús. No creo que piense ir andando, por grande que sea su enfado.

Pero el paracaidista no se hallaba en aquel autobús, ni en el anterior, que había partido diez minutos antes, según la amable información de un empleado.

—Se habrá decidido por ir andando —dijo Jiggs, poniendo un pie en el estribo—. Más vale que ocupemos un asiento.

—Podríamos comer algo antes —observó Shumann—. Quizá llegue antes que haya partido el próximo coche.

—Es probable —asintió Jiggs.

—Me parece una buena idea —dijo la mujer—. Pero ya comeremos en el aeródromo.

—A lo mejor se pierde —dijo Shumann—. Y no ha...

—No lo creo —dijo ella en tono áspero, sin mirar a Jiggs.

—¿Es que Jack necesita más vigilancia que este?

Ahora era Shumann quien le miraba pensativo, bajo la rígida simetría de su sombrero. Pero él no hizo ni un solo movimiento, permaneciendo inmóvil como uno de esos maniqués que se exhiben en los escaparates de los almacenes, mientras en su cerebro se iba desarrollando un caleidoscopio de sucesivas imágenes, como una ruleta que en vez de números tuviera frases marcadas. No les comunicaría que había oído decir al paracaidista que pensaba ir a Amboise Street, ni que él tenía la intención de reunirse allí, escapándose siquiera durante cinco minutos y luchando con todo aquel que encontrara en su camino hasta reunir medio dólar. Y luego, cuando Shumann se lo ofreciese, decirle que no, o bien aceptar tan solo un trago, agradecido por haberle dejado escapar al remordimiento, gracias a lo cual podía ahora conservar su aire sencillo e ingenuo.

—¿Quién, yo? —dijo—. Por Dios, la noche última bebí lo suficiente para que me dure unos días. Prosigamos. En algún sitio estará.

—Sí —dijo Shumann, observándole aún con el mismo aire serio y concentrado—. Arreglaremos esas válvulas como podamos. Escucha: si las cosas van bien, hoy por la noche te invito a una botella, ¿eh?

—¡Dios mío! —dijo Jiggs—. ¿Es que voy a emborracharme otra vez? Bueno. Ocupemos nuestros asientos.

Se acomodaron, y el autobús partió en seguida. Jiggs sintióse mejor, porque entonces, aunque hubiese tenido el medio dólar, no le hubiera sido posible echar un trago hasta que el autobús se detuviese en el aeródromo. Por fin iba hacia allá. Volvió a experimentar, a pesar de su sensación de soledad, un instante de euforia. Inclínandose hasta colocar su cabeza entre las de la mujer y Shumann, que estaban sentados en el asiento de enfrente, dijo:

—Seguramente se halla ya junto al aparato. Yo me encargaré de esas válvulas y él podrá pasar un momento al restaurante.

Pero tampoco en el aeródromo encontraron al paracaidista, aunque Shumann estuvo un buen rato buscándole por la plaza, desierta a aquella hora de la mañana, como si solo lo hubiese perdido de vista un instante, después de observar cómo desaparecía por la esquina de la calle.

—Voy a empezar solo —dijo Jiggs—. Si le encuentro en el hangar le hará que vaya al restaurante.

—Antes vamos a desayunarnos —dijo Shumann—. Espera un poco.

—No tengo apetito —afirmó Jiggs—. Ya comeré más tarde. Me siento impaciente por comenzar esa reparación.

—No —dijo la mujer—. Roger, no permitas...

—Vente con nosotros —dijo Shumann.

Y a Jiggs le pareció como si durante un largo rato permaneciese a la luz del sol con las mandíbulas y la boca doliéndole bastante. Pero esta impresión duró poco, y su

voz era firme al contestar:

—*Okey!* Vamos. Aunque estoy viendo que tendré que arreglarlas a toda prisa esta tarde, a las tres —la rotonda estaba vacía y lo mismo el restaurante, a excepción de los recién llegados—. Solo quiero un poco de café —añadió.

—Come algo —le animó Shumann—. No seas tonto.

—No tengo más apetito ahora que hace dos minutos —repuso Jiggs con voz aún bastante segura—. Solo dije que os acompañaría, pero no que tuviese la intención de comer, ¿comprendéis?

Shumann le miró fríamente.

—Óyeme —dijo—: Esta mañana has bebido..., ¿fueron dos o tres tragos? Come un poco ahora y por la noche procuraré que tengas algo de licor. Incluso podrás emborracharte, si quieres. Pero antes es preciso que arreglemos esas válvulas.

Jiggs se sentó muy rígido, mirando sus manos, que tenía colocadas encima de la mesa, y el brazo de la camarera, muy próxima a él, y adornado con dos brazaletes de metal, mientras que sus uñas semejaban cinco manchas de oropel carmesí, también adquiridas en una bisutería y pegadas luego al extremo de sus dedos.

—Muy bien —dijo—. Escúchame tú ahora: ¿Qué prefieres? ¿Un hombre con unos cuantos tragos de bebida, dispuesto a arreglar tus válvulas, o un hombre con el estómago lleno de alimento, cayéndose de sueño en cualquier rincón? Dímelo con franqueza. Pero, escucha, ya te dije antes que solo quiero un poco de café. No creo que sea preciso insistir más, ¿no te parece?

—Muy bien —dijo Shumann—. Entonces, traiga solo tres desayunos —añadió dirigiéndose a la camarera—. Y dos cafés extra. ¡Maldito Jack! También tendría que comer algo...

—Seguramente lo encontraremos en el hangar —aseguró Jiggs.

Y así fue, en efecto, aunque no en seguida. Cuando Shumann y Jiggs emergieron del cuarto de herramientas con los monos puestos, esperando, al otro lado de la puerta de tela metálica a que la mujer, tras cambiarse de ropa, se uniera a ellos, pudieron observar a seis o siete mecánicos, agrupados alrededor de un tablero que el día anterior no habían visto y que estaba ahora colocado en el centro mismo del hangar. Era un tablero enorme con el aviso pintado a mano, del que parecía desprenderse cierto aire perentorio e incomprensible al principio, como si un altavoz proclamase las palabras a los cuatro vientos, y que dijese así:

AVISO

Todos aquellos pilotos, paracaidistas, etc., que toman parte en estos festivales, se servirán pasar por la oficina del director, a las doce del día de hoy, entendiéndose que aquellos que no lo hagan se consideran conformes con las decisiones de los organizadores.

Los demás esperaron silenciosamente, mientras Shumann y la mujer leían el aviso.

—¿Conformes con qué? —dijo uno de ellos—. ¿De qué se trata? ¿Entendéis algo?

—Por ahora, no —repuso Shumann—. ¿Está Jack Holmes en el campo? ¿Le ha visto alguien esta mañana?

—¡Mírale! —dijo Jiggs—. Junto al aparato, tal como te dije —Shumann volvió la vista hacia allá—. Incluso ha desmontado ya el carburador. ¿No lo ves?

—Sí —contestó Shumann, mientras se dirigía hacia el paracaidista.

Jiggs se puso a hablar con el mecánico que tenía al lado, casi sin mover los labios.

—Préstame medio dólar —le dijo—. Te lo devolveré por la noche. ¡Rápido!

Tomó la moneda con tal rapidez, que pudo llegar junto al aeroplano al mismo tiempo que Shumann. El paracaidista, en cuclillas bajo el motor, los miró un instante, sin detenerse, como si hubiesen sido la sombra de una nube al pasar.

—¿Has desayunado? —preguntó Shumann.

—Sí —contestó el otro, sin apartar la vista de su trabajo.

—¿Con qué dinero? —dijo Shumann, sin que el otro pareciese enterarse de la pregunta.

Shumann sacó de su bolsillo unas cuantas monedas, depositándolas en un saliente del motor, al lado de Jack.

—Tómame un café —dijo.

El otro pareció no escucharle, absorto en su trabajo. Shumann permaneció contemplando la parte posterior de su cabeza. El paracaidista dio con el codo en el saliente del motor y las monedas rodaron por el suelo. Jiggs se puso a recogerlas, inclinándose rápidamente y volviéndose a levantar, antes que Shumann efectuase movimiento alguno.

—Aquí están —dijo en voz baja, tan baja, que apenas pudo oírsele—. Cuéntalas bien, para asegurarte de que no falta ninguna.

Después de esto, nadie despegó los labios. Trabajaban rápida y eficazmente, como los componentes de una troupe de circo, economizando sus movimientos, mientras la mujer les iba entregando las herramientas a medida que eran necesarias, sin que ellos las nombraran ni se las pidiesen. Ahora todo resultaba fácil. No tenía que hacer más que observar que las válvulas iban saliendo una tras otra y quedaban extendidas en el tablero, formando una línea recta. Entonces ocurrió lo que esperaba.

—Deben de ser cerca de las doce —dijo la mujer.

Shumann terminó su tarea y luego incorporóse, realizando unas cuantas reflexiones y mirando a continuación su reloj de pulsera.

—¿Has terminado? —dijo, dirigiéndose al paracaidista.

—¿No vas a lavarte y cambiarte de ropa? —preguntó la mujer.

—Me parece que no —repuso Shumann—. Sería perder mucho tiempo —volvió a sacar unas monedas del bolsillo, entregándoselas a ella—. Tú y Jiggs podéis comer

algo en cuanto este haya terminado de extraer las válvulas. Y... escucha —añadió, dirigiéndose al mecánico—: No trates de comprobarlas con el micrómetro. Ya lo haré yo en cuanto regrese. Mientras tanto, puedes limpiar el carburador. Ya debes de tener apetito, ¿verdad?

—Sí —dijo Jiggs, sin detenerse ni a mirarlos mientras se alejaban, prosiguiendo su tarea en cuclillas, bajo el motor, con los músculos tensos como el varillaje de un paraguas, y notando cómo la mujer le observaba, aunque sin hacerle caso alguno, esperando que le dejase solo cuanto antes.

—¿Quieres comer algo? —dijo ella.

Pero el mecánico no contestó:

—¿Quieres que te traiga un bocadillo?

No hubo respuesta.

—Jiggs —añadió la mujer.

El entonces levantóse un poco, volviendo la cabeza y enarcando las cejas, que casi desaparecieron bajo la visera de su gorra. Sus ojos brillantes la miraban con expresión fría e interrogadora.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿Me habías dicho algo?

—Sí. ¿Quieres irte a comer o prefieres que te traiga un bocadillo?

—No. No tengo apetito. Y además, quiero terminar esto para lavarme definitivamente las manos. Vete tú, si quieres.

Pero ella no se movió de allí, permaneciendo con la vista fija en su interlocutor.

—Entonces, lo mejor es que te entregue algún dinero y vayas en cuanto termines de arreglar eso.

—¿Dinero? —dijo él—. ¿Para qué lo quiero, si estoy metido hasta el cuello en este dichoso motor?

La mujer, entonces, dio media vuelta, y Jiggs la observó, mientras llamaba al chiquillo, el cual, saliendo de entre un grupo de hombres, acercóse a ella tras atravesar el hangar. Ambos se dirigieron hacia el campo, desapareciendo de su vista. Entonces Jiggs se levantó y, dejando la herramienta cuidadosamente en el suelo, palpó la moneda que tenía en el bolsillo, aunque no era preciso hacerlo, ya que durante todo aquel rato había estado percibiendo su contacto. No pensaba en la mujer ni se dirigía a ella cuando murmuró tranquilamente, pero sin expresión de alegría o triunfo:

—Vete a paseo..., ¡imbécil!

Ninguno de ellos hubiese podido decir si el reportero los había visto marcharse o no, aunque lo más probable es que no, dado su estado de embriaguez. Y así lo hubiese asegurado también la esbelta jovencita negra, de cutis suave, que desembocó en la calle a las nueve y media, llevando un sombrero y un abrigo a la última moda, aunque no nuevos, y un cesto de mimbre para compra, cubierto con limpia servilleta. Estuvo contemplando al borracho durante unos diez segundos con completa e

impersonal abstracción y, tras hacer unos gestos ante su rostro, le llamó por su nombre. Al darse cuenta de su estado comatoso, alargó una mano hacia sus bolsillos, y, sin un solo movimiento superfluo, con la suavidad y ligereza de los tentáculos de un pulpo, apoderóse de los dos billetes que Jiggs había dejado allí un poco antes. Luego su mano se introdujo en el bolsillo de su gabán, volviendo a aparecer vacía. De acuerdo con las costumbres de su raza y sexo, solo hubiera debido tomar uno de los billetes, cualquiera que fuese el número de ellos, pero no lo hizo así, y al incorporarse, contempló unos instantes al caído con expresión que tenía algo de ceremoniosa.

—Si al despertar se encontrase aún algunas monedas en el bolsillo, la lección no surtiría su efecto —dijo en alta voz—. ¡Mira que estar tendido en plena calle! Ya puede suponerse dónde ha pasado la noche, pero me extraña que le hayan dejado aquí, y con tanto dinero encima.

Sacó una llave del bolsillo, abriendo la puerta y sosteniendo al reportero, mientras este penetraba lenta y penosamente en el corredor. Una vez en el cuarto, cogió el plato de agua sucia, arrojando su contenido al rostro del joven, mientras él balbucía algunas palabras incomprensibles.

—Espero que se haya dejado la cartera en casa cuando le dio la idea de salir a echar un trago —gritó—. Si no lo ha hecho, lo más probable es que a estas horas esté vacía.

Le arrastró por el entarimado, depositándole, en apariencia inconsciente, sobre el camastro. Luego, apartando la cortina, contempló, con rostro inescrutable, la cama recién hecha, dándose cuenta de que una mano extraña había realizado aquel trabajo. Sacó del cesto un delantal y un pañuelo de colores chillones, adornándose con ellos cintura y cabeza, tras haberse despojado del sombrero y el gabán, y regresó junto al reportero con el plato, lleno ahora de agua limpia, un pedazo de jabón y una toalla. Tras despojarle de la camisa se puso a lavarle la cara, logrando despabilarle poco a poco, hasta oírle hablar de nuevo. Trabajaba para él media hora diaria, durante toda la semana.

—Son más de las diez —le dijo—. He encendido el gas, a fin de que pueda afeitarse.

—¿Afeitarme? —repuso él—. Pero ¿es que no lo sabe? No es preciso que me afeite más. Me han despedido.

—Pues razón de más para que se dedique a buscar algo. El joven tenía el pelo pegado a las sienes, marcando las sinuosidades de su osamenta de un modo tan claro como la misma piel, y sus ojos semejaban los dos agujeros negros que quedan al atravesar una cartulina con un palo encendido. Desnudo de cintura para arriba, causaba la impresión, no solo de que pudiesen contarse todas sus costillas, sino de que se contemplase todo el interior de su caja torácica, pudiendo enfocarla desde diferentes ángulos y sin perder un solo detalle de su contextura. Se contrajo voluptuosamente al contacto de aquellas manos blandas y poco diestras, mientras

atravesaba ese espacio apenas iluminado que conduce de los trastornos de la borrachera a la desilusión de la realidad.

—¿Se han marchado? —dijo.

Pero ni el rostro ni los movimientos de la negra se alteraron lo más leve.

—¿A quién se refiere? —preguntó.

—A ella —repuso el joven, soñoliento—. Estuvo aquí la noche última. Durmió en la cama, con uno..., aunque bien hubieran podido ser los dos. Aquel hombre no la dejó que bebiese, quitándole el vaso de las manos. Sí; pude escuchar el blando rumor de su cuerpo en la cama, ahí al lado.

Al principio, la negra no se dio cuenta de qué era lo que palpaba su costado, hasta que, bajando la vista, pudo ver el largo y huesudo brazo, y a su extremo aquella mano quebradiza, semejante a un manojo de secos sarmientos, extendida hacia ella, mientras la miraban unos ojos rodeados de profundas ojeras, semejantes a dos pozos de agua sucia, iluminados por una claridad mortecina. La negra no se ofendió, sino que, con un rápido y enérgico movimiento, libertóse de aquella mano, ciega o quizá insensible, mientras llamaba al joven por su nombre, pronunciando el místico con esa entonación lánguida y prolongada de los negros, que convierten una palabra tan corta en vocablo de varias sílabas.

—Ahora —dijo—, si es capaz de realizar algo por sí mismo, coja esa toalla. O bien dedíquese a examinar sus bolsillos, haciéndose cargo de lo que le hayan dejado aquellos individuos al abandonarle dormido en plena calle.

—¿Dinero? —dijo él, ya completamente sereno, mientras sus manos maniobraban unos instantes en el interior de los bolsillos. La negra le observó con los brazos en jarras, sin decir nada, limitándose a no apartar la vista de su rostro asombrado, mientras uno tras otro iba volviendo los diferentes forros. Luego el joven dijo:

—Estaba ahí, tendido en la calle, ¿verdad? Fuiste tú quien me encontró. Hube de quedarme fuera desde antes de amanecer, porque no pude encontrar la llave.

Pero la negra se mantuvo en silencio, mirándole.

—Me acuerdo perfectamente de cuándo perdí el conocimiento.

—¿Y cuánto dinero le quedaba entonces?

—¡Nada! Lo había gastado todo.

Al levantarse, ella trató de acompañarlo hasta la cama, pero el joven no quiso. Ya estaba bien del todo, aunque sus pasos fuesen aún algo vacilantes, y cuando al cabo de un rato la doméstica se puso a escuchar a través del ligero tabique, pudo oírle moviéndose en aquella alcoba no mayor que un ropero. Luego puso agua a calentar en el fogoncito de gas, junto al cual el reportero se estaba afeitando, y se dispuso a hacer café. Dirigió al estrecho dormitorio otra mirada fría e inescrutable y, regresando a la habitación delantera, empezó a arreglar el camastro, colocando en su sitio las almohadas y la colcha. A continuación, recogiendo del suelo la sucia camisa y la toalla, hizo una pausa mientras depositaba la camisa sobre el catre, y con la toalla en la otra mano examinaba el jarro con expresión extraña. Lavó uno de los vasos con

melindroso cuidado, y vertiendo en él una minúscula cantidad de licor, se lo bebió, manteniendo el dedo meñique delicadamente arqueado, en una serie de pequeños sorbos parecidos a los de un pájaro y mostrando su desagrado mediante una serie de muecas. Luego recogió todo aquello, regresando al otro departamento tras atravesar la cortina, y una vez junto al cesto, inclinóse cuidadosamente, sin hacer ruido, sacando de él una botella de a litro, limpia y reluciente como si estuviese esterilizada. Durante su trabajo matinal, no hubiese llenado aquella botella de una sola vez, sino en una serie de pequeños hurtos, de modo que, al llegar a su casa por la noche, el líquido contenido en su interior hubiese resultado compuesto de una extraña, potente y anónima mezcla. Pero esta vez, sintiéndose dueña de la situación, la llenó de golpe, regresando junto al cesto y colocándola en él, sin haber realizado el menor ruido. El reportero tan solo pudo oír durante un rato el rumor de la escoba y unos cuantos sonidos casuales, como si el piso se estuviese poniendo en orden por sí solo, a causa de un poder invisible y fantasmal. Hasta que, por fin, la criada apareció en la puerta de la alcoba, donde él se estaba haciendo el nudo de la corbata, ataviada otra vez con su abrigo y su sombrero y el cesto al brazo cubierto por la impecable servilleta.

—Ya he terminado —dijo—, y el café está hecho, pero creo que es mejor no pierda el tiempo bebiéndoselo.

—Muy bien —repuso él—. Oiga..., me veo obligado a pedirle otro préstamo.

—No se precisan más que diez céntimos para llegar a la Redacción del periódico. ¿Es que ni siquiera los tiene?

—No pienso ir a la oficina. Ya sabe que estoy despedido. Necesito dos dólares.

—A mí también me hace falta el dinero. Y la última vez que le presté algo dejé transcurrir más de tres semanas antes de empezar a devolvérmelo.

—Ya lo sé. Pero ahora me es muy necesario. Vamos, Leonora. Se lo pagaré el sábado.

Ella le entregó dos dólares. Uno de los billetes procedía de su anterior hurto.

—La llave está sobre la mesa —dijo—. También hube de lavarla.

En efecto, el pequeño objeto metálico relucía ahora sobre la madera. El reportero la cogió, contemplándola abstraído, con una expresión que las horas de anormalidad habían transformado de fría y tranquila como la de un cadáver, en violenta y colérica, como si procediesen del mismo infierno.

—Está bien —dijo, permaneciendo rígido en medio de la habitación, ahora inmaculadamente limpia, sin trazas de colillas ni de fósforos apagados—. «Ni siquiera ha dejado una horquilla —pensó—. O es que no las usa. O acaso ni siquiera ha habido aquí nadie».

Miró a la llave con una mueca trágica que podía haber sido llamada sonrisa, mientras proseguía reflexionando, seguro de no cumplir el consejo que se había dado a sí mismo al tomar los dos dólares:

«Tenía treinta, antes de gastarme los once ochenta, y luego cinco más en el ajeno, lo cual quiere decir que aún debieran quedarme unos trece». Luego murmuró, sin

moverse: «Tal vez ella me lo explique. Quizá quisiera hacerlo antes de irse, teniendo que abandonar la idea al ver mi estado». Luego se tendió en la cama, repitiendo tercamente: «Voy a salir. Aunque no sea más que para que ella me vea unos instantes».

Cerró la puerta tras de sí, oyendo el ruido del picaporte mientras conservaba la llave en la mano. Durante unos instantes hubo de permanecer con los ojos cerrados al enfrentarse con el rectángulo iluminado por una débil claridad solar. Y luego apoyóse en el marco de la puerta, junto a la que había dormido, recordando el café que hizo la negra y que se había olvidado de tomar, y contemplando la calle que se perdía en la distancia, envuelta en espejismos, movable como la superficie del mar o de un lago, sobre la que, maltratando sus órganos ópticos, flotaban banderolas rojas y amarillas. «Muy bien —repitió—, no se trata más que de unas monedas. No tiene importancia».

Aún no eran las dos cuando llegó al aeródromo, pero ya los espacios situados a lo largo de la avenida se estaban llenando de vehículos, entre los que aquellos hombres vestidos de rojo y amarillo se movían lenta o animadamente, mostrando solo la cabeza y los hombros sobre los coches ya aparcados, como si solo constasen de un tronco movido por alambres y cuya actividad no pudiese comprenderse. Una larga corriente de personas fluía por las calzadas, convergiendo hacia la puerta del recinto, pero el reportero no la siguió. A la izquierda hallábase el hangar en que debían estar ahora, pero tampoco quiso ir hacia allá. Quedóse donde estaba, iluminado por una claridad opaca, mientras las banderolas ondeaban sobre él, y el viento, soplando ahora suavemente, parecía atravesar su cuerpo sin causarle impresión alguna de frío o humedad, limitándose tan solo a sacudir su americana, como si esta fuese el único obstáculo con que tropezase al penetrar en sus costillas. «Tengo que comer algo», pensó, aunque sin moverse de allí, como si estuviese ligado a una promesa que no desease romper. El restaurante no se hallaba lejos; casi le parecía oír el murmullo de las voces y el sonar de la vajilla y percibir el aroma de los alimentos, acordándose al propio tiempo del día anterior, cuando los tres comieron allí, y el niño, con expresión algo lánguida, dio fin a su segundo plato de helado. Al cabo de unos momentos pudo escuchar de nuevo todos aquellos ruidos, y el olor a comida, mientras sentado a una mesa, contemplaba aquella otra en que había estado con ellos y que ahora ocupaba una familia completa, desde la abuela al pequeño sentado sobre sus rodillas. Dirigiéndose al mostrador, dijo:

—Un desayuno.

—¿Qué desea tomar? —preguntó la camarera.

—Lo que acostumbra la gente —repuso él mirando la cara de porcelana de la muchacha, cuyo pelo, tipo y uniforme parecía compuesto de diferentes muestras de ese material que los antiguos tenedores de libros usaban para proteger las mangas de sus chaquetas. Sonrió, o, mejor dicho, hizo una mueca que parecía una sonrisa.

—¿Es que quizá no es hora aún?

—¿Qué quiere tomar? —repitió la muchacha.

—Pues sírvame un filete con patatas —dijo por fin.

—¿En bocadillo o en plato?

—Sí —dijo él.

—¿Sí qué? ¿Es que no está seguro de lo que quiere?

—Bocadillo —repuso por fin.

—¡Un bocadillo! —gritó la camarera.

«Así son las cosas», pensó el joven como si se viera ya libre de su promesa y como si, asintiendo ante aquella idea, no se hubiera ya comido el desayuno. «Y luego...». El hangar no constituía el objeto de su espejismo, sino el propio restaurante con sus mil ruidos distintos. Le parecía como si viese al grupo: el aeroplano, las cuatro personas en mono y el pequeñuelo. «Espero que hicieran uso de todo lo necesario antes de marcharse», se imaginó decir al acercarse a ellos. «Sí, gracias». «Eran trece dólares». «Bueno, hasta el sábado...». «¡Oh! Nada de eso..., no me hacen falta. No se acuerden más de ello». Ahora, de pronto, podía oír el altavoz resonando en la rotonda. En realidad, ya hacía rato que funcionaba sin que él se diese cuenta.

«... Segundo día de la inauguración del Aeródromo Feinman. Las pruebas se celebran bajo los auspicios de la Asociación Aeronáutica Americana y gracias a la amabilidad de la ciudad de New Valois y del coronel H. I. Feinman, jefe del Departamento de Alcantarillado del Ayuntamiento de New Valois. Las competiciones de hoy se realizarán por el siguiente orden...».

El reportero escuchó atentamente, mientras sacaba del bolsillo el programa del día anterior, abriéndolo en su segunda página.

Viernes:

2,30. Descenso en paracaídas. Premio, 25 dólares.

3,00. Gran carrera de velocidad, 900 c. c. Velocidad media, 180 millas por hora. Premio, 325 dólares (1, 2, 3, 4).

3,30. Acrobacias aéreas. Jules Despleins, teniente francés; Frank Burnham, Estados Unidos.

4,30. Carrera de velocidad, 1500 c. c. Velocidad media, 200 millas por hora. Premio, 650 dólares (1, 2, 3, 4).

5,00. Descenso en paracaídas, retardado.

8,00. Acontecimiento nocturno especial. El avión cohete del teniente Frank Burnham.

Continuó abstraído mirando la página, hasta mucho tiempo después de desvanecerse el efecto de aquel impacto óptico.

«Eso es todo —se dijo—. Eso es todo lo que ella debería hacer... Decirme tan solo que... No se trata de dinero. Ella lo sabe bien. El dinero es lo de menos». Aquel hombre hubo de repetir dos veces su saludo antes que el reportero se diese cuenta de su presencia.

—¡Hola! —exclamó.

—Menos mal que lo encuentro —dijo el recién llegado.

Tras él pudo ver a otro hombre de corta estatura y rostro mortecino, con una máquina fotográfica de las que usan los reporteros.

—Sí —dijo el joven—. ¡Hola, Jug! —añadió, dirigiéndose al segundo personaje, mientras el primero lo observaba curiosamente.

—Parece como si le hubieran sacado del infierno tirando de usted por los pies —dijo este—. ¿Va a encargarse del reportaje hoy?

—No lo creo —repuso el joven—. Según tengo entendido, ya no formo parte de la Redacción. ¿Sabe los motivos?

—Eso mismo iba a preguntarle. Esta madrugada, a las cuatro, Hagood me telefoneó, haciéndome saltar de la cama, para decirme que viniera al aeródromo, y que si usted no estaba aquí que ocupara su puesto. Pero más que nada, con el encargo de buscarle y hacer que le telefonee en seguida a este número —sacó del chaleco una tira de papel, que entregó al reportero—. Es su club. Me encargó mucho que insistiera en que le telefonee en seguida.

—Gracias —dijo el reportero sin moverse, mientras el otro le miraba.

—Bueno, ¿qué piensa hacer? ¿Se encarga usted o me encargo yo del trabajo?

—No. Mejor dicho, sí. Encárguese usted. No me importa. Jug sabe mejor que ninguno de nosotros lo que desea Hagood.

—Okey! —dijo Jug—. Creo que lo mejor es telefonarle cuanto antes.

—Así lo haré —dijo el reportero.

Y en aquel momento llegó la camarera con su desayuno: un plato con un bocadillo, y, bajo él, la mano de uñas encarnadas que parecía también condimentada en la cocina, o quizá en la ciudad, mandándola hasta allí por medio de una camioneta al propio tiempo que los pasteles, ahora colocados en una vitrina del mostrador. El reportero miró a la vez la comida y la mano, como desde la cresta de una ola, producida por su casi física exaltación.

—¡Caramba, señorita! ¡Ya era hora!

Sorbió unos tragos de café y comióse el bocadillo, pareciéndole como si se arrastrara a través del plato y lenta y terroríficamente, ciego y sordo a todo, incluso al amplificador, sudando, al masticar por tiempo indefinido, antes de decidirse a tragar los bocados. «Creo que tendré suficiente —se dijo por fin—. ¡Dios mío! ¡Habrà de ser así por fuerza!». Se hallaba ya en la rotonda, moviéndose en dirección a las puertas, cuando de pronto se acordó de algo y, retrocediendo, hizo frente a la marea humana hasta salir de nuevo a la luz de un sol que no parecía aún bien seco, hallándose otra vez entre una confusión de rostros, cuerpos y vehículos que se detenían y volvían a partir, tras depositar allí su carga. Al otro lado de la plaza, el edificio del hangar parecía tembloroso y ondulante, como un globo recién hinchado. «Ahora me siento mejor —pensó—. Es preciso que así sea, después de lo que he comido». La voz resonaba desde el amplificador colocado a la entrada:

—... Debemos anunciarles que, debido a la trágica muerte del teniente Frank Burnham, ocurrida la noche última, la Comisión directora ha acordado suspender las

pruebas nocturnas... En este momento son la una y cuarenta y dos minutos. El primer número del programa de hoy consistirá en...

El reportero se detuvo.

«La una y cuarenta y dos», pensó. Ahora percibía algo que, sin duda, era el alimento recién ingerido, golpeando insistentemente su cerebro, que hasta entonces estuvo vacío y confiriéndole la sensación de botar en el espacio como uno de esos globitos que, en el circo, se escapan de la mano de un niño. Trató de recordar la hora que el programa destinaba a la prueba de los 900 c. c., pensando en que, una vez en la sombra, quizá pudiese examinarlo de nuevo. «Debo proporcionarle la oportunidad de explicarme el motivo de su hurto... No se trata del dinero. Eso es lo de menos». Ahora, la sombra del hangar proyectábase sobre él y pudo abrir de nuevo el programa. Las letras, impresas en tinta descolorida, parecían golpear las órbitas de sus ojos, y no fue hasta aplacarse de nuevo que pudo consultar su reloj de pulsera. Faltaba una hora para que pudiese intentar la probabilidad de hallarla sola.

Siguió la pared exterior del hangar hasta rebasarla. El terreno estaba casi lleno de vehículos y una hilera de ellos se movía en dirección al recinto. Mientras permanecía allí, con los ojos palpitantes, observando el barullo desde detrás de uno de aquellos tenderetes de madera, surgidos de la nada junto al campo de aviación, del mismo modo que las fotos de aviones y pilotos que invadieron los escaparates de la ciudad el día anterior, dióse cuenta de que, un poco más lejos, un grupo de gente contemplaba curiosamente algo. Luego creyó reconocer una de las voces y, en seguida, el personaje que las emitía, en tono fanfarrón. Acercándose tras muchas dificultades, se halló ante el rostro del beodo alborotador de Jiggs y del italiano propietario de la barraca, que, inclinado sobre el mostrador, gritaba:

—Conque bastardo, ¿eh? Usted cree que soy un bastardo, ¿verdad?

—¿Qué ocurre? —preguntó el reportero.

Jiggs volvióse, mirándole por un momento con aire reconcentrado y sin demostrar interés alguno; fue el italiano quien contestó:

—¡A mí, nada! Este hombre estuvo bebiendo un vaso tras otro, aunque no lo necesitase. Pagó su importe, y yo, ¡tan contento! Pero luego dijo que esperaba a un amigo y que le sirviese otro vaso, para sorprenderle. No me pareció bien, pero mi esposa lo complació. Ya son tres vasos, como no creo que sea preciso recordar. Y entonces dijo: «Okey! Adiós». Pero yo le detuve, preguntando: «¿Por qué no paga?», y él repuso: «Ese vaso era para sorprender a un amigo, pero por lo visto el sorprendido es usted». Y entonces yo traté de detenerle y llamar a un policía, porque no me gustan los líos, pero él me tildó de bastardo delante de mi esposa...

Jiggs proseguía sin moverse, erecto, cogido firmemente al mostrador, causando la ilusión de ser el muelle de una pistola, presto a dispararse.

—Le pido tres vasos y mire ahora lo que hace conmigo —exclamó con una voz que se fue elevando progresivamente hasta detenerse en los límites de una risa idiota. Luego se puso a mirar otra vez al reportero con cazurra gravedad, viéndole entregar

al italiano uno de los billetes que le había prestado la negra.

—Es usted Cristóbal Colón —dijo—. Sí. Traté de decirle su nombre, pero no puedo recordarlo —miraba al reportero con la fijeza de un niño asombrado—. El individuo ese de anoche me lo dijo. ¿Es auténtico? ¿Sería usted capaz de jurarlo?

—Sí —contestó el reportero cogiendo a Jiggs por un brazo—. ¡Vámonos de aquí! —Los espectadores se movieron de nuevo, y; tras ellos, el italiano y su mujer parecían haberse olvidado por completo del asunto—. Vamos —dijo el reportero—, deben de ser más de las dos. Una vez haya terminado de arreglar el aparato, le invitaré a otra copa.

Pero Jiggs no se movía, y, al volverse hacia él, pudo ver que lo estaba observando con una expresión reconcentrada y curiosa. De repente se irguió sin la ayuda de su compañero.

—Le esperaba a usted —dijo.

—¿Sí? Por lo visto llegué a tiempo por vez primera en mi vida. Vamos al hangar. Seguramente le esperan allí. Luego compraré un...

—Me estaba burlando de aquel sujeto —dijo Jiggs—. Tenía un cuarto de dólar. Y ya he bebido lo suficiente. Vamos —añadió, precediendo a su compañero con paso algo inseguro, abriéndose camino entre el gentío hasta que se hallaron al otro lado de la puerta, en terreno más despejado. Alguien que se acercara a ellos sería observado en seguida, ya que podrían darse cuenta de su presencia desde muchos metros de distancia, pero precisamente el paracaidista lo hizo sin que ninguno de los dos lo percibiera.

—¡Naturalmente! —repuso Jiggs—. Roger y Jack no están ahora allí, porque habrán ido a la reunión.

—¿A qué reunión?

—Pues a una reunión de pilotos para declararse en huelga, según creo. Escúcheme...

—¿Declararse en huelga?

—Sí. Quieren cobrar más. Pero no se trata estrictamente del dinero, sino de una cuestión de principios. Porque en realidad, ¿para qué lo queremos? —Jiggs empezó a reír de nuevo, con aquellas carcajadas extravagantes que se detenían en el momento de ir a convertirse en verdadero regocijo—. Pero yo le estaba buscando a usted —de nuevo el reportero miró aquellos ojos inescrutables—. Laverne fue quien me lo encargó. Me dijo que le pidiera prestados cinco dólares para ella —el rostro del reportero no experimentó variación alguna, ni tampoco el de Jiggs, con sus ojos ardientes e impenetrables—. Roger ganó el premio ayer..., se los devolverá el sábado. Pero quizá ella pueda pagarle de otro modo.

La expresión del reportero proseguía sin alterarse, limitándose a observar a Jiggs. De pronto, en el rostro de este se operó un cambio repentino y violento, mientras sus ojos se abrían, asombrados. Al volverse, el reportero pudo ver junto a ellos al paracaidista.

Esto ocurría un poco después de las dos. Shumann y el paracaidista habían estado en la oficina del encargado desde las doce a la una menos cuarto, pasando por la misma discreta puerta que había utilizado Jiggs la tarde anterior, la cual los condujo a un vestíbulo y luego a una habitación parecida a la sala de Juntas de un Banco. Podía verse allí una mesa muy larga con una hilera de sillas confortables colocadas tras de ella, en las que se sentaban quizá una docena de caballeros, y otro grupo de sillas de acero, pintadas imitando madera, en las que, con esa curiosa gravedad de los alumnos de un reformatorio a los que se hace objeto de alguna distinción, estaban acomodados unos hombres, que a aquella hora del día debieran hallarse normalmente arreglando sus aparatos en el hangar..., es decir, pilotos y paracaidistas, vistiendo monos llenos de grasa o chaquetas de cuero. Todos volvieron la cabeza al entrar Shumann y Jack. Las americanas de sarga y de *tweed* y las cintas de la solapa de la pasada noche habían desaparecido, con una sola excepción: la de la voz personificada del locutor, sentado en un lugar aparte, sin mezclarse con ningún grupo. Su silla, que debiera haberse hallado junto a la mesa, permanecía un poco alejada de esta, en dirección a la pared, como si tuviese el deseo de inclinarla hacia atrás, apoyándose en ella. Pero su ocupante parecía tan grave como el resto de los reunidos. La escena era exactamente la misma que puede observarse en cualquier conferencia entre fabricantes y distribuidores, y en ella el locutor hacía el mismo papel de un delegado de los sindicatos... Un hombre cuyas manos antes callosas como las de sus colegas, se habían ya reblandecido hasta el punto de que, a no ser por algún detalle insignificante de su traje y aspecto, podía haber sido colocado también en una de las sillas alineadas tras de la mesa principal. Pero no era así, y aquel pequeño espacio entre él y los directores parecía un abismo más insondable aún que el existente entre las dos mesas, como si algo lo hubiese detenido en medio de un movimiento airado, si no de protesta, por lo menos de desacuerdo, a la entrada de aquellos dos hombres. Saludó con una inclinación de cabeza a Shumann y al paracaidista mientras estos se acomodaban en sus sillas, y luego volvió el rostro hacia aquel caballero de expresión inescrutable que ocupaba la presidencia.

—Ya están todos —dijo.

Y el presidente murmuró a uno de sus colegas:

—Debemos esperarle —añadiendo en voz alta—: Señores, estamos esperando al coronel Feinman —extrajo un reloj del bolsillo de su chaleco, mientras tres o cuatro caballeros más efectuaban el mismo movimiento—. Nos dijo que estuviéramos aquí a las doce. Pero, por lo visto, se ha retrasado algo. Pueden fumar, si quieren.

Así lo hicieron algunos de los del segundo grupo, pasándose unos a otros las cerillas encendidas y hablando cautelosamente, como ocurre en una clase infantil cuando el maestro da permiso unos instantes a sus discípulos.

—¿De qué se trata?

—No sé. Quizá algo acerca de Burnham.

—¡Ah, sí! Seguramente será eso.

—Pero no creo que nos necesiten a todos para...

—¡Oye! Pero ¿qué supones que puede haberle ocurrido?

—A mi entender, quedó cegado por algo.

—Sí. Lo más probable es que no pudiese consultar el altímetro. O quizá se olvidó de hacerlo, precipitándose al suelo.

—Me acuerdo de cierta ocasión en que yo...

Y prosiguieron fumando, mientras sostenían cuidadosamente los cigarrillos a fin de que la ceniza no cayese sobre el pulcro y reluciente suelo, derramándola de cuando en cuando sobre sus propios pantalones. Hasta que, finalmente, las colillas se fueron haciendo demasiado cortas para poder conservarlas entre los dedos. Uno de ellos se levantó mientras todos los demás le observaban, inclinándose sobre la mesa y atrayendo hacia sí un cenicero en forma de rueda dentada, que fue pasando de mano en mano como los cepillos en las iglesias. Shumann consultó su reloj, y al ver que eran las doce y veinticinco, le dijo al locutor, como si ambos fuesen los únicos ocupantes de la habitación:

—Oye, Hank. Tengo todas las válvulas fuera del motor. Y es preciso que les aplique el micrómetro antes de...

—Sí —contestó el locutor, volviéndose hacia la mesa—. Escúchenme, señores. Ahora ya están todos aquí. Y han de tener listos sus aparatos para empezar la carrera a las tres. Mister Shumann dice que tiene todas las válvulas desmontadas. Así es que creo que podríamos empezar sin necesidad de Fe..., del coronel Feinman. Me parece que todos estarán de acuerdo; puedo asegurárselo.

—¿De acuerdo en qué cosa? —preguntó el hombre sentado junto a Shumann.

—El coronel Feinman dijo que... —murmuró el presidente.

—Muy bien —repuso con paciencia el locutor—. Pero estos chicos han de tener sus aparatos dispuestos. Y hemos de empezar a la hora en punto, para que esa gente que adquiere ahora sus entradas pueda presenciar el espectáculo.

El que estaba tras de la mesa murmuró algo más, contemplando calmamente a la asamblea.

—Desde luego, podríamos proceder a un voto de confianza —dijo, y, tras aclararse la garganta, miró a los reunidos—. Caballeros, el Comité representativo de los industriales de New Valois, promotor de estos festivales y donador de los premios que ustedes se proponen ganar...

El locutor le interrumpió:

—Espérese —le dijo—. Déjeme explicarles... —Se volvió hacia aquella hilera de rostros casi idénticos, hablando también con mucha calma—. Se trata de los programas..., de los programas impresos en los que se detallan las pruebas de cada uno de los días. Como se confeccionaron la semana pasada, todos ostentan aún el nombre de Frank...

El presidente fue quien le interrumpió ahora:

—Y el Comité desea expresar a ustedes, los demás pilotos...

A su vez fue interrumpido por uno de los que se sentaban a su lado:

—... en nombre del coronel Feinman.

—Sí..., en nombre del coronel Feinman..., su más sincero pésame por el desgraciado accidente ocurrido la noche última y que costó la vida a su amigo y colega el teniente Burnham.

—Sí —dijo el locutor, sin mirar siquiera al que acababa de pronunciar aquellas palabras—. Ellos..., es decir, el Comité, se da cuenta de que está anunciado algo que no puede llevarse a cabo y de que el nombre de Frank ha de eliminarse de los programas. En eso creo que todos estamos conformes.

—Bueno. Entonces, ¿por qué no lo hacen? —dijo uno de los del segundo grupo.

—Eso es —repuso el locutor—. Y a ello va a procederse. Pero la única manera de lograrlo es imprimiendo nuevos programas. ¿Se dan cuenta?

Pero ellos no comprendían nada, limitándose a observarle y esperar. El presidente carraspeó, aunque, de momento, no hubiese de interrumpir a nadie.

—Esos programas fueron confeccionados en beneficio de ustedes, como participantes en las pruebas, así como en el de los espectadores, sin los cuales no creo sea preciso recordar que no existirían los premios en metálico. Así es que, considerándolo bien, son ustedes sus directos beneficiarios. La reimpresión de los folletos no puede representar para nosotros ventaja alguna, puesto que estamos informados de antemano de todos los detalles. Además, hemos podido comprobar que, de momento, las carreras aéreas no alcanzan la perfección científica de las carreras de caballos... —volvió a carraspear mientras un ligero rumor de risas se elevaba en el aire, apagándose en seguida—. Esos programas fueron impresos con un gasto considerable, que en modo alguno recayó sobre ustedes, aunque su confección se efectuara en su..., no diré beneficio, pero sí conveniencia. Lo hicimos de buena fe, confiando en que podríamos cumplir lo que en ellos se anunciaba. No estamos más enterados que ustedes en lo referente al fatal...

—Así es —prosiguió el locutor—. Y alguien debe pagar los nuevos gastos que se originen. Estos chicos, estos señores..., los participantes en las pruebas y los anunciantes, en fin, todos los que sacan algún beneficio de las mismas, deben contribuir de un modo proporcional.

Los reunidos no pronunciaron una palabra ni efectuaron el menor movimiento. El locutor hablaba ahora de un modo apresurado, como si deseara disculparse, aunque de momento nadie diera señales de protesta.

—Es solo un dos y medio por ciento. Todos debemos ayudar..., yo también me incluyo entre ustedes. Solo un dos y medio por ciento. Y no habrá de pagarse hasta que estén confeccionados los clisés, así es que nadie va a notarlo. Solo un dos y medio por ciento y...

El hombre del segundo grupo que había hablado antes volvió a levantarse.

—¿Y si nos negamos? —dijo.

Después de una pausa, Shumann añadió:

—¿Es eso todo?

—Sí —dijo el locutor, mientras Shumann se levantaba.

—Creo mejor regresar junto a mis válvulas —dijo.

Ahora, mientras él y el paracaidista cruzaban la rotonda, pudieron ver a la muchedumbre que penetraba en rápida corriente por las puertas. Se pusieron en la cola, y al llegar junto a la entrada se enteraron de que no podían pasar sin el correspondiente billete. Así es que hubieron de retroceder, atravesando el hangar, desde el que podía percibirse un constante y monótono runruneo procedente del aire. De repente pudieron ver a un grupo de aparatos militares que, formados, daban una vuelta por el campo antes de aterrizar. Luego penetraron en el hangar, rápidos, ágiles y poderosos.

—Son unos engreídos —dijo Shumann—. Los creo capaces de atropellarnos si no nos apartamos a tiempo. No me gustaría realizar ese trabajo ni por trescientos dólares al mes.

—Pero por lo menos no te estafarían el dos y medio por ciento mientras estás comiendo tranquilamente —dijo el paracaidista con rabia—. ¿Cuánto es el dos y medio por ciento de veinticinco dólares?

—Pues algo menos de veinticinco —repuso Shumann—. Espero que Jiggs tenga ya listo el carburador.

Estaban ya junto al aparato, cuando se dieron cuenta de que no era Jiggs, sino la mujer la que trabajaba en él, habiendo puesto ya la capota en su sitio, aunque la parte delantera del motor y las válvulas estuviesen aún sin colocar. Al verlos se levantó, echándose el pelo hacia atrás con el dorso de la mano, mientras decía sin que le hubieran hecho pregunta alguna:

—Creí que ya lo habría hecho. Le dejé aquí mientras iba a comer algo.

—¿Y no le has visto desde entonces? —preguntó Shumann—. ¿No sabes dónde puede hallarse ahora?

—Y a nosotros, ¿qué nos importa? —dijo el paracaidista con voz tensa y furiosa—. Saquemos de nuevo ese maldito carburador y coloquemos las válvulas en su sitio —miró a la mujer con expresión irritada—. ¿Cómo has podido fiarte de ese individuo? ¿Es que te ha contagiado su fe en la naturaleza humana, como hubiera podido hacer con cualquier enfermedad infecciosa?

—Vamos —dijo Shumann—. Hay que sacar eso. Me figuro que no habrá repasado los pistones, ¿verdad?

—No lo sé —repuso ella.

—Bueno; no importa. Ayer aún funcionaban bien. Y ahora no podemos entretenemos, ya que hemos de estar dispuestos para las tres.

Pero antes que llegara esa hora, ya habían dado fin a su tarea y el aeroplano estaba en el campo, con el motor en marcha. El paracaidista, que había trabajado en actitud colérica, dio media vuelta, echando a andar rápidamente a pesar de que Shumann lo llamó repetidas veces, hacia donde discutían Jiggs y el reportero. No le

hubiera sido posible adivinar el lugar donde se hallaban, pero dirigióse hacia ellos como conducido por algún instinto ciego que se derivase de su propio furor. Avanzando directamente hasta Jiggs, le propinó un puñetazo en la mandíbula, haciendo que el golpe, el dolor y la sorpresa llegaran a un tiempo. Luego volvió a golpearle antes que cayera al suelo, al tiempo que el reportero lo cogía por un brazo, exclamando:

—¡Eh! ¡Cuidado! Está borracho. No puede usted golpear a...

Pero el paracaidista, sin pronunciar palabra, completó su movimiento agresivo, aunque el joven no pudo sentir de momento los efectos del puñetazo. «Soy demasiado ágil —pensó— para que me hagan daño». Y aún se estaba repitiendo esto mientras le ayudaba a incorporarse sobre unas piernas al parecer sin huesos, pudiendo ver a Jiggs sentado en el suelo y a un policía que lo estaba sacudiendo.

—¡Hola, Leblanc! —dijo el reportero, haciendo que el agente se volviese.

—¡Caramba! ¿Es usted? —dijo—. Esta vez sí habrá conseguido alguna noticia, ¿verdad? Algo que la gente se matará por leer. «Reportero golpeado por un individuo colérico». A eso se puede llamar suceso sensacional.

Empezó a aguijonear a Jiggs con la punta de su bota.

—¿Quién es este? ¿Su sustituto? ¡Vamos! ¡Levántese!

—Espere —dijo el reportero—. Ese hombre no tiene nada que ver en el asunto. Es uno de los mecánicos..., un aviador.

—Ya lo veo —dijo el policía, cogiendo al caído por un brazo—. Conque aviador, ¿eh? Pues no me parece hallarse en posición muy elevada. ¿O quizá ha caído de una nube?

—Está borracho. Y yo soy el responsable. Aquel individuo le golpeó por equivocación. Déjelo, Leblanc.

—¿Y qué quiere que haga con él? —repuso el policía—. Además, ¿no es usted el responsable? Pues levántelo.

Dirigiéndose al corro de personas reunidas a su alrededor, empezó a proferir exclamaciones:

—¡Venga! ¡Circulen! ¿Qué hacen aquí parados? La carrera está a punto de empezar. ¡Circulen!

Y de pronto se quedaron solos otra vez, mientras el reportero trataba de afirmarse sobre sus vacilantes piernas, pensando: «¡Dios mío! Se diría que soy capaz de flotar en el aire». Le dolía la mandíbula, y por más que reflexionó, no pudo explicarse cómo no había sentido el golpe. «Nunca creí ser tan sólido, pero por lo visto estaba equivocado». Luego empezó a tirar del brazo de Jiggs, hasta que este levantó la cabeza, mirándole con aire atontado.

—¡Vamos! —dijo el reportero—. Póngase en pie.

—Sí —repuso el mecánico—. Ahora mismo...

—Yo le ayudaré —añadió su acompañante.

Jiggs empezó a incorporarse poco a poco, gracias a los esfuerzos del otro.

—¡Caramba! —dijo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada —repuso el reportero—. Ya pasó. ¿Hacia dónde desea dirigirse?

Jiggs echó a andar con el reportero a su lado, sujetándole. De repente se detuvo y al mirar hacia adelante el joven vio frente a ellos la puerta del hangar.

—No; hacia allí, no —dijo Jiggs.

—De acuerdo —repuso el reportero—. Yo tampoco lo deseo.

Retrocedieron. Ahora era él quien llevaba la iniciativa, atravesando por entre el gentío agolpado ante las entradas. La mandíbula empezaba a dolerle, y al mirar hacia arriba pudo ver a los aeroplanos colocarse en posición, uno tras otro, mientras que, bajo ellos desplegábase la seda blanca de los paracaídas. «Pues no se ha oído el cohete —pensó—. O quizá lo disparasen en el preciso instante en que aquel individuo me golpeaba». Miró a Jiggs, que le seguía penosamente, como si los muelles de acero de sus piernas hubiesen quedado convertidos, por arte de magia, en dos pedazos de hierro.

—Óigame —le dijo, deteniéndose al tiempo que Jiggs hacía lo propio y le miraba con aire aburrido, como si fuese un niño—. Tengo que irme a la ciudad. A la oficina del periódico. El jefe me mandó llamar, ¿sabe? Ahora haga el favor de indicarme lo que desea hacer. ¿No le gustaría descansar un poco en algún sitio? Quizá pueda encontrar un coche y...

—No —dijo Jigg—, me encuentro muy bien. Váyase a donde quiera.

—De acuerdo. Pero usted...

Todos los paracaídas estaban ahora abiertos y el cielo soleado de la tarde aparecía lleno de concavidades semejantes a blancos nenúfares vueltos al revés. El reportero sacudió un poco el brazo de Jiggs.

—¿Qué viene después? —dijo.

—¿Cómo? —repuso Jiggs—. ¿Después de qué?

—Sí. Después de los paracaídas. ¿Es que no se acuerda?

—¡Ah, sí! El número siguiente.

Durante un breve instante el reportero contempló a Jiggs con uno de los extremos de su boca algo levantado, como para aliviar su mandíbula, no con expresión de enfado o ironía. Sacando la llave de su bolsillo, dijo:

—¿Se acuerda usted de esto?

Jiggs miró la llave parpadeando y luego abrió los ojos de par en par.

—Sí —dijo—. Estaba en la mesa, junto al jarro. Y luego tropezamos con aquel imbécil tendido ante la puerta y esta se cerró.

Volvió a mirar al reportero fijamente.

—¡Cielo Santo! ¿Trajo quizá también...?

—No —repuso el joven.

—Deme esa llave. Yo iré allá y...

—No —dijo el reportero, volviéndose a meter la llave en su bolsillo y sacando de él los tres cuartos de dólar que el italiano le había entregado como cambio—. Dijo

usted cinco dólares. Pero esto es todo lo que tengo. Aunque es lo mismo que si fuesen cien, porque tampoco tendría suficiente con ellos. ¡Tome!

Puso los tres cuartos en la mano de Jiggs y por un instante este los estuvo mirando. Luego cerró los dedos con expresión comprensiva y algo triste.

—Muy bien —dijo—. Gracias. El sábado volverán a ser suyos. Ahora tendremos dinero suficiente, ¿sabe? Roger y los otros se declararon en huelga esta tarde. Pero no se trataba de dinero, sino de una cuestión de principios.

—Sí —dijo el reportero, volviéndose y emprendiendo la marcha.

Ahora, al sonreír amargamente, pudo comprobar que la mandíbula le dolía bastante. «No se trata de dinero, sino de una cuestión de principios». Esta vez oyó estallar el petardo y vio cómo los cinco aeroplanos se elevaban raudos en el aire, mientras pisaba el terreno del campo, inundado por el sonido de los altavoces.

«... segunda prueba. Novecientos centímetros cúbicos. En ella toman parte algunos de los pilotos que ayer realizaron una espléndida carrera, exceptuando a Myers, que se prepara para actuar en la del mil quinientos. Pero ahí tenemos a Ott y a Bullitt, y asimismo a Roger Shumann, que ayer nos sorprendió ocupando el segundo lugar en una prueba que...».

Dio con ella casi en seguida. Esta vez no se había preocupado en cambiarse de ropa e iba vestida con su mono de trabajo. Tendióle la llave, mientras el dolor de su mandíbula se acentuaba cada vez más al sonreír forzosamente.

—Obren como si estuvieran en su casa —le dijo—. Vayan allí siempre que lo deseen. Durante unos cuantos días voy a ausentarme de la ciudad. Así es que no creo verlos de nuevo. Pero cuando se marchen puede usted depositar la llave en un sobre y dirigir este a las oficinas del periódico. Y, como antes le dije, considérense en su propia casa. Una muchacha va todas las mañanas a hacer la limpieza, excepto los domingos...

Los aeroplanos regresaban tras haber efectuado la primera vuelta, rugiendo furiosamente al rodear la torreta.

—¿Quiere decir que no va a usar el piso durante este tiempo? —dijo ella.

—No; no voy a usarlo. Tengo que ausentarme unos días para arreglar cierto asunto.

—Ya comprendo. Bueno, muchas gracias. Quería habérselas dado también por su amabilidad de anoche, pero...

—Sí —dijo él—. Ya me hago cargo. Haga el favor de despedirme de los otros.

—Muy bien. Pero ¿está seguro de que no...? —Completamente seguro. No se preocupe y utilice el piso como si fuera suyo.

Volvióse, empezando a andar rápidamente mientras su cerebro funcionaba también a gran velocidad. «Ahora, si por lo menos pudiese...». Oyó que ella le llamaba por dos veces y pensó en echar a correr sobre aquellas piernas carentes de huesos, pero supo que, de hacerlo, caería al suelo. Ahora oía los pasos de ella acercándose cada vez más. «No, no —se dijo—. No lo haga. Eso es todo lo que le

vido. No, No». Pero ella estaba ya a su lado, y hubo de detenerse.

—Óigame —dijo la joven—. Le quitamos un poco de dinero...

—Sí. Ya me di cuenta. Pero es igual. Guárdelo por ahora y luego me lo remite junto con la llave...

—Traté de explicárselo en cuanto le vi hoy, pero...

—No se preocupe —hablaba ahora en voz más alta, tratando de escapar cuanto antes—. Bueno..., ¡adiós!

—Fueron seis dólares con setenta centavos. Le dejamos —se interrumpió, contemplando la cara del reportero, contraída en una mueca rígida que a duras penas podía ser llamada sonrisa, pero a la que tampoco podía aplicarse otro nombre—. ¿Cuánto ha encontrado en su bolsillo esta mañana?

—Pues... Solo eché de menos los seis dólares con setenta. Lo demás estaba intacto.

El reportero empezó a andar. Los aeroplanos volvieron a acercarse, dando otra vuelta a la torreta, mientras él atravesaba la puerta en dirección a la rotonda. Al acercarse al bar, la primera cara que vio fue la del fotógrafo al que antes había llamado Jug.

—No voy a ofrecerle una copita —dijo este—, porque no acostumbro hacerlo. Ni aunque se tratase del propio Hagood.

—No tengo ganas de beber nada —dijo el reportero—. Lo único que quiero es que me preste diez centavos.

—¿Diez centavos? ¡Caramba! Pues es igual que si le invitara a beber.

—Son para telefonar a Hagood. Quizá no le parezca un gasto tan superfluo como emplearlos en licor.

En un rincón estaba la cabina telefónica. Marcó el número anotado en la tira de papel que conservaba en el bolsillo. La voz de Hagood pudo oírse al cabo de un momento.

—Sí, aquí estoy —dijo el reportero—. Sí; me encuentro perfectamente... Desearía volver a mi trabajo. Aceptaré lo que sea. Sí, voy a estar ausente un par de días... Bueno, muchas gracias, jefe. En cuanto regrese, empezaré a trabajar en seguida.

Al atravesar la rotonda hubo de soportar de nuevo la avalancha de sonido procedente de los altavoces, y lo mismo ocurrió una vez fuera, aunque ya no le hiciera caso, absorto en sus meditaciones. «¡Todos somos igual! —se dijo—. ¿Acaso no hice yo lo mismo? Nunca tuve intenciones de pagarle a Hagood. Le mentí a él también». Pero una voz interior le contestaba: «Te estás engañando a ti mismo, imbécil». Antes de darse cuenta, ya estaba otra vez escuchando el altavoz, y sin saber lo que hacía, deteníase de nuevo en un espacio lleno de sol y de espejismos que herían dolorosamente su retina: así es que cuando dos policías uniformados salieron detrás del hangar sosteniendo a Jiggs, que se debatía entre ambos, con la gorra en una mano, un ojo cerrado y algo de sangre en la mandíbula, el reportero apenas pudo

reconocerle, absorto en la contemplación del altavoz colocado sobre la puerta, como si las palabras tomaran forma y fuesen perceptibles a su vista:

«Shumann tiene dificultades en su máquina... Se está apartando de la ruta y... tras perder velocidad, se acerca a tierra. No sé de qué se trata. El aparato se balancea fuertemente. Intenta alejarse de los demás, pero carece de espacio y el terreno que rodea el lago está demasiado húmedo para aterrizar con el motor parado. ¡Vamos, Roger! ¡Aproxímate al aeródromo! Ahora parece que va a lograrlo. Pero el sol le da directamente en los ojos y oscila demasiado para... No sé lo que ocurre... No sé... ¡Mantente firme, Roger!... ¡Ten serenidad!...».

El reportero echó a correr, al tiempo que percibía, no el ruido del aparato precipitándose contra el suelo, sino el rumor de la muchedumbre al exhalar una exclamación, unánime, que pareció ser recogida y ampliada por el altavoz. Atravesó velozmente la rotonda y la puerta de entrada, ahora llena de confusión, exhibiendo su tarjeta profesional. Era como si, de repente, todos los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, con sus victorias y derrotas, sus esperanzas y fracasos, se hubieran borrado de su vida, volando por los aires como las hojas de un periódico, tras haberse detenido unos instantes en su almacén de espantapájaros. Después, sobre las cabezas gesticulantes acumuladas en el campo de aviación y alrededor de la ambulancia, el coche de los bomberos y las motocicletas de la Policía, pudo percibir al aparato completamente invertido sobre el terreno, con el tren de aterrizaje proyectándose al aire, rígido, delicado e inmóvil como las patas de un pájaro muerto.

Dos horas más tarde, en la parada del autobús de Grandlieu Street, la joven contempló al reportero mientras salía el último del autobús, entregando los cuatro billetes que él mismo había pagado. No hubiera podido definir la expresión de su rostro tranquilo, sereno, e inmóvil hasta en el instante en que el paracaidista avanzó penosamente hacia él, arrastrando una pierna que, a pesar de cubrirla el pantalón, podía adivinarse vendada y rígida por haberse precipitado contra un puesto de bebidas, a causa de un viento contrario, al descender en su paracaídas.

—Óigame —le dijo—. Esta tarde estaba encolerizado con Jiggs. No quise golpearle a usted. La vista se me nubló y creí dar en el rostro del otro, descubriendo mi error cuando ya era demasiado tarde.

—Lo sé. Lo sé —dijo el reportero sin sonreír, con expresión serena—. La culpa fue mía por interponerme entre los dos.

—Ya ve que lo hice sin querer. Pero si es que desea alguna satisfacción...

—Nada de eso —repuso el reportero. Pero no cambiaron un apretón de manos, como es de rigor en estos casos.

El paracaidista volvióse y, arrastrando su pierna, se dirigió otra vez hacia donde estaba antes, mientras el reportero seguía sin variar de actitud. La mujer miró a Shumann.

—Entonces, si el aeroplano está en condiciones, ¿por qué no lo tripula Ord en la

próxima carrera?

—Quizá no quiera —repuso Shumann—. Si yo tuviera su «Noventa y dos», tampoco desearía ningún otro aparato. Además..., creo que es mejor no preocuparse...

Ella miraba ahora hacia el suelo, inmóvil, excepto por sus manos, que golpeaban ligeramente una contra otra. Su voz era sorda al decir:

—Nos ha permitido alojarnos en su casa durante un día y una noche, y ahora incluso está a punto de conseguirnos otro aparato. Pero todo cuanto yo deseo es un hogar, un cuarto, aunque sea una pocilga, con tal de saber que el lunes próximo, y el otro, y el otro... ¿Crees que él podría darme una cosa semejante? Es mejor que nos marchemos en busca de esos ingredientes para la pierna de Jack.

El reportero no la había oído, porque ni siquiera prestó atención alguna a sus palabras: así es que quedóse sorprendido al verla avanzar hacia él.

—Nos vamos a su casa —dijo—. Esperamos verle por allí. Habrá cambiado sus planes respecto a abandonar la ciudad, ¿no es cierto?

—No. Mejor dicho, sí —contestó el reportero—. Voy a dormir en casa de un compañero del periódico. No se preocupen por mí —la miró con expresión serena, tranquila, desvaída—. No se preocupen en absoluto. Todo irá bien.

—Así lo espero —dijo ella—. Pero referente a aquel dinero... le dije la verdad. Puede preguntar a Roger y a Jack.

—Muy bien —repuso él—. La creería aunque supiera que estaba usted mintiendo.

MAÑANA, DE NUEVO

—Así es que ya ve de qué se trata —dijo el reportero, mirando a Ord, con un gesto obligado en él, ya rogara a alguien o tan solo tuviera que soportarlo—. Las válvulas funcionaban mal y les fue preciso tomar parte en la carrera sin arreglarlas. Jiggs no tuvo tiempo para ello ni para eliminar las que se hallaban en mal estado. Y en el accidente se rompió el timón y un par de alerones y mañana es el último día. ¡Qué mala suerte!, ¿verdad?

—Sí —dijo Ord.

Los tres estaban en pie. Cuando entraron, Ord quizá los invitase a sentarse, como es natural, pero ya no lo recordaba, como tampoco recordaban Shumann y el reportero haber rehusado. O quizá no hubiese tenido lugar ni la invitación ni la negativa. El reportero había traído con él aquella atmósfera de escenario florentino del siglo xv..., una visita nocturna, llena de frases corteses y espadines desnudos ocultos bajo las capas. A la luz sonrosada de dos lámparas, como esas que iluminan cada noche el saloncito de cualquier piso ocupado por un dependiente de comercio, los tres permanecían en pie, tal como llegaron del aeródromo: el reportero, con aquel traje sencillo que, al parecer, componía todo su guardarropa, y Shumann y Ord, con sus chaquetas manchadas de grasa. El saloncito de Ord aparecía limpio, ordenado y discreto, con la sobria meticulosidad de un avión. El diván, las sillas y las mesas semejaban los relojes de un tablero de mandos. En una habitación contigua alguien estaba poniendo una mesa, y podía oírse la voz de una mujer que canturriaba, como para dormir a un chiquillo.

—Muy bien —dijo Ord, sin cambiar de actitud, mientras sus ojos parecían observar a ambos visitantes sin fijarse en ninguno, como si los considerase dos asaltantes armados—. ¿Qué quieren que yo haga?

—Escúcheme —repuso el reportero—, no se trata del importe del premio. No creo que sea preciso insistir. Usted también trabajaba solo, no hace mucho tiempo, antes de llegar a un acuerdo con Atkinson. Y ahora no es preciso ni siquiera que vea la torreta de un campo de aviación si no quiere. Todo lo que ha de hacer es construir los aparatos sin preocuparse de nada más. Pero sigue tripulando aviones, ¿verdad? ¿O quizá no era Matt Ord el que conducía aquel «Noventa y dos» el verano pasado en Chicago? Así es que ya sabe usted que no se trata del dinero, el maldito dinero. ¡Fíjese! Ni siquiera ha cobrado aún el premio que ganó ayer. Porque si se tratara solo de los dólares, usted mismo podría prestárselos. Sí. Estoy seguro. No es preciso insistir sobre ello. Escúcheme. Supongamos que en vez de los hombres que hoy estaban sentados en aquellas incómodas sillas, se hubiese tratado de un grupo contratado para descenderá a una mina, no para realizar en ella algún trabajo especial, sino para saber si las galerías son capaces de resistir y, cinco minutos antes de hacerlo, unos cuantos caballeros de vientre prominente, propietarios de las mismas,

les dijese que de la paga de cada uno se va a desquitar el dos y medio por ciento, a fin de imprimir unos avisos en los que se diga que el ascensor o cualquier otra cosa se ha desplomado sobre uno de ellos la noche antes, ¿habría alguien que bajase? No. Pero estos otros, ¿rehusarían tomar parte en la carrera? ¡Imposible! Quizá no fuese una válvula la causa del accidente de Shumann, sino una cáscara de cacahuete arrojada al campo desde las graderías. Sí; podían haberse quedado con los noventa y siete y haberles entregado los dos y medio...

—No —dijo Ord con expresión decidida—. Yo no dejo a Shumann realizar una sola acrobacia, ni a nadie volar en semejante aparato. Aun en el caso de ser un buen piloto.

Ahora parecía como si con una sola palabra, Ord hubiese destruido toda clase de equívocos y como si el reportero le siguiese a grandes zancadas, penetrando con él en el nuevo terreno, dispuesto a la lucha.

—Pero usted ha volado en él. No quiero decir que Shumann lo pilote tan bien como usted, porque estoy convencido de que nadie es capaz de hacerlo, aunque mi opinión carezca de importancia. Pero Shumann puede volar en cualquier cosa. Y, como la licencia sigue aún en pie, el avión puede calificarse.

—Sí. La licencia sigue aún en pie. Pero el motivo de que no haya sido anulada consiste en que el Departamento sabe bien que yo no voy a permitir que nadie la utilice. Anularla solo no es suficiente. Debería, además, ser reducida a pedazos y luego quemada, igual que si se tratase de un perro rabioso. Lo siento por Shumann, pero más sentiría que mañana por la tarde ese aparato estuviese evolucionando sobre el aeródromo Feinman.

—Pero... escuche, Matt —dijo el reportero.

Luego se detuvo. Su voz no era alta ni excitada, como si desde mucho tiempo antes sufriera la ilusión de haber sido arrojado al suelo, aunque conservando aún su estructura carente de peso, cual una hoja movida por el viento. A la luz sonrosada, su rostro aparecía más desvaído que nunca, como si a causa de los excesos de la pasada noche su chispa vital, alimentándose de la parte interior de su cuerpo, convirtiese la piel de su cara en una especie de pergamino. Ahora su expresión era absolutamente inescrutable.

—Entonces, aunque tengamos la seguridad de calificarla, ¿usted no dejará volar en él a Shumann?

—No —contestó Ord—. Sé que le causo una gran contrariedad, pero no creo tampoco que desee suicidarse.

—Bueno —dijo el reportero—. Lo mejor es regresar a la ciudad.

—Quédense aquí y coman algo —dijo Ord—. Le dije a mi señora que ustedes...

—Es mejor que volvamos en seguida —dijo el reportero—. Al parecer, mañana tendremos todo el día libre para comer cuanto queramos.

—Podremos dirigirnos luego al *hangar*; les enseñaré el aparato y podrán comprobar...

—No, no, —dijo el reportero con entonación amable—. Lo que nosotros deseamos es un aparato cuya cabina pueda ocupar Shumann mañana a las tres de la tarde. ¡Bueno! Sentimos haberle molestado.

La estación no estaba lejos. Siguieron una calle tranquila, con la acera cubierta de grava, envueltos en la oscuridad, una oscuridad de febrero en la que ya se intuían síntomas primaverales... surgiendo de un verano indio, como un intempestivo cuadro escénico en el que se vieran aparecer, a la vez que los primeros hielos, los tiernos brotes anunciadores de una inmediata floración. Caminaron tranquilamente, sin decir una palabra, sintiéndose unidos precisamente por aquel silencio. El reportero, volátil, irracional, con cierta cualidad fantasmagórica que le hacía situarse más allá de la materia y el tiempo, y el otro sencillo, sin traza alguna de introversión ni habilidad para raciocinar, como una máquina..., aquella máquina para la que alentaba, moviéndose tan solo envuelto en los vapores de gasolina y las piezas engrasadas. Pero los dos compenetrados transitoriamente, a causa de sus propias diferencias. Mientras caminaban, parecían experimentar la impresión de dirigirse hacia un desastre, aunque sin que ninguno de ellos lo supiese de cierto.

—Bueno —dijo el reportero—. Al fin y al cabo, eso es lo que esperábamos.

—Sí —repuso Shumann.

Ambos volvieron a callar. El silencio parecía convertirse en diálogo y las palabras en meros exponentes del pensamiento.

—¿Está asustado? —preguntó el reportero—. Pongamos las cosas en claro, ahora que podemos.

—Explíquemelo otra vez —dijo Shumann.

—Pues verá. Ese individuo trajo aquí el aparato desde Saint Louis, para que Matt lo reformase, porque, al parecer, no lo consideraba lo suficientemente veloz. Quería sustituir el motor por otro de más potencia y variar algo el fuselaje. Matt le dijo que no consideraba esto muy acertado, pero el otro se afirmó en que tanto el aparato como el dinero eran suyos, y Matt hubo de asentir, aunque insistiendo en que eran precisos algunos cambios con los que su visitante no estaba de acuerdo, hasta que, por fin, rehusó encargarse del asunto a menos que se conformase con todo. Y aun así no estaba muy seguro de los resultados. El propietario se avino, porque Matt le había dicho que de otro modo no efectuaría reforma alguna, y le dejó llevar a cabo las variaciones que le parecieron oportunas, rogándole que le garantizara la reparación, a lo que Matt contestó que no podía hacerlo hasta el momento en que ocupara el asiento del piloto. El individuo aquel deseaba, por lo menos, dar antes un par de vueltas, pero Matt le dijo que seguramente le habían informado mal y que quizá habría hecho mejor en llevar el aeroplano a otro sitio. El oponente se apaciguó y Matt pudo efectuar todos los cambios, dotando al aparato de un motor de más potencia. Luego llamó a Sales, el inspector, para que lo examinase antes de probarlo. El otro dijo que mientras tanto iría a la ciudad en busca de un poco de dinero, en lo que Matt estuvo conforme.

No se detenían un instante, mientras el reportero continuaba sus explicaciones.

No sé cómo ocurrió porque no entiendo mucho, ya que solo he tomado una lección de pilotaje con Matt. que sí pude comprender es que volaba admirablemente realizando toda clase de acrobacias, hasta el punto de obtener la aprobación de Sales, cuando al acercarse a tierra..., con la palanca hacia atrás y el aeroplano posándose suavemente, notó que el cinturón le apretaba y pudo ver cómo el terreno se acercaba con rapidez a su nariz, en vez de correr debajo del aparato, y sin darle tiempo a pensar otra cosa, impulsó la palanca hacia adelante como si fuese a picar, logrando enderezarse en el momento más crítico. Las aletas traseras dieron un..., un...

—Un tirón —dijo Shumann.

—Sí. Un tirón. Pero pudo arreglárselas para conservar el dominio. Esperaron un buen rato a que el otro volviese de la ciudad con el dinero. Y luego Matt metió el aeroplano en el *hangar*, y allí está todavía. ¿Qué piensa usted de todo ello?

—Sin duda es debido a una mala distribución del peso.

—Así lo creo yo también. Quizá pueda observarlo por sí mismo en cuanto lo vea.

Llegaron a la pequeña estación, iluminada por una sola bombilla y casi oculta entre una masa de matorrales y palmeras. En cada una de las dos direcciones brillaba el resplandor verde de una luz de señales, iluminando los rieles que se perdían en la oscuridad de unos bosques de robles cubiertos de musgo. Hacia el Sur, podía percibirse el resplandor de la ciudad reflejándose en el nublado cielo. Tuvieron que esperar unos diez minutos.

—¿Dónde va a dormir esta noche? —preguntó Shumann.

—Antes tengo que ir un rato a la oficina. Luego me iré a casa de uno de mis colegas.

—Es mejor que se venga con nosotros. Tiene usted suficientes mantas y alfombras para todos. No será la primera vez que Jiggs, Jack y yo hemos dormido en el suelo.

—Sí —dijo el reportero, mirando a su camarada y no percibiendo más que una sombra imprecisa—. Y a mí no hay cosa tampoco que me importe. Lo mismo me da encontrarme a diez millas de distancia que al otro lado de esa pared. Pero resulta divertido lo de ustedes: Holmes no está casado con ella, y si se lo digo es capaz de golpearme. Usted es su marido y yo puedo... Bueno. Pégueme también, si quiere. Pero quizá aunque yo me acostara con ella, sería lo mismo. A veces pienso en que no debe establecer ya diferencias entre ustedes dos y en que si yo formara parte del grupo, ni siquiera se daría cuenta.

—¡Por Dios! —exclamó Shumann—. Casi estoy por pensar que desea verme tripulando ese cacharro de Ord para tener una posibilidad de casarse con ella.

—Así es —dijo el reportero—. Pero escúcheme. Yo no deseo nada. Quizá sea porque solo quiero lo que estoy a punto de conseguir, sin que yo mismo lo sepa. Acaso sea el nombre, mi nombre, la casa, las camas, y lo preciso para comer. Porque, en realidad, es como ir caminando. Usted y él y yo, caminando... No hace uno más

que pensar en el día de mañana y en el otro y en el otro, percibiendo el mismo olor a café, a camarones y a ostras, esperando que la misma luz de siempre cambie de color para dirigirse a su casa y dormir y despertarse al día siguiente, oliendo otra vez a café y a pescado, y vuelta a esperar que cambie la luz para percibir esta vez el olor a tinta de imprenta y a periódicos en los que se dice que entre los que vencieron o fueron vencidos en Omaha, Miami, Cleveland o Los Ángeles estaban Roger Shumann y su familia. Bueno, ¡vámonos!

Ahora el oscuro túnel formado por los robles parecía haberse vuelto aún más impenetrable, a causa de la luz delantera del tren que se estaba aproximando. Shumann pudo ver la cara del otro.

—¿Le está esperando ese muchacho en cuya casa va a dormir esta noche? —preguntó.

—Sí. Todo irá bien. Y escúcheme: para regresar aquí, es mejor que cojamos el tren de las ocho veinte.

—Muy bien —dijo Shumann—. Oiga. Acerca de aquel dinero...

—No se preocupe —repuso el otro—. Estaba intacto.

—Depositamos de nuevo un billete de cinco y otro de un dólar en su bolsillo. Si desapareció, la culpa es nuestra por dejarlo allí. Pero no pudimos meterle en su casa porque la puerta se cerró de golpe y no teníamos llave.

—Es igual —afirmó el reportero—. Solo se trata de despreciable dinero y no me importa que no me lo devuelvan.

El tren se acercó, reduciendo su velocidad, con las ventanillas iluminadas, proyectándose en el andén. El vagón en que penetraron estaba lleno, aunque aún no fuesen las ocho, pero por fin pudieron encontrar dos asientos, situados uno tras otro, de modo que no les fue posible hablar hasta haber llegado a su destino. El reportero conservaba aún un dólar, así es que subieron a un taxi.

—Primero iremos a la Redacción —dijo—. Jiggs ya debe de estar completamente sereno.

El taxi empezó a avanzar sobre montones de confeti, mientras que las banderolas rojas y amarillas, ya muy ajustadas, ondulaban suspendidas de la gris fachada de la estación, como los restos que deja en la playa la marea, sugiriendo la presencia de Grandlieu Street, situada aún a bastante distancia. Luego el taxi deslizóse bajo guirnaldas de banderines extendidas de poste en poste, y más tarde atravesó por entre hileras de rígidas palmeras ciudadanas, yendo a detenerse por fin frente a las puertas de la Redacción.

—Solo tardaré un minuto —dijo el reportero—. Puede usted esperarme en el taxi.

—Es mejor ir caminando desde aquí —dijo Shumann—; la Comisaría no se halla muy lejos.

—Necesitaremos el taxi para atravesar Grandlieu Street —dijo el reportero—. No tardaré mucho.

La oscuridad se espesó tras él, una vez hubo transpuesto las vidrieras. La

portezuela del ascensor estaba entreabierta, y por la rendija pudo ver un montón de periódicos y el reloj colocado sobre ellos, así como percibir el acre olor de la pipa, pero no se detuvo, sino que empezó a subir los escalones de dos en dos hasta llegar a la oficina del periódico. Bajo su visera verde, Hagood levantó la vista, viendo entrar al reportero. Pero esta vez, el visitante ni se sentó ni despojóse del sombrero, sino que se mantuvo en pie ante la mesa, algo inclinado hacia la claridad verdosa, mirando a Hagood con desvaída y tranquila inmovilidad, como si hubiese sido precipitado contra la mesa escritorio por una súbita corriente de aire y fuese de un momento a otro a desaparecer por el mismo procedimiento.

—Váyase a casa y acuéstese —dijo Hagood—. La historia que me contó por teléfono está ya compuesta.

—Muy bien —dijo el reportero—, pero necesito cincuenta dólares, jefe.

Tras una pausa, Hagood repuso:

—De modo que los necesita..., ¿eh?

Pero el reportero ni se movió.

—Me son imprescindibles. Sé que ayer, dondequiera que me hallase... Bueno, pensé que estaba despedido. Pero recibí su recado. No pude llamarle hasta las tres. Y, además, no entregué la historia tal como le dije. Pero pienso regresar dentro de una hora para ponerla en limpio. Ahora necesito cincuenta dólares.

—¿Me los pide quizá porque sabe que no voy a despedirle? —dijo Hagood—. ¿Es por eso? —El reportero no contestó nada—. ¡Bueno! ¿De qué se trata esta vez? Sí, ya lo sé. Pero prefiero oírlo de sus propios labios... ¿Quizá se ha casado, o se va a marchar, o se ha muerto?

El reportero, sin moverse, empezó a hablar dirigiéndose a la pantalla verde, como si esta fuera un micrófono:

—Los policías lo detuvieron en el mismo instante en que Shumann capotaba. Así es que se halla en el calabozo. Y, además, necesitarán algo de dinero hasta que Shumann cobre, mañana por la noche.

—Bien —dijo Hagood mirando a aquel rostro suspendido sobre él, provisto ahora de la tranquila sobriedad de una estatua—. Pero ¿por qué no deja en paz a esa gente? —dijo.

Ahora los ojos del otro se posaron sobre él durante un minuto completo. Su voz era tan calmosa como la de su jefe.

—No puedo —repuso.

—¿Que no puede? —preguntó Hagood—. ¿Acaso lo ha probado?

—Sí —dijo el reportero con aire triste, mirando otra vez a la lámpara—. Traté de hacerlo.

Tras unos instantes, Hagood volvióse pesadamente. Su chaqueta colgaba del respaldo de su silla. Extrajo de ella una cartera contando cincuenta dólares, que alargó al reportero. La mano de este, huesuda y semejante a una garra, extendióse hasta colocarse bajo el resplandor de la lámpara, recogiendo el dinero.

—¿Quiere que le firme algún recibo? —dijo.

—No —dijo Hagood sin mirarle—. Váyase a su casa y acuéstese. Eso es cuanto deseo.

—Luego vendré a poner en limpio la historia.

—Ya hemos tirado las galeradas —le explicó Hagood—. Váyase a su casa.

El reportero apartóse del escritorio lentamente, pero una vez en el pasillo fue como si el viento que le había impulsado hacia la mesa de Hagood soplase de nuevo en sentido contrario. Pasó ante el ascensor, dirigiéndose hacia la escalera, al mismo tiempo que la puerta de aquel se cerraba saliendo alguien de su interior. En vista de ello, retrocedió unos pasos, para meterse en la cabina, y al hacerlo hundió una mano en el bolsillo de su chaqueta, mientras que con la otra levantaba el periódico situado en la parte superior del montón, tras apartar el reloj colocado sobre él. Luego lo dobló colocándolo en su bolsillo, oyendo cómo la puerta volvía a cerrarse a su espalda.

—Por lo que veo, uno de ellos trató de obtener el privilegio de unos titulares en primera página, esta tarde —dijo el encargado del ascensor.

—¿De veras? —repuso el reportero—. Creo que es mejor que cierre bien esa puerta. Hay corriente de aire.

Precipitóse luego contra las oscilantes vidrieras, ligero de piernas y cuerpo, ya que no había comido nada desde el mediodía, y aun muy poco. Shumann abrió la puerta del taxi para que entrase.

—Bayou Street, cuartelillo de Policía —dijo el reportero—. ¡Aprisa!

—Podríamos ir andando —dijo Shumann.

—¡Nada de eso! Tengo ahora cincuenta dólares.

Estaban atravesando la ciudad, y el coche corría velozmente ante los bloques de viviendas, aminorando tan solo un poco la marcha al llegar a los cruces. A la derecha percibía la animación y el rumor de Grandlieu Street avivándose y decreciendo a intervalos, como si el coche corriese por la periferia de una avenida fantasmal, llena de luces y sonidos.

—Me figuro —dijo el reportero— que llevarían a Jiggs al único lugar tranquilo de la ciudad, a fin de que se serenase lo antes posible. Así es que lo encontraremos en perfectas condiciones.

Y no se equivocaba. Un agente lo trajo a presencia de sus dos visitantes. Tenía un ojo completamente cerrado y un labio partido, pero le habían limpiado la sangre, de la que no quedaba rastro, excepto unas manchas secas en la camisa.

—¿Tienes ya bastante? —preguntó Shumann.

—Sí —dijo el otro—. Dadme un cigarrillo, ¡por Dios santo!

El reportero así lo hizo, sosteniendo la cerilla, mientras Jiggs trataba de acercar el cigarrillo a la llama, haciendo filigranas, hasta que el reportero hubo de cogerle la mano y sostenerla para que pudiese realizar el contacto.

—Vamos a ponerte sobre el ojo un buen pedazo de carne —dijo el reportero.

—Es mejor que se lo pongan en el estómago —afirmó el empleado, desde detrás

de su pupitre.

—¿De verdad? —dijo el reportero—. ¿Desea comer algo? —preguntó a Jiggs, que sostenía el cigarrillo con ambas manos temblorosas.

—Sí —repuso el mecánico.

—¿Se sentiría mejor, después de comer algo?

—Naturalmente —aseguró Jiggs—. ¿Vamos a marcharnos, o he de volver ahí dentro?

—Vamos a marcharnos —dijo el reportero. Y luego, dirigiéndose a Shumann, añadió—. Llévelo al taxi. Yo salgo en seguida. ¿De qué se trata, Mac? —preguntó al escribiente—. ¿Borrachera o vagancia?

—¿Es usted o el periódico quien ha solicitado su libertad?

—Yo mismo.

—Entonces, llámele vagancia —repuso el escribiente. El reportero depositó sobre la mesa diez dólares, de los de Hagood.

—¡Bueno! —dijo—. ¿Quiere usted darle los cinco que sobran a Leblanc? Esta tarde me los prestó en el aeródromo.

Y diciendo esto, abandonó la oficina. Shumann y Jiggs esperaban junto al taxi. El reportero pudo ver que este último había introducido su gorra en el bolsillo trasero del pantalón, doblándola y arrugándola, y la ausencia de dicha prenda en su indumentaria personal le daba un aire de ciervo herido... (el cuerpo aún corre, con cierta apariencia de vida y de poder, durante algunos metros o quizá millas, pero está ya muerto y luego los gusanos le roerán durante años enteros). «Pobre hombre», pensó el joven, llevando aún en la mano los billetes que había sacado en la oficina para depositar la fianza.

—Espero que se encuentre usted bien —dijo en voz alta y alegre—. Nos detendremos en cualquier sitio a comer algo, y ya verá lo reanimado que va a sentirse después.

Extendió la mano cerrada hacia Shumann, pero este dijo:

—Gracias. No lo necesito. Jack ha cobrado esta tarde los dieciocho cincuenta de su salto en paracaídas.

—¡Ah, sí! Me había olvidado —exclamó el reportero—. Pero ¿qué hay de mañana? Estaremos parados todo el día. Tómelos. Puede dejárselos a ella, en caso de que... Ya me lo devolverán todo junto.

—Bueno —dijo Shumann—. Muchas gracias.

Recogió los arrugados billetes sin mirarlos siquiera y, tras meterlos en su bolsillo, empujó a Jiggs hacia el interior del vehículo.

—Ahora podrá usted pagar el taxi —dijo el reportero—. Ya le he dicho al conductor hacia dónde ha de dirigirse.

Se inclinó hacia la ventanilla para despedirse. En el rincón opuesto, Jiggs se había acomodado, manejando su cigarrillo con manos temblorosas.

—El tren sale a las ocho y veintidós —añadió con el aire de un conspirador.

—Okey! —repuso Shumann.

—Procuraré tenerlo todo solucionado y reunirme con usted en la estación.

—Muy bien —repitió Shumann.

Y, mientras el coche se ponía en movimiento, pudo ver por la ventanilla trasera al reportero, inmóvil en la acera, iluminado por los dos faros verdosos de la entrada, desvaído, flaco, con el traje suspendido de su esquelético cuerpo cual de una percha y oscilando ligeramente, aunque no hacía viento alguno, como si hubiese escogido para siempre aquel preciso lugar, en toda la ciudad, para quedarse rígido, sin demostrar impaciencia o deseo, semejante al guardián o patrón de todos los seres abandonados y sin hogar. El taxi torció en dirección opuesta a Grandlieu Street, corriendo luego paralelo a esta. Ahora no se percibía ya ningún sonido, pero la débil claridad reflejada en el firmamento seguía brillando a su derecha. El coche volvió a torcer, esta vez en dirección hacia donde debía de hallarse la calle, y Shumann no se dio cuenta de que la habían atravesado hasta observar que estaban sumergidos en aquella región de estrechas callejuelas flanqueadas por balcones de hierro, y en cuyos cruces podían verse las flechas indicadoras de dirección única.

—Ya casi hemos llegado —dijo—. ¿Quieres que nos detengamos a comer algo?

—Muy bien —repuso Jiggs.

—¿Quieres o no quieres?

—Sí —dijo Jiggs—. Haré lo que desees.

Shumann le miró, viendo que aún trataba de sostener el cigarrillo con las manos, aunque ya estaba apagado.

—¿Cuál es tu propósito? —dijo Shumann.

—Tengo ganas de echar un trago —repuso Jiggs tranquilamente.

—¿De veras?

—Sí.

Shumann le ayudó a colocarse el cigarrillo en la boca.

—Si te dejo beber, ¿comerás algo?

—Sí.

Shumann inclinóse hacia adelante, golpeando el cristal. El conductor volvió la cabeza.

—¿Dónde podríamos comer, aunque solo fuese un plato de sopa? —preguntó.

—Para eso deberán regresar a Grandlieu Street.

—¿No hay ningún sitio por aquí cerca?

—Pueden adquirir un bocadillo de jamón en cualquiera de esas tiendas, si es que alguna está abierta.

—De acuerdo. ¿Quiere parar ante la próxima que vea?

Esta no se hallaba muy lejos, y Shumann no pudo reconocer la esquina, aunque, para estar más seguro, preguntó al chófer:

—Noyades Street se halla cerca de aquí, ¿verdad?

—¿Noyades? En la próxima esquina, a la derecha.

—Entremos aquí mismo —dijo Shumann, sacando los arrugados billetes que le diera el reportero y viendo en el ángulo de uno de ellos un redondeado 5.

«Son once con setenta», pensó, descubriendo luego un segundo billete, doblado dentro del primero, que entregó al conductor, conservando en la otra mano el que ostentaba el 5. El conductor le hablaba:

—Me debe usted dos con quince. ¿No tiene un billete más pequeño?

—¿Más pequeño? —dijo Shumann, mirando el que el chófer conservaba en la mano, débilmente iluminado ahora por la luz del marcador.

Era de diez dólares. «¡Caramba! —pensó—. Entonces tengo veintidós dólares».

El almacén era un recinto con las dimensiones, la forma y la temperatura de un sótano de Banco, iluminado por una lámpara de petróleo, que en vez de luz parecía difundir sombras. Y entre aquella penumbra a lo Rembrant podían distinguirse hileras de latas colocadas tras el mostrador y una serie de objetos indefinibles, que el propietario debía de palpar, no para distinguirlos entre sí, sino para extraerlos del claroscuro. Oía a queso, a ajos y a metal oxidado. Sentados a ambos lados de una estufa de petróleo pudieron percibir a un hombre y a una mujer, a los que Shumann no había visto nunca, ambos envueltos en mantones y cuyo sexo solo pudiera adivinarse porque el hombre llevaba una gorra de corte masculino. El bocadillo consistía en el extremo de un duro pan francés partido en dos con queso y jamón en su interior. Entregándoselo a Jiggs, ambos salieron de la tienda. Jiggs miró al objeto que tenía en la mano con una especie de bovina desesperación.

—¿No podría beber algo primero? —dijo.

—Puedes ir comiendo mientras vamos a casa —repuso Shumann—. Y luego te pagaré la bebida.

—Creo que sería mejor beber antes —se obstinó Jiggs.

—Sí —dijo Shumann—, así pensabas también esta mañana.

—En efecto —repuso su compañero, que se había vuelto a quedar inmóvil, contemplando el bocadillo.

—¡Venga! —le apremió Shumann—. ¡Cómetelo!

—Bueno —repuso Jiggs.

Shumann le observó mientras con ambas manos se llevaba el alimento a la boca, torciendo la cabeza al hincarle los dientes. Luego, tras una pausa en la que pareció bastante atareado con el trozo que había mordido, empezó a masticar, mirando fijamente a Shumann y sosteniendo el trozo de pan ante su pecho. Hasta que Shumann se dio cuenta de que, en realidad, no miraba a ningún sitio, sino que su único ojo abierto parecía expresar una profunda e inalterable abnegación, como si esta, antes compartida por ambos órganos ópticos, se hubiese ahora concentrado en uno solo. Vio también que el rostro de Jiggs estaba empapado en algo que parecía aceite. Y en aquel instante, el mecánico empezó a vomitar. Shumann le sostuvo, procurando que el bocadillo no se estropease, mientras que el estómago de Jiggs se contraía espasmódicamente, aun mucho después que no quedara nada en él.

—Trata de contenerte —dijo Shumann.

—Sí —repuso el otro, llevándose la manga de la chaqueta a la boca.

—Toma —dijo Shumann, alargándole su pañuelo.

Una vez Jiggs lo hubo cogido, volvió a extender la mano, como si buscase algo.

—¿Qué quieres?

—El bocadillo.

—¿Te lo podrás tragar si bebes un poco?

—Después de una copa, soy capaz de cualquier cosa.

—Vamos —dijo Shumann.

Al penetrar en la calle, pudieron ver la luz procedente del balcón, del mismo modo que Hagood la había visto la noche antes. Pero esta vez no se percibía la sombra de un brazo, ni sonaban voces humanas.

—Serán Jack y Laverne —dijo.

Pero aún no era posible ver nada. Solamente la voz del paracaidista oíase difusa tras de los cristales.

—El pestillo está abierto —añadió—. Ciérralo en cuanto nos hallemos dentro.

Cuando penetraron en el cuarto pudieron ver a Jack, sentado encima del camastro, en ropa interior, mientras que su traje aparecía colocado pulcramente sobre una silla. Sobre esta misma silla tenía puesto un pie, y con un pedazo de algodón manchado se estaba aplicando el líquido de la botella sobre una extensa contusión, que iba desde la cadera al tobillo. En el suelo veíanse los vendajes que le colocaron en el aeródromo. Ya había arreglado el camastro para pasar la noche en él. La manta estaba vuelta, y a los pies había extendido la alfombra del cuarto.

—Es mejor que esta noche duermas en la cama —dijo Shumann—. La manta puede rozarte la herida.

El otro no contestó, inclinado sobre su pierna, y extendiendo la medicina con una especie de salvaje concentración. Shumann volvióse, pareciendo observar por vez primera el bocadillo que tenía en la mano y la presencia de Jiggs, que ahora estaba muy quieto junto a su mochila, contemplando a Shumann calmosamente, con esa expresión resignada de los perros.

—¡Ah, sí! —dijo, volviéndose hacia la mesa, donde aún reposaba el jarro de licor, aunque los vasos y el plato hubiesen desaparecido y el mismo jarro pareciese más limpio— Trae un vaso y un poco de agua.

Cuando la cortina hubo caído tras de Jiggs, Shumann dejó el bocadillo sobre la mesa y se puso a mirar de nuevo al paracaidista. Al cabo de unos instantes, este le miró a su vez.

—Bueno —dijo—. ¿Cómo ha terminado todo?

—Creo que lo conseguiré.

—¿Quieres decir que no viste a Ord?

—Sí. Estaba en su casa.

—Pero, aun suponiendo que puedas lograrlo, ¿cómo puedes hacer que lo

califiquen antes de mañana?

—No lo sé —dijo Shumann, encendiendo un cigarrillo—. Dijo que seguramente lo conseguiría. Pero no sé de qué modo.

—¿Crees que los dirigentes del espectáculo le van a tener tantas consideraciones como nosotros?

—Ya te he dicho que no lo sé —repuso Shumann—. Lo principal es que pueda lograr calificarlo. En este caso... —continuó fumando, mientras el paracaidista proseguía asimismo curándose la pierna—. Puedo hacer dos cosas —añadió Shumann—: tomar parte en la carrera de los mil quinientos centímetros cúbicos y hacer lo posible para llegar tercero..., y ten en cuenta que el premio de mañana es de noventa y ocho. O bien tomar parte en la otra carrera, en la del trofeo. Ord vuela en ella tan solo para que le vean sus familiares. Y no creo que quiera estropear su «Noventa y dos» para conseguir tan solo dos mil dólares. Y menos en una carrera de cinco millas.

—Sí —dijo Jack—. Pero le deberemos a Ord unos cinco mil dólares por el aparato y el motor nuevo. ¿Qué te parece?

—No sé. No le dije nada a Ord. De lo único que estoy enterado es de lo que le manifestó a... —Hizo un breve movimiento de cabeza en dirección al cuarto de al lado, indicando que se refería al reportero de un modo tan claro como si hubiese pronunciado su nombre—. Le dijo que el control se pierde al aterrizar. Ord mismo se atascó con él..., pero quizá una nueva distribución del peso..., un par de sacos de arena...

—Sí. O tal vez mañana, una vez calificado, le sea preciso cambiar de sitio las torretas, instalándolas cuatrocientos pies más lejos...

Cesó de hablar, inclinándose otra vez sobre su pierna. En aquel momento, Shumann vio a Jiggs, el cual, aparentemente estaba junto a la mesa desde hacía un buen rato, con dos vasos: uno lleno de agua y otro vacío. Shumann se acercó, vertiendo un poco de licor en este último.

—¿Tienes suficiente? —dijo.

—Sí —repuso Jiggs, animándose algo—, sí.

Al añadir un poco de agua al licor, los bordes de los vasos produjeron un suave tintineo. Shumann le miró mientras volvía a colocar el que estaba lleno de agua encima de la mesa y así el otro con ambas manos, tratando de llevárselo a los labios. Pero cuando estaba a punto de conseguirlo, empezó a temblar de tal modo que le fue imposible beber ni una gota. El cristal tintineaba al chocar contra sus dientes.

—¡Dios mío! —exclamó—. Estuve durante dos horas sentado en la cama, porque si me paseaba arriba y abajo aquel individuo me zahería a través de los barrotes.

—Trae —dijo Shumann, sosteniendo el vaso mientras Jiggs se tragaba el líquido y este le corría por la barbilla azulada, cayéndole luego sobre la camisa.

Por fin Jiggs apartó el vaso de sí, jadeando.

—Espera —dijo—. Quizá si no me mirases me lo bebería mejor.

—Bueno. Pero luego has de comerte el bocadillo —dijo Shumann, cogiendo el

jarro y volviéndose hacia el paracaidista—. Acuéstate en la cama —le dijo—. Si lo haces en el catre se te puede infectar la pierna. ¿Vas a ponerte de nuevo el vendaje?

—Dormiré donde me parezca —repuso el otro.

—Soy capaz de colocarme tercero en la prueba de los mil quinientos, sin necesidad de atravesar el aeródromo —dijo Shumann—. Pero mientras lo califican, sabré si puedo tomar tierra o no... ¿Piensas emplear de nuevo ese vendaje?

Pero él paracaidista no contestó ni se dignó mirarle siquiera. La manta estaba ya vuelta. Con las piernas rígidas y en alto, giró sobre sí mismo, metiéndose en el catre y tapándose luego hasta la barbilla. Durante unos momentos, Shumann lo estuvo contemplando, con el jarro junto a sus piernas. Luego se dio cuenta de que desde mucho tiempo antes estaba escuchando mascar a Jiggs y, mirando hacia donde sonaba el ruido, pudo ver al mecánico sentado en el suelo, junto a su mochila, devorando el bocadillo que sostenía con las dos manos.

—¿También tú vas a dormir aquí? —dijo Shumann.

Jiggs le miró con su único ojo sano. Tenía ahora todo el rostro hinchado y masticaba lenta y penosamente, sin apartar de Shumann su mirada de perro.

—Pues acomódate pronto, porque voy a apagar la luz.

Sin cesar de comer, Jiggs alargó una mano, atrayendo hacia sí la mochila sobre la que puso la cabeza, tras haberse tendido en el suelo. Shumann pudo oírle masticar mientras, levantando la cortina, penetraba en el otro departamento. Palpó cuidadosamente, en la oscuridad, hacia el lugar donde suponía estaba la lámpara. Y una vez encendida pudo comprobar que la mujer estaba despierta, esperándole, con el niño dormido a su lado. Se había colocado en el centro de la cama, manteniendo al pequeño entre ella y la pared. Sus vestidos estaban pulcramente doblados sobre una silla y entre ellos pudo Shumann ver un camisón de seda, el único que tenía. Deteniéndose para colocar el jarro a los pies de la cama, hizo una pausa, recogiendo del suelo los pantalones de algodón que depositó también junto a lo demás. Luego despojóse de la chaqueta, empezando a desabrocharse la camisa, mientras ella le observaba con las sábanas subidas hasta la barbilla.

—De modo que conseguiste el aparato —dijo.

—No lo sé. Primero hemos de probarlo.

Se quitó el reloj de pulsera, dándole cuerda cuidadosamente y depositándolo después encima de la mesa. Una vez hubo cesado el suave tintineo, pudo percibir el rumor que producía Jiggs al masticar, en la habitación contigua. Colocando alternativamente ambos pies sobre la silla deshizo los cordones de sus zapatos, sintiendo la mirada de su mujer fija en él.

—Soy capaz de lograr un tercer puesto en la de los mil quinientos, sin rozar las torretas en absoluto. Y es el quince por ciento de ochocientos noventa dólares. O bien dos mil, en el trofeo. No creo que Ord vaya a...

—Sí. Te estuve escuchando a través de la cortina —él depositó los zapatos uno junto al otro, quitándose los pantalones y colocándolos sobre la cómoda,

cuidadosamente doblados, junto al peine de celuloide, el cepillo y la corbata—. Al parecer, el aparato es excelente —prosiguió la mujer—, aunque no puede saberse qué tal va a volar hasta que se está en el aire, ni si el aterrizaje será normal hasta que se ha tomado tierra, ¿verdad?

—Espero aterrizar correctamente.

Encendió un cigarrillo, sosteniendo luego el fósforo encendido mientras la miraba. Pero ella no se había movido. Continuaba igual que antes, con las sábanas bajo su barbilla, confiriéndole cierto aire monjil. De nuevo pudo oír a Jiggs, al otro lado de la cortina, consumiendo su bocadillo con imperturbable paciencia.

—Antes siempre salíamos del paso —dijo ella.

—Porque teníamos que salir. Pero esta vez es diferente.

—Faltan solo siete meses y...

—Sí. Justamente siete meses. Y solo una prueba por delante. Y el único aparato con que contamos tiene el motor estropeado y dos alerones rotos.

La miró fijamente unos momentos. Por fin ella apartó un poco las ropas de la cama y, al apagar la luz, Shumann retuvo unos instantes en su retina la impresión de un hombre desnudo.

—¿Quieres colocar a Jack en medio? —dijo.

Pero su esposa no contestó nada, y al taparse con las sábanas pudo comprobar que ella estaba rígida, con los músculos tensos y envarados. Apartó un poco el cigarrillo, sosteniéndolo en el aire, y al quedar todo en silencio, pudo oír de nuevo el monótono masticar de Jiggs al otro lado de la cortina, y la voz del paracaidista, que exclamaba enfurecido:

—¿Quieres terminar de una vez? ¡Pareces un perro royendo un hueso!

—No lo consideres cosa segura —dijo Shumann—. El aparato ni siquiera ha sido aún calificado.

—¡Imbécil! —murmuró ella con voz tensa—. No haces más que remolonear de un lado a otro y...

Le arrebató el cigarro con un rápido movimiento arrojándolo al suelo. Shumann pudo ver cómo el ascua describía en el espacio una amplia curva, desapareciendo en la oscuridad.

—¡Eh, tú! —murmuró—. Déjame que...

Pero la mano de ella le golpeó la mejilla, arañándole la mandíbula, el cuello y los hombros, hasta que pudo cogerla y apartarla de sí.

—¡Bastardo! ¡Imbécil! —murmuraba la mujer, jadeante.

—¡Bueno! ¡Bueno! Cálmate.

Ella cesó de respirar de aquel modo entrecortado, mientras Shumann proseguía reteniéndola la muñeca.

Cuando la joven realizó su primer descenso en paracaídas no hacía mucho tiempo que estaban juntos. Ella fue quien sugirió la idea de semejante enseñanza, cuando Roger poseía aún un paracaídas de exhibición. Trabajando solo, tan pronto conducía

el aparato como se precipitaba al espacio, dependiendo esto de si el compañero que le tocaba en suerte era o no piloto. Pero ella sugirió que podría realizar aquel trabajo y Shumann la estuvo iniciando en la mecánica elemental y en el arte de arrojar desde un ala, haciendo que el peso de su cuerpo desprendiera al paracaídas asegurado sobre el extremo de aquella.

La primera vez que esto tuvo lugar fue un sábado en cierta población de Kansas, y Shumann no se dio cuenta de que ella estaba muy asustada hasta que se hubieron elevado en el espacio, con el dinero en el bolsillo y la gente esperando abajo. Laverne empezó a avanzar por el ala. Llevaba faldas, ya que habían decidido que sus piernas desnudas resultarían un atractivo más, y por otra parte, así nadie iba a dudar de que, en efecto, se trataba de una mujer. Pero volvía la vista hacia atrás con una expresión que no era consecuencia del miedo a la muerte, sino, por el contrario, de una especie de inconsciente pena, como si el destinado a morir fuese él. Roger, en la cabina trasera, mantenía el aparato en posición, procurando que el ala no descendiese bajo el peso de la mujer y haciendo gestos a esta para que se aproximara al extremo. De pronto vio que ella, con la misma expresión de irracional protesta y las faldas subidas hasta las caderas a causa del viento, regresaba, no a la cabina que ocupara antes en el espacio delantero, sino a la de atrás, gateando y arrastrándose, hasta llegar frente al rostro de él.

Más tarde le dijo haberlo hecho poseída del temor de morir antes de verle de nuevo. Trató de apartarla de allí, pero le era preciso gobernar el aparato, manteniéndolo en posición sobre el campo. Poseído de algún instinto ciego ejecutó un viraje sobre el ala en la que estaba el paracaídas y unos momentos después percibió a este flotando entre él y la tierra.

No le quedaba ya más que aterrizar. Lo ocurrido lo supo después: ella había descendido con el vestido, libre de las correas del paracaídas, subido hasta los sobacos, y al tocar tierra fue arrastrada largo trecho, mientras una multitud de jóvenes corría a detenerla. Estaba inmóvil en el centro del grupo, con la parte inferior de su cuerpo sucia de barro y envuelta en los jirones del paracaídas y de sus propias medias. Mientras él se abría paso entre la muchedumbre, tres policías de la localidad se hicieron cargo de la joven. Uno de ellos, Shumann podía recordarlo perfectamente, pues había quedado indeleblemente impreso en su imaginación; era joven, de rostro sádico y atractivo, y mantenía a raya a la multitud por medio de su pistola, con la que golpeó a Roger lleno de cólera. Llevaron a Laverne a la cárcel, siempre amenazada por la pistola del guardia. Los otros dos agentes solo hicieron gala de un fanatismo y una intolerancia inimitables. Así es que la principal dificultad consistía en aquel joven engreído por sus triunfos sobre los pobres seres humillados con quienes había de contender de continuo a causa de su oficio, que ahora veía caer del cielo el objeto de sus deseos, y no desnudo, sino envuelto en las desgarradas ropas tradicionalmente representativas de la sumisión femenina.

A Shumann ni le arrestaron ni le permitieron acercarse a ella. Un poco más tarde,

fue obligado a apartarse de la puerta de la cárcel, junto con la demás gente, ante la amenaza de las pistolas. El edificio era cuadrado, de reciente construcción, con las paredes de ladrillo rojo. Y Roger pudo ver un momento a Laverne, con el rostro indomable y aterrorizado, luchando contra el policía, hasta que otros de más edad acudieron para hacerse cargo de la detenida. Durante los minutos siguientes fue uno más entre la muchedumbre, aunque comprendiendo, a pesar de su rabia, que el objeto de aquella era el mismo que el suyo, es decir, ver de nuevo a la detenida. Supo, además, que por lo menos los dos policías más viejos iban a ser neutrales, y que más bien estarían de su parte, a causa del miedo físico que experimentaban frente a la multitud. Durante las horas que siguieron, seguido por un grupo de pilluelos y borrachos, recorrió la ciudad como una pesadilla, yendo desde la casa del alcalde a la de un abogado, y luego a la de otro, y a la de otro. Pero estos, o estaban cenando o iban a sentarse a la mesa, y hubo de contarles su historia con los ojos abiertos como los de un niño, mientras se posaban en él las miradas implacables de esposas y tías, hasta que aquellos hombres, de los que solamente necesitaba justicia, le iban forzando poco a poco a confesar lo que no deseaba, amenazándole después con detenerle, por haber infringido las leyes de la ciudad.

Hasta que por fin, dos horas después de haber oscurecido, uno de ellos telefoneó al alcalde. Shumann pudo colegir que las autoridades le estaban buscando. Cinco minutos más tarde llegaba un coche, del que descendieron uno de los policías viejos y otros dos que no había visto hasta entonces.

—¿Es que también estoy detenido? —dijo.

—Puede usted echar a correr, tratando de huir —contestó uno de los agentes.

Y eso fue todo. Al cabo de un rato, el vehículo paraba frente a la puerta de la cárcel y todos salieron, mientras un agente decía:

—Sujetadle.

—Así lo haré —contestó otro de ellos, cogiendo a Roger por un brazo y manteniéndole en el interior del coche.

Los demás, tras ascender las escaleras, penetraron en el edificio de la prisión. Al poco rato las puertas se abrieron de nuevo y Laverne salió. Ahora llevaba un impermeable y dos policías la empujaban hacia la calle. No fue hasta el día siguiente, que le mostró el vestido hecho jirones, los arañazos y contusiones de sus piernas y rostro, y el corte que se había hecho en un labio. La metieron en el coche, junto con él. El oficial estaba a punto de penetrar también cuando el comisario le dijo que se colocara delante.

Ahora eran cuatro en el asiento trasero; Shumann iba muy rígido, con el hombro del policía clavado en el suyo por un lado, y por el otro, el costado de Laverne, tan próximo que incluso le parecía sentir el contacto del hombre que se apretaba asimismo contra ella.

—Bueno —dijo el agente—. Alejémonos de aquí cuanto antes.

—¿Adónde vamos? —preguntó Shumann.

Pero el policía no contestó, sino que limitóse a sacar la cabeza por la ventanilla, mientras el coche aumentaba su velocidad.

—No creo que puedan detenerle —dijo.

Alcanzaron las afueras del pueblo, y Shumann dióse cuenta de que iban en dirección al aeródromo. De pronto el coche se apartó de la carretera y los faros dieron de lleno sobre un aparato. Al detenerse, comprobaron que otro automóvil les seguía a toda velocidad. El agente se volvió hacia Shumann.

—Ese es su avión —dijo—. Hagan el favor de alejarse de aquí a toda prisa.

—¿Cómo? —preguntó Shumann.

—Pues poniéndole en marcha y abandonando la ciudad en seguida. Ya pueden empezar. ¡Rápido!

—¿Esta noche? ¡Pero si no tenemos luces!

—Me parece que ahí arriba no corren peligro de chocar contra nada —dijo el policía—. Hagan el favor de desaparecer de aquí y no se les ocurra regresar jamás.

Ahora el segundo coche apartábase de la carretera, iluminándoles con sus faros. Antes de detenerse por completo saltaron a tierra varios hombres.

—¡De prisa! —gritó el policía—. Trataremos de contenerlos.

—Sube al aeroplano —dijo Shumann a su compañera. Al principio creyó que se trataba de un borracho. Vio cómo Laverne, ciñéndose el impermeable, atravesaba el túnel oscuro formado por los dos haces luminosos de los faros y penetraba en el avión, desapareciendo de su vista, y luego, volviéndose, pudo observar cómo aquel hombre luchaba contra quienes pretendían sujetarle. Pero no estaba borracho, sino loco, enfurecido, a causa de su retraso, esforzándose en acercarse a Shumann, mientras gritaba, con el rostro descompuesto por la misma expresión de terror y protesta que antes viera en Laverne:

—¡Me las pagarás! ¡Me las pagaréis los dos! ¡Estafadores! ¡Bandidos!

—Apresúrese —dijo el policía con voz jadeante. Shumann echó a correr, y por un instante aquel hombre cesó en sus forcejeos, quizá imaginándose que iba en busca de su compañera. Pero luego empezó otra vez a luchar por desasirse y a gritar con voces descompuestas, insultando a Laverne, hasta que el motor se puso en marcha. Shumann pudo verle un rato a la luz de los faros, mientras hacía que el motor se calentase todo lo posible. Y luego despegó, sin una sola luz que le guiase, excepto la azulada de los tubos de escape, hundiéndose en una noche sin luna. Treinta minutos más tarde, deduciendo su altitud por la presencia de un molino de viento apenas visible, logró aterrizar en un campo de alfalfa, experimentando un encontronazo que a la mañana siguiente pudieron comprobar había sido producido al precipitarse contra un cobertizo.

Eran las nueve y media. El reportero pensó por un momento dirigirse a Grandlieu Street, lleno de confeti y serpentinas, y atravesar Saint Jules, para dirigirse a la redacción del periódico, pero no lo hizo así, sino que, por el contrario, penetró en la oscura bocacalle de la que media hora antes había emergido el automóvil. Una vez

hubo atravesado las puertas de cristal y oído la del ascensor cerrarse tras él, mientras echaba una ojeada al reloj puesto boca abajo sobre los periódicos, se puso a considerar la furia inexplicable de las últimas veinticuatro horas, que, tras haberse difuminado, volvían a aparecer en su cerebro completas, intactas y objetivas, para ir desapareciendo lentamente otra vez como la huella que deja un vaso húmedo sobre el mostrador de un bar. No estaba pensando en el tiempo, en el ángulo determinado de las agujas de un reloj, ya que el momento en que la posición de su cuerpo hubiese de coincidir con el movimiento de aquellas estaba aún lejano. No sabía hacia qué parte del círculo de acontecimientos se estaba dirigiendo al cruzar de acera a acera la oscura calleja a la que daban los almacenes de los comercios, mientras en cada esquina podía percibir, lo mismo que antes desde el taxi, el sordo rumor, casi intuido tan solo, de Grandlieu Street y su fiesta nocturna. Por fin llegó a Saint Jules Avenue, amplia y suave, bordeada de austeras y rígidas palmeras, inmóviles y monstruosas como burlescos manojos de escobas sujetas a rugosos postes. Y luego, las puertas vidrieras y el mozo del ascensor, mirándole bajo sus cejas revueltas y grises que parecían engendradas por el espeso bigote, mientras le decía con agria y vengativa satisfacción:

—Ya vi cómo esta tarde otro de ellos trató de aparecer en la primera página del periódico, pero...

—Así es —dijo el reportero tranquilamente, depositando de nuevo el reloj en su sitio—. Las diez y cinco... Buena hora para el que no ha de hacer nada hasta mañana.

—La vida no debe de ser muy difícil para quien solo trabaja cuando no tiene otra cosa en qué entretenerse —dijo el hombre.

—En efecto —repuso el reportero—. Pero sería mejor que cerrase esa puerta..., me parece sentir una ligera...

La puerta chasquéó tras él. «Las diez y cinco —se dijo—. Eso hace que...». Pero la idea esfumóse de su mente antes que tuviera tiempo de desarrollarla. Sentíase invadido por una sensación tranquila y serena espera. «Ahora ella estará...». En la placa de los conmutadores aún podía percibirse la huella del fósforo que encendió allí la noche antes. Y un nuevo fósforo fue ahora oprimido casi inconscientemente contra la misma huella. El lavabo era la última habitación de todas. Sobre su puerta destacaba un cristal deslustrado, con la palabra CABALLEROS. Para lavarse se quitó hasta la camisa, restregando cuidadosamente la parte izquierda del rostro, e inclinándose hacia el deslustrado espejo, en el que se reflejaban sus muecas al mover la mandíbula de un lado a otro, examinando la azulada contusión, que destacaba sobre su piel color pergamino como un tatuaje. «Sí, ahora ella...».

La oficina del periódico, en cuya puerta había ahora frotado un nuevo fósforo, relucía en sus amplias dimensiones, destacando la mesa escritorio como una isla en completo desorden, y los demás pupitres, cada uno provisto de su lámpara con pantalla verde, sugiriendo la misma desolada soledad de arrecifes oscuros en un mar desértico y poco frecuentado. Hacía veinticuatro horas que no los había visto y ahora,

al hallarse junto a ellos, contempló sus vacías superficies con las aristas marcadas por la quemadura de innumerables cigarrillos, y las hojas a medio terminar colocadas en las máquinas de escribir, sintiendo una impresión de tranquila sorpresa, no solo por ver de nuevo el lugar de su trabajo habitual, sino por el hecho de que todo siguiese como antes, después de lo ocurrido durante las últimas horas. Había alguien sentado frente al escritorio de Hagood, de modo que este no pudo verle cuando entró en la oficina. Y al cabo de una hora de trabajar velozmente en su máquina de escribir, observó que el botones se acercaba.

—El jefe quiere verle —dijo.

—Gracias —repuso el reportero.

En mangas de camisa y con el nudo de la corbata deshecho, pero conservando puesto el sombrero, se detuvo ante el escritorio, mirando a Hagood con aire de afable y cortés interrogación:

—¿Quería verme? —preguntó.

—Creí que estaba en su casa. Son ya las once. ¿Qué está escribiendo?

—Arreglo una crónica de Smitty. Me rogó que lo hiciera.

—¿Le rogó que lo hiciera?

—Sí. Y no tengo más remedio.

—¿De qué se trata?

—Pues de cómo los amores de Antonio y Cleopatra fueron profetizados de continuo en la arquitectura egipcia, si bien nadie supo nunca descifrar los jeroglíficos. Quizá para enterarse tuvieron que leer la noticia en los periódicos de Roma. Nada de particular. Smitty logró hacerse con dos o tres libros y unos cuantos grabados, y todo consiste ahora en traducir dichos libros, de modo que cualquier sujeto poseedor de diez centavos pueda sacar algo en limpio.

Pero Hagood no estaba escuchando.

—¿Quiere decir que esta noche no piensa irse a casa? —El reportero le miró grave y calmadamente—. ¿Sigue aún ocupando su piso? —El reportero continuaba mirándole—. ¿Qué piensa hacer esta noche?

—Me iré a casa de Smitty y dormiré en su sofá.

—¡Pero si Smitty no está aquí! —exclamó Hagood.

—Ya lo sé. Está en su casa. Pero le dije que antes de retirarme le terminaría este trabajo.

—Muy bien —dijo Hagood.

Y el reportero regresó a su escritorio.

«Son las once —pensó—. Y ella estará...».

Había otros dos o tres periodistas enfrascados en distintas tareas, pero a medianoche todos se fueron retirando, tras apagar las lámparas; ahora tan solo se veía un grupito junto al pupitre de las copias, y el edificio entero empezó a retemblar cuando las rotativas iniciaron su tarea. Los seis o siete hombres, junto al pupitre de las copias, en mangas de camisa, sin corbatas y con pantallas verdes para proteger los

ojos, se inclinaban con aire reconcentrado, como sabios alrededor de los restos de un mastodonte. A la una y media se marchó también Hagood, no sin antes dirigir una mirada al reportero, inmóvil tras de su pupitre, con las manos sobre el teclado y el rostro ensombrecido por el ala del sombrero. Y fue precisamente a las dos cuando uno de los correctores de pruebas, al aproximarse al reportero, pudo comprobar que no estaba ensimismado en su trabajo, sino durmiendo, con la espalda rígida, y las manos, que emergían de unos puños algo cortos, descansando inertes sobre la máquina de escribir.

—Nos vamos a casa de Joe —dijo el corrector, tras haberle despertado—. ¿Quiere venir con nosotros?

—He de terminar esto —repuso el joven.

—Ya lo veo. Pero es preferible que lo termine en la cama.

—No hay más remedio.

—Pero ¿hasta qué hora piensa quedarse? —preguntó su compañero.

—No lo sé. Quizá hasta por la mañana. Pero he de terminarlo. Así es que no me esperen.

Todos se marcharon, poniéndose los abrigos, mientras que casi instantáneamente entraban dos mujeres para hacer la limpieza. Pero el joven ni siquiera las oyó. Extrajo la hoja de la máquina de escribir, colocándola sobre las demás, después de alisarlas cuidadosamente. Su rostro expresaba una absoluta serenidad. «No es el dinero. No es... Sí. Y ahora, ella estará...». Las mujeres no le prestaron ninguna atención, ni siquiera cuando, dirigiéndose al escritorio de Hagood, encendió la luz. Luego abrió uno de los cajones laterales, extrayendo del mismo un talonario, del que arrancó la primera hoja, volviéndolo a dejar en su sitio. No regresó a su escritorio, ni a ninguno de los que se hallaban más cercanos, por estar las mujeres ocupadas en ellos, sino que, encendiendo la luz del más próximo, colocó la hoja en la máquina de escribir, empezando a llenarla cuidadosamente. *Febrero 16, 1935... Febrero 16, 1935, nosotros... La Compañía Aeronáutica Ord-Atkinson, de Blaisedell, Franciana...* No se detuvo ni un instante, mientras sus dedos trabajaban seguros y rápidos, escribiendo la cantidad como si fuesen las palabras de un encabezamiento cualquiera: «Cinco mil dólares (\$ 5000)...». Ahora se detuvo, con los dedos quietos, reflexionando activamente, mientras la mujer de la limpieza vaciaba el cesto de los papeles a su lado, rascando su fondo con el mismo ruido que si fuese un ratón. «Uno de los dos se sitúa contra ley; pero, si pongo el nombre del otro, parecerá una tontería». Así es que volvió a golpear firmemente las teclas, marcando con toda claridad el o-c-h-o por ciento y sacando el papel de la máquina. Ahora hubo de dirigirse al pupitre de las copias, ya que no tenía pluma estilográfica, y, encendiendo la luz, firmó el documento. Luego, tras de pasarle un secante por encima, se puso a contemplarlo con mirada pensativa. «Sí, ya estarán en la cama...».

—Muy bien —añadió en voz alta—. Me parece que ha quedado perfecto —volvióse hacia las mujeres—: ¿Saben la hora que es?

Una de ellas apoyó la escoba contra uno de los pupitres, dedicándose luego a extraer de un bolsillo un cordón interminable, al extremo del cual pendía un reloj de oro, muy antiguo.

—Las tres menos veintiséis —dijo.

—Gracias —repuso el reportero—. ¿Ninguna de ustedes fuma cigarrillos?

—Aquí tiene uno que encontré en el suelo —dijo la más vieja—. No es gran cosa. Y, además, alguien lo ha pisado.

Sin embargo, aún quedaba en él algo de tabaco, que, por cierto, ardía muy mal. A cada chupada, el reportero experimentaba la sensación de algo precario, consumiéndose con rapidez, como si a la próxima, tabaco y ascua fuesen a desaparecer en su garganta, deteniéndose tan solo al llegar a sus pulmones. En tres chupadas le dio fin.

—Gracias, de todos modos —dijo—. Si encuentran alguno más, ¿quieren dejarlo en esa mesa, donde está la americana colgada? Gracias.

«Las tres menos veintidós —pensó—. No me quedan ni seis horas. Y ella...», pero apartó aquel pensamiento de su mente, sumiéndose en un estado neutro, carente de esperanzas o alegrías; esperando tan solo y diciéndose cómo iba a hacerlo para comer algo. El ascensor ya no funcionaría a aquella hora. «Solo podré adquirir unos cigarrillos —pensó—. Pero es preciso que coma algo también». En el corredor no brillaba ahora luz alguna, pero la del lavabo estaría encendida, de seguro. Regresó a la oficina, sacando del bolsillo de su americana un periódico doblado. Y ahora, inclinado contra la pared, que olía a fenol, abrió el periódico, comprobando que sus titulares eran los mismos de cada día...: los banqueros, los labradores, los huelguistas, los locos, los desgraciados y los meros criminales. La única diferencia estribaba en la fecha marcada escuetamente bajo el título. Permaneció así un buen rato, sin experimentar la necesidad de movimiento. Ahora, su cuerpo era más ligero que cuando subió las escaleras, a las ocho. Solo varió de posición para decirse: «Deben de ser ya más de las tres».

Volvió a doblar el periódico pulcramente, regresando al corredor. Una sola mirada bastó para hacerle comprender que las mujeres habían terminado su trabajo. «Las tres y pico», pensó, no sabiendo si aquella débil claridad procedía de la aurora, o si es que la oscura bola sobre la que vivimos había atravesado ese punto muerto en el que los débiles y los enfermos se sienten propensos a morir, pasando luego al otro extremo y alejándose hacia la morosa región del silencio y las tinieblas... La abigarrada ciudad, con sus filas de palmeras, semejantes a escobones monstruosos; la algarabía del Carnaval, adormecido bajo las blancas alas de la mañana; el desparramado oropel de las estrellas... «Y en casa de Alphonse y Renaud, los camareros, no solo son capaces de comprender el francés del valle del Mississippi, sino de traeros de la cocina algo que no estáis bien seguros de haber pedido», pensó, pasando entre los pupitres, guiado por su contacto, y metiendo en su bolsillo los pliegos de papel, arrollados, que luego iban a servirle de almohada. «Sí —pensó—, ya estará en la cama. Y él llegará

luego, y ella preguntará: “¿Lo conseguiste?”. “¿Qué cosa? ¡Ah! ¿Te refieres al aparato? Sí, lo conseguimos. Es por eso que vengo tan tarde”».

No fue la luz del sol lo que le despertó, ni siquiera lo que hubiera podido llamarse claridad diurna, filtrándose apenas por un cielo cubierto de nubes; despertóse sin causa alguna que lo justificase, ni detenerse a considerar que, durante las últimas veinticuatro horas, la comida y el sueño fueron escasos para él; al contrario de la mayoría de personas, que realizan mecánicamente estas funciones a horas determinadas y con instintiva facilidad. Pero los movimientos del tren estaban reglamentados de acuerdo con un plan previsto de antemano, y, por otra parte, en el edificio no había entonces reloj alguno. Cansado, macilento, sin detenerse siquiera a lavarse la cara, bajó a toda prisa las escaleras, echando a correr una vez hubo pisado la calle. Sin aminorar su marcha, atravesó la puerta de entrada de un establecimiento conocido en el periódico por La Cuchara Sucia, que cada mañana se abría al mismo tiempo que se apagaban los faroles callejeros, con su aire de vaso griego, recién exhumado, sus flores de papel y su cuadrito, en el que el menú aparecía indicado en letras de metal intercambiables. Era uno de esos innumerables túneles provistos de un mostrador, una hilera de taburetes sin respaldo, gastados por el uso, una cafetera y un propietario griego, con aire de luchador retirado, que le miró desde detrás de una vitrina llena de tazones de avena, naranjas y pastelillos, en apariencia exhumados al mismo tiempo que las uvas del mostrador. El reportero pudo ver entonces el reloj colgado de la pared. Solo eran las siete y cuarto. «Menos mal», pensó.

—¿Café? —preguntóle el griego.

—Sí —repuso su cliente.

«Habré también de comer algo», se dijo, examinando el contenido del mostrador-vitrina, sobre el que apoyaba las manos, sin ninguna clase de interés, con ese aire indiferente de ciertas ancianas de novela. No sentía impaciencia alguna, ya que la noche última le pareció contemplar cómo su vida retrocedía, tras una aparatosa vuelta, al lugar en que había perdido el dominio de sus actos, en una especie de viraje espiritual. Pero ahora, todo estaba arreglado y no necesitaba esfuerzo alguno para moverse al ritmo de su existencia. Cuanto había de hacer era procurarse lo necesario, porque esta vez no iba a retroceder de nuevo.

—Deme uno de esos —dijo, golpeando el cristal con una mano, mientras metía la otra en el bolsillo, palpando el doblado pedazo de papel.

Se comió un pastelillo al tiempo que se bebía el café, aunque sin sentir el gusto del uno ni del otro, experimentando tan solo el calor del líquido. Ya eran las siete y veinticinco. «Puedo ponerme en camino», pensó. Las nubes se disiparían más tarde; pero aún se mostraban espesas y amenazadoras cuando entró en la estación. Shumann levantóse de su asiento.

—¿Se ha desayunado? —preguntóle el reportero.

—Sí —repuso Shumann, mientras el recién llegado le contemplaba con una especie de grave intensidad.

—Bueno, vámonos —dijo.

Las luces que brillaban sobre los rieles y la del vagón eran tan difusas como la misma aurora.

—Pronto saldrá el tren. Quizá pueda usted pilotar el aparato a la claridad del sol.

Pero este salió antes de lo que se figuraban, y al alejarse de la ciudad, el vagón quedó iluminado por sus tenues rayos.

—Ya le dije que volaría a la luz del sol —recordó el reportero—. Creo que lo mejor es arreglar las cosas cuanto antes —al decir esto sacó la nota del bolsillo, observando gravemente cómo Shumann la leía y quedábase ensimismado, reflexionando.

—Cinco mil —dijo—. Eso es...

—¿Mucho? —preguntó el reportero—. Sí. Pero es que no quiero tener ningún contratiempo hasta que estemos de regreso al aeródromo, con el aparato. Ni el mismo Marchand sería capaz de rechazar una cantidad así... —Miró a Shumann con expresión animada y tranquila.

—Sí. Ya lo veo —dijo este, rebuscando en el interior de su chaqueta para sacar la pluma estilográfica.

El reportero no se movió, ni su expresión alteróse en absoluto, mientras el otro, con movimiento desmañado y lento, rasgueaba sobre la línea en blanco destinada a su firma, junto a la del reportero. Las letras fueron emergiendo una a una hasta formar el nombre: Robert Shumann. Pero el joven no pudo evitar un gesto de sorpresa al ver que la pluma, sin detenerse, escribía un poco más abajo las primeras letras de otro, que quedó interrumpido ante el obstáculo de su mano: Doctor Carl S...

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué es eso?

—El nombre de mi padre.

—¿Le dejaría estamparlo de buen grado?

—Habría de consentir forzosamente, una vez hecho. Sí. Él ayudaría también en este asunto.

—¿Ayudará?

—No puedo considerarme digno ni de ganar quinientos dólares hasta haber acabado la carrera.

Un empleado pasó tambaleándose, y al llegar junto a ellos gritó:

—¡Blaisedell! ¡Blaisedell!

—Espere —añadió el reportero—. Quizá no le comprendo bien. Yo no soy piloto. No sé de aviación más de lo que me enseñó Matt en una hora. Creí adivinar que Matt no se atreve a arriesgar su aparato por miedo a que este resulte con el tren de aterrizaje averiado, la hélice torcida o el extremo de un ala...

—Creo que podré aterrizar correctamente —dijo Shumann.

El reportero le miró con fijeza.

—Entonces, ¿todo irá bien?

—Así lo espero —repuso Shumann.

El tren aminoraba la marcha. Los arbustos y los troncos de los robles, llenos de musgo brillaban al sol, y de pronto apareció la pequeña estación con su parra y sus enredaderas.

—Es un buen premio, y solo puede obtenerse hoy. Y Matt los ayudará a reparar su avión para tenerlo dispuesto en la próxima carrera.

Se miraron.

—Creo que todo irá bien —dijo Shumann.

—Sí. Pero escúcheme...

—Todo irá bien —repitió Shumann.

—De acuerdo —dijo el reportero, soltando la muñeca del otro, con lo que la pluma volvió a moverse, completando la firma: *Dr. Carl Shumann, p. a. Roger Shumann*. El reportero tomó la nota, levantándose.

—De acuerdo —repitió—. Vámonos.

Caminaron cosa de una milla. De repente, la carretera desembocó en unos terrenos, más allá de los cuales pudieron ver los edificios: el de la oficina, aparte de los demás; el almacén, el hangar, con su amplio rótulo sobre las puertas, abiertas: *Compañía Aeronáutica Ord-Atkinson...* Todo ello construido en pálidos ladrillos rojos, contemporáneos, al parecer, a la casita de Ord. En el campo, no muy lejos de la carretera, dos mecánicos ponían en marcha el monoplano con el que Ord había alcanzado sus triunfos, dejando que se calentase el motor. Y luego vieron al propio Ord salir de la oficina y acercarse al aparato, al que subió. Tras alejarse hasta el otro extremo del campo, emprendió el vuelo, pasando sobre sus cabezas a toda velocidad.

—De aquí al aeropuerto de Feinman hay unas cuarenta millas —dijo el reportero—, y no tardará en recorrerlas más de diez minutos. Vamos. Déjeme hablar a mí. ¡Jesús! —gritó con aire animado—. Jamás dije una mentira que alguien creyese..., y quizá por esto no he logrado salir de mi estado actual.

Cuando alcanzaron el hangar, las puertas de este estaban entornadas, dejando el espacio justo para que pasara un hombre. Shumann penetró el primero, mirando a su alrededor hasta ver el aparato..., un monoplano de ala baja, con potente motor y fuselaje tubular que terminaba en un curioso timón.

—Ese es —dijo el reportero.

—Sí —repuso Shumann—. Ya lo veo..., sí.

«Creo que Ord no se sorprendería mucho al contemplarlo por vez primera», pensó, observando el fuselaje, cilíndrico y corto. Luego oyó cómo el reportero hablaba con alguien, y al volverse pudo ver a un hombre de corta estatura y rostro cetrino, que llevaba un mono escrupulosamente limpio.

—Este es mister Shumann —dijo el reportero, añadiendo en tono de desenfadada sorpresa—: ¿Que Matt no le dijo nada? Pues bien: hemos comprado este aparato.

Shumann no vaciló. Por un momento estuvo observando a Marchand, que sostenía la nota con ambas manos, expresando ese estado de ánimo en el que la mente parece revolverse dentro del cerebro como un perro tras una valla.

«Sí —pensó Shumann sin rencor—. No se traga lo de los cinco mil dólares; lo mismo me ocurriría a mí». Dirigióse al aeroplano, volviéndose un par de veces para observar a Marchand y al periodista. El rostro cetrino del primero parecía emanar cierta perplejidad cristalizada, mientras que el otro seguía charlando animadamente, haciendo gestos y produciendo en general la impresión de no desintegrarse, gracias al traje con que envolvía su cuerpo. Incluso pudo oírle decir: «¡Pues claro! Telefonee al aeródromo Feinman... Pero ¡por Dios!, no le diga a nadie que Matt nos ha sacado cinco mil dólares por este cacharro. Nos prometió no divulgarlo». Pero, al parecer, no hubo tal llamada telefónica, porque al cabo de un instante, o así al menos se lo pareció, el reportero y Marchand estaban de nuevo a su lado. El joven le miraba con tranquila atención.

—Saquémoslo fuera, a fin de examinarlo bien —dijo Shumann.

Y así lo hicieron, empujando al aparato hasta el césped. Su línea no tenía aquel talle de avispa de los demás aviones que estaban acostumbrados a ver. Por el contrario, era romo, de cuerpo grueso y de aspecto poco ligero. Su facilidad de maniobra parecía, por tanto, algo paradójica. Durante unos minutos, el reportero y Marchand observaron a Shumann, mientras este examinaba al aparato con reconcentrada atención.

—Muy bien —dijo, por fin—. Pongámoslo en marcha.

Ahora fue el periodista quien habló, algo inclinado, como un palo clavado ligeramente en la hierba:

—Óigame. Anoche dijo usted que quizá fuese una mala distribución de peso, y que una vez en el aire, a lo mejor...

Tan pronto como Shumann se perdió de vista, el reportero y Marchand emprendieron el camino hacia el pueblo, en el coche del segundo, y una vez allí, el periodista alquiló un taxi, gritando al chófer:

—¡No, nada de New Valois! ¡Al aeródromo Feinman!

Más tarde revivió repetidas veces aquel período, carente de medida, durante el cual permaneció apoyado sobre su estómago, en la parte interior del aparato, sosteniéndose a duras penas y no viendo más que los pies de Shumann y el movimiento de la palanca, mientras percibía la sensación de una velocidad terrible, ciega, furiosa, como si una fuerza interior carente de freno intentara hacer estallar el aparato al que estaba sujeto por la cintura. «¡Dios mío! —pensó—, quizá vayamos a morir». Pero ahora, mientras contemplaba el exterior desde la ventanilla del taxi, discurriendo rápidamente por las calles de la ciudad, no cesaba de exclamar en su interior, con una especie de frenética sensación de inmortalidad: «¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos!».

Ya estaban en el aeropuerto, habiendo recorrido las cuarenta millas en menos tiempo del que esperaban. Su cerebro seguía aún ofuscado por la velocidad del vehículo y no se había dado cuenta de los lugares por los que pasaron ni de la distancia recorrida. Entregó al chófer un billete de cinco dólares antes que el taxi

iniciara la vuelta a la plaza y saltó del mismo sin esperar a que se detuviese por completo, echando a correr hacia el hangar. La primera carrera había empezado ya. Con el rostro excitado, la mirada desvaída, tanto por la falta de sueño como por la agitación constante de las últimas horas, y el traje colgando flácido de sus hombros, penetró en el hangar, pudiendo ver a Jiggs junto a una mesa de herramientas, limpiándose cuidadosamente las botas y deteniéndose con extremada insistencia en el rasguño que tenía en una de ellas.

—¿Ya ha...? —gritó el reportero.

—Sí; aterrizó perfectamente —repuso Jiggs—, aunque necesitando todo el campo. Creí por un momento que iba a atravesarlo por completo. Cuando se detuvo no quedaba entre la hélice y el muro de contención más espacio que el que ocuparía un fósforo. Ahora están todos en el despacho celebrando una reunión secreta.

—¡Ya verá como logra calificarlo! —gritó el reportero—. Le dije que podía no entender de aeroplanos, pero que sí estaba bien enterado de lo concerniente a los judíos del Departamento de Alcantarillado.

—Sí —dijo Jiggs—. Y, de todos modos, no ha de efectuar con él más que dos aterrizajes, y ya lleva uno.

—¡Dos! —dijo el reportero, mirando a Jiggs con expresión de éxtasis—. Aterrizamos una vez, antes de abandonar el aeródromo de Ord.

—¿Aterrizaron? —preguntó Jiggs, mirando penosamente al reportero con su único ojo sano, mientras inmovilizaba el paño sobre la bota—. ¿Aterrizaron?

—Sí. Él y yo. Dijo que se trataba del peso y que quizá si lográsemos repartirlo mejor una vez en el aire... «¿Tiene miedo?», me dijo. Y yo le contesté: «¡Demonio! Un poco. Pero lo dominaré estando junto a usted. Además, Matt me dio una lección de una hora. Así es que ¡manos a la obra!». Marchand nos ayudó a quitar el asiento y a colocar otro más alto, a fin de que yo cupiese debajo. De modo que me deslicé por el fuselaje, ya que el aparato no tiene... Es mono..., mono...

—Monoplaza —aclaró Jiggs, añadiendo—: Pero ¡diantre!, quiere decir que...

—Sí. Él y Marchand volvieron a colocar el asiento, diciéndome dónde debía sujetarse. Solo veía sus pies. Al cabo de un rato me di cuenta de que estábamos volando, pero sin saber si hacia delante o hacia atrás..., solo había volado una hora con Matt..., hasta que noté que aminoraba la marcha y pude oírle hablar...; se hubiera dicho que reposábamos ya en el suelo. «Un poco hacia atrás —me dijo—. Con cuidado». Y entonces observé que estaba suspendido de las manos, sin que ninguna otra parte de mi cuerpo tocara el aparato. «Bueno —pensé—, ya ocurrió lo que temíamos. Me parece que va a ser difícil participar en la carrera de esta tarde». No supe que habíamos aterrizado hasta comprobar que él y Marchand quitaban de nuevo el asiento, mientras este último decía: «¡Maldita sea!». El asqueroso avión reposaba tranquilo sobre la hierba, como uno de esos cuya foto adorna Grandlieu Street. «¿Va a marcharse en seguida?», le dije. «Sí —me respondió—. Voy a llevarlo cuanto antes al campo, para que lo califiquen».

—¡Válgame Dios! —exclamó Jiggs.

—Y tal como creíamos —añadió el reportero—, era solo una mala distribución de peso. De modo que entre él y Marchand le colocaron en el interior del fuselaje un saco de arena sujeto a una polea de modo que... Volvieron a colocar el asiento, y, aunque observen el extremo del cable, no sabrán... Porque ya sabe que el único competidor difícil va a ser Ord. El premio es tan solo de dos mil dólares, cantidad que él no necesita, y si toma parte en la carrera es para que sus paisanos de New Valois le vean correr con su Noventa y dos. Y no creo que piense dejar inútil un aparato que le costó quince mil dólares para...

—Bueno, bueno —dijo Jiggs—. No haga pedazos eso que tiene en la mano. Fúmesese un cigarrillo. ¿Es que no tiene ninguno?

El reportero sacó un paquete, del que Jiggs tomó dos, encendiendo un fósforo, hacia el que el periodista inclinóse temblando. Aún conservaba aquella expresión excitada y extática, pero sus nervios se habían calmado bastante.

—Y ¿estaban todos esperándole?

—En efecto —repuso Jiggs—; con Ord al frente de ellos. Reconoció el aparato en cuanto pudo distinguirlo en el horizonte. Quizá antes que Roger percibiera el aeródromo. Y al tiempo de aterrizar hubiérase dicho que era el propio Lindbergh. Los miró a todos desde el interior de la cabina, mientras Ord le gritaba algo. Luego regresaron en grupo, como si Roger fuese un raptor de niños, metiéndose en la administración. Unos minutos más tarde, el micrófono llamaba al inspector..., ¿cómo se llama?

—Sales —dijo el reportero—. Pero el aparato posee la correspondiente licencia, y nada podrá detener a Shumann.

—Sí; pero Sales puede fastidiarlo, si quiere.

—En efecto —el reportero inició media vuelta para marcharse—. Pero Sales no es más que un agente federal, y Feinman, un judío del Departamento de Alcantarillado.

—Y ¿qué importa esto?

—¿Qué dice? —preguntó el periodista, mirándole colérico, como si en su prisa hubiese abandonado ya el cuerpo, quedando este allí para responder a Jiggs—. ¿Por qué cree que tiene interés en celebrar estas carreras? ¿Es que se figura que ha construido este aeródromo tan solo para que los aviones aterricen en él? —Y tras estas palabras echó a correr velozmente.

Mientras atravesaba el césped, los aparatos pasaron raudos sobre su cabeza, dieron una vuelta a la torreta central y se alejaron de nuevo, perdiéndose en la lejanía sin que el joven ni siquiera los mirase. De repente vio a ella, con el chiquillo de la mano, emergiendo, mezclada entre la multitud que penetraba por una de las puertas y caminando directamente hacia él. Llevaba un traje de hilo, nuevo, bajo la trinchera, y el mismo sombrero oscuro de la primera vez en que la vio. El reportero se detuvo, metiendo una mano en su bolsillo, mientras ella se acercaba, sonriente y tranquila,

con cierta expresión de anhelo en sus ojos.

—¿Cómo ha sido? —dijo—. ¿Cómo ha logrado conseguirlo?

Él la miró a su vez, no con aire desesperado o inquieto, sino con la profunda y trágica serenidad de un perro.

—Todo marcha a pedir de boca —repuso—. Mi firma está asimismo estampada en el documento, y creo que surtirá su efecto. Ahora mismo voy a testificar... —Sacó una moneda, dándosela al chiquillo.

—¿Cómo? —exclamó ella—. ¿Un documento? Me refiero al avión...

—¡Oh! —repuso él sonriente—. El avión..., volamos en él, probándolo. Realizamos un ensayo antes de...

—¿Realizaron?

—Sí. Yo también tomé parte. Me mantuve estirado dentro del fuselaje, a fin de comprobar si se trataba de una mala distribución de peso. Eso es todo. Colocamos luego un saco de arena atado con un cable, a fin de que pudiera desplazarlo hacia adelante y hacia atrás. El avión marcha a las mil maravillas.

—¿De veras? ¡Dios mío! ¿Cómo puede usted saberlo, si no entiende de aviación? ¿Lo dijo Roger?

—Sí. La noche última manifestó que podría aterrizar con él. Yo estaba seguro de que iba a conseguirlo. Y ahora no necesita más que...

Ella le miró con ojos fríos y apremiantes, observando su rostro soñoliento, cansado y tranquilo, a la luz suave de los rayos del sol. De nuevo, los aviones volvieron a acercarse y desaparecer. Y en aquel momento, el joven hubo de interrumpirse a causa de que el altavoz, o, mejor dicho, los altavoces empezaron a proclamar su nombre a los cuatro vientos por toda la extensión del campo, reclamando su inmediata presencia en el despacho del administrador.

—Ya llegó lo que esperaba —dijo—. Estoy seguro de que el documento será lo único capaz de convencer a Ord... Por eso lo firmé. No se preocupe en absoluto. No he de hacer más que dirigirme allá y decir: «Sí. Esa es mi firma». Deseche sus temores. Roger puede volar en ese aparato. Podría volar en cualquier cosa. Antes creía que el mejor piloto era Matt Ord, pero ahora...

El altavoz sonaba otra vez, pareciendo mirar al joven mientras aullaba su nombre con expresión urgente, como si le citase a un lugar no solo apartado del mundo normal, sino aún más allá, en las caras superiores de la atmósfera. El que estaba colocado en el interior de la rotonda empezó asimismo a pronunciarlo en el instante en que penetraba en ella. El ruido le siguió al atravesar la puerta y penetrar en la antesala, aunque le fue imposible filtrarse hasta el cuarto donde se celebraba la reunión, y en el que ahora tan solo Shumann y Ord ocupaban dos de las pesadas sillas, dando frente a los demás, alineados tras de la mesa. Al penetrar allí media hora antes, Shumann pudo ver a Feinman por vez primera en su vida. Estaba sentado, no en el centro de la mesa, sino en uno de sus extremos, en el mismo lugar que ocupara antes el locutor, y llevaba un traje color canela, en vez de gris, con un clavel rojo

prendido en la solapa. Era el único que conservaba puesto el sombrero, pareciendo este el objeto más pequeño que soportaba su persona, ya que más abajo del rubicundo y moreno rostro, el cuerpo se iba abultando gradualmente, contenido un instante por el estrecho cuello y la corbata, para ampliarse después bajo los pliegues de su americana. Sobre la mesa descansaba una mano gordezuela, entre cuyos dedos, adornados con anillos, sostenía un cigarro encendido. No se molestó en mirar a Shumann o a Ord, limitándose a observar a Sales, el inspector...; un hombre fornido y de modales suaves, con rostro embotado, en el que de ordinario debía de pintarse una expresión plácida y amable, pero que ahora estaba alterado por la cólera.

—Puedo prohibirle que vuele —decía.

—Usted puede negarle a cualquiera el necesario permiso, ¿verdad? —dijo Feinman.

—En efecto —repuso Sales.

—Refirámonos estrictamente al caso actual —dijo el secretario de Feinman, un joven meloso, con lentes de concha, que se sentaba junto a su jefe, y que hablaba ahora con una especie de sedosa insolencia, como el inteligente y zalamero eunuco de un déspota oriental—. El coronel Feinman es, ante todo, un servidor del público, un abogado —añadió.

—Sí, abogado —dijo Feinman—. Quizá pronto abogado oficial en Washington. Pongamos todo esto en claro. Usted es agente gubernativo. Muy bien. No sé por qué existe dicho cargo; pero ya que es así, habremos de aceptarlo. Si viniese una orden de Washington prohibiendo a este hombre ejercer cualquier actividad terrestre, no tendríamos más remedio que aceptarla, aunque no la comprendiésemos. Pero ¿quiere decirme cómo pueden prohibirle que se gane la vida en el aire? ¿Es que allí existe también una reducción de beneficios?

Los demás, sentados a la mesa (tres de ellos, reporteros), se echaron a reír, con una especie de súbito alivio, como si durante todo aquel tiempo se hubiesen estado preguntando qué significaba semejante discusión, y ahora lo comprendiesen de repente. Solamente Sales, Shumann y Ord no rieron, dándose cuenta de que el secretario tampoco reía, sino que hablaba otra vez, pareciendo introducir su voz suave entre las risas, para detenerlas súbitamente, como una aguja hipodérmica al tocar un nervio.

—El coronel Feinman es abogado con la suficiente influencia para pedir explicaciones, incluso a una decisión de carácter oficial. El coronel sabe que ese aeroplano posee una licencia aprobada por el propio míster Sales. ¿No es así, míster Sales?

Durante unos instantes, este no contestó, limitándose a mirar encolerizado al secretario.

—No me parece un aparato con suficiente seguridad para el vuelo —dijo, por fin.

—¡Ah! —exclamó el secretario—. Por un momento creí que míster Sales iba a asegurarnos que no podía volar y que vino andando hasta aquí desde Blaisedell. Todo

cuanto habríamos de decir entonces era: «Resulta imposible que vuele; solo le permitiremos que camine por el campo dando unas vueltas por él.» —ahora todos rieron, mientras los reporteros garrapateaban furiosamente en sus cuadernos de notas. Pero no para reproducir las palabras del secretario, sino la actitud de Feinman. El secretario pareció comprenderlo, y mientras esperaba que se apaciguasen, su orgullosa expresión recorrió los rostros, uno por uno, volviendo luego a dirigirse a Sales—: Admite usted que el aparato posee una licencia... concedida por usted mismo. Lo cual quiere decir que está inscrito en Washington como apto para llevar a cabo las funciones propias de un aeroplano, es decir, volar. Más tarde manifiesta que no lo permitirá, a causa de no reunir las condiciones precisas, condiciones que usted mismo aprobó antes. Sin embargo, míster Ord manifiesta haberlo tripulado en presencia de usted. Y míster... —Su ligera interrupción no tuvo siquiera el carácter de pausa —Shumann afirma haber volado con él en Blaisedell sin testigo, conduciéndolo después hasta aquí, cosa que todos hemos visto. Sabemos que míster Ord es uno de los mejores, mejor dicho, el número uno entre los pilotos mundiales. Pero a usted no le parece posible que el hombre capaz de tripular un aparato que míster Ord había ya probado anteriormente... Quizá esto nos lleve a la conclusión de que míster Ord tiene algún motivo para no desear que ese avión tome parte en la carrera.

—Eso es —dijo Feinman, volviéndose hacia Ord—. ¿De qué se trata? ¿Es que este aeródromo no es lo suficientemente bueno para sus aeroplanos? ¿O quizá no considera la carrera como verdaderamente importante? ¿O acaso cree que puede batirle a usted? ¿Es que no piensa usar el mismo aparato en que logró la marca anterior? Si no es nada de eso, entonces, ¿qué teme?

Ord siguió con la vista todos los rostros alineados tras la mesa, hasta detenerse otra vez en el de Feinman.

—¿Por qué tiene tanto empeño en que ese aeroplano tome parte en la competición de esta tarde? Sería capaz de prestarles incluso el dinero, si fuera preciso...

—Pues es bien sencillo —repuso Feinman—. ¿No hemos prometido a esa gente —hizo un ademán con el cigarro hacia el exterior— una serie de carreras? ¿No pagan su entrada para presenciarlas? Y ¿no les parecerá haber empleado mejor su dinero, si pueden contemplar un mayor número de aparatos competidores? Y ¿para qué ha de solicitar este hombre dinero de usted, cuando puede ganarlo con su trabajo, sin necesidad de tener luego que devolverlo, quizá con intereses y todo? ¡Bueno! Este asunto ha de quedar arreglado ahora mismo —volvióse hacia Sales—. El avión tiene una licencia para volar, ¿verdad?

Tras una pausa, Sales dijo:

—Sí.

Feinman, dirigiéndose a Ord, añadió:

—Y, por tanto, volará, ¿eh?

Ord le estuvo mirando fijamente unos instantes.

—Bueno —dijo, por fin.

Feinman volvióse hacia Shumann.

—¿Es peligroso el tripularlo?

—Todos los aviones lo son —repuso Shumann.

—¡Bueno! Pero ¿tiene miedo a volar con él? —Shumann le miró—. ¿Teme precipitarse al suelo?

—Si así fuera, no aceptaría tomar parte en la competición —dijo Shumann.

Ord levantóse de repente, mirando a Sales.

—Mac —dijo—, esto no conduce a ningún sitio. Seré yo quien impida ese vuelo —volvióse hacia Shumann—. Escuche, Roger...

—¿De qué modo, míster Ord? —preguntó el secretario.

—Pues muy sencillo. El aparato es mío. ¿No es motivo suficiente?

—¿Cuándo un agente autorizado de su compañía ha aceptado un documento equivalente al precio de venta del aparato, entregando este al comprador?

—Pero ese pagaré es dudoso. Estoy seguro. Una de las firmas no es la del nuevo dueño. Y, además, no sé el modo en que Shumann pudo conseguirla. Y quienquiera que fuese, firmó el documento antes que yo o Marchand lo viésemos —miró al secretario con expresión convencida, mientras este le devolvía la mirada con su aire indiferente y orgulloso.

—Ya comprendo —dijo sin perder la calma—. Esperaba que usted aludiese a ese aspecto de la cuestión. Pero a lo que observo, parece haber olvidado que existe un tercer compromisario.

Ord le contempló fijamente unos segundos.

—Pero ninguno de ellos posee el crédito suficiente.

—Es muy posible, si los tomamos por separado. Pero míster Shumann asegura que su padre cumplirá sus obligaciones. Así es que, al parecer, todo se reduce a saber si Shumann estampó su firma y el nombre de su padre personalmente. Y de eso tenemos testigos. No es una cosa perfectamente legal. Pero el otro firmante es conocido de todos nosotros y asimismo de usted, habiéndose usted mismo asegurado que se trata de una persona honorable. Le llamaremos.

Y fue entonces cuando los altavoces empezaron a llamar al reportero, el cual penetró en la habitación, mientras todas las miradas se clavaban en él. El secretario le tendió el documento.

«¡Dios mío! —se dijo el reportero—. Deben de haber ido en busca de Marchand con un avión».

—¿Quiere hacer el favor de examinar esto? —dijo el secretario.

—Ya lo conozco —afirmó el reportero.

—¿Asegura haber sido estampadas las firmas de cada uno en presencia del otro, obrando de buena fe por ambas partes?

El reportero recorrió con la mirada los rostros de los que estaban sentados tras la mesa, posándose luego un instante en el de Shumann, algo inclinado, y en el de Ord,

que le observaba atentamente. Tras unos instantes, Shumann le miró a su vez.

—Sí —dijo el reportero—; ambos lo firmamos de común acuerdo.

—Entonces, no hay más que discutir —dijo Feinman, levantándose—. Shumann es el dueño del avión, y si Ord se empeña en continuar entorpeciendo este asunto, habremos de dejarle que vaya a la ciudad y que regrese con algún documento que anule la venta antes de dar principio a la carrera.

—Pero ¡es imposible que tome parte en ella! —gritó Ord—. El aparato no está calificado.

Feinman hizo una pausa lo suficientemente larga para contemplar a Ord con aire inescrutable.

—Hablando en nombre de los ciudadanos de Franciana que hicieron donación del terreno y en el de los habitantes de New Valois, que construyeron el aeropuerto, afirmo que la carrera se celebrará, aunque el aparato no esté calificado.

—Pero eso es ponerse en contra de la Asociación Aeronáutica —dijo Ord—. Y el resultado no podrá nunca tener un carácter oficial.

—En este caso no será necesario que este hombre se marche a toda prisa a la ciudad para empeñar una copa de plata —dijo Feinman, saliendo.

Los demás se levantaron, imitando su ejemplo. Transcurridos unos momentos, Ord se volvió hacia Shumann.

—Vamos —dijo—. Es mejor que demos esto por terminado.

El reportero no volvió a verlos. Los siguió un momento a través de la rotonda, atravesando la sonoridad del altavoz, y luego, la multitud que se agolpaba a las puertas, haciendo uso de su tarjeta, mientras que los otros dos debieron dar la vuelta para aproximarse al campo. El avión estaba rodeado de gente. La mujer parecía haberse olvidado también de que Shumann y Ord veríanse precisados a dar una vuelta considerable y atravesar luego el hangar. Emergió de pronto entre la multitud bajo la tribuna de la banda.

—De modo que lo lograron —dijo—. Le dejan que vuele.

—Sí. Todo ha terminado bien, tal como pronostiqué.

—Lo lograron —repitió ella, hablando como en abstraído monólogo—. Usted pudo arreglarlo...

—Sí. Estaba seguro de que todo iba a terminar bien. No me preocupé en absoluto. Y usted tampoco debe...

La mujer quedóse inmóvil, sin nada que la distrajese especialmente. Y él pareció colgar inanimado, en una larga y tranquila espera, diciendo, por fin, con soñolienta sonrisa:

—Sí. Ord no hizo más que hablar de que iba a ser descalificado para la copa, como si esto pudiera detenerle... No se daba cuenta de que ella le estaba hablando con voz suave, preguntándole si quería hacerse cargo del niño.

—Sí —repuso el reportero—. ¡Claro!

Y en seguida la joven desapareció con su vestido blanco y su gabardina, entre una

multitud que se apresuraba a atravesar el borde del terreno, dirigiéndose hacia el lugar que parecía brindarle el atractivo de próximas sensaciones. Mientras permanecía allí, reteniendo la mano del niño entre la suya, húmeda y envarada, el francés Despleins pasó sobre las tribunas, efectuando un amplio viraje. Y en aquel instante dióse cuenta de que alguien le estaba llamando por su nombre, quizá desde mucho tiempo antes, mientras el niño exclamaba:

—¡Oh, oh, oh! ¡No lo haga! ¡Míster! Elévese lo suficiente para que el paracaídas tenga tiempo de abrirse. Ahora..., ¡ahora! ¡Oh Mac! ¡Oh míster Sales! ¡Háganle detenerse!

El reportero miró al chiquillo.

—Espero que no te hayas gastado ya los diez centavos que te di —le dijo.

—No, señor —repuso aquel—; aún no he tenido ocasión de hacerlo. Además, ella no me lo hubiese permitido.

—Bueno —dijo el reportero—. Ahora te debo veinte centavos. Vamos... —Se detuvieron, volviéndose.

Era el fotógrafo, el hombre a quien había llamado Jiggs, agobiado por el peso de sus enigmáticos y macabros utensilios, que le daban el aspecto de un perro amaestrado, perteneciente a cualquier doctor rural.

—¿Dónde demonios estuvo? —preguntó el fotógrafo—. Hagood me dijo que le buscase a eso de las diez.

—Pues aquí me tiene —repuso el periodista—. Íbamos a entrar para gastarnos diez centavos. ¿Quiere acompañarnos?

Ahora, el francés volvía a pasar, a una altura de veinte pies sobre el terreno, con el aparato invertido y el rostro alerta, bajo los cristales de la cabina, como si fuese el de un escarabajo o una rata cogida en trampa, mientras su corta y enérgica barbilla semejava tallada en bronce.

—Bueno —dijo el fotógrafo. Quizá su aspecto procediese de contemplar siempre un mundo bilioso e invertido por la lente de su máquina, o de verle emerger en miniatura desde el fondo de una cubeta, en una habitación celibataria y fría, iluminada apenas por una lámpara roja—. Pero ¿cómo quiere que me marche de aquí dejando que ese individuo pase con la cabeza hacia abajo sin hacerle una fotografía?

—Bueno —dijo el reportero—, quédese —y se volvió para marcharse.

—Sí; pero es que Hagood me dijo que...

Al oír que el fotógrafo proseguía hablando, el periodista se volvió.

—Bueno —dijo—. Pues apresúrese.

—¿Que me apresure a qué?

—A hacerme una instantánea. Luego podrá enseñársela a Hagood, a fin de que compruebe que ha estado hablando conmigo —volviendo a hacerse cargo del chiquillo, se metió en la rotonda, donde la voz resonaba ampliamente, sin haberse interrumpido nunca.

—... En vuelo invertido, señores... ¡Oh, oh, oh!

El reportero se detuvo, colocándose al niño sobre un hombro.

—Así irás mejor —dijo—. Debemos regresar dentro de unos minutos.

Atravesaron la puerta, entre una multitud de rostros vueltos hacia arriba. «No son seres humanos —pensó—. Ni puede considerarse su caso como un adulterio. No es posible imaginárselos amando, como tampoco es posible imaginarse a dos aeroplanos unidos en un rincón oscuro del hangar». Con una mano sostenía al niño, sintiendo sobre el hombro su liviano peso. «Si se hacen un corte, sale de él aceite de engrasar. Y si se los disecase, podría comprobarse que, en vez de huesos, tienen bielas y cojinetes». El restaurante estaba atestado; así es que hubieron de renunciar a tomarse un helado en plato. Con un cono lleno de crema en la mano y una barra de chocolate en el bolsillo atravesaron de nuevo la puerta del campo, en el preciso instante de estallar el cohete, mientras una voz proclamaba a los cuatro vientos:

«... Cuarta prueba, sin calificación limitada. Trofeo Vaughan...; premio, dos mil dólares. No solo tendrán ustedes la oportunidad de contemplar a Matt Ord en su famoso Noventa y dos, Ord-Atkinson Especial, en el que consiguió una famosa marca, sino que van a recibir una sorpresa, gracias a la amabilidad de la Asociación Aeronáutica Americana y del Aeropuerto Feinman. Roger Shumann, que ayer capotó en un aterrizaje difícil, va a utilizar hoy un nuevo aparato, especialmente construido para él por Matt Ord. Dos caballos de la misma cuadra, amigos míos, y dos pilotos, cada uno de los cuales es tan famoso, que resulta un verdadero placer observarlos compitiendo uno junto al otro».

El reportero y el niño se detuvieron para presenciar la salida, prosiguiendo su camino a continuación. De pronto pudo ver a la joven, con su gabardina y sombrero oscuro. Acercándose, se colocó a su espalda, con el niño sobre su hombro y sosteniendo en la otra mano el helado, mientras los aviones daban la primera vuelta. Delante iba el monoplano rojo y blanco, y tras él, otros dos muy juntos. De momento no pudo saber el lugar que ocupaba Shumann, hasta que, por fin, lo distinguió, algo más elevado que los demás y un poco fuera del circuito. La voz que oía ahora no era la del amplificador, sino la de un mecánico:

—¡Dios mío! ¡Miren a Shumann! Debe apresurarse. Está volando a mucha distancia de los demás. ¿Por qué demonios no se ciñe a la ruta?

Pero en seguida la voz quedó apagada por el bronco rumor de los motores, mientras los aviones daban la vuelta a la torreta central y, seguidos por los rostros del gentío estacionado en el campo, desaparecían de nuevo en dirección al lago, convergiendo hacia este en formación irregular y empequeñeciéndose en la distancia. Shumann volaba un poco más alto, como si no se atreviese a mezclarse con los otros al efectuar el segundo viraje.

—Ya vienen otra vez —dijo el mecánico—. Obsérvenlo. ¡Dios mío! Va segundo y su altura disminuye. En esta vuelta va a colocarse detrás de Ord; quizá lo hizo a propósito...

El ruido se percibía ahora lejano y diseminado, proyectándose sobre la tarde

soporífera. Los cuatro aviones parecían revolotear silenciosamente, como libélulas, difuminados en la lejanía, sobre un fondo inefablemente azul, insignificantes, triviales, fortuitos, cual las notas musicales de un arpa, perdiéndose entre los rayos del sol. El reportero inclinóse hacia la mujer, que aún no se había dado cuenta de su presencia, gritando:

—¡Mírelo! ¡Es capaz de lograr un éxito! ¡Estaba seguro! Y Ord no querrá estropear su «Noventa y dos». El jueves tendrán dinero otra vez, y si Ord no... ¡Oh! ¡Mírele! ¡Mírele!

Ella se volvió, mostrando su mandíbula enérgica y sus claros ojos, sin que el joven percibiese su voz cuando le dijo:

—Sí. Tener dinero será algo estupendo.

El reportero apartó su mirada de ella, para posarla en los cuatro aviones, que ahora se acercaban otra vez, en dos grupos bien definidos, acelerando rápidamente. El mecánico hablaba de nuevo:

—¡Miren! ¡Miren! Trata de batir a Ord en esta vuelta... Y observen cómo Ord le deja sitio.

En efecto, los dos aparatos que iban en primer lugar empezaron el viraje al mismo tiempo, mientras el ruido ensordecedor parecía ser arrancado por ellos al espacio, en vez de producirlo con sus motores. La boca del reportero estaba abierta; lo notaba en la tensión nerviosa de su mandíbula dolorida. Más tarde recordó haber aplastado el helado al cerrar la mano, escurriéndose la crema entre sus dedos, mientras dejaba que el chiquillo descendiese de su hombro, depositándole luego en el suelo y manteniéndole cogido de la mano. Los dos aeroplanos tomaban la vuelta a un tiempo, el de Shumann ligeramente separado y un poco más alto. De pronto, el reportero vio algo así como un puñado de plumas desprenderse de la cúspide de la torreta y revolotear en el espacio. Observaba aquello con la boca aún abierta cuando una voz unánime gritó: «¡Aaaah!», y pudo ver a Shumann ascendiendo casi en línea recta, mientras una gran cantidad de fragmentos surgía del aeroplano.

Luego dijeron que había hecho un último y desesperado esfuerzo para dejar libre el camino a los dos aparatos que volaban detrás, y que mirando hacia abajo y viendo a la multitud congregada, y más allá la superficie del lago, escogió esta última dirección, antes que el timón y las aletas posteriores se desprendiesen por completo. La mayor parte de la gente se entretuvo después en comentar cómo se había comportado su esposa durante el accidente, sin exhalar el menor grito ni desmayarse (estaba tan próxima al micrófono, que este hubiera recogido su menor exclamación), observando impávida cómo el fuselaje se partía en dos, y murmurando: «Roger..., idiota..., idiota». Luego cogió al niño de la mano, echando a correr hacia el muro de contención, mientras el pequeño trataba de seguirla con sus cortas piernas, y el reportero corría a su lado, cogiéndole por la otra mano, con su galopar característico, que le daba el aspecto de un espantapájaros sacudido por la tempestad. Quizá ella notase su presencia por un aumento de peso, el caso es que, volviéndose, le lanzó una

terrible mirada, fría y acerada, gritando: «¡Maldito imbécil! ¡Apártese de mi lado!».

LA CANCIÓN DE AMOR DE J. A. PRUFROCK

Entre el semicírculo de la playa y la base de hidroaviones estaba detenido el camión de la compañía de electricidad, cuyos ocupantes dirigían la luz de un reflector hacia la orilla del agua. Cuando el fotógrafo apellidado Jug vio al reportero, este permanecía inmóvil junto al camión vacío, en la penumbra que este creaba con su mole, entre los rostros alineados tras la hilera de policías y los agentes, periodistas y oficiales del aeropuerto que lograron atravesarla y que ahora recorrían la arena de la playa. El fotógrafo aproximóse con un trotecillo vacilante, mientras la máquina golpeaba su costado.

—Dios santo —dijo—. Por fin lo logré. Pero por poco vomito mientras cambiaba las placas.

Más allá de la multitud, en la misma orilla del agua, junto al desembarcadero de los hidroaviones, una lancha de la Policía dispersaba a una flotilla de pequeñas embarcaciones, aparecidas, como por arte de magia, al mismo tiempo que la multitud en la playa, a fin de dar paso a una draga que fue a anclar en el mismo sitio en que se suponía hundido al aeroplano. El sector de los hidros estaba separado del resto del lago por un dique construido bajo el agua con escombros procedentes de la ciudad...: trozos de pavimento, fragmentos de muros y hasta carrocerías viejas de automóviles. El aeroplano se había precipitado sobre este muro o, por lo menos, contra uno de sus costados, a juzgar por las declaraciones de unos pescadores que se hallaban en su bote a cosa de doscientas yardas de aquel lugar. Existían tres versiones distintas en cuanto al lugar preciso, a pesar de que casi inmediatamente las dos alas habían surgido a la superficie, siendo arrastradas hacia la playa. Los espectadores del campo manifestaron haber observado cómo Shumann trataba de abrir los cristales de la cabina, como si quisiera arrojar en el paracaídas, a pesar de la escasa altura. Y uno de los pescadores incluso aseguró haber visto cómo el cuerpo caía al espacio. Pero los tres estaban de acuerdo en que el avión y su tripulante se hallaban en las cercanías del dique, de cuyos alrededores la Policía alejaba ahora a los botes llenos de curiosos.

Ya se había puesto el sol, y sobre la superficie tranquila del lago, las pequeñas embarcaciones semejaban, envueltas en cierta atmósfera fantasmal, como mariposas o polillas revoloteando frente a la lancha policial, en la que el fotógrafo pudo reconocer ahora a la esposa y el niño del piloto, recién transbordados de un esquife. Entre aquel barullo, la draga sugería un animal prehistórico sacado de repente a la luz, para ser colocado frente a aquella máquina, que, sin previo aviso, se había sumido en las profundidades del agua espesa y enigmática.

—¡Dios mío! —dijo el fotógrafo—. No sé cómo pude perdérmelo. Hagood se hubiera visto precisado a subirme el sueldo. ¡Jesús! —añadió en un tono áspero y sorprendido—. Eso me ocurre por no haber aprendido siquiera a patinar.

El reportero le miró por vez primera, con el rostro perfectamente tranquilo, dando media vuelta con sumo cuidado, como si estuviera hecho de cristal y tuviese miedo a

romperse, parpadeando un poco y hablándole después con voz monótona y soñolienta, como la de un niño enfermo:

—Ella me dijo que me apartase de su lado. Que me fuese lejos de aquí..., a otra ciudad.

—¿Eso le dijo? Y ¿a qué ciudad?

—No me comprende usted —contestó el reportero con voz tranquila y pacífica—. Déjeme que se lo explique.

—Aún me parece sentir mareo —dijo el fotógrafo—. Pero he de terminar mi trabajo. No habrá telefoneado, ¿verdad?

—¿Cómo? —repuso el reportero—. Sí. Telefoneé. Pero escúcheme. Ella no comprende. Me dijo que...

—Vamos —respondió el otro—. Ya le dije antes que yo también me encuentro mal. Tome un cigarrillo. Sí. Tengo ganas de vomitar. Pero ¡qué diantre! Al fin y al cabo, no es hermano nuestro. Vámonos.

Sacó el paquete de cigarrillos de la americana del periodista y, tomando dos, encendió una cerilla, sosteniéndola en el aire. El fotógrafo pudo observar entonces que su compañero parecía sumirse en un estado de tranquila anestesia física, como si estuviese hundido hasta el cuello en un estanque de agua limpia y sosegada, asomando tan solo el rostro sereno, ligerísimamente alterado, con unos ojos en los que adivinaba cierta hipnótica terquedad, mientras su voz repetía incesantemente:

—Usted no lo comprende. Déjeme explicarle que...

—Sí, sí, —repuso el otro—. Es mejor que se lo cuente a Hagood. Ahora vamos a beber algo.

El reportero le siguió obediente, y antes de haberse alejado mucho de allí, el fotógrafo pudo notar que ambos habían vuelto a compenetrarse como cuando realizaban juntos algún trabajo. Es decir: el reportero caminaba delante, a grandes zancadas, y él, siguiéndole a duras penas, con apresurado trote. «Eso es lo bueno que tiene —pensó el fotógrafo—. No le es difícil alcanzar lo que se propone y reaccionar en seguida».

—¡Bien! —dijo el periodista—. Hay que moverse. Tendremos dinero para comer, y los demás, algo en que entretenerse. Y si se suprimiesen los accidentes y la sangre, ¿qué sería de nosotros?... Sí, usted siga con eso. Si consiguen sacar el aparato, será ya demasiado tarde para obtener fotografías. Yo permaneceré por aquí. Dígaselo a Hagood.

—De acuerdo —respondió el fotógrafo, sin cesar de correr, con la máquina golpeándole un costado—. Pero en cuanto bebamos algo nos sentiremos mejor.

Antes de haber alcanzado la rotonda ya era completamente de noche, y mientras atravesaban el césped se fueron encendiendo una a una las luces de posición. El faro lanzó su flecha luminosa sobre la superficie del lago, desapareciendo en seguida para completar su círculo y hacer su aparición durante unos segundos sobre el campo de aterrizaje. Tanto este como el terreno circundante estaban vacíos; pero la rotonda

rebosaba de gente, vibrando su bóveda en un cavernoso murmullo, que parecía proceder no de las bocas de los circunstantes, sino de algún lugar más elevado. Al penetrar en el recinto, un vendedor de periódicos les gritó, golpeando la primera plana de un ejemplar:

—¡Piloto muerto en accidente! ¡Shumann se precipita contra el lago! ¡Segunda catástrofe aérea!

El bar estaba caldeado por la luz y los cuerpos humanos. El fotógrafo iba ahora delante, abriéndose paso a empujones.

—¿Tienen *whisky*? —preguntó al del bar—. Sírvanos dos.

—Sí. *Whisky* —dijo el reportero, pensando a continuación: «No puedo. No puedo».

No es que sintiese asco físico, pero su garganta y su estómago parecían haber experimentado una profunda alteración que influyese en su espíritu y en su cuerpo hasta el punto de trastornarle por completo. Sentíase vacío y tranquilo, como si hubiese vomitado y su paladar estuviese cubierto por una delgada capa de sal cuyo sabor no resultase desagradable del todo.

—Iré a telefonar en seguida —dijo.

—Espere —contestó el fotógrafo—. Ahí tiene su bebida.

—Guárdemela un momento —repuso el joven—. Estoy de vuelta dentro de unos minutos.

En un rincón se hallaba la cabina desde la que el día anterior había llamado a Hagoood. Cerró la puerta, mientras depositaba una moneda en la ranura y la luz se encendía automáticamente; pero volvió a abrirla, a fin de quedar completamente a oscuras. Hablaba en voz normal dentro del pequeño recinto, relatando cuidadosamente el hecho, como si se expresara en un idioma extranjero:

—Sí, el fu-se-la-je. Se partió en dos por la parte posterior. No; no le hubiera sido posible aterrizar. Los otros pilotos dicen que usó el poco control que le quedaba para dejar paso libre a los demás y alejarse hacia el lago, en vez de caer en las tribu... No; dicen que no. No estaba a una altura conveniente para que se abriese al paracaídas, aunque lo hubiese intentado... Sí. La draga se estaba colocando en posición cuando yo... Dicen que probablemente contra el dique sumergido... Debe de haber chocado contra él, deslizándose luego hacia el fondo... Sí, a menos que haya tanto barro que la draga no pueda... Creo que bajará mañana un buzo, si no consiguen nada esta noche. Sí, los cabrestantes y los garfios... Bueno, permaneceré aquí y volveré a llamarle a medianoche.

Cuando salió de la cabina, apareciendo otra vez a la luz, empezó a parpadear como si tuviese arena en los ojos, tratando de acordarse del gusto de las lágrimas y reflexionando en que acaso el sabor salado de su paladar tuviese algo que ver con aquellas. El fotógrafo seguía en el bar, y el *whisky* le esperaba. Pero mirando a aquel hombre, sin cesar en su parpadeo, dijo, casi sonriente:

—Bébaselo usted. Me olvidaba de que ayer...

Cuando salieron para tomar un taxi era ya noche cerrada; el fotógrafo se encogió al penetrar en el vehículo, mientras la máquina se balanceaba pendiente de su correa. El rostro del reportero expresaba perplejidad y cansancio.

—Hace frío —dijo el fotógrafo—. Voy a encerrarme en el laboratorio y encender las dos lámparas rojas, después de haber llenado las cubetas. Por lo menos, allí estaré caliente. Ya le diré a Hagood que se queda usted aquí, trabajando.

Su rostro desapareció al ponerse el taxi en marcha, iniciando un viraje en dirección al bulevar, más allá de cuyas alineadas palmeras podía percibirse el resplandor de la ciudad, reflejándose en el encapotado cielo. La gente seguía yendo y viniendo por la plaza y la rotonda, y la oscuridad era completa en el exterior, excepto por los fugaces reflejos del faro. Soplaban un ligero viento. Una ráfaga del mismo descendió de repente sobre el bulevar, y las palmeras sacudieron sus copas, produciendo un ruido confuso. El reportero empezó a respirar aquel aire oscuro y helado; le parecía notar en la boca el sabor de las aguas del lago, y jadeó, haciendo que el aire penetrase a bocanadas en sus pulmones, como si se hallase en el interior de un cuarto excesivamente caldeado, en el que la ventilación penetrase tan solo por el agujero de la cerradura, obstruida con algodones. Inclinando la cabeza atravesó por entre el gentío y las luces de la puerta. Su rostro estaba ahora frío como una pieza de maquinaria sin engrasar, y en su mandíbula dolorida parecía sentir el pinchazo de innumerables alfileres. Ord hubo de llamarle dos veces antes que se volviese para verle descender de su *roadster*, llevando aún la chaqueta de cuero y la gorra con las que volaba.

—Le estaba buscando —dijo Ord, sacando algo de su bolsillo. Era la hoja de papel, doblada del mismo modo que cuando por la mañana el reportero la entregó a Marchand—. Espere, no la rompa —dijo Ord—. Consérvela un minuto —el reportero así lo hizo, mientras el otro encendía una cerilla—. Léala —sostenía en alto la cerilla encendida, a fin de iluminar el documento para que el periodista lo identificase—. Es el mismo, ¿verdad? —preguntó Ord.

—Sí —repuso el reportero.

—Aproxímelo a la llama. Quiero que sea usted mismo quien lo haga... Así... Arrójela ahora al suelo...

Mientras flotaba en el espacio, la llama pareció reanimarse repentinamente, para desaparecer después. La hoja carbonizada revoloteó mansamente, sin peso alguno, hasta posarse sobre el suelo, donde Ord la aplastó con el pie.

—Bueno —dijo el reportero con calma—, mañana confeccionaré otro. En cuanto me deje solo...

—¿Qué van a hacer ahora?

—No lo sé —repuso el joven, empezando luego a hablar de un modo pacífico e incomprensible—. ¿Ve usted? Ella no lo comprende. Me dijo que me alejase de su lado. Déjeme expli... —Pero se detuvo con aire reflexivo—. Es mejor que no empiece a hablar de esto, porque luego no podría detenerme. No puede saberse hasta

que hayan dragado... Pero estaré allí y procuraré verlos.

—Llévale a casa si quiere. Pero lo mejor que puede hacer es beberse un par de copas. No tiene usted buen aspecto.

—Así es —dijo el reportero—. Pero he prometido no beber más.

—¿De veras? Bueno. Yo me voy a casa. Lo mejor es que busque a esa mujer y se la lleve de estos alrededores. Métala en un taxi y aléjela de aquí. Si el avión se halla donde dicen, será preciso utilizar los servicios de un buzo.

Volvió a ocupar su *roadster*, y el reportero dirigióse de nuevo hacia la rotonda, de un modo inconsciente, deteniéndose antes de llegar a ella. En el interior proseguía la animación, las luces y el calor. «¡Dios mío! —pensó el joven—. Me ahogaría si me metiese ahí dentro». Dio la vuelta por el hangar, saliendo al campo de aterrizaje para dirigirse al lugar del siniestro. Pero, sin darse cuenta, se fue directamente hacia el otro hangar, aquel en el que le parecía haber trabajado y sufrido de un modo continuo, como si hubiese nacido en él, alejándose del ruido y de los rostros humanos, caminando solitario, con una tristeza y una desesperación que parecían agravarse al contemplar el alto edificio y la amplia plaza llenos de rumor a causa de las palmeras que el viento sacudía. Por fin pudo respirar aire puro. Era como si un sexto sentido le guiase a través de la puerta pintada de blanco y el cuarto de herramientas, hasta hallarse dentro del mismo hangar, donde a la clara luz de unas lámparas los aeroplanos aparecían inmóviles, proyectando sombras fantásticas. Jiggs estaba sentado sobre una pieza metálica, con las botas relucientes bajo la cruda luz, comiéndose trabajosamente un bocadillo que tenía en la mano. Masticaba tan solo con un lado de la boca, torciendo la cabeza como un perro, y con su único ojo sano miró penosamente al reportero.

—¿Qué quiere que haga? —dijo, mientras el recién llegado le observaba con miope intensidad.

—Ella no comprende —repuso este—. Me dijo que me fuera. Que la dejase sola. Así es que no puedo...

—Me hago cargo —dijo Jiggs, replegando las piernas para levantarse. Pero luego se detuvo y volvióse a sentar, con la cabeza inclinada y el bocadillo en la mano, mirando fijamente hacia un punto determinado. Después observó al reportero.

—¿Quiere hacer el favor de darme esa mochila que está ahí en el rincón? —dijo.

El reportero encontró la mochila cuidadosamente oculta tras un montón de latas vacías. Al regresar junto a Jiggs, este se había ya despojado de una bota.

—¿Le molesta ayudarme un poco? —El reportero cogió la otra con ambas manos—. Tire con cuidado —dijo Jiggs.

—¿Es que tiene los pies doloridos? —preguntó el reportero.

—No. Tire despacio.

Al parecer podía ya descalzarse con más facilidad que antes. El joven vio cómo Jiggs sacaba de la mochila una camisa, más que usada, harapienta, con la que limpió cuidadosamente las botas, envolviéndolas luego en ella y metiéndolas otra vez en la

mochila. De nuevo con las zapatillas de tenis y los estrechos pantalones de montar, volvió a ocultar la mochila en el rincón, regresando al lugar que ocupara antes, siempre seguido del reportero, que ahora parecía un auténtico perro.

—Fíjese —dijo. Su voz no parecía producida por la garganta, sino por algo más interno y quejumbroso—. Traté de explicar a varias personas que ella no quiere comprenderme, pero sin resultado. Está ahí, a la orilla del lago, lo cual me parece una cosa muy lógica..., ¿no es cierto?

Como la puerta principal estaba cerrada, hubieron de retroceder, atravesando de nuevo el cuarto de las herramientas, y al salir al exterior la luz del faro pasó sobre ellos con movimiento acelerado y fugaz.

—Así es que ahora tiene la cama para usted solo —dijo el reportero.

—Sí. El niño dormirá en la lancha de la Policía, adonde lo llevó Jack. Ella no creo que quiera alejarse de aquí. De todos modos puedo intentar algo, si usted quiere.

—Me parece muy bien —repuso el reportero—. Hubiese tratado de... Solo quería...

Empezó a pensar: «Ahora, ahora..., ¡ahora!». Y de pronto ocurrió lo que esperaba; la larga y reluciente proyección del reflector pasó por encima de sus cabezas, alejándose otra vez sin dejar tras de sí el menor rastro sonoro.

—Ya ve usted que no sé nada de estas cosas. Siempre estoy pensando en que quizá esa mujer... u otra cualquiera...

—Bueno —dijo Jiggs—. Lo intentaré.

—Tal vez ella misma se lo diga. Quizá le confiese que necesita..., que desearía... No es preciso que sepa que soy un..., pero si quiere...

—Está bien. Haré lo posible.

Ahora estaban dando la vuelta al otro hangar, y desde aquel sitio podían ver la luz del faro al describir un círculo completo. El reportero observó cómo barría la superficie del lago, haciendo destacar el esqueleto que la draga y más tarde la armazón de la que pendían los gallardetes rojos y amarillos, ahora completamente negros, que ondeaban rígidos a impulsos de un viento procedente del lago, y que, tras quedar iluminados uno tras otro, sumíanse de nuevo en la oscuridad. Podían ver también las hileras de guirnaldas y gallardetes sacudidas por el viento, arrancadas de algunos lugares y tremolando ininterrumpidamente como si quisieran anticiparse al tañir de las campanas que iban a anunciar el principio de la Cuaresma.

Más allá de la negra mole del rompeolas, el reflector, tras de cuya central se habían encontrado el fotógrafo y el reportero, brillaba ahora con deslumbrante fulgor, aunque su potencia fuese menor a la del faro. Otro se encendió en la torre de la draga. En resumen: al llegar Jiggs y su compañero al rompeolas les pareció acercarse a la boca de un pozo lleno, no de una sola y constante luz, sino de innumerables partículas luminosas, bajo las cuales la línea de la playa se destacaba, hasta perderse en la negrura de la noche. Pero no fue hasta alcanzar el muro que pudieron darse cuenta de que aquel resplandor continuo no procedía del reflector, ni del de la torre de la draga,

ni del de la lancha de la Policía, ocupada aún en apartar de allí los botes llenos de curiosos, sino de una hilera de automóviles que desde el bulevar enfocaban sus faros hacia la arena, por la que ahora transitaban guardias y policías.

En aquel instante llegaba a tierra un bote procedente de la draga. Mientras el reportero esperaba el regreso de Jiggs, una racha de viento frío pareció penetrar en su cuerpo, después de haber atravesado sus ropas. Al cabo de un rato le pareció sentir el quejido de las conchas sobre las que reposaba, destacándose sobre el monótono rumor de los faros. Los ocupantes del bote desembarcaron, pasando junto a él, seguidos de Jiggs.

—Es tal como dicen —afirmó este—. El aparato se encuentra sobre las rocas. Le pregunté a uno de esos hombres si habían logrado extraer algo, y me contestó que, después de algunas tentativas, consiguieron sacar a flote, un pedazo de madera de ala, impregnada en aceite... Debe de ser el depósito —añadió, mirando al reportero.

—Sí —repuso este.

—Así es que el aparato estará seguramente invertido. Esos hombres dicen que, sin duda, se atascó en alguna de las carrocerías de automóvil que forman el dique. Sí —añadió, sin que el reportero, que le miraba fijamente, le hubiese hecho pregunta alguna—. Ella está allí, en aquel merendero.

El joven dio media vuelta, y de igual modo que antes el fotógrafo, ahora Jiggs había de correr tras de él, ascendiendo el pronunciado declive de la playa, en dirección a la línea de automóviles, hasta que pudo alcanzarlo al detenerse con una mano ante los ojos y la cabeza inclinada.

—Por ahí —dijo Jiggs, cogiendo el brazo del reportero para guiarle entre los automóviles hasta la escalera que conducía al bulevar, en el que pudieron ver una hilera de cabezas y hombros destacándose contra la luz de un escaparate. Jiggs podía escuchar la respiración jadeante del reportero, a pesar de que la ascensión no fue en extremo pesada. Cuando una mano del joven tocó la suya pudo notar que estaba fría como el hielo.

—No tendrá dinero alguno —dijo—. ¡Corra! ¡Dese prisa!

Jiggs así lo hizo. Y entonces el reportero vio a través de los cristales del escaparate que ella estaba sentada junto al mostrador, entre un policía y uno de los mecánicos que antes viera en el hangar. Llevaba la gabardina abierta y una gran mancha de aceite o de barro destacábase sobre la parte superior de su vestido blanco. Comía ávidamente un bocadillo, sin cesar de hablar con los dos hombres, y luego la vio depositar los fragmentos en un plato, limpiarse los labios con el dorso de la mano y aproximar a los mismos una taza de café que bebió con ansia, haciendo chorrear el líquido por su barbilla. Jiggs encontró en el mismo sitio al reportero, cuando ya no había nadie junto al mostrador y los curiosos que antes contemplaban la escena se habían vuelto a la playa.

—El propietario quería cobrar, así es que llegué a tiempo —dijo Jiggs—. Ella se alegró mucho. Estaba usted en lo cierto. No tenía ni un céntimo. Sí. Se puede decir

que es como un hombre en eso de no pedirle a nadie dinero. Siempre se ha portado igual.

Miraba al reportero con una expresión en la que otra persona más observadora que este no hubiese notado lástima o sentimiento, sino, por el contrario, cierto aire de brutalidad. Al hablar de nuevo lo hizo, no con acento vago, sino atento y como consciente de una próxima e irrevocable dispersión. El reportero evocó una escena en la que aparecía un pastor tratando de conducir seis ovejas ciegas a través de un pasadizo no más ancho que la extensión de sus brazos. Jiggs tenía ahora una mano metida en el bolsillo, sin que el otro lo notase.

—Así es que piensa quedarse aquí toda la noche, en caso de que... El niño está dormido, no creo que lo despierten. Y mañana quizá sepamos mejor lo que... Es muy distinto el sueño a la vigilia. Quiero decir que...

Se detuvo. («No puedo conducir las ovejas ni estirar más los brazos», pensó el reportero). Jiggs sacó la mano del bolsillo. En ella relucía débilmente la llave.

—Me dijo que se la devolviese. Ahora es mejor que coma usted algo.

—Sí —dijo el reportero—. Es una buena idea. Y al mismo tiempo nos calentaremos durante un rato.

—En efecto —repuso Jiggs—. ¡Vamos!

Dentro del restaurante el ambiente era templado y el reportero cesó de estremecerse mucho antes que les sirvieran el alimento. Comió bastante, antes de observar que estaba tragando sin sentir sabor alguno, tan solo consciente de cumplir una necesidad, como cuando nos empastan una muela, sin producirnos el menor daño. Los curiosos se habían marchado, seguramente tras de ella, cuando regresó a la playa, siguiéndola hasta la línea de policías y quedándose allí para contemplar la lancha. El reportero y Jiggs permanecieron largo rato mascando y calentándose, sumidos en una atmósfera cálida y en un fuerte olor a comida rancia.

El reportero pasó luego otras tres horas en la playa, es decir, hasta medianoche. Los faros de los coches y los reflectores continuaban iluminando el terreno, la lancha de la Policía daba vueltas y más vueltas, y los pequeños botes se apartaban un momento, para volver a converger en cuanto había pasado, como una bandada de pececillos ante una inofensiva ballena vegetariana. Con la precisión de un reloj, el haz luminoso del reflector se acercaba procedente del lago, para desvanecerse en seguida en sentido contrario, con lento y terrible movimiento centrífugo, tras relampaguear un segundo contra el cielo. Pero no pudo verla a ella. Uno de los botes se acercó a la orilla, saltando Jiggs de su interior.

—Aún siguen igual —le explicó—. Creían haber logrado algo, pero al tirar del cable salió este solo a la superficie. Y el gancho se quedó abajo, según creen, agarrado a uno de esos bloques de cemento. Mañana se sumergirá un buzo, pues no quieren usar dinamita para no reducir el dique a pedazos, y entonces sabremos algo en concreto. ¿No va usted a telefonar al periódico dándoles alguna noticia?

En una de las paredes del restaurante estaba instalado un teléfono de fichas. Y

como carecía de cabina, el reportero hubo de hablar por él protegiéndose el otro oído con una mano. Toda la conversación se redujo a contestar una serie de preguntas. Al volverse, vio que Jiggs se había dormido, sentado en un taburete, con los brazos descansando sobre el mostrador y la cabeza apoyada en ellos. El calor era muy agradable, percibíase un constante olor a fritos, y la gente se apretujaba, llenado el local, a pesar de haber transcurrido ya la hora del cierre. El cristal de la ventana estaba tan empañado por la neblina que más allá del mismo solo podía precisarse un suave resplandor, como el que flota bajo una nevada. El reportero, al darse cuenta, empezó a temblar de nuevo, dentro de una americana, al parecer desprovista de chaleco, notando que se reproducía en él aquella sensación extraña que experimentó al ver a Shumann dar por última vez la vuelta a la torreta, acompañada de una profunda repugnancia a salir al exterior, la cual actuaba no solo sobre su espíritu, sino también sobre sus músculos. Dirigióse al mostrador, y el propietario, al verle, cogió una taza, mientras preguntaba:

—¿Café?

—No —repuso el reportero—. Lo que quiero es un abrigo, un sobretodo. ¿Tiene usted alguno que me pueda prestar o alquilar? Soy reportero —añadió—. Y he de permanecer en la playa hasta que se sepa algo.

—No tengo ningún abrigo —contestó el propietario—. Pero sí una lona embreada con la que cubro el automóvil. Puede usarla, con tal que me la devuelva.

—Muy bien —dijo el reportero.

Y cuando salió de allí, sin despertar a Jiggs, sumiéndose de nuevo en el frío y la oscuridad de la noche, su aspecto era el de una movible tienda de campaña. La lona resultaba difícil de manejar y muy pesada, pero envuelto en ella el joven cesó de temblar. Ya era más de medianoche y estaba seguro de que el grupo de automóviles iluminando el lago habría disminuido; pero no era así. Quizá alguno no fuese el mismo de antes, pero la línea continuaba completa..., una hilera de ventanillas traseras enmarcando las cabezas, cuyos ojos, al igual que los faros, contemplaban con invariable paciencia una escena en la que nada parecía ocurrir, ya que la draga continuaba inactiva, unida por medio de un cordón umbilical de acero, no a un recién acaecido desastre, sino a la madre de todos los derelictos.

Sin flaquear un solo instante, el faro difundía su fulgor por la superficie del agua, desapareciendo otra vez, para regresar al cabo de unos instantes y volver a desvanecerse, dejando tras de sí una sensación de vacío que ningún rumor parecía llenar. El bote había cesado en sus evoluciones, acaso por haber cumplido su tarea o quizá por orden de la autoridad. La próxima embarcación que se acercó a tierra procedía directamente de la draga, y uno de sus ocupantes era el mecánico, que había permanecido junto a la mujer en el restaurante. Esta vez el reportero se acercó a preguntarle por ella.

—No está aquí —repuso aquel hombre—. Hace cosa de una hora que regresó al aeródromo, cuando le notificaron que nada podía hacerse sin el buzo. Voy a

calentarme un poco. Y usted debería hacer lo propio, me parece.

—Sí —dijo el reportero—, creo que voy a marcharme.

Al principio se dijo que así lo haría, en efecto, mientras caminaba sobre las conchas pulverizadas de la playa, sosteniendo con ambas manos la lona a fin de aligerar un poco el peso de sus hombros y cuello y sintiendo en los dedos la aspereza de la tela. «Pero primero he de devolverla, como prometí. Y si no lo hago ahora no lo haré nunca». La rampa de la avenida se elevaba en aquel lugar, de modo que los coches corrían por encima de su cabeza, y la oscuridad era casi completa a causa de hallarse en el ángulo formado por la pared del rompeolas y el bulevar. El viento no soplaba allí, y, sentándose en el suelo, se envolvió bien en la lona, hasta lograr que su cuerpo se caldease. Solo podía ver el rayo de luz del proyector al atravesar el pedazo de cielo que quedaba al descubierto entre la pared y la rampa. El calor era agradable. Y durante todo aquel rato le estuvo diciendo mentalmente a Shumann que ella no quería comprenderle, y que esto no estaba bien. Separó su entumecida mandíbula de las rodillas. Tenía los pies muy fríos, aunque no lo notó hasta sentir en ellos el pinchazo de innumerables agujas.

Ahora el reflector de la playa se había apagado y solo quedaba el de la draga contemplando fijamente el agua. La lancha de la Policía estaba inmóvil y ya no se vislumbraba ni uno siquiera de aquellos fastidiosos botes. La mayor parte de los automóviles también habían desaparecido de la rampa. Nunca hubiese imaginado que fuera tan tarde. El incansable reflector proseguía cumpliendo su tarea. Cuando miró hacia arriba pudo percibir, además de su resplandor, las luces de posición de un aparato de transporte en el momento en que, con gran desplazamiento de aire, pasaba sobre el muro del rompeolas para posarse sobre el campo de aterrizaje. «Eso quiere decir que son más de las cuatro —pensó—. O sea, que ya hemos empezado otro día». Pero aún no se notaba la proximidad del amanecer. Trató de animarse, como si dijese todavía a Shumann: «Ya lo ve. Estoy tratando de explicar a alguien que ella...». Se irguió, sin haber vuelto a apoyar el rostro en las rodillas. Los alfileres que atormentaban sus pies se habían convertido en pedazos de hielo, y su boca, abierta, no parecía ser lo suficiente grande para dar cabida a todo el aire que necesitaban sus pulmones, o estos lo suficiente desarrollados para las necesidades de su cuerpo. El largo brazo del reflector proseguía incansable en sus idas y venidas, aunque su luz parecía ahora más difusa. Tardó algún tiempo en darse cuenta de que el cielo se aclaraba por momentos con la llegada del día.

El sol había salido antes que el buzo hubiese efectuado la primera inmersión. Los automóviles volvieron a alinearse en la rampa grisácea. El reportero había devuelto la lona, y, aliviado ya de su peso, temblaba al sentir las ráfagas de fresca brisa que hicieron su aparición junto con un día perfectamente sereno. Pero a ella no volvió a verla. Se había reunido en los alrededores más cantidad de público que el día anterior. Era domingo, y dos lanchas de la Policía veíanse impotentes para contener la aglomeración de botes esparcidos por el lago. Pero la luz iba a ayudarles ahora vio

varias veces a Jiggs, yendo y viniendo a lo lejos, y no supo que ella estaba ya en la playa hasta que salió el buzo explicando algunos detalles que se apresuró a comunicar al periódico. Cuando ascendía rápidamente la rampa, hacia el bulevar, oyó que el paracaidista le llamaba. Este se acercaba, no de la playa, sino del campo de aviación, arrastrando penosamente su pierna magullada, que se había vuelto a abrir al efectuar su salto del día anterior.

—Le estaba buscando —dijo, mientras que de su bolsillo sacaba unos cuantos billetes nuevos—. Roger me dijo que le debía a usted veintidós dólares. ¿Es esto?

—Sí —contestó el reportero.

El otro sujetaba los billetes pulcramente con el pulgar y el índice.

—¿Tendrá tiempo para hacernos un favor o va a estar muy ocupado? —preguntó.

—¿Ocupado? —dijo el reportero.

—Sí. Ocupado. Si es así, dígamele francamente y buscaré a otra persona para exponerle el caso.

—No —dijo el reportero—. Siempre tengo tiempo de sobra. Hable.

—¿Está seguro? —repitió el otro—. Dígamele con franqueza, porque se trata de algo sumamente molesto. Cualquiera persona podría hacerlo, pero pensé en usted al recordar lo muy enterado que está de nuestros asuntos.

—De acuerdo —dijo el reportero—. Haré lo que sea necesario.

—Muy bien. Se trata de lo siguiente: hoy mismo nos marchamos. No hay motivo para permanecer aquí más tiempo. Esos bastardos —señaló con la cabeza hacia el lago cubierto de botes— no van a conseguir extraer su cuerpo del barro empleando unos cuantos cables. De modo que nos vamos. Lo que quería pedirle es que aceptase algún dinero nuestro, por si acaso logran..., por si logran sacarle por fin.

—Muy bien —repuso el reportero.

El paracaidista lo contempló con expresión tranquila y asombrada.

—No crea que voy a insistir más allá de lo que quiera oírme. Quizá usted no nos mandó llamar ni nosotros tampoco solicitamos su presencia. Es preciso admitirlo. Pero, sea comoquiera, todo ha terminado y ni yo ni usted podemos ya hacer nada.

La otra mano del paracaidista sacó unos cuantos billetes más. Podía observarse perfectamente que las dos cantidades habían sido cuidadosamente separadas. La que ahora tendía al reportero estaba sujeta con un clip de oficina, bajo el que podía verse también una tira de papel con una dirección pulcramente escrita y un nombre, que el joven reconoció en seguida por ser el mismo que Shumann había estampado bajo su firma.

—Aquí tiene setenta y cinco dólares y esta dirección. No sé lo que puede costar el traslado. Pero creo que habrá bastante para efectuarlo y para que usted se cobre sus veintidós dólares. En caso contrario, escíbame y le mandaré lo que falte —ahora sacó del bolsillo una hoja de papel doblada—. Estas son mis señas —dijo—; las conservo separadas para que no se mezclen con lo demás. ¿Comprende? A esa dirección deberá escribirme en caso necesario. La carta quizá tarde bastante tiempo

en llegar a mi poder, pero en cuanto la reciba le mandaré el dinero. ¿Entendido?

—Sí —dijo el reportero.

—Bueno. Le pregunté si quería hacerlo y usted aceptó. Pero no hablamos para nada de una promesa formal.

—Lo prometo —dijo el reportero.

—No me refería a lo que hemos hablado, sino a otra cosa. A algo diferente. No quiero insistir sobre ello más de lo que usted quiera oírme. Se trata de que me asegure que no va a organizar ninguna suscripción.

—Lo prometo —repuso el otro.

—Muy bien. Puede llamarlo, si quiere, una jugada sobre sus veintidós dólares. Pero no lo haga. Quizá los setenta y cinco no sean suficientes. Pero no contamos más que con mis diecinueve cincuenta de ayer y el premio del jueves, que consistió en ciento cuatro dólares. Así es que me fue imposible reunir más de setenta y cinco y, por tanto, habrá de arriesgarse. Si los setenta y cinco no bastan para mandar el cadáver a la dirección indicada, puede adoptar dos decisiones: pagar la diferencia usted mismo y escribirme para que se la mande, junto con sus veintidós dólares, o, si no, hacer que lo entierren aquí mismo. En este caso espero que lo haga de modo que la tumba pueda hallarse más tarde. Pero no efectúe ninguna colecta. No deseo obligarle a mandar el cadáver con su dinero; lo que quiero es que no abandone usted este asunto, y que su familia no se vea precisada a pagar el importe del traslado. ¿Lo promete?

—Sí —afirmó el reportero.

—Muy bien —repuso el otro, depositando los billetes en la mano de su interlocutor—. Muchas gracias. Creo que nos marcharemos hoy mismo. De modo que es mejor despedirse —miró al reportero con expresión desvaída y soñolienta, mientras su pierna contusionada se apoyaba ligeramente sobre la arena—. Ella se bebió un par de copas y ahora está completamente dormida —contempló a su compañero con aire reconcentrado, casi clarividente—. No se lo tome demasiado en serio. Usted no fue el culpable de que tripulase aquel cacharro. Y ella lo considera así también. Si sus expresiones, al referirse a este asunto, resultan algo desagradables, a usted le es igual, puesto que no lo oye y además nunca volverá a verla.

—En efecto —dijo el reportero.

—Cuando haya transcurrido algún tiempo y su espíritu esté más sereno, le contaré lo que usted hace ahora por nosotros y ella ha de agradecérselo sinceramente. Si quiere seguir mi consejo, después de esto límitese a tratar a la gente a la que está acostumbrado.

—Sí —dijo el reportero.

—Bueno —el paracaidista dio media vuelta con gran cuidado, haciendo luego una pausa y volviendo el rostro hacia su interlocutor—. Ya tiene mi dirección. La carta tardará bastantes días en llegar a mi poder. Pero puede estar seguro de que recibirá el dinero que falte. ¡Bueno...! —extendió hacia el reportero una mano

desprovista de calor—. Muchas gracias por hacerse cargo de este asunto y tratar de ayudarnos. ¡Adiós y buena suerte!

Y se alejó cojeando sensiblemente. El reportero no lo siguió con la vista. Al cabo de un rato fue uno de los soldados de vigilancia quien hubo de mostrarle una brecha en la barricada.

—Es mejor que se meta ese dinero en el bolsillo, doctor —le dijo—. Alguno de estos individuos sería capaz de quitárselo.

El taxi emprendió la marcha, bajo el sol. Un rayo penetraba por la ventanilla posterior, haciendo centellear una pieza metálica del asiento de enfrente. El reportero depositó su sombrero sobre aquel punto brillante, mientras sentía en el interior de los párpados una sensación desagradable, como si tuviese entre ellos finísima arena. Su mirada era indecisa, no sabiendo en realidad si contemplaba el musgo colgando de los troncos de los robles posados sobre el agua oscura o el interior del taxi envuelto en la penumbra. Al cerrar los ojos creyó experimentar cierto alivio, como si la vida y la muerte se confundiesen carentes de importancia, mientras trataba de explicar a alguien, con toda calma, que ella no le comprendía, y poco a poco se iba quedando adormilado.

Como el coche no ascendió por Grandlieu Street, el joven no pudo consultar la hora en ningún reloj, pero por la posición de la sombra del balcón de la puerta de la calle comprendió que serían ya más de las nueve. Se detuvo en el corredor, parpadeando, y lo mismo hizo al llegar a la escalera.

Su cuarto aparecía iluminado por un sol radiante que penetraba por las abiertas ventanas, haciendo resaltar los colores de la colcha y los tapices colgados de la pared. El joven parpadeó de nuevo con cierto aire de miópico asombro, pareciendo esperar, indeciso, antes de decidirse a correr las persianas. Luego se mantuvo inmóvil un rato sin ver absolutamente nada, percibiendo tan solo la leve influencia de aquel día brillantísimo, casi tropical, sin saber si parpadeaba o no, ante la implacable filtración, que ni las paredes eran capaces de detener. Fuera quedaba el olor a pescado, a café, a frutas, a cáñamo y a terreno pantanoso, flotando por doquier. La claridad era ahora escasa, pero no podía decirse que la habitación estuviese completamente a oscuras. «¿Cómo puede ser?», pensó, con la americana al brazo, mientras se deshacía el nudo de la corbata. El lugar en que un hombre ha vivido durante dos años, dos semanas o dos días no puede quedar completamente eclipsado para él, a menos que la muerte anule sus sentidos. La habitación, sumida en la penumbra, parecía esperar, sin impaciencia, que el joven se moviese. Dio la vuelta al interruptor, encendiendo la luz.

Apenas había acabado de afeitarse cuando oyó a Jiggs que le llamaba desde la calle. Al pasar junto a la cama cogió la camisa limpia que había depositado sobre ella, y, luego de ponérsela, subió la persiana.

—Solo está echado el picaporte —dijo—. Abra y entre.

Se estaba abrochando la camisa, mientras Jiggs ascendía las escaleras llevando su mochila. Iba calzado con las zapatillas de tenis y las cañas de las botas.

—Bueno. Me figuro que ya estará enterado de todo —dijo.

—Sí. Vi a Holmes antes de venir hacia acá. Así es que todos se hallan dispuestos para la partida...

—Sí —dijo Jiggs—. Y yo me voy con Art Jackson. Me ha estado solicitando durante mucho tiempo. Ya he efectuado varias exhibiciones en paracaídas, así es que no creo vaya a costarme mucho dominar el descenso retardado y otros ejercicios... Ahora podremos partir entre los dos los veinticinco dólares de premio. Pero, de todos modos, no será como tomar parte en las carreras. Quizá, después de algún tiempo, vuelva a mi especialidad.

Estaba en pie en el centro de la habitación, sosteniendo en la mano la estropeada mochila, con el rostro brutal algo inclinado y una expresión sobria y penosa. Luego, el reportero descubrió el objeto de su ensimismamiento.

—¡Dios mío! —dijo Jiggs—. Traté de volvérmelas a poner esta mañana y no pude siquiera abrir la mochila para sacarlas.

Serían ya las diez, porque en aquel momento entró la negra Leonora, con su abrigo y su sombrero, llevando al brazo el cesto con la servilleta recién planchada. Pero el reportero apenas le dio tiempo para depositarlo en el suelo.

—Necesito una botella de alcohol y un poco de ese líquido que usted usa para quitar las manchas —le dijo, entregándole un billete. Luego, tras volverse hacia Jiggs, añadió—: ¿Qué es preciso para eliminar ese rasguño?

—Tengo aquí una pasta que compré antes —repuso el interpelado, sacando de la mochila una botella de Coca-Cola taponada con papel, conteniendo grasa lubricante.

La negra salió, para regresar al cabo de un rato con las dos botellas. Luego hizo café y, tras verterlo en un recipiente adecuado, depositó este sobre la mesa junto con las tazas y la azucarera. A continuación echó una ojeada al cuarto, observando un orden completo. Y tras seguir un instante los manejos del reportero y de Jiggs, recogió el cesto para irse a la compra. El reportero sentóse sobre la cama, soplando su café, mientras Jiggs, en cuclillas, contemplaba las botas.

—¿Para qué las necesito, cuando quizá dentro de un mes no tenga nada para meter dentro de ellas? —dijo.

Eran cerca de las once. Hacia el mediodía, y conservando aún entre sus manos la fría taza, el reportero vio cómo Jiggs eliminaba el betún, empleando alcohol y mirando fijamente al líquido mientras se extendía por la superficie de las botas como una nube oscura, hasta lograr que adquiriesen el mismo tono de cuando fueron confeccionadas. Luego, sentándose en la cama, dedicóse a eliminar de las suelas toda traza de su contacto con la tierra, cubriendo con aceite lubricante el lugar en que los tacones aparecían ligeramente gastados.

—Si no hubiese caminado con ellas —dijo—, quizá no se hubiese hecho esta arruga en los tobillos. Pero creo que podré disimularla engrasándolas bien.

Cuando el reloj de la catedral dio la una aún no había terminado su tarea. El reportero sugirió que usase un poco de cera de pulir, pero una vez la hubieron

adquirido se dieron cuenta de que no servía.

—Espere —dijo.

A causa del trajín y la falta de sueño su rostro tenía esa expresión fatigada y rígida de las personas que se hallan bajo la influencia de un hipnotizador.

—Escuche. En esa revista ilustrada se dice lo que han de llevar nuestros criados blancos para ser semejantes a un mayordomo inglés, y cómo ha de vestir un jinete para que el caballo crea hallarse en Inglaterra, aunque la zorra atraviese por entre tableros anunciadores... Un rabo de zorra es lo único que... —Jiggs le contemplaba atentamente con su ojo sano—. ¡Espere! No. Es un hueso de caballo. Nada de zorras. Una espinilla de caballo. Eso es lo que necesitamos.

—¿Una espinilla de caballo?

—Para las botas. Es lo mejor que hay.

—Pero ¿dónde?...

—Yo se lo diré. Podremos conseguirlo por el camino mientras nos dirigimos a visitar a Hagood. Alquilarémos un automóvil.

Para ello hubieron de ir andando hasta Grandlieu Street.

—¿Quiere que lo conduzca yo? —dijo Jiggs.

—¿Sabrá hacerlo?

—¡Pues claro!

—De todos modos, habrá de ser usted —dijo el reportero—, porque yo no sé.

El día era cálido, brillante y soleado, con una atmósfera pletórica de efluvios que hacían pensar al reportero en sonar de órganos y tañido de campanas..., en recintos llenos de paz, de mortificación y de plegarias. Las calles estaban llenas de gente, circulando con tranquilidad y decoro dominicales, como si temiesen perjudicar a los edificios y al asfalto callejero. De cuando en cuando, en rincones ocultos o en el mismo arroyo, el reportero podía observar restos de confeti sucio y lleno de barro, o trozos de guirnalda amarilla y roja. Un chiquillo estuvo a punto de meterse bajo las ruedas del coche, al correr agitando uno de aquellos fragmentos. Más tarde, la ciudad se fue disolviendo hasta quedar anulada por los pantanos y las marismas. De repente, la carretera atravesó un espacio salino cortado en dos por un canal en el que el sol reverberaba. Y un poco más allá, una desviación torcía hacia la izquierda.

—Ya hemos llegado —dijo el reportero.

El automóvil siguió dicho camino, atravesando por entre un campo lleno de restos de automóviles, carrocerías sin motor y motores oxidados, que descansaban tranquilamente bajo los rayos solares, mientras piezas de todas clases aparecían medio hundidas en la arena blanquecina. De momento, Jiggs no pudo ver por allí hueso alguno.

—¿Puede usted distinguir un caballo de un cuervo? —dijo el reportero.

—No lo sé —repuso Jiggs—. Ni siquiera estoy seguro de saber lo que es una espinilla.

—Conseguiremos unas cuantas que luego probaremos hasta encontrar la que sea

mejor.

Y dicho esto empezaron a moverse por los alrededores, inclinados hacia el suelo. El reportero veíase obligado a parpadear de continuo a causa de la reverberación del sol. Por fin lograron reunir unas treinta libras de huesos. Había entre ellos varias patas delanteras, el omóplato de una mula y una colección completa de costillas que Jiggs había traído, insistiendo en que procedían del esqueleto de un potro, aunque en realidad hubiesen pertenecido a un perro de gran tamaño. El reportero contemplaba perplejo un objeto que tenía entre las manos, no estando muy seguro de si se trataba de un hueso de un blanco trozo de estatua.

—Creo que entre todo esto habrá algo que nos sirva —dijo.

—Así lo espero —repuso Jiggs—. ¿Qué dirección tomamos?

No fue preciso atravesar de nuevo la ciudad, sino que la contornearon, penetrando en una región donde la luz del sol parecía brillar de modo diferente al filtrarse por entre los robles y dar de lleno sobre espacios cubiertos de bien cortado césped, más allá de los cuales se elevaban ricas mansiones rodeadas de praderas y terrazas. Luego avanzaron junto a un paseo bordeado de palmeras, por el que la multitud paseaba en una sola dirección como autómatas o soldados desfilando.

—Aún no son las cuatro —dijo el reportero—. Lo esperaremos aquí, junto al número quince.

Al cabo de un rato, Hagood, preparado para empezar una partida, levantó los ojos, viéndolos en el borde de los terrenos del club, mientras el automóvil aguardaba detenido en la carretera... El reportero, con aspecto de cadáver, y el mecánico, con aquel aire suyo tan particular, entre equino y malévolos. Su rostro embotado y torvo no suscitaba piedad como el de una víctima, sino aversión, como si se tratase de un pirata. Hagood dirigióse hacia ellos, tras advertir a sus compañeros:

—Es un recado de la oficina. Seguid jugando. Ya os alcanzaré —estaba ahora junto a Jiggs y al reportero—. ¿Cuánto va a pedirme esta vez? —dijo.

—Lo que usted quiera, repuso aquel.

—Bueno —convino Hagood tranquilamente. El reportero, sin pronunciar palabra, observó cómo su jefe sacaba la cartera y la abría—. Supongo que será la última vez, ¿verdad?

—Sí —contestó el reportero—. Esta noche se marchan. Hagood sacó de la cartera un delgado talonario de cheques.

—Usted dirá la cantidad que necesita —dijo—. Parece como si me sugestionase.

—Deme lo que pueda. Sé que le he pedido prestado más dinero del que le he devuelto. Pero quizá esta vez...

Sacó de su bolsillo una postal litografiada, que extendió hacia Hagood, el cual pudo leer al pie: «Hotel Vista del Mar, Santa Mónica, California». Una flecha mal dibujada encima del grabado señalaba hacia una de las ventanas del edificio.

—¿Qué es esto? —dijo Hagood.

—Léalo —repuso el joven—. Me la mandó mi mamá. Es ahí donde está pasando

su luna de miel junto a míster Hurtz. Al parecer, le ha hablado de mí, y quizá el próximo mes de abril...

—¡Ah! —exclamó Hagood—. Será una cosa estupenda, ¿verdad?

Sacó una pluma estilográfica, paseando la mirada a su alrededor. Jiggs, con su aspecto de centauro de opereta, habló por vez primera:

—Escriba en mi espalda, si quiere, señor —dijo, volviéndose y presentando una extensa y dura superficie de sucia camisa, semejante a un trozo de asfalto.

Hagood apoyó el talonario sobre la espalda de Jiggs, llenando el cheque que entregó al reportero, tras agitarlo en el aire para que se secase.

—¿Desea que firme algo...? —dijo el joven.

—No. Pero ¿puedo pedirle un favor?

—Desde luego, jefe.

—Pues bien: diríjase a la ciudad. Averigüe dónde vive el doctor Legendre y visítele en seguida. Nada de usar el teléfono. Dígale que yo le mando y exíjale que le recete unas píldoras mediante las cuales pueda estar durmiendo veinticuatro horas seguidas. Luego váyase a su casa y acuéstese. ¿Lo hará?

—Sí, jefe —repuso el periodista—. Mañana, cuando redacte el documento que he de firmar, adjunte a ella esa postal. Quizá no sea una cosa muy corriente, pero...

—Bueno —dijo Hagood—. Pero ahora haga el favor de marcharse.

—Al momento —contestó el joven, subiendo al automóvil.

Alrededor de las cinco llegaban a su casa, y tras descargar los huesos, dedicáronse a reparar cada uno una bota con gran cuidado. Aunque sus progresos fueron lentos, al final pudieron comprobar que las botas adquirirían una pátina más suave que la que les había proporcionado el betún o la cera.

—¡Jesús! —dijo Jiggs—. Si no se hubieran rozado un poco los tobillos y si hubiese conservado la caja y el papel con que me las vendieron...

Los dos se habían olvidado de que era domingo y no se dieron cuenta de su error hasta pasadas las cinco y media, cuando Jiggs detuvo el coche frente a la tienda en la que cuatro días antes había penetrado. Del escaparate faltaban ahora el par de botas y las fotografías. Durante un buen rato se quedaron contemplando abstraídos la puerta cerrada.

—No necesitábamos habernos apresurado tanto —dijo Jiggs—. De todos modos, voy a tener que visitar la casa de empeños... Lo mejor es que devolvamos el coche.

—Antes pasaremos por la oficina del periódico para cobrar el cheque —dijo el reportero. Ni siquiera se había preocupado en mirar la cantidad estampada en él. Al regresar de nuevo junto al coche, dijo—: Cien dólares. Es una excelente persona. Se ha portado siempre muy bien conmigo.

Y tras estas palabras penetró en el vehículo.

—¿Adónde? —preguntó Jiggs.

—Hemos de decidirnos por algún sitio. Pero mejor es que lo pensemos mientras vamos a devolver el coche.

Ya se habían encendido las luces, y cuando salieron del garaje todo estaba envuelto en una claridad amarillenta y llamativa que brillaba especialmente en las entradas de los teatros y los restaurantes, envueltos estos últimos en un suave aroma a pescado y café.

—Es mejor que no le dé ese dinero usted mismo —dijo el reportero—. Saben bien que nunca tuvo una cantidad semejante.

—En efecto —repuso Jiggs—. A todo lo más que podría arriesgarme es a veinte dólares. Si consigo más del tío Isaac voy a tener que pellizcarme para comprobar que estoy despierto.

—¿Y si se lo entregásemos con disimulo al niño...? ¡Espere! —dijo, deteniéndose y mirando a Jiggs—. ¡Ya lo tengo! Sí, es lo mejor. ¡Vamos!

Ahora casi corría, atravesando por entre la multitud dominguera, seguido de Jiggs. Hubieron de penetrar en cinco tiendas antes de hallar lo que buscaban..., un aeroplano de hojalata azul y amarillo con una varilla, al extremo de la cual daba vueltas una especie de ventilador. No estaba puesto a la venta y el dependiente hubo de utilizar una escalera para bajarlo de la estantería.

—El tren sale a las ocho —dijo el reportero—, de modo que hemos de apresurarnos.

Ya eran las seis y media cuando abandonaron Grandlieu Street, separándose al llegar a la esquina en que dos noches antes Shumann y Jiggs habían comprado el bocadillo.

—Desde aquí puedo ver el rótulo —dijo Jiggs—. No es preciso que me acompañe. Espero no tropezar con ninguna dificultad. Compre los bocadillos y deje la puerta abierta.

Y, tras decir esto, se marchó con las botas bajo el brazo, envueltas en un periódico. Mientras lo veía alejarse, con su paso característico, al reportero le parecía observar que las zapatillas carecían de talones y que por aquel espacio podía atisbarse una huella blanca. Una vez de nuevo en su cuarto, tras haber dejado abierta la puerta de la calle y encendido la luz, no quiso desenvolver el paquete de los bocadillos, sino que le colocó junto al juguete, dirigiéndose luego hacia la otra habitación. Al aparecer de nuevo llevaba en una mano un jarro a medio llenar y en la otra un par de zapatos tan ajados como su persona. Estaba sentado en el camastro cuando entró Jiggs con un gran paquete de forma irregular.

—Me ha dado cinco dólares por ellas —explicó—. Me costaron veintidós y solo las he llevado un par de veces..., pero ¡qué le vamos a hacer! —Dejó el paquete sobre la cama—. Así es que me ha parecido que no valía la pena entregárselos. En vez de eso he comprado unas cuantas cosas para obsequiarlos de algún modo.

Abrió el paquete. Contenía una especie de caja o maletita de mazapán con un letrero que decía: «Recuerdo de New Valois. Visítenos de nuevo», y tres revistas ilustradas: *Boy's Life*, *The Ladies Home Journal* y una de esas que relatan historietas de la guerra aérea. Con sus manos ásperas, Jiggs alisó cuidadosamente las cubiertas.

Su rostro brutal y cansado estaba curiosamente sereno.

—Es para que se entretengan durante el viaje —explicó—. Deme unos alicates y arreglaremos ese chisme.

Al volverse vio el jarro sobre la mesa, pero no hizo ademán de cogerlo, sino que quedóse parado, contemplándolo con su ojo sano repentinamente animado. Fue el reportero quien hubo de llenar un vaso, ofreciéndoselo, y luego un segundo.

—Usted también tiene que beber —dijo Jiggs—. Lo necesita.

—Sí —repuso el reportero—. Lo haré dentro de unos minutos.

Pero no fue así, sino que cogió uno de los bocadillos cuando Jiggs hubo abierto el paquete, observando cómo su compañero masticaba a dos carrillos. Luego, Jiggs sacó de la mochila una caja de cigarros, de la que extrajo unos alicates y, abandonando el bocadillo, deshizo el débil juguete de hojalata. El reportero sacó los setenta y cinco dólares que le había dado el paracaidista, más los cien de Hagoood, y, tras depositarlos en el interior del juguete, volvieron a cerrar este, dejándolo como antes estaba.

—Ya verá cómo lo encuentra en seguida —dijo Jiggs—. Con todos los juguetes que tiene hace lo mismo: se entretiene con ellos un par de días y luego los despedaza «para ver lo que hay dentro». Hasta cierto punto me parece natural, ya que su abuelo es médico. Vive en un pueblecito habitado por suecos y se levanta a cualquier hora de la noche, recorriendo veinte o treinta millas en un trineo, para asistir a un parto o para amputar algún brazo o pierna. La mayor parte de la gente incluso le paga sus honorarios, pero muchas veces se contenta con regalarle, al cabo de dos o tres años, un jamón, una colcha para la cama o algo parecido. El viejo quería que Roger también fuese médico, y así lo manifestó repetidas veces cuando niño, observando con gran cuidado sus progresos en la escuela. Vivían en una especie de granja algo apartada de la ciudad, y aunque los trabajos agrícolas eran escasos y estaban abandonados, el viejo la conservaba porque fue el lugar en que su padre se estableció al llegar a aquel país. Roger salía cada mañana con su cartera de libros en dirección a la ciudad, pero al cabo de cierto tiempo descubrióse que no asistía a las clases desde seis meses antes, sino que se alejaba lo suficiente para que nadie lo viera, y una vez fuera del alcance de la vista de su padre, daba media vuelta, emprendiendo la caminata hacia un viejo molino que había sido propiedad de su abuelo y en el que Roger, valiéndose de piezas de todas clases, había logrado construir una especie de motocicleta que andaba y todo. ¿Qué le parece? Esto fue lo que lo salvó. Cuando el viejo supo cuáles eran sus aficiones, dejó de molestarle con su deseo de que estudiara para médico y luego adquirió para él su primer aeroplano, un «Hisso Standard», con el dinero que había estado ahorrando para mandar a Roger a la Universidad. Pero cuando vio que la motocicleta funcionaba, comprendió que había sido vencido. Y cierta noche en que Roger se vio obligado a aterrizar a ciegas, hundiendo un pequeño cobertizo, su padre pagó el desperfecto, tras pedir prestado dinero para ello, ofreciendo la granja como garantía. Roger me dijo que en cuanto tuviese una ocasión pensaba devolverle aquella cantidad. Pero no creo que eso tenga nada de particular,

ya que una granja sin su correspondiente hipoteca es algo tan desacostumbrado que resulta contrario a las leyes. O quizá el viejo no se viese precisado a hacerlo, sino que se lo dijo únicamente para que Roger tomase más interés en el asunto.

El reloj de la catedral había dado las siete cuando Jiggs entró con su envoltorio; así es que entonces ya debían ser las siete y media, aproximadamente. El mecánico estaba sentado, sosteniendo uno de los zapatos en sus manos.

—¡Caramba! —exclamó—. No es que quiera decir que los necesite, pero...

—Por más pares que tenga —contestó el reportero—, solo puedo llevar uno a la vez. Pruébelos, a ver qué tal le están.

—¡Oh! Son unos zapatos que le vienen bien a cualquiera. Lo que más necesita un hombre es un pañuelo cuando está resfriado, y unos zapatos cuando va dando con los pies en el suelo.

—Sí —dijo el reportero—. Sería el mismo avión en que él y Laverne...

—¡Vaya una pareja! Él se alegró mucho al descubrirla aquel día en la ciudad. Cierta vez ella me estuvo contando algo sobre esto. Se quedó huérfana, ¿sabe?, y su hermana mayor, que estaba casada, la fue a buscar para que viviese junto a ella. Esta hermana tenía veinte años más que Laverne y seis o siete más que su esposo. Laverne contaba entonces catorce o quince. Viviendo con sus padres, ya ancianos, no lo había pasado muy bien, y nunca gozó de mucha intimidad con su hermana a causa de la diferencia de edades. Por otra parte, esta no creo que se divirtiese mucho con la clase de esposo que tenía. Así es que cuando cierta vez dicho señor insinuó a Laverne que le esperase fuera de la casa, para irse con él a una ciudad distante cuarenta o cincuenta millas de allí, a fin de tomarse unos helados y bailar en un *dancing* de mala nota, la pobre chica creyó que iba a ser una cosa divertidísima. Además, aquel individuo era quien pagaba su ropa y su comida. Quizá le pareciese una cosa natural que la esposa, cansada de trabajar todo el día, sospechase que su marido se iba con otra, fastidiándole luego con quejas e incorporándose en la cama por la noche para ver si tenía algún cabello en la americana o alguna carta en el bolsillo y luego exponer sus celos a la hermana menor, mientras él estaba ausente. O tal vez creyese preferible salir con un esposo infiel para pasar media hora en un *dancing* donde nadie daba su verdadero nombre, a fregar platos en la cocina, deslizándose cautelosamente hacia el interior de la casa y contando más tarde unas cuantas mentiras a su hermana mayor a fin de salvar las apariencias. O quizá a los quince años no se diese cuenta de que aquel individuo la llevaba a establecimientos de mala nota, no para que no lo reconociese nadie, sino para no tener competidores, ya que en dichos lugares no abunda la gente joven. Pero las dificultades llegaron al darse cuenta ella de que había otros lugares en los que un helado costaba más de diez céntimos y en los que la orquesta no se oía en un cuarto interior con las cortinas corridas. O acaso fuese que un día usó a su acompañante como anzuelo para cazar a otro y, después de una pelea, el donjuán hubo de regresar solo a casa, contándole a su esposa que la muchacha...

El reportero se levantó rápidamente. Jiggs vio cómo se dirigía hacia la mesa,

derramando el licor al llenar su vaso.

—Así me gusta —dijo el mecánico—. Bébase un buen trago.

El reportero elevó el vaso, bebiéndose el contenido de golpe y haciendo que el líquido le chorrease por la barbilla. Jiggs se levantó con rapidez, pero el otro ya estaba en el balcón, vomitando de nuevo el licor, mientras su compañero lo cogía por un brazo. El reloj de la catedral dio la media y su sonido pareció seguirles hacia el interior de la habitación, desvaneciéndose después, lo mismo que la luz, en las rayas coloreadas de los tapices.

—Voy a traerle un poco de agua —dijo Jiggs—. Siéntese y descanse.

—Ya estoy bien de nuevo —dijo el reportero—. Póngase los zapatos. Ya son las siete y media.

—Sí. Pero es mejor que...

—No. Siéntese. Le ayudaré a quitarse las polainas.

—¿Se encuentra bien, de veras?

—Sí.

Se sentaron en el suelo, uno frente a otro, igual que la primera noche, cuando el reportero le ayudó a quitarse las botas. Y entonces empezó a reír silenciosamente, mientras decía:

—Todo ha salido al revés. Al principio pareció como si fuese a resultar una tragedia. Una buena tragedia italiana. Ya sabe: un florentino se enamora de la esposa de otro florentino. Se pasan tres actos intrigados y al final del tercero el florentino y la esposa se escapan por la escalera de incendios. Uno ya sabe de seguro que su hermano va a hallarlos al rayar el alba dormidos en un monasterio. ¿Qué le parece? Pero todo se estropea. Cuando él sube hacia la ventana de su amante para decirle que los caballos están listos, ella le manifiesta que ha dejado de amarle. Y entonces el drama se convierte en comedia. ¿Se da cuenta? —Miró a Jiggs, riendo esta vez más ruidosamente.

—¡Déjese de tonterías! —dijo Jiggs—. No piense más en ello.

—Sí —repuso el reportero—. No es cosa muy divertida. Trato de no acordarme, pero no es posible. ¡No es posible! —repitió, cogiendo aún la polaina, con el rostro cadavérico descompuesto por la risa y mojado por algo que Jiggs creyó sudor hasta observar sus ojos.

Ya eran más de las siete y media. Debían apresurarse. Pero lograron hallar un taxi en seguida y en el cruce de Grandlieu Street encontraron encendida la luz verde, así es que el vehículo atravesó aquel paraje sin detenerse, bajo la claridad de los anuncios luminosos, brillando sobre el tranquilo asfalto dominical y la de los escaparates, más allá de cuyos cristales los veían pasar hombres y mujeres de cera, con sus rostros inescrutables y délficos. Luego aparecieron las palmeras de Saint Jules Avenue, y más allá una serie de vallas y cercados ruinosos. En el reloj de la estación pudieron comprobar que eran las ocho menos diez.

—Seguramente estarán ya en el tren —dijo Jiggs.

—Sí —repuso el reportero—. Creo que no tendrán inconveniente en dejarle pasar al andén.

—Así lo espero —dijo Jiggs, recogiendo el aeroplano de juguete y el paquete que había vuelto a envolver—. ¿No quiere acompañarme?

—No. Prefiero esperar aquí —contestó el reportero, observando a continuación cómo Jiggs atravesaba la sala de espera y desaparecía por la otra puerta.

La voz de un mozo anunció la llegada de un tren, y, acercándose a la puerta, pudo ver a unos cuantos pasajeros que empezaban a levantarse, recogiendo sus maletas, mientras que otros proseguían sentados. «Toda esta gente va a sus cosas», pensó, recordando al propio tiempo las poblaciones hacia las que pueden dirigirse los ferrocarriles, desde la desembocadura del Mississippi hasta los confines de América. Y una serie de nombres que evocaban días grises de febrero... Minnesota, Dakota y Michigan, riberas cubiertas de hielo y nieve suave y blanca. «Sí; a sus casas, sabiendo que ha de transcurrir otro año antes que puedan emborracharse de nuevo y vestirse de máscara y armar escándalo con las trompetas».

Faltaban dos minutos para las ocho; quizá hubiesen descendido del vagón para hablar con Jiggs, o acaso estuviesen en el andén fumándose un cigarrillo. Si cruzaba la sala de espera seguramente podría verlos confundidos con los otros pasajeros y los empleados de la estación. Ella llevaría el paquete y las revistas y el pequeño estaría haciendo describir cabriolas a su aeroplano. «Me parece que voy a salir a despedirlos», pensó, dándose cuenta en seguida de que entonces no era como cuando había permanecido en el dormitorio, antes de encender la luz. Ahora era él quien podía considerarse nebuloso, solitario y perdido, esperando tranquilo a que otros se moviesen. Las manecillas del reloj fueron avanzando paulatinamente, al tiempo que se escuchaba un ligero tictac. 9-8-7-6-5-4-3-2... ¡Las ocho! No se percibió el menor ruido, como si no fuese un tren lo que abandonaba la estación, sino tan solo una sombra como las que proyecta sobre un lienzo el aparato cinematográfico de un niño.

—¡Bueno! —dijo Jiggs—. Creo que querrá irse a casa y descansar un poco.

—Sí —contestó el reportero—. Es mejor que partamos en seguida.

Se metieron de nuevo en un taxi. Pero esta vez Jiggs no dejó la mochila en el suelo, sino que la sostuvo cuidadosamente sobre sus rodillas.

—Ya verá cómo lo encuentran —dijo—. Se le cayó dos veces al suelo, cuando trataba de hacerlo evolucionar. ¿Le ha dicho al chófer que se detenga en Main Street?

—Le llevaré al hotel —contestó el reportero.

—No. Prefiero quedarme en Main Street. ¡Dios mío! Me alegro de no vivir ahí. No soy capaz de recordar nunca el nombre de esa calle.

—Grandlieu —el reportero—, puedo dejarlo allí...

El taxi dio la vuelta a una esquina, deteniéndose. Jiggs se hizo cargo de la mochila y abrió la puerta.

—¡Magnífico! —exclamó—. No son más que las ocho y media y quedé con Art a las nueve. Así es que tengo tiempo de tomar un poco de aire.

—Si quiere venir a casa y...

—No; váyase allá cuanto antes y acuéstese. Me parece que ya le hemos fastidiado bastante —dijo, inclinándose hacia la ventanilla del taxi.

De repente, la luz roja se cambió en verde al tiempo que sonaba el repiquetear de un timbre. Jiggs tendió una mano a su amigo y este percibió en la suya un contacto rudo y áspero, como si se tratase de una pieza de maquinaria.

—Muy agradecido a todo cuanto ha hecho. Y gracias por la bebida. Ya nos veremos en otra ocasión.

El vehículo avanzó, y el rostro de Jiggs quedó rápidamente atrás, mientras las luces blancas, verdes y amarillas se desplazaban a ambos lados. El reportero miró por la ventanilla trasera, observando cómo Jiggs se echaba la mochila a la espalda y desaparecía entre la multitud. Luego, inclinándose hacia adelante, golpeó el cristal.

—Al aeródromo —dijo.

—¿Al aeródromo? —repuso el chófer, sorprendido—. Creí que el otro había dicho que pensaba ir a Noyades Street.

—No. Al aeródromo —contestó el reportero.

El chófer volvió a dirigir la vista hacia adelante, pareciendo como si se acomodase para un largo trayecto, mientras las flechas indicadoras de direcciones únicas pasaban rápidas junto al coche. De repente, el barrio antiguo convirtiéndose en un deshilachado y sucio arrabal, apenas iluminado, que el taxi atravesó rápidamente, para desembocar en una calle muy recta que conducía hasta la carretera tendida sobre la llanura acuosa. El automóvil avanzaba ahora a toda velocidad, causando al reportero la ilusión de estar metido en una caja de cristal suspendida en la silenciosa y movable inmensidad del espacio por dos diminutos dedos de luz. Mirando hacia atrás pudo aún distinguir la ciudad, o, mejor dicho, su resplandor, no muy lejano, como si se moviese al mismo tiempo que el vehículo, a pesar de la velocidad de este. No podía escapar de ella, simbólica y envolvente, como si no tuviese en cuenta las distancias ni el convencionalismo de las horas. Estaba allí... con su eterno olor a café y a azúcar, con sus húmedos esqueletos metálicos suspendidos sobre la gris superficie de las aguas, perdida por completo toda esperanza de latitudes u horizontes, mientras por las alcantarillas, llenas de agua, se deslizaban las inmundicias y basura... con sus diez mil mañanas inevitables en las que diez mil árboles sacudidos por el viento rozarían los muros de ladrillos chorreando humedad, mientras que diez mil pares de negras como Leonora tratarían de pelearse contra el invencible sol..., el oscuro café, las miríadas de pescados friéndose en aceite..., y un mañana repitiéndose sin cesar, no lleno de esperanza o ilusiones, sino tan solo tratando de existir.

LOS CUERVOS

A medianoche uno de los periodistas estacionados en la playa dijo haber observado cómo el encargado de la draga y el sargento de vigilancia en la lancha habían enfocado las linternas hacia sus relojes de pulsera, manteniéndolos iluminados durante unos quince minutos. Después de esto la draga levó anclas, mientras la lancha de la Policía, más rápida, doblaba la punta del rompeolas, antes que la otra hubiera tenido tiempo de iniciar una vuelta. Luego, los cinco periodistas, cuatro de los cuales llevaban subido el cuello de sus gabanes, iniciaron la retirada hacia el lugar en que los alineados automóviles empezaban a dispersarse, mientras los policías, ahora en escaso número, trataban de evitar un posible embotellamiento. No soplabla el viento, ni el cielo aparecía nublado. El collar de luces, señalando los límites del lago, destacábase claramente, para irse perdiendo poco a poco en la distancia, tembloroso y estremecido. El rayo de luz del reflector efectuaba ahora sus idas y venidas de un modo mesurado y silencioso, cruzando los aires como una ligera racha de viento, para perderse entre las espesas agrupaciones de estrellas. Ascendieron la cuesta hasta el lugar en que un policía, con los brazos en jarras, destacábase, no contra la luminosidad de los faros, sino contra el ruido ensordecedor producido por los coches, contemplando indiferente la consumación de un hecho que le había parecido inevitable.

—¿No nos va a decir algo, sargento? —preguntó uno de los periodistas.

El policía volvió la cabeza, observándolos atentamente bajo la visera de su gorra.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo.

—Reporteros de la Prensa —repuso aquel hombre, con voz afectada.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó otro, tras de él—. Aquí no se puede estar.

El policía había vuelto a sumergirse entre la barahúnda de bocinazos y de motores rugientes.

—Oiga, sargento —volvió a decir el primero—. ¿No querrá echarnos afuera a nosotros también? —El agente ni siquiera se molestaba en mirarle—. Por lo menos, avise a mi esposa de que voy a quedarme aquí hasta...

El policía le interrumpió, sin volver la cabeza:

—¿Quieren hacer el favor de no molestarme más? ¿O es que quizá desean ir a parar a la Comisaría?

—¡Exacto! Eso es precisamente lo que queremos. Muchachos...

—¡Vamos! ¡Vamos! —volvió a decir el segundo—. Comprémosle un periódico para que se entretenga.

Y tras estas palabras echaron a andar. El reportero (que era el único que no llevaba abrigo) iba detrás. Se abrieron paso por entre los bocinazos, la luz de los faros y el chirriar de frenos, hasta llegar al bulevar. Una vez allí, penetraron en el restaurante. El que había hablado primero precedía a los demás, con el ala del sombrero muy arrugada, el abrigo mal abrochado y el cuello de una botella saliendo

de uno de sus bolsillos. El propietario los contempló a todos sin gran alegría, ya que estaba a punto de cerrar.

—Ese individuo que los acompaña me retuvo aquí hasta muy tarde la noche última, y estoy francamente fatigado —aseguró.

—Cualquiera diría que somos empleados del Juzgado, dispuestos a cerrarle el establecimiento, en vez de periodistas, cuyo único deseo es que les sirva algo de comer —dijo el primero—. No se va a perder nada extraordinario mañana, y aunque así fuera, ya se enteraría después por los periódicos.

—¡Bueno! ¿Qué les parece pasar a la habitación trasera mientras yo cierro la puerta de entrada y apago las luces? —preguntó el propietario.

—¡Magnífico! —contestaron todos.

Así que, tras aquel asentimiento unánime, los introdujo en la cocina, provista de un fogón de hierro y una mesa forrada de cinc, y luego sacó unos cuantos vasos, botellas de Coca-Cola, una baraja, unos cajones de cerveza para que se sentaran y un barrilito que sirviera de mesa, retirándose a continuación.

—Si alguien llama —les dijo— no salgan a abrir, ni hagan ruido alguno. Y en caso de urgencia, den unos golpecitos en esta pared. Yo me despertaré en seguida.

—Así lo haremos —respondieron.

El primero abrió una de las botellas, vertiendo su contenido en los cinco vasos. El reportero le detuvo.

—A mí no me ponga. No tengo ganas de beber.

—¿Cómo? —dijo el otro, depositando la botella en el suelo y ejecutando la pantomima de limpiar cuidadosamente sus lentes y volverlos a colocar en su sitio, mientras miraba fijamente al reportero y llenaba después el vaso de este sin hacer caso de su observación—. ¿Qué dice? —añadió—. ¿Acaso me han engañado mis oídos?

—He dicho que no quiero beber —afirmó el reportero con el rostro provisto de una expresión fatigada y dolorosa como si contemplase el final de un espectáculo aburrido.

—No sabe cómo se lo agradecemos —contestó el otro, dirigiendo unas cuantas injurias al que ahora sostenía la botella, con ese aire espontáneo y desgarrado del bufón profesional.

Luego, los cuatro, ya que el reportero se negó también a ello, empezaron una partida de naipes. El joven retiróse hacia un extremo, con su cajón de cerveza, y el gracioso notó, con su habitual perspicacia, que se había aproximado todo lo posible a la ya fría estufa.

—Si es que no quiere beber —dijo—, sería mejor que animase un poco el fuego.

—Dentro de un rato me habré calentado lo suficiente —repuso el joven.

Los demás empezaron a jugar, percibiéndose sus voces animadas sobre el suave roce producido por las cartulinas.

—Eso es lo que puede llamarse un hombre valeroso —dijo el de antes.

—¿Qué suponéis que estaría pensando Shumann mientras contemplaba el agua precipitarse contra él? —dijo otro.

—Nada. Si hubiera sido un hombre normal no habría estado allá arriba, procurando ganar el primer puesto.

—¿Creen que hubiera podido obtener un buen empleo en un periódico? —preguntó el primero.

—Me parece que sí —repuso su interlocutor.

El reportero levantóse lentamente, sacó un cigarrillo y, volviéndose un poco de espaldas a ellos, frotó el fósforo en la fría estufa. Luego sentóse de nuevo, sin que ninguno de los otros pareciese haber observado sus movimientos.

—¿Qué cree usted que estaría pensando su esposa? —preguntó uno de ellos.

—Eso es fácil —contestóle un compañero—. Estaría pensando: «Menos mal que tengo algo ahorrado».

Pero nadie rio. El reportero no pudo percibir sonido alguno, sentado en su cajón de cerveza, mientras el humo del cigarrillo ascendía en el aire inmóvil, para dispersarse después sobre su cabeza. Las voces continuaron oyéndose a intervalos al mismo compás de los naipes depositados sobre la mesa.

—¿Creen que puede haber ejercido alguna influencia el hecho de que los dos viviesen con ella? —preguntó uno.

—Eso no es nada extraordinario —repuso otro—. Pero ¿qué me dicen de la impasibilidad de Shumann en este asunto? Uno de esos mecánicos, que los conoce bien, me aseguró que ni siquiera saben quién es el padre del niño.

—Quizá ambos —apuntó un compañero—. Se trata de una doble personalidad. Shumann era algo así como un doctor Jekyll y un míster Hyde, que conducía el avión y se arrojaba al espacio, todo al mismo tiempo.

El reportero no se movió. Solo su mano fue ascendiendo lentamente hacia la boca para dar una chupada al cigarrillo, manteniéndola así mientras expelía otra vez el humo, con aire de profunda concentración, temblando ligeramente, sin que esto le molestara en manera alguna, como un hombre que padece perlesía crónica. Las voces y el sonido de los naipes podían haber sido igualmente el susurro de hojas cayendo mansamente al suelo.

—Sois unos imbéciles —dijo uno de los reunidos—. ¿Por qué no dejáis ya ese tema? Al fin y al cabo, esa gente trataba de cumplir una misión, lo mismo que nosotros o quizá mejor que nosotros, sin protestar ni sentir miedo.

—Así es —afirmó un segundo—. Tienes muchísima razón. No hacen más que lo que creen que deben hacer. Y en eso estamos todos de acuerdo.

—En efecto, Grady. Dejemos en paz a ese hombre. Ella, al parecer, lo ha hecho también así. De todos modos no sacaba nada con permanecer más tiempo rondando por la costa. ¿Dónde suponéis que habrán ido?

—¿Dónde crees que van personas semejantes? Pues al mismo lugar que las mulas o los actores de vaudeville. De pronto ves un carro volcado sobre el fango, o bien una

de esas bicicletas con una rueda suspendida a catorce metros del suelo. Pero ¿es que a alguien le interesa el paradero de quien los hacía funcionar?

—¿Sugieres que acaso se ha marchado con tanta prisa para evitarse el pago de un entierro, suponiendo que logren extraer a ese hombre del lago? —preguntó uno.

—¿Por qué no? —repuso su interlocutor—. La gente como ellos no puede gastarse el dinero con un cadáver, por la sencilla razón de que no tienen dinero. No lo necesitan para vivir, y en caso de fallecimiento, siempre hay alguien dispuesto a contribuir con una pequeña cantidad. Un hombre puede comer y dormir y no ser molestado por nadie durante seis meses...

—Hablas como si no se hubiera matado al intentar obtener un premio de dos mil dólares.

—Muy bien. Pero creo que no es por el dinero por lo que tripulaba aquel aparato. Lo mismo hubiese hecho en circunstancias más favorables. No era por dinero, sino por afición, de mismo modo que algunas mujeres de mala vida. No pueden evitarlo. Ord sabía que el aparato era peligroso y Shumann debía saberlo también. ¿No recuerdan cómo durante la primera vuelta se mantuvo tan apartado de los demás que no parecía tomar parte en la carrera, hasta que luego decidióse a adelantar a Ord? ¿Creen ustedes que por dinero nada más se hubiese arriesgado a tripular un aparato que sabía inseguro, ciñéndose de aquel modo a la torreta? No sean niños.

—El inocente ¿es usted —respondió el otro—. Porque yo estoy seguro de, que se trataba de los dólares. Esa gente los aprecia tan como cualquier otra persona. ¿Que qué hubiesen hecho con ellos? Pues lo más natural. Ella, comprarse unos cuantos vestidos nuevos y luego trasladarse todos a un hotel, gastándose los dólares alegremente. Eso es lo que hubieran hecho. Y ella ha obrado como es debido. Cuando a uno se le estropea un negocio no consigue nada con echarse a llorar, sino que ha de moverse a fin de hallar cuanto antes algo que lo sustituya. Necesitaban el dinero. Pero no para calentarse cuando cae la nieve o para ser enterrados con él. No estoy más informado que cualquiera de ustedes, pero si alguien me dijese que Shumann tiene parientes en algún pueblo, estoy seguro de que ese es el lugar hacia el que ella se dirige ahora. Y, además, apostarí a lo que quisieran a que la próxima vez que los veamos el chiquillo no los acompaña. ¿Por qué? Pues porque eso es lo que yo mismo haría, si me encontrase en su caso. Y creo que lo mismo piensan ustedes.

—No —dijo uno de los contertulios.

—¿Está seguro? —El reportero continuaba inmóvil, mientras el humo de su cigarrillo ascendía en espirales Ante su cara—. Pues bien: aunque no se supiera exacta ente de quién es el niño, hay que tener en cuenta que 110a el apellido de Shumann y que este ha fallecido. Antes preguntaron qué estaría pensando ella mientras a la orilla del agua esperaba que extrajesen su cuerpo. Pues yo les diré lo que pensaban los dos: que, aunque Shumann hubiese desaparecido, nunca iban a verse libres de su presencia. Y así debe de ser, en efecto. Siempre lo sentirán dentro de la habitación en que se hallen, aunque apaguen la luz, notando sus miradas fijas en

ellos y en el niño, que, como saben, se llama Jack Shumann, es decir, el nombre de uno y el apellido del otro. Así es que si alguien le dice dónde tiene Shumann algún pariente, podré asegurarles hacia dónde se dirigen ahora.

El reportero no se movió, ni aun en el momento en que después de cesar la voz con una abrupta transición pudo ver cómo todos los ojos se fijaban en él. Por el contrario, se mantuvo en la misma rígida actitud eliminando negligentemente la ceniza de su cigarrillo.

—Usted era muy amigo de esa gente —dijo el primero—. ¿Oyó alguna vez decir que ella o Shumann tuviesen parientes?

El reportero no se movió, dejando que la voz repitiese la pregunta, efectuando el mismo movimiento de antes, aunque esta vez el cigarrillo no tu ese ya ceniza. Luego se puso a contemplarlos con una presión interrogadora y sorprendida.

—¿Cómo? ¿Qué dicen? No estaba escuchando.

—¿No oyó nunca decir si Shumann tenía padre, madre o parientes en algún sitio? —repitió el primero, sin que la cara del joven se alterase.

—No —repuso—. Creo que no. Si no estoy equivocado, en cierta ocasión el mecánico me dijo que Shumann era huérfano.

Ya habían dado las dos, pero el taxi corría velozmente y, antes de media hora, deteníase ante la puerta del hotel Terebone. El reportero entró, inclinando luego su rostro desvaído sobre el mostrador de la gerencia, al hablar al empleado.

—¿No está aquí el Cuartel General de la Asociación Aeronáutica Americana? —dijo—. ¿Y es posible que no guarden ninguna lista o registro de los participantes en los concursos? ¿De modo que la Asociación los deja que se desparramen por New Valois sin...?

—¿A quién desea usted ver? —preguntó el empleado.

—A Art Jackson. Un aviador de tipo bajo y grueso...

—Voy a ver si existe alguna lista. Las competiciones terminaron ayer.

El empleado abandonó el mostrador y el reportero quedóse allí, jadeante e inmóvil, hasta que el otro hubo regresado.

—Existe un tal Arthur Jackson, que ayer se alojaba en el hotel Bienville. Aunque en estos momentos no sé...

Pero ya el reportero se alejaba, no corriendo, sino tan solo con pasos muy rápidos, en dirección a la entrada. El criado que barría el vestíbulo tuvo apenas tiempo de retirar el mango del aspirador antes que el joven lo pisase. El conductor del taxi no sabía exactamente dónde se hallaba el hotel Bienville, pero por fin lograron encontrarlo en una callejuela lateral. Sobre la puerta colgaba un letrero como de baño turco; el vestíbulo era muy estrecho, y más allá extendíase un largo pasillo apenas iluminado en el que se veían unas cuantas sillas, unos tiestos con palmeras, las inevitables escupideras y un escritorio tras el que dormía un negro sin uniforme. El lugar resultaba ambiguo, sugeridor de noches de sábado y de clientes sin equipaje alguno. El negro se despertó. No había as censor y el reportero dirigióse a la

habitación que le indicaron, después de dar las señas de Jiggs, llamando a una puerta que ostentaba dos números fantasmales sujetos por medio de cuatro chinchetas. La puerta abrióse y Jiggs se quedó contemplando al visitante con aire estúpido. Iba en mangas de camisa. El reportero tenía en la mano la tira de papel que le entregara el paracaidista junto con el dinero, y miraba a Jiggs, sin pestañear, con expresión anhelante.

—Los billetes del ferrocarril —dijo—. ¿Hacia dónde...?

—¡Oh! —repuso Jiggs—. Myron, Ohio. Sí, es el mismo lugar en que vive el padre de Roger. Van a dejar allí al niño. Pero creí que usted ya lo sabía. Me dijo que había visto a Jack en... Pero ¡bueno! ¿De qué se trata? —Abrió un poco más la puerta—. Entre y siéntese un rato.

—Myron, Ohio —repitió el reportero, con el rostro contraído por una mueca, empezando luego a rogar a Jiggs que le perdonase por haberle despertado, distendiendo los labios en algo que podía llamarse sonrisa a falta de otra palabra mejor.

—Muy bien —dijo el mecánico, observándole con una especie de orgullo brutal—. Pero ¡caramba! ¿Aún no se ha acostado desde entonces? Es mejor que pase. Art y yo podemos hacerle un poco de sitio...

—No. Tengo que irme —se apartó cuidadosamente de la puerta como si no quisiera perder el equilibrio, notando la mirada de Jiggs fija en su rostro—. Vine solamente a decirle adiós.

Miró al otro, dibujando una nueva mueca con los labios, mientras Jiggs parpadeaba.

—Creo que es mejor que...

—No. Adiós, y buena suerte. O mejor dicho: que sus descensos en paracaídas se efectúen con toda normalidad.

—Así lo espero.

—Le deseo toda clase de éxitos en sus actuaciones.

—Muchas gracias.

El reportero dio media vuelta y Jiggs lo fue siguiendo con la vista mientras avanzaba con paso ligero por el corredor, hasta desaparecer tras un ángulo. La luz era muy débil en la escalera y los rebordes metálicos de los peldaños brillaban intensamente allí donde estaban más desgastados por el frecuente uso. El negro había vuelto a dormirse en una silla junto al mostrador, y no se despertó cuando el reportero pasó junto a él y, tras dar un ligero tropezón en el tranco de la puerta, volvió a subir al taxi.

—Otra vez al aeródromo —dijo—. No es preciso que se apresure. Hay tiempo hasta que amanezca.

Aún era de noche cuando ya estaba de nuevo en la playa, pero sus cuatro compañeros no lo vieron hasta que la claridad fue mayor. Salían del restaurante y, tras atravesar la nueva hilera de automóviles, no tan numerosos por ser lunes, dirigíanse a

la playa. El agua tranquila mostraba un leve color sonrosado hacia la parte de Levante, y la silueta del reportero destacábase contra ella como un muñeco confeccionado por una niña queriendo representar a una grulla durmiendo.

—¡Dios mío! —exclamó uno de los periodistas—. ¿Creéis que habrá permanecido aquí durante todo este tiempo?

Pero no pudieron reflexionar mucho sobre el caso, porque en aquel instante un aeroplano apareció sobre sus cabezas, empezando a describir círculos. Una vez situado en posición, su motor parecía detenerse, pero tras unos segundos de pausa volvió a runrunear, alejándose por donde había venido. No pudieron ver que nada cayese al agua; pero al cabo de unos instantes unas cuantas gaviotas convergieron hacia determinado punto, agitando las alas y lanzando chillidos semejantes a los que produce una puerta mal engrasada en un día de viento.

—Bueno —dijo uno de los periodistas—. Eso es todo. Más vale que nos volvamos a la ciudad.

—¿Le esperamos? —repuso otro, refiriéndose al reportero.

Todos miraron hacia donde estaba antes, pero el joven ya se había marchado.

—Habrá subido a algún coche. Vámonos.

Cuando el reportero descendió del vehículo, en Saint Jules Avenue, el reloj del restaurante marcaba las ocho, aunque él no se fijase en la esfera, ya que su mirada era vaga e indecisa y estaba temblando de pies a cabeza. Anunciábase otro día brillante y luminoso. Los muros y la calle parecían emanar esa sobriedad característica de los lunes por la mañana. Pero el joven no se daba cuenta de nada. Cuando empezó a ver algo fue como si las letras emergiesen directamente de su cerebro. Contempló la amplia página, con ese asombro agradecido que se experimenta al saber que un tío al que se creía muerto hace tiempo acaba de fallecer en Tucson, Arizona, dejándonos quinientos dólares. *El cuerpo del aviador tendrá por tumba las aguas del lago.*

Luego cesó de mirar. No se había movido; sus pupilas repitieron la imagen de la página en invertida miniatura, pero sin que la percibiese, tembloroso bajo el sol espléndido, hasta que se volvió para observar el interior del escaparate, con tranquila desesperación. Dentro pudo ver las mismas moscas de siempre, los racimos de uva, los nombres de los guisados, impresos como si se tratase de una guía de ferrocarriles, encuadrados por un marco semejante al que adorna los retratos familiares, y experimentó una profunda e inevitable repugnancia, procedente de las mismas interioridades de su organismo. «Bueno —se dijo—. Puesto que no puedo comer nada, por lo menos beberé algo. Si no entro aquí, tendré que irme al bar de Joe». Este no se hallaba muy lejos: solo le fue preciso caminar a lo largo de una callejuela y atravesar luego una puerta enrejada. Durante quince años el Gobierno de los Estados Unidos estuvo tratando de evitar que en el interior de aquel recinto se expendiese *whisky* y ahora llevaba otro año haciendo lo posible para lograr su venta. El portero le hizo entrar, sirviéndole una copa en el vacío mostrador mientras descorchaba otra botella.

—Estuve borracho un día completo —dijo el reportero—. ¿No lo cree usted?

—No —repuso el otro.

—Ni yo tampoco. Pero me sorprendió mucho. Hasta que me di cuenta de que otros dos...

Su risa era tranquila; ni siquiera se alteró cuando el dependiente hubo de sostenerle, llamándole por su nombre, como Leonora, al tiempo que le decía:

—Tranquilícese, tranquilícese.

—Muy bien —repuso el joven—. Voy a tranquilizarme. Si alguna vez ve a un hombre más tranquilo que yo, me lo dice, y le compraré un aeroplano.

—Okey! —respondió el otro—. Lo que debe hacer es llamar a un taxi e irse a su casa.

—¿A mi casa? ¡Pero si vengo de allí! Ahora me voy a la oficina. Ya me siento bien. Sírname otra copa, sitúeme frente a la puerta y todo irá como sobre ruedas. ¿Me entiende? Me di cuenta, por equivocación, de que había otros dos hombres.

Se detuvo, observando cómo el dependiente le servía la copa de *whisky*. Al beberla no experimentó sensación alguna; solo la del líquido descendiendo por su garganta, cálido y frío al mismo tiempo. Había cesado de estremecerse y echó a andar, sintiendo sobre él la mañana inmaculada y brillante.

—Me encuentro mejor —dijo—. Me encuentro mejor... ¡Mejor! ¡Mejor! —añadió, gritando cada vez más, hasta que de nuevo se detuvo para decir con trágica y pasiva clarividencia, al hallarse ante las puertas acristaladas por las que había de pasar—: Algo va a ocurrirme. Las cosas han ido demasiado lejos y todo esto ha de terminar de un modo insospechado.

Subió la silenciosa escalera y al llegar al vacío corredor echó un trago de la botella, aunque esta vez el líquido le pareciese solamente agua. Al penetrar en la desierta oficina pensó que igualmente hubiera podido beber allí, y así lo hizo de nuevo.

—¡Pude saber tan poco de todo aquello! —dijo—. Ni siquiera conozco sus costumbres familiares.

Pero debía de estar vacío, porque efectuó un viraje mental sin ayuda de timón o de remos, contemplando de nuevo el campo lleno de gente, el sombrío lago, la draga que había vigilado durante veinte horas, y luego, la corona disolviéndose sobre el agua inquieta, mientras las gaviotas revoloteaban por encima.

—¡No lo creo! —exclamó—. Me figuré que solo se marchaban, no importa hacia dónde, y que los tres, con los ciento setenta y cinco dólares, tendrían suficiente hasta que Holmes... Entonces yo me encontraría con ellos, y Laverne sería la misma siempre..., y yo también, aunque tuviese cuarenta y dos años en vez de veintiocho. Saldríamos los tres juntos, ella quizá me cogiese del brazo, mientras él nos miraba desde la cabina de su aparato. Y entonces ella diría: «Este señor es aquel que conocimos en New Valois..., el que te compraba helados».

Al llegar a este punto hubo de detenerse, exclamando:

—¡Basta! ¡Basta!

Estaba un poco inclinado, y movía la boca débilmente, como si probara algo, tratando de mantener los ojos abiertos, como un hombre que conduce su automóvil, sintiéndose soñoliento, ya muy de madrugada. De nuevo bebió, pareciéndole que el líquido no era sino agua helada que llegaba poco a poco a su estómago. Podía sentirla en el interior de este, al moverse para despojarse de la americana y colgarla del respaldo de una silla. Luego se sentó, colocando una hoja de papel en la máquina. No sentía el contacto de sus dedos sobre el teclado. Solo era capaz de observar cómo las letras se iban materializando, negras, rápidas y firmes, sobre el papel amarillo.

Durante la noche, el pequeñuelo durmió sobre el asiento situado frente al que ocupaban la mujer y el paracaidista, sosteniendo sobre su pecho el aeroplano de juguete.

Les fue preciso hacer transbordo en un paraje helado, y cuando al cabo de un rato el tren se detuvo otra vez y la mujer leyó el nombre de una pequeña estación, nevaba también copiosamente. Cruzaron el andén, lleno de cántaros de leche y cestos de volatería, hasta penetrar en la sala de espera, donde un empleado metía carbón en la estufa.

—¿Podemos conseguir algún coche por estos alrededores? —le preguntó el paracaidista.

—Hay uno ahí fuera. Si quieren puedo llamarlo —repuso aquel hombre.

—Gracias —dijo el paracaidista, mirando a la mujer, que se abrochaba la gabardina—. Esperaré aquí.

—Bueno —repuso ella—, pero no sé cómo...

—Esperaré aquí. No sacamos nada con ir todos juntos.

—¿No viene con nosotros? —dijo el pequeño, mirando al paracaidista, mientras sostenía el avión de juguete bajo el brazo—. ¿No quiere conocer al padre de Roger?

—No —dijo la mujer—. Dile adiós.

—¿Adiós? —preguntó el niño, mirando a ambos—. ¿Es que no vamos a volver? Me quedaré aquí hasta que tú regreses. Ya visitaré al abuelo cualquier otro día.

—No —repuso su madre—. Vámonos.

El muchacho volvió a mirarlos.

—¡Hasta la vista, pequeño! —dijo el paracaidista—. Ya te visitaré alguna vez.

—¿Te esperarás aquí? ¿No vas a irte?

—No; no voy a irme. Ahora marcharos.

El empleado entró en aquel momento.

—El coche está esperándoles, amigos.

—El coche está esperando —repitió la mujer—. Despidete de Jack.

—Bueno —repuso el niño—. Pero has de esperarnos aquí. Cuando volvamos comeremos algo.

—¡Naturalmente! —contestó el paracaidista.

De repente, depositó la maleta en el suelo e, inclinándose, cogió al niño en sus

brazos.

—No —dijo la mujer—. Espera aquí hasta que...

Pero el paracaidista, con el niño en los brazos, echó a andar rápidamente hacia el coche, seguido de la mujer. El vehículo era un pequeño automóvil de turismo, con un letrero en el parabrisas y una manta sobre la capota, conducido por un viejo de bigote gris, que les abrió la puerta. El paracaidista introdujo al niño en el vehículo y ayudó a la mujer a que subiera, inclinándose luego hacia la ventanilla con una expresión que, semejante a la del reportero, solo podía ser llamada sonrisa, a falta de otra cosa mejor.

—¡Adiós, pequeño! —dijo—. Que seas bueno.

—Sí —repuso el niño—. A ver si cuando regresemos has encontrado algo de comer.

—¡Vámonos! —dijo la mujer.

El coche se alejó, bamboleándose. La mujer se había inclinado hacia adelante.

—¿Sabe usted dónde vive el doctor Carl Shumann? —preguntó.

Durante unos instantes el conductor no hizo movimiento alguno, mientras el coche iba ganando velocidad, como una persona o animal que emerge de pronto a la luz tras un largo período de tinieblas.

—¿El doctor Shumann? —dijo—. Claro que lo sé. ¿Van a su casa?

—Sí —repuso la mujer.

El domicilio del doctor no estaba muy lejos, ya que la ciudad era pequeña, y les hizo el efecto como si el coche se detuviera apenas iniciada la marcha. Mirando por la ventanilla, vio una especie de cenotafio, desvaído, sin majestad ni dignidad, rodeado de victoriosa desolación..., una villa, una escalinata de entrada, una puerta cochera y unos cuantos cobertizos de techo plano, construidos de acuerdo con ese modelo que las películas han difundido por toda América, como si el celuloide llevara consigo ciertos gérmenes. Aunque relativamente nuevo, todo aquello ofrecía el sello de una pronta y completa desintegración. El conductor la estaba mirando.

—Ya hemos llegado —dijo—. ¿O es que quizá se había imaginado encontrarlo en su antigua residencia?

—No —contestó la mujer—, es aquí.

El chófer no hizo movimiento alguno para abrir la puerta, sino que limitóse a observar cómo ella luchaba con el tirador.

—Tenía una casa magnífica en el campo, pero la perdió hace unos años. Su hijo quiso ser aviador, y hubo de hipotecar la casa para comprarle un aparato. Pero este se estropeó y para repararlo le fue preciso pedir dinero prestado, dando la casa como garantía. Y al cabo de cierto tiempo la perdió, adquiriendo luego esta. Probablemente vive mejor aquí, porque a las mujeres les gusta habitar lo más cerca posible de las ciudades...

Ella había conseguido, por fin, abrir la puerta y descendió del vehículo, junto con el niño.

—¿Quiere esperarse? —dijo—. No sé el tiempo que voy a estar, pero le pagaré lo

que sea.

—Bueno —repuso el chófer—. Al fin y al cabo es mi oficio. Mientras el coche esté alquilado le pertenece a usted.

Les observó mientras cruzaban la puerta y ascendían el caminito de asfalto, cubierto de nieve. «De modo que esta es su esposa —pensó—. Pues no tiene mucho aire de mujer casera. Aunque en realidad creo que nunca lo ha sido». Había otra manta en el asiento. La sacó y envolvióse en ella, ya que se había hecho de noche y la nieve continuaba cayendo copiosamente, revoloteando a la luz de un farol. Estuvo así un buen rato, hasta ver que la puerta se abría, saliendo el doctor Shumann y la mujer. Entonces despojóse de la manta y puso el motor en marcha. Pero hubo de pararlo de nuevo y envolverse otra vez en aquella, porque el doctor y la mujer se habían detenido y estaban charlando animadamente, bajo unos porches.

—¿Le va a abandonar de este modo? —decía el doctor Shumann—. ¿Va a marcharse, dejándole dormido?

—¿Puede usted sugerirme un modo mejor?

—No. Es cierto —hablaba en voz muy alta—. Mejor es exponer las cosas con nobleza. Usted lo abandona aquí por su libre voluntad. Y nosotros trataremos de convertir esta casa en su hogar mientras vivamos. ¿Entendido?

—Sí. Convengo en ello —repuso la mujer pacientemente.

—Bueno. Pero... —hablaba con expresión animada, como si ella se hallase ya a alguna distancia de allí—. Somos ya viejos. Usted no parece comprender que algún día va a hallarse en nuestra misma situación y que, incapaz de soportar las contrariedades de la vida, no anhelará otra cosa sino tranquilidad, tranquilidad, tranquilidad..., aun a costa de privaciones y disgustos. Nosotros ya hemos alcanzado ese punto. Cuando usted y Roger vinieron aquí aquel día, antes que naciera el pequeño, yo le hablé de modo distinto. Todo tenía entonces otro aspecto. Usted me dijo que no estaba segura de que Roger fuese el padre del niño y que nunca podría saberlo, y entonces yo le contesté, ¿recuerda?: «Pues entonces haga lo que sea a prometer nada, que el nacimiento de usted tampoco estaba muy claro y que no era capaz de preocuparse por estas cosas. Yo le dije que nadie ha de avergonzarse de su origen y que todos hemos de esforzarnos en cumplir nuestro deber». ¿Recuerda? Pero entonces yo era joven. Ahora ya no lo soy y no puedo..., no puedo...

—Comprendo. Si le dejo con ustedes no volveré a verle hasta que usted y su esposa hayan muerto, ¿verdad?

—Sí. No me es posible obrar de otro modo. Deseo estar tranquilo. No es que me preocupe la equidad o la justicia, pero sí la dicha. Quiero vivir en paz. Nuestra muerte está ya cercana, y después...

Ella se echó a reír con aire melancólico, aunque sin conmoverse.

—Y después ya se habrá olvidado de mí.

—Ese es su castigo —repuso el doctor en voz muy alta—. Porque, recuérdelo, yo no he solicitado nada de esto. Yo no le pedí que dejara al niño con nosotros. Aún

puede despertarle y llevárselo. Pero si no lo hace, si le deja aquí... Piénselo bien. Si quiere, aún puede irse esta noche a un hotel y reflexionarlo y mañana darme una contestación definitiva.

—Mi resolución es firme.

—Entonces, admita que le deja con nosotros por su propia voluntad. Le daremos un hogar, un cariño y una educación a que tiene derecho por su condición de niño abandonado y de nieto nuestro. Pero por su parte, usted no hará nada para verle ni tratará de comunicarse con él mientras vivamos. Eso es lo que pedimos de usted. ¿Está conforme? Piénselo bien.

—Sí —dijo ella—. Me es preciso obrar así.

—¡Bueno! Pero aún está a tiempo de llevárselo. Todo cuanto ha ocurrido esta noche será olvidado. Usted es su madre; y aún sigo creyendo que una madre es mejor..., mejor que... ¿Cómo puede obrar así?

—Pues porque no sé con seguridad si podré adquirir la comida necesaria para su sustento, la ropa que ha de abrigarle y las medicinas, en caso de que esté enfermo, ¿comprende?

—Sí. Lo comprendo. Y sé también que ese..., su..., ese otro hombre no gana tanto dinero como Roger. Pero usted me ha dicho que con lo de Roger no podían muchas veces mantenerse los cuatro. Y, sin embargo, mientras él vivió, nunca tuvo la intención de dejar al pequeño con nosotros. Ahora, en cambio, con una boca menos...

—Será preciso que se lo explique, si es que quiere escucharme unos momentos. Voy a tener otro niño.

El doctor no contestó y su interrumpida frase quedó flotando sobre ellos. Estaban uno frente al otro, sin poder verse los rostros. Solo eran dos sombras entre las que revoloteaban los copos de nieve. Pero Laverne podía observar mejor al doctor que este a ella, a causa de la posición de un farol que iluminaba las cercanías. Al cabo de un rato el anciano dijo:

—Comprendo... Usted sabe de cierto que este segundo niño no..., no es...

—No es de Roger. Esta vez estoy segura. Lo estábamos ambos, y Roger trató de ganar el premio porque necesitábamos dinero. El avión con que obtuvo el segundo puesto en la carrera anterior era demasiado lento. Pero no teníamos otra cosa, y fue adelantando a sus contrincantes al efectuar los virajes de un modo muy ceñido, cosa a la que los demás no se atrevían a causa de la insignificancia del premio. El sábado tuvo probabilidades de hacerse con un aparato cuyo manejo resultaba peligroso. El premio era de dos mil dólares, con los cuales todo se hubiera solucionado. Pero el aparato se hizo trizas en el aire. Quizá yo hubiera podido evitar que tomase parte en la carrera, pero no lo intenté. Así es que nos quedamos sin ese dinero, y gran parte del ganado en la otra prueba lo dejamos depositado para que manden aquí su cuerpo una vez sea extraído del agua.

—¡Ah! —exclamó el doctor Shumann—. Ya comprendo. Van a darnos la oportunidad de... ¡Si por lo menos supiese que el niño es de Roger! —gritó—. ¡Si lo

supiese! ¿No puede usted darme un ligero indicio?...

Ella no se movió. La luz se derramaba entre la nieve, por encima de sus hombros, permitiéndole ver difusamente al anciano..., un hombrecillo de cabellos grises y mal peinados, que ahora tenía el rostro vuelto y tapado con una mano. Al cabo de unos momentos la mujer dijo:

—Quizá quiera usted pensarlo antes. Tal vez sea mejor que espere en el hotel hasta mañana y...

La mano se movió ligeramente, como si quisiera alejar de allí a su interlocutor. Pero esta repitió en el mismo tono:

—¿Quiere que lo haga?

La mano volvió a moverse, negando. Ella empezó entonces a descender los escalones lentamente, desapareciendo entre la nieve, sin volver la cabeza una sola vez. El doctor Shumann percibió el ruido del motor al ponerse en marcha. Luego dirigióse hacia la puerta, empujándola aturdidamente y penetrando en la casa con los hombros y el cabello espolvoreados de nieve. Atravesó el vestíbulo. Su esposa, sentada junto a la cama en la que dormía el niño, le oyó tropezar con algo, y pudo verle luego destacándose contra el marco de la puerta, mientras la luz hacía brillar la nieve que cubría su pelo.

—Si por lo menos existiese algún indicio —contestó, penetrando en la habitación tras de haber tropezado de nuevo.

Su esposa se le acercó, pero él se hizo hacia un lado, murmurando:

—Déjame tranquilo.

—Ssst —repuso ella—. No lo despiertes. Lo mejor es que cenes.

—Déjame en paz —repuso el viejo, haciendo un gesto vago.

Luego aproximóse a la cama, diciendo con voz tranquila:

—Vete. Déjame un rato solo.

—Lo mejor sería que cenases y te metieses en cama.

—Vete —repuso él—. Me encuentro perfectamente.

La mujer obedeció y el doctor pudo oír el sonido de sus pies mientras se alejaba por el pasillo. Luego dio la vuelta al interruptor, encendiendo la lámpara. El niño agitóse levemente, volviendo la cabeza en sentido contrario a la luz.

Le habían puesto una camisa de hombre, ya muy gastada por repetidos lavados, con un broche de oro al cuello y las mangas cortadas por las muñecas. A su lado, en la almohada, estaba el aeroplano de juguete. De repente, el doctor Shumann empezó a sacudir al niño por los hombros.

El juguete deslizóse de la almohada y el doctor lo arrojó al suelo.

—¡Roger! —decía—. ¡Despierta! ¡Despierta, Roger!

El chiquillo abrió los ojos y quedóse mirando sorprendido a aquel rostro que se inclinaba sobre él.

—¡Laverne! —dijo—. ¡Jack! ¿Dónde está Laverne? ¿Dónde me encuentro?

—Laverne se ha ido —le dijo el doctor, aún sacudiendo sus hombros, como si se

hubiera olvidado de ordenar a sus músculos que cesasen de moverse—. Laverne se ha ido y tú te quedaste aquí. Sí, se ha ido. ¿Es que vas a llorar? ¿Eh?

El niño parpadeó y luego puso la mano sobre la almohada.

—¿Dónde está mi avión? —dijo.

—¿Tu avión? —preguntó el doctor Shumann—. ¿Tu avión?

Inclinóse hacia el suelo, recogiendo el juguete y contemplando al chiquillo con una mueca agria que le hacía semejar a un gnomo irritado. Luego arrojó rabiosamente el pequeño objeto contra la pared, y no contento con esto, se puso a patearlo con furia. El niño emitió un grito. Luego, silencioso, se incorporó sobre un codo, con los ojos muy abiertos, viendo cómo el viejecillo de pelo gris se ensañaba con los restos del juguete, que ahora solo constituía una masa de hojalata amarilla y azul. Después se detuvo y, recogiendo el informe objeto, empezó a manipular en él, como si quisiera terminar de despedazarlo con las manos. Su esposa, sentada junto a la estufa en la habitación contigua, oía todo aquel estrépito. Al cabo de unos instantes pudo percibir sus pasos precipitados en el vestíbulo. Era una mujer pequeña y arrugada, de ojos cansados, y la pequeña habitación en que se hallaba contenía un diván bastante estropeado y unas cuantas sillas de nogal. Una librería de lo mismo mostraba hileras de volúmenes, en cuyos lomos ya no podían distinguirse los títulos.

Sobre una mesita cubierta de revistas ilustradas veíanse un gorro de piel con orejeras, un par de guantes y una pequeña bolsa negra. No se movió, observando la puerta por la que al poco rato penetró su esposo con una mano extendida. En ella llevaba una buena cantidad de dinero.

—Estaba en aquel aeroplano —dijo—. Por lo visto, ocultaba el dinero a las miradas de su mujer.

—No —repuso la anciana—. Sin duda era ella quien lo ocultaba a Roger.

—¡No! —repuso su marido—. Era él quien debía de ocultarlo, en provecho del niño. ¿Crees que una mujer es capaz de olvidar el sitio en que guarda dinero? Y, por otra parte, ¿dónde iba a hacerse con ciento setenta y cinco dólares?

—No lo sé —repuso su mujer—. Pero no debía de adquirirlos de modo muy recomendable cuando hubo de esconderlos en un juguete infantil para que ellos no lo viesen.

El anciano la miró fijamente largo rato.

—¡Ah! —dijo—. Ya comprendo —luego añadió—: Pero no importa.

Abrió de par en par la portezuela de la estufa, volviéndola a cerrar otra vez. La anciana no se movió, cuando por encima del hombro de su esposo pudo ver en la puerta la figura del niño, con su camisa de hombre, sosteniendo con una mano la informe masa en que había quedado convertido el juguete, y con la otra sus vestidos arrollados, mientras que en la cabeza llevaba ya puesta la gorra. El doctor Shumann, que aún no le había visto, levantóse de junto a la estufa. Fue, sin duda, la corriente de aire procedente de la puerta, pero hubiérase dicho que aquel murmullo lo produjeron los billetes al atravesar el tubo convertidos en llama y humo para desaparecer en la

nada. El doctor Shumann se quedó mirando a su esposa.

—Es nuestro hijo —exclamó—. ¡Es nuestro hijo! ¡Te lo aseguro!

Y luego, desplomóse lentamente sobre sus rodillas, escondiendo el rostro en el regazo de la anciana.

Cuando aquella tarde empezó a llenarse de gente la oficina del periódico, un empleado observó que el cesto de los papeles, junto al escritorio del reportero, estaba boca abajo y que a su alrededor veíase esparcida gran cantidad de hojas rotas y arrugadas. El empleado era muy listo; pronto iba a graduarse en una escuela superior, y no solo vivía de ambiciones, sino también de sueños. Así es que fue recogiendo del suelo las hojas enteras o rotas y, sentándose al escritorio, empezó a reunir los pedazos, contemplando con mirada sorprendida, y luego triunfante, lo que aparecía ante sus ojos...: frases y párrafos que no solo constituían una noticia, sino que estaban provistos de cierto estilo literario:

«El jueves, Roger Shumann tomó parte en una carrera contra cuatro competidores, ganándola. El sábado hubo de luchar solamente contra un rival, pero este rival era la Muerte, y Roger Shumann perdió. Así es que hoy un aeroplano solitario, tras evolucionar sobre el lago a la tenue claridad del amanecer, arrojó sobre el lugar del accidente una corona, desapareciendo otra vez en la lejanía.

»Dos amigos que fueron al propio tiempo dos competidores suyos, con los que había luchado en el aire en que cayó, marcaron con una corona el lugar de su postrer acrobacia».

Allí terminaba el párrafo.

—¡Dios mío! —murmuró el empleado—. Quizá Hagood me deje terminarlo:

Y sin detenerse un momento, dirigióse hacia el escritorio del jefe, en el que este estaba sentado, aunque el empleado no le hubiese visto entrar. Así es que quedóse con la boca abierta al verse ante él, pintándose después en su rostro un gesto de sorpresa al comprobar que, colocado sobre la mesa de Hagood y sostenido por una botella de *whisky*, veíase otro pliego que Hagood y el empleado leyeron al propio tiempo. Decía así:

«A medianoche, la búsqueda del cuerpo de Roger Shumann, piloto de carreras que se había precipitado contra las aguas del lago, fue finalmente abandonada. Un biplano de tres plazas y ochenta caballos de fuerza, que logró evolucionar, regresando intacto a su base, arrojó una corona sobre las aguas, a una milla aproximadamente, del lugar en que se halla sumergido el cuerpo de Shumann. Como se trata de pilotos muy expertos, no les fue difícil hallar la situación exacta del lago. Mistress Shumann partió con su esposo e hijo en

dirección a Ohio, donde se dice que el niño, actualmente de seis años de edad, pasará una temporada con sus abuelos y donde se ruega sean remitidas cuantas noticias puedan recogerse acerca del desaparecido piloto».

Bajo estas líneas, y escrito de cualquier modo, a lápiz, se leía:

«Creo que es eso lo que usted quiere, imbécil. Ahora me marchó a Amboise St. a emborracharme. Si no sabe dónde está Amboise St. pregúnteselo a su hijo, y si no sabe usted lo que es un borracho, venga a verme y de paso tráigame algún dinero, pues me he quedado sin un céntimo».

FIN



WILLIAM FAULKNER. Escritor estadounidense, William Faulkner es considerado como uno de los más grandes autores del siglo xx, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado Nobel de Literatura también recibió el Pulitzer en 1955 y el National Book Award, este entregado ya de manera póstuma por la edición de sus *Cuentos Completos*.